

La
REVOLUCIÓN
ecológica



Raúl de la Rosa

LA REVOLUCIÓN ECOLÓGICA

La búsqueda de la libertad

LA REVOLUCIÓN ECOLÓGICA

La búsqueda de la libertad a través
de la ecología y la solidaridad

Preludio

Capítulo 1	13
Introduzcámonos	13
Ecología y humanitarismo	14
Los falsos mitos del progreso	20
La desmitificación del progreso	28
Capítulo 2	31
El orden dominante	31
El sistema	36
La política ecológica	41
El movimiento ecologista	45
Capítulo 3	55
El planeta: un inmenso vertedero	55
El agotamiento del planeta	56
La atmósfera	57
El cambio climático	58
La capa de ozono	63
El agua	68
La tierra y los bosques	72
Los desechos	75
Energía	80
Tóxicos en el medio ambiente: ecosistemas en peligro	85

Capítulo 4	93
La manipulación genética: un viaje sin retorno	93
Patentes sobre la vida	99
La eugenesia	109
Monocultivos, monoganerías, monohumanos	112
La biodiversidad	122
Licencia para matar	126
¿Qué estamos comiendo?	130
Capítulo 5	135
La tercera guerra mundial	135
Los macropeligros tecnológicos	142
El valor de los límites	148
¿Ley o impunidad?	153
Ciencia sin conciencia	166
Tecnología contra natura	176
Capítulo 6	183
El consumo que nos consume	183
El libre comercio	190
El desarrollo insostenible	197
Economía y ecología	205
La eficiencia	209
¿Es eficaz la eficiencia?	217

Capítulo 7	229
La responsabilidad	229
De la sostenibilidad a la evolutividad	234
Capítulo 8	245
Los medios de incomunicación	245
La injusta justicia	258
El precio del progreso	264
El pensamiento clónico	269
La cultura de la incultura	272
Capítulo 9	275
La participación	275
El primer paso	279
La solidaridad	285

Nota a la edición del año 2011

En estos días se cumplen veinte años desde que comencé a escribir este libro (La revolución ecológica), y diez desde que fue publicado por la editorial Icaria. Hemos tenido la gran fortuna de vivir momentos importantes de la historia de la humanidad (aunque en realidad todos lo son) y a pesar de todas estas transformaciones de las que hemos sido testigo me doy cuenta de que los textos que siguen a continuación mantienen su vigencia y frescura; es más, posiblemente sean más actuales que cuando fueron escritos.

Espero que puedan servir de inspiración a los actuales movimientos sociales que tratan de cambiar un mundo injusto y depredador, y a todos aquellos que tienen la íntima convicción de que es posible vivir en un mundo mejor, más solidario y más justo, y a quienes se manifiestan y oponen a las políticas excluyentes del poder establecido.

Autor y obra

Raúl de la Rosa, autor de *La revolución ecológica*, es escritor y filósofo práctico. Ha experimentado y ahondado en los campos de la ecología, la filosofía, la salud medioambiental y en el de la mente y la conciencia.

Ha colaborado en el nacimiento e impulso de diversas organizaciones y plataformas sociales. Raúl de la Rosa es un pensador del ecologismo filosófico, revolucionario y pacifista.

La revolución ecológica expone la problemática medioambiental, humanitaria, psicológica y filosófica del mundo actual. Es un ensayo práctico que pone al descubierto las distintas agresiones planetarias, sociales, humanas y sus verdaderas causas; los peligros hechos realidad debido a la complicidad de administraciones públicas, estamentos científicos y medios de comunicación supeditados a intereses económicos y de poder, y cómo todo ello afecta a la salud, al medio ambiente y a la justicia social.

Raúl de la Rosa abunda igualmente en las grandes diferencias entre países ricos y pobres, así como en las causas de esa injusta situación. Asimismo, describe el porqué de guerras y conflictos, la moderna esclavitud de niños y mujeres en el tercer mundo en beneficio de intereses internacionales; la macroeconomía y la supeditación de la sociedad y del individuo a sus designios.

La revolución ecológica trata de la sugestión de un sistema depredador que secuestra a la democracia y a la libertad en beneficio de unos pocos, de cómo la ecología de las costumbres y consumos y la ecología de la mente pueden modificar la actual tendencia globalizadora del mundo.

Este es el libro referente a la inédita situación que vivimos y los tiempos que se avecinan, y de cómo podemos tratar de cambiar la actual dinámica injusta y suicida de una sociedad desquiciada por el consumo y el supuesto progreso.

Los valores invocados en él son de contenido universal: armonía del ser humano con la naturaleza y solidaridad entre seres humanos y de éstos con los diversos ecosistemas. Este libro es el paradigma de aquellos que desean un cambio en su vida, una transformación que logre un mundo mejor, más sano, más ecológico, más justo, más solidario.

Preludio

Antes de empezar a escribir este libro sopesé los pros y los contras de mi propósito. Los contras eran más numerosos, pero el peso de los pros era mayor. Así pues, aquí está. Escribirlo ha sido como pagar una vieja deuda, una deuda conmigo mismo, un compromiso ante la vida.

Daré por bueno el esfuerzo empleado si su lectura suscita una reflexión. A mí, personalmente, cada capítulo, cada frase, cada palabra sí me ha hecho meditar y recapacitar. Frecuentemente damos por sabidas muchas cosas, damos por buenas muchas actitudes, pero cuando nos obligamos a meditar sobre ellas, tal como sucede al escribirlas, nos damos cuenta del olvido, del error, por defecto u omisión, en relación con las mismas.

Quien esté libre de culpa que arroje la primera piedra.

CAPÍTULO 1

Introduzcámonos

Quizás el título de este libro podría haber sido "La revolución ecologista", en caso de atañer exclusivamente al movimiento ecologista y no a la ecología como disciplina científica y, más aún, a la ecología como el modo en que entendemos la expresión de la naturaleza y todas sus interacciones. La revolución ecológica no incluye sólo a los colectivos, a las personas, sino que es la respuesta natural del ser individual. Además son la propia biosfera y la tierra quienes encabezan esta revolución, la revolución de los pobres, de los oprimidos, de la naturaleza, de la vida.

Es, pues, una experiencia abierta a la vida.

Una revolución suele entenderse como algo violento, sangriento, pero como todo tiene su dualidad también posee una versión positiva incluso en sus acepciones lingüísticas. La revolución ecológica no plantea un cambio violento, alboroto, inquietud o sedición en las instituciones políticas. Aunque algunos -o muchos- se muestren inquietos ante la posibilidad de perder sus prebendas, sus parcelas de poder si esta revolución transmutara el modo de pensar y de vivir de cada vez mayor número de personas.

La revolución ecológica es más bien la acción y el efecto de revolver, entendiendo revolver como alterar el buen orden y disposición de las cosas, siendo este "buen orden" lo establecido, lo caduco, lo destructivo, el actual sistema. Otro significado filológico que aún me parece más acertado es el poco usado de volver a andar lo andado, intentando ver dónde nos hemos equivocado, en qué momento de la historia nos desviamos y por qué sucedió; además, retornando a

recorrer los caminos podremos limpiarlos de la suciedad que dejamos sin habernos percatado, por egoísmo, pensando que no tenía ninguna repercusión, que la naturaleza se encargaría de solventarlo o incluso sin pensar en el alcance de nuestros actos. Volviendo por el mismo camino lograremos encontrar a aquel necesitado ante el que pasamos de largo, incluso ante aquel que nos pidió ayuda con la mirada y seguimos, andando con una ligera punzada en el corazón, pero rápidamente pensando en otra cosa más importante que ayudar a quien realmente lo necesita, pues tendiendo la mano al desfavorecido nos la tendemos a nosotros mismos.

Esta revolución no es la mudanza o una nueva forma en el estado o gobierno de las cosas, puesto que la mudanza se hace cambiando de casa y no queremos -ni podríamos- cambiar de casa, pues nuestra casa es este planeta, y no se pretende una nueva forma de estado, de clase, de jerarquía, aunque quizá desde el punto de vista de la física si se podría establecer un cierto paralelismo y transmutar este estado sólido -cuasi momificado- de la sociedad en uno más ligero, más moldeable, más fluido y, sobre todo, más fusionante como el agua o mejor aún como el agua en su estado gaseoso.

Ecología y humanitarismo

La ecología, como disciplina científica, es algo tan antiguo como el ser humano, al ser la ciencia que engloba las relaciones entre los organismos y el medio en que viven, aunque es en este siglo y el pasado cuando su estudio ha tomado un cierto auge y, especialmente, en las últimas décadas cuando los problemas medioambientales han adquirido carices generalizados, pues ya no es algo que solamente afecta a determinados lugares si no a todos los rincones del planeta.

La ecología no atañe exclusivamente a lo que consideramos

vida, a la vegetación, a los animales, a los seres humanos, sino a todo lo existente, a las piedras, a las rocas, a los mares, al aire, al agua. La ecología no especializa sino abarca, se puede considerar como una ciencia de lo global, de lo interrelacionante, de lo interactuante, pero la importancia de la ecología en nuestros días, debe fundamentarse en su filosofía y, sobre todo, en las soluciones que plantea a un mundo que se desmorona. Es el crisol donde se funden todas las ciencias, todos los conocimientos. La ecología muestra las relaciones entre los seres, las interdependencias y cómo sobre la base de ellas se forma el equilibrio de la vida y su autorregulación. Su amplitud y contenido la sitúa como madre de todas las ciencias.

El conocimiento ecológico es cualitativo, nos habla de las cosas, de los elementos, de los seres y cómo se relacionan y se adaptan entre ellos, trata de regularlos dentro de su funcionamiento homeostático formando un todo, un solo organismo en evolución. El conocimiento ecológico es global y holístico, y la revolución ecológica, tal como yo la entiendo, es teleológica, pues se fundamenta en que todos los seres tienen un mismo fin; y así, la ecología medioambiental abre la puerta a una ecología humanitaria como elemento de una casa común.

El ecologismo no nace como parte del fracaso de un sistema, puesto que el sistema actual ha fracasado como modelo de convivencia entre las personas y entre éstas y la naturaleza desde el mismo momento en que se instaura, sino que surge como respuesta ante una situación injusta; es un movimiento de libertad ante la opresión y como vía alternativa a los problemas aparejados a la propia dinámica del sistema. El ecologismo, como movimiento que pueda consolidarse en el ámbito planetario, no es una utopía, lo que sí es una utopía es pensar que podemos seguir igual o simplemente colocar unos parches.

El movimiento ecologista y la sociedad precisan de una revolución que modifique las actuales estructuras. Pero hay que entender que esta es una revolución sin armas, sin luchas por el poder, una revolución que paulatinamente va penetrando en el espíritu de las gentes; es la revolución de la paz, de la solidaridad, de la justicia, del hermanamiento. La revolución como renovación constante, ya que no disponemos de una realidad absoluta, de una realidad omnipresente, inmutable, sino de un mundo cambiante, de una evolución continua que requiere incesantes adaptaciones y readaptaciones, donde quepan todas las opciones y todas las propuestas para mejorar lo existente. En nuestra revolución no se emplean balas sino verdades que laceran a los corazones y despiertan las conciencias.

El ecologismo no se centra en tener un entorno más o menos agradable, bonito o limpio, pues se plantean problemas de una urgencia y gravedad tales como es el caso del aumento de temperatura en el planeta, la desaparición de tierras de cultivo y de bosques, la desertificación, la contaminación del agua, del aire, de la tierra, la escasez de agua potable, la pérdida de la biodiversidad y la desaparición de reservas naturales, que forman, entre otros problemas, el marco fundamental de la actual ecología.

Sin embargo, el ecologismo es un movimiento que desde hace ya alguna década se sitúa en las barricadas de la lucha contra la injusticia. Fundamentalmente inició su andadura a causa de los grandes deterioros ambientales surgidos en el planeta. De forma lenta, pero paulatina, ha ido agregando nuevos factores al deterioro ambiental como es el humanitario. Esto no es debido al proceso en sí de maduración del ecologismo sino que fundamentalmente todo ecologista lleva impregnados ambos conceptos: el respeto a la naturaleza y la solidaridad humanitaria, fundidos en un mismo crisol. Sólo así es posible ser realmente ecologista.

Sin embargo, han aparecido nuevos elementos, supuestamente ecologistas, que han separado ambas trayectorias, dejando sólo al ecologismo como preservador del medio ambiente separado de la solidaridad como fenómeno global. El ecologismo "nueva era", el ecologismo urbano, buscador de aplausos y dador de abrazos, buscador de votos, y junto al ecologismo económico han nacido empresas e intereses que, siendo perfectamente lícitos y necesarios, confunden el objetivo, el fin con el camino, obviando las causas primeras y las acciones inmediatas: la solidaridad hacia todo necesitado, hacia los desterrados, hacia los que no tienen.

Aun siendo cierto que localmente van apareciendo iniciativas personales o grupales, asociaciones que luchan contra la degradación ambiental, contra los problemas humanitarios en determinadas zonas, no es suficiente como para variar el curso de la historia de un sistema enloquecido.

La revolución ecológica es una esperanza, un movimiento universal con el objetivo de unir, de ligar creencias, doctrinas y políticas en un sólo cauce: la solidaridad.

Desde el Renacimiento, y con la visión mecanicista del mundo, especialmente con la industrialización, comienza a darse una explotación sistemática de la naturaleza. Conforme se reducían las reservas naturales en los países consumistas éstos buscaron nuevas fuentes de recursos y con el colonialismo accedieron a grandes reservas naturales. De esta forma se ha generado una dependencia total de estos países expoliados hacia los depredadores: el colonialismo ha dado paso al imperialismo, pero éste es, en la actualidad, de carácter fundamentalmente económico.

Con la colonización de muchas áreas en el mundo surgieron nuevos estados con ficticias fronteras -aunque las fronteras siempre son ficticias- separando etnias y culturas. Estos pueblos, estas sociedades deberán recuperar su ver-

dadera identidad como búsqueda de una salida a su actual situación abordando con rigor las causas de los conflictos regionales sin dejarse llevar por la demagogia política, pues en buena parte de ellos subyace el deseo de control de recursos naturales y de poderes particularistas.

Los actuales problemas del mundo están interrelacionados: las guerras, la pobreza, el crecimiento demográfico, la escasez de alimentos, los problemas ecológicos, educacionales y sanitarios, el efecto invernadero, el abandono de formas ancestrales de supervivencia y de cultura, el hacinamiento en las grandes ciudades. Todo ello sólo se podrá afrontar eficazmente desde una valiente política de ámbito mundial.

Lástima no haber sabido fundir las posibilidades de la ciencia y su vecina la tecnología para unir las a la sabiduría de la naturaleza, logrando así una humanidad más justa y más solidaria, tal como se abogaba ingenuamente desde la Ilustración pretendiendo que la ciencia y la técnica traerían un mundo mejor. ¿Adónde habría llegado la humanidad en el saber, en el conocimiento, incluso en su evolución espiritual de haber sido esto así? Pero de nada sirve lamentarse, hay que aprender de esta dura lección recibida para continuar, para cambiar, dando la palabra a aquellos que no la tienen, voz a los que no pueden hablar, al oprimido y a la propia naturaleza para que así expresen sus necesidades y deseos, pues éstos son los mismos que los nuestros, enlazándolos para continuar juntos en la construcción de un futuro mejor basado en el derecho a la vida de todos los seres y en el respeto a los demás.

Esta revolución ecológica que planteo no es nada nuevo, es una relación entre el ser humano y la naturaleza pactada a través de siglos y culturas, es un sentimiento enraizado profundamente en nuestro interior, y que, a pesar de las presiones de las sucesivas oligarquías, necesita aflorar en la permanente crisis en que vivimos, crisis ecológica, económica, humanitaria, intelectual y filosófica, cuya confluencia actual

desemboca en la necesidad de cambio, y qué mejor cambio que el que viene de la mano de la paz, del movimiento pacifista, que no por ser pacífico se muestra complaciente con lo establecido, con lo errado.

Un movimiento que más que rupturista es heterogéneo y al mismo tiempo trata de unir, de construir sin usar los mismos argumentos que aquellos que han establecido lo que ahora queremos transformar, usando palabras renovadoras, palabras solidarias, palabras de unión, no palabras que disgregan. Porque esta es la revolución de la convivencia, del ser humano con el ser humano, del ser humano con todos los seres. Huir del pesimismo ecológico y abrazar las ideas de cambio, porque siempre estamos a tiempo, no hay plazos, aunque cierto es que hay irreversibilidades, y a ellas nos tenemos que atener como consecuencia de nuestras acciones, pues contra más tardemos en actuar más dura será la adaptación.

Este movimiento solidario surge con una fuerza en aumento que se va consolidando como la única opción social, e incluso política en muchos casos, aunque sus objetivos primordiales sean en su mayoría dar solución a los graves problemas planteados en las zonas más castigadas. Movimientos libertarios, en todos los sentidos, que actúan como una de las picas con que el sistema puede empezar su fragmentación.

El ecologismo ha sido, y aún lo es, una amenaza para los poderes opresores, no obstante ante su avance social y su integración en la sociedad éstos pretenden adaptarlo a su doctrina. Así, el ecologismo pierde la fuerza de su mensaje, su esencia, diluido en un maremagno de informaciones, ciertas o no; se convierte en una anécdota dentro de la justificación constituida, pues las consideradas como verdades hoy dominantes son parcelaciones de la realidad extrapoladas como verdades absolutas.

El término ecologista ha pasado de ser algo peyorativo a ser políticamente correcto. En los últimos tiempos entra en el ámbito político bajo la necesidad de atraer a un mercado económico y social creciente con lo que pierde sus verdaderas connotaciones de cambio social, de renovación personal, para traducirse en un estereotipo, en una imagen vacía que sólo sirve para mantener acalladas conciencias, tanto personales como colectivas. Es una forma de que parezca que algo se está haciendo y que con nuestro voto o ayuda a determinados estamentos aparentemente pro-ecologistas, estamos colaborando a mejorar el entorno, que estamos haciendo algo por cambiar, pero lo que realmente estamos haciendo es mantener la actual situación. Se cambia lo aparente, lo superfluo sin llegar al fondo donde nace el problema.

No vamos a tratar en profundidad lo evidente, aquello ya tratado en multitud de estudios y que advierten del deterioro medioambiental, del deterioro del aire, de las aguas, de las tierras, de nuestras ciudades y casas, de nuestra salud y de nuestra psique, vamos a tratar de encontrar las causas profundas, las raíces verdaderas del problema y qué podemos hacer para cambiar esta tendencia. Pues el conflicto no radica en todos estos síntomas externos sino en la profundidad de la mente humana.

Tal vez no podamos cambiar el mundo, pero sí podemos cambiar nosotros. Esta es la gran esperanza de la humanidad, el cambio real, íntimo y personal, sin condiciones, sin alianzas, sin pactos, sin esperas, hoy, ahora.

Los falsos mitos del progreso

La idílica visión apologética que predice un aumento del bienestar de todos los niveles sociales gracias a la mecanización

y a las nuevas tecnologías, ha conllevado una progresiva agudización de las contradicciones del sistema.

El mito del desarrollo ilimitado se fundamenta en la creencia de unos recursos naturales casi eternos que nos ayudarían a continuar a lomos de este caballo desbocado llamado progreso. Cuando por fin reconocemos que los recursos son perecederos, el caballo sobre el que va nuestra cultura corre enloquecido imposible de frenar, aún sabiendo que este camino tiene un final, un límite y que tras él está el precipicio, sigue acelerando su marcha en esa dirección.

Todo parte de la idea egoísta de que podemos esquilmar y derrochar pues nuestra vida es breve, y no importa que tras las pisadas de nuestro caballo jamás nada vuelva a crecer, ya que no pensamos volver a andar ese camino de nuevo. La deforestación, la desertización, el calentamiento del planeta, la lluvia ácida, la situación de injusticia y de pobreza, son causadas en buena medida por nuestras actitudes y costumbres, por nuestra permisividad ante lo intolerante.

El estado de la situación llega a tal grado que comienza a surgir el descontento social y personal como elemento común en todos los continentes. Por una parte, en los países ricos ciertos círculos tratan de hacerse oír y especialmente en las zonas más pobres se producen situaciones cotidianas de conflictos que los grandes medios de comunicación apenas difunden o lo hacen con una visión tendenciosa al no profundizar en sus verdaderas causas.

Los muertos por hambre y revueltas por habituales sólo son noticias locales, pues más impactan los muertos por accidentes de avión o de tren. Los caídos de la pobreza y de la marginalidad pasan a ser datos estadísticos, como mucho se equiparan a los fallecidos por accidentes de carretera: un precio que hay que pagar por vivir en una sociedad de progreso. Esperando, claro está, que sean otros quienes paguen esta cuenta.

Antes de seguir, primero, para decidir si estamos en contra o a favor del progreso, hay que definir qué es el progreso, pues la manipulación del lenguaje prostituye los términos y el fondo. La concepción vigente de progreso lo confunde intencionadamente con lo que realmente es: el atraso. Hay que fomentar el progreso, pero hay que dejar claro que lo que actualmente se entiende como tal es precisamente lo contrario.

Si ponemos en una balanza los riesgos que ha conllevado -y conlleva- este progreso en comparación con los beneficios obtenidos, el fracaso hará descender la balanza, por no hablar de los peligros latentes, desde los accidentes nucleares, el aire contaminado de las ciudades, los riesgos del transporte, las radiaciones artificiales, hasta tomar el sol es un peligro cada vez mayor debido a la desaparición de la capa de ozono, comer los alimentos que nos ofrecen las estanterías de los centros de alimentación o beber agua de buena parte de los grifos donde se supone potable. Todo esto es un riesgo que se asume como parte del progreso, siendo sin duda este progreso un receso en el bienestar, en la salud, en la calidad de vida y en la dignidad humana, porque si el precio que debemos de pagar por este progreso es ver morir de hambre y enfermedad a gran parte de nuestros congéneres menos privilegiados, especialmente los de los países menos adelantados industrialmente pero acosados por la depredación del progreso, así como a los sectores desfavorecidos y a los menos informados o concienciados de los países ricos, el progreso me parece excesivamente caro.

Este progreso es ese falso concepto de evolución que esconde tras su oropel la anulación de la personalidad del individuo al crearle una falsa imagen de cómo ha de ser para lograr lo que esta sociedad considera que es un triunfador. Palabra repulsiva, por sus actuales connotaciones de la exacerbación de lo individual frente a lo solidario, que

define la decadencia de una cultura que, desde el impulso destructor de la esencia humana exacerbado desde el Renacimiento, ha ido rodando hacia el fondo de donde difícilmente podrá salir, pues los medios en contra son poderosos y han aprendido mucho en los últimos siglos, especialmente en el sutil control de las personas.

Los medios de comunicación, prensa, literatura, cine, radio y televisión son en general utilizados por el sistema como instrumentos de publicidad para plasmar y consolidar sus valores en estos escaparates creando dinámicas sociales como el conformismo -práctica de aquel que con demasiada facilidad se adapta a cualquier circunstancia-, el hedonismo -doctrina que proclama como fin supremo de la vida la consecución del placer- y la abstracción y distracción mental, situación hábilmente fomentada por el sistema ante las penurias de otros. Son tres de las prácticas actuales más frecuentes entre la población y que en muchas ocasiones se fusionan, condicionando a las gentes en sus ideas y actitudes por la manipulada concepción de progreso y bienestar. Esta meta sólo se logra mediante el consumo ya sea de coches, alimentos, ropas, teléfonos móviles y otros símbolos del progreso.

Una sociedad que ha crecido creyendo que cualquier día podía ser el último, en buena medida debido a la guerra fría -aunque no tan fría para los llamados países satélites de los dos grandes bloques que han aplastado al planeta durante decenios-, ha creado un sentimiento inconsciente de impermanencia, que perdura en el tiempo, donde todo es válido con tal de satisfacer el momento, pues quién sabe si habrá otro.

El supuesto bienestar, que se ha convertido en la meta oficial de la política, es una forma soterrada de lucha ideológica contra las posibles corrientes sociales de liberación contra un sistema opresor. Se utiliza el argumento de la búsqueda de la felicidad a través del epicureísmo del placer, del confort y del

nivel de vida. Mediante esta política institucionalizada, la falta de responsabilidad surge debido a la dificultad del individuo de insertarse y de participar en las decisiones y situaciones de la comunidad.

Para romper esta tendencia al estatismo social, es preciso proponer una forma original de organización, de actitudes y de prácticas sociales, incluso de símbolos y modelos, dejando atrás los falsos mitos del progreso, pero no olvidando, para que el pasado sirva de permanente lección, aquello que nunca debería haber sucedido.

El nivel cultural de la población disminuye alarmantemente en una cultura monoclonica, y esta menor educación corresponde a una escasa actividad colectiva: a menor cultura, más pasividad social.

La ideología de masas, apoyada por los medios de comunicación, desalienta toda tendencia dirigida a modificar la cultura y la sociedad mediante actividades sociales o culturales. Conforme se eleva el horizonte cultural es posible ejercer un mayor dinamismo en todos los ámbitos, especialmente en las reivindicaciones medioambientales y en cuanto a los derechos humanos.

Los medios de comunicación colaboran de forma activa en la pasividad de la sociedad, especialmente dirigiendo esta indolencia hacia las capas menos favorecidas para limitar su capacidad y actividad militante en movimientos sociales que puedan modificar la reinante situación de apatía, haciéndoles creer que pueden beneficiarse de las ventajas de la sociedad de progreso, es decir, del consumo, planteando el actual sistema como la única opción racional, es decir, inculcando el miedo a cambiar esta sociedad abotargada por otra más participativa y solidaria. Esto es, mantener a la sociedad en un cierto estado de carencia sociocultural para así controlarla según sus gustos, preferencias, ideologías y pensamientos.

El influjo de la cultura de masas, vuelve al individuo incapaz de ver la realidad, de madurar, incluso de liberarse de su influencia, es algo así como una droga que precisa de un periodo de desintoxicación. Pero, para lograr liberarse, es necesario saber que uno está afectado por esta droga y, además, desear realmente dejar de estarlo.

El sistema, a través de los medios de comunicación, utiliza la relajación del estímulo de la imaginación y la sustitución de la realidad en el contexto sugestivo que desea. Los medios, en especial la televisión e internet, reemplazan el contacto personal, dando la falsa impresión de relación humana, aislando al individuo de la comunidad. Pero el problema no son los medios, prensa, radio, televisión, internet o cualquier otro medio de las modernas tecnologías en sí, sino el uso que de ellos se hace, la programación que emiten, es decir la política y la ideología que dirige a los medios.

Si la cultura de masas, a través de los medios de comunicación ha sido capaz de transformar los valores y los comportamientos de los consumidores, también desimplicando a éstos de los intereses especulativos, podrían transformar al individuo y a la sociedad, o al menos colaborar en un cambio que transmute lo sugestivo, lo nefasto, por lo real y lo solidario.

Muchas de las verdades de hoy son las mentiras de mañana. Advirtiendo esto, hay que supeditar la revolución a un modelo que permita la suficiente capacidad de fluidez renovadora para ser capaz de amoldarse a las nuevas realidades. Hay que aprender de los errores del sistema, aunque éstos sean los mismos que le han llevado a ser omnipresente en todo el planeta, a tener el poder casi absoluto de los bienes, de los cuerpos y de las mentes de las gentes. Su error fundamental -aún siendo su máximo bastión- es el dogma, el dogma de fe con que intenta hacer comulgar a todos los individuos, a todas las sociedades. Este dogma es precisamente lo

que la revolución ecológica debe recordar para evitarlo en su camino, permitiendo todos los cambios pertinentes para solucionar los problemas que vayan surgiendo. Una vía fluida ante las circunstancias, una nueva solución, un nuevo planteamiento, una nueva verdad.

El dogma del desarrollo ilimitado no sólo no puede continuar, sino que en caso de hipotéticamente parar, el nivel actual es suficiente como para generar un enorme impacto tal en el medio ambiente, en la salud y bienestar de la sociedad, que la capacidad de autorreparación y reequilibrio de la naturaleza necesitará mucho tiempo para ser capaz de solventar el deterioro ocasionado.

La creencia acérrima de que la ciencia y la tecnología lograrían solucionar los problemas de hambre e injusticia en el mundo se ha demostrado ficticia ya que, además de acrecentar estos problemas, ha traído otros nuevos como el deterioro medioambiental y el riesgo de acabar con la naturaleza, e incluso con la vida del planeta.

Y lo que es peor, esta fe dogmática sigue vigente a pesar de todo ello y se sigue abogando por que este desarrollo científico y tecnológico arreglará en un futuro los actuales problemas. Problemas que, por otra parte, ha colaborado a crear y, es más, la dirección científica y tecnológica actual no permite albergar ninguna esperanza de que suceda, pues mientras esté en manos de los intereses que han provocado este deterioro y estas injusticias, difícilmente variará su rumbo.

Así pues, no se trata de cambiar la ciencia y la tecnología sino de cambiar a los que la dirigen, cambiar su dirección, transmutar los intereses de unos pocos por los de los muchos. No se trata de estar en contra de la ciencia, de la tecnología y del progreso, sino de que éstos estén a nuestro favor.

Sin embargo, en la sociedad subyace el pensamiento de que el ecologismo es una actitud especulativa e incluso marginal que no nos compete, y queda en una realidad más allá

de nuestras acciones cotidianas, de nuestro vivir diario. En buena parte de la gente, no existe la conciencia de que sus actos tengan efectos tan adversos como en realidad los tienen, pues en pro del consumo se les oculta el poder de su decisión personal y su efecto en el medio ambiente y en la injusticia social, pero ¿podrían modificar el curso de los acontecimientos siendo conscientes? Es posible que sí, y es posible que no, pero al tratar de despertar la conciencia tenemos posibilidad de elección, y podemos obrar por lo que consideramos ético y justo.

Uno de los mitos que intenta imponer el sistema, es el de hacernos creer la imposibilidad de cambio, que todo es tan complejo y tan enorme que nuestra actitud, nuestra acción no tiene ningún efecto sobre el conjunto. Esta es otra más de las grandes mentiras que permite que la pobreza y la destrucción de la naturaleza aumenten, pues precisamente es con nuestras actitudes, con nuestras acciones con las que se fomentan, y cambiándolas también podremos corregir sus efectos, pues una pequeña acción puede desencadenar un movimiento progresivo y exponencial, no sólo en nuestra vida, sino también en la de otras personas. Es así como podemos transformar esta absurda realidad.

Lo atroz de permitir que perviva esta situación es su inutilidad, una lucha destructiva, un mundo disparatado en aras de un sistema vano y sin sentido. Es un viaje en un rumbo equivocado, un viaje sin retorno, sin esperanza, un viaje hacia ninguna parte. No hay metas, pues todas se han descubierto falsas.

Hemos tenido el futuro en nuestras manos, hemos tenido la oportunidad de hacer un mundo progresivamente mejor, y ahora sólo queda la sensación frustrante de no haberlo logrado. Aunque, quizá, haya otra oportunidad.

La desmitificación del progreso

La expansión mundial del progreso conlleva la clonación de las culturas, de tal forma que da igual visitar un rincón u otro del planeta pues el modelo consumista y el estilo de vida es prácticamente idéntico en todos, y la verdadera cultura tradicional del lugar desaparece o queda reducida a aspectos meramente folklóricos. Al despojarles de su identidad, los pueblos pierden algo más que sus costumbres populares, pierden esa impronta implantada en su inconsciente a modo de símbolo y que les liga a su tierra, a sus gentes, enraizándoles con ellos mismos y permitiéndoles ser libres en su afinidad, eufonía ésta que el progreso arrasa.

El sistema sólo contempla a los que pueden consumir, los demás, los que no tienen capacidad adquisitiva, deben desaparecer o al menos molestar lo menos posible.

Las personas y las comunidades no son dueñas de su destino, dirigidas por enormes intereses piramidales, van cediendo a la sensación de impotencia y de derrota, que anula la capacidad de crear una identidad propia.

Al introducir el desarrollo en zonas que el progreso considera pobres, para teóricamente paliar su pobreza, se les priva de su capacidad de autogestión y de subsistencia basada en su naturaleza circundante y en sus medios de vida locales, pequeños y tradicionales. Aumentar la productividad trae pobreza para la mayor parte de la población, y al despojarle de su propia capacidad de sostenimiento aparece el paro, sus tierras se vuelven infértiles, su pesca se reduce, sus tierras, sus aguas y sus aires se deterioran. El mundo deja de ser acogedor y se vuelve inhóspito. Una lucha permanente contra los demás, contra la naturaleza, contra la vida, contra uno mismo.

Para fortalecer el lucro de las oligarquías financieras, los intereses mediáticos intentan hacer creer que el crecimiento

sólo es posible mediante el pago de un determinado precio por parte de la población; es decir, pérdida de calidad de vida, contaminación, enfermedad o muerte por tóxicos, por radiaciones, por envenenamientos alimentarios, por descenso de la capacidad inmunológica, debido a la sinergia de pesticidas, aditivos, etcétera. Es decir, para vivir en el paraíso llamado progreso hay que sufrir con los cilicios del desarrollo para el lucro de unos pocos. Quienes especialmente sufren las consecuencias de este precio son los menos favorecidos, los pobres son quienes pagan unas culpas de unos pecados que no han cometido.

Un paso importante para paliar el impacto ambiental y humanitario es la recuperación de las identidades culturales y económicas de las comunidades locales, perdidas tras el paso huracanado del desarrollo. Pero mientras no cambiemos a los dioses del consumismo, el progreso proseguirá su camino destructivo. Aunque hay que tener en cuenta que el principal enemigo de este supuesto progreso no es el ecologismo ni la opinión pública que paulatinamente va percibiendo sus contradicciones y miserias, el enemigo más importante del progreso es él mismo.

Hay que situarse ante el dilema moral de nuestros tiempos: por una parte secundar un hedonismo vacío avalando un pretendido progreso que prevalece sobre el derecho a la vida y a la libertad, o bien apostar por un proyecto de identificación ante los valores éticos y ecológicos, liberándonos del escepticismo ante la posibilidad de otras alternativas más justas y humanitarias.

Es el compromiso, el despertar, el decir basta y recomenzar de nuevo, reconstruir lo devastado, cicatrizando las heridas creando un mundo renovado, una vida en libertad.

CAPÍTULO 2

El orden dominante

Ha llegado un momento en la historia de la humanidad en que ya no se construye un modelo de sociedad, de cultura o de civilización, pues existe un orden dominante que controla tal extensión planetaria y ha llegado a tal profundidad en las mentes, que ya no precisa ser construido. La obra hace tiempo que fue terminada, ahora simplemente se autoalimenta. Este modelo dominante de civilización es altamente devastador, desligado de la verdadera calidad de vida e incluso del cuidado de la propia vida y probablemente ajeno al destino del propio planeta.

Este orden se entiende, no en su acepción como concierto y buena disposición de las cosas entre sí, sino como regla o modo que se observa para hacerlas. Y las cosas de este orden se han hecho mal, muy mal, al menos para el patrimonio de la naturaleza y de la humanidad. No obstante, el orden hipnótico de alguna manera se asemeja en su funcionamiento a la naturaleza, buscando siempre el equilibrio, la situación más adaptada a los cambios que se producen en él.

El orden ha copiado de la naturaleza su funcionamiento homeostático. La homeostasis es el equilibrio entre lo anterior que ya no es válido y lo actual, pero a diferencia de la naturaleza el orden emplea el reequilibrio para volver al punto anterior y permanecer estático, cambiando lo aparente y superfluo para así perpetuarse. Los objetivos son siempre los mismos y para esto utiliza distintos sistemas según las épocas, las situaciones y las características particulares de las zonas de implantación. Quiere ser omnipotente, omnipresente y emplea diferentes estrategias dependiendo del lugar y de la época, aunque invariablemente con igual

propósito: el control de la sociedad, de la humanidad y de las mentes de las gentes. En este contexto es fácil imponer a la población modelos de vida para ejercer más eficazmente el control como norma fundamental del orden dominante.

El orden autárquico embriaga los sentidos implantando un contexto donde es fácil que surja la semilla del egoísmo y el afán de poseer entre sus integrantes. Puede considerarse como un poder autónomo, autogestionado, pero ligado al ser humano, a sus egos y miserias, a su condición más baja, situándose más allá de lo humano, pero dentro de lo humano. Y si bien el orden precisa de la acción de las personas, puede en un momento dado llegar a prescindir de ellas, incluso a aniquilarlas si fuera preciso, al detectar un cambio en la sociedad que hiciera peligrar su dominio. Entonces actúa como si de un dios se tratase que pueda permitirse hasta prescindir del ser humano. Y así el orden nacido de los instintos humanos más primarios, de sus egos y miedos, se independiza de él, y adquiere personalidad propia, es uno de los nuevos dioses creados por el ser humano y que acaba dominándole. Pero a diferencia de otros muchos acontecidos a través de las distintas civilizaciones, éste está tan arraigado en la práctica totalidad de la humanidad que difícil va ha ser su extirpación, pues sus raíces crecen hábilmente en la mente humana. Sólo cambiando lo que pensamos, lo que queremos, lo que creemos, eliminando el miedo a la libertad y a la independencia, podremos liberarnos del opresor interior.

La duda de sí el orden establecido existe por sí mismo y bien podríamos concederle personalidad y conciencia propias o es causa de un determinado modelo social es, quizá, secundaria, la cuestión radica en la ilusión sugestiva creada en torno a las decisiones de las personas, sea éste u otro su origen.

Lo principal es que la solución está en nuestra mano, sea de una u otra manera, pero el despertar a la realidad, el permitir aflorar a nuestra conciencia, exige un trabajo interior. El primer paso parte de reconsiderar nuestras prioridades, anhelos y deseos, situando cuáles son nuestras necesidades y cuáles son realmente las metas que hacen que la vida sea más gratificante y nos permiten el reconocimiento de nosotros mismos.

La extinción del actual orden hegemónico será -si llega a ser- a través de una transformación de la conciencia. Este cambio puede ser brusco y traumático o bien un deslizamiento gradual y natural originado por la asunción por parte de muchas personas de la innecesaridad de esta situación. Pues no se trata de ver sólo lo injusto del orden preponderante sino lo que quizá sea más importante, su inutilidad.

El orden subsiste gracias a las crisis, ante una situación determinada el conflicto hace que todo vuelva a recomenzar dirigiéndose hacia una nueva crisis, el sistema es la crisis en sí; cambian las cabezas, cambian las personas pero no cambian los fundamentos. Las revoluciones habidas hasta la fecha son una forma de reequilibrio para que el orden subsista de la forma más eficaz posible. Cíclicamente se juntan aspectos críticos, económicos, políticos o religiosos, que reorganizan los poderes para darles mayor consistencia ante los cambios sociales y así seguir ejerciendo su férreo control con argumentos como el aumento del paro, el derrumbe de la bolsa, el declive económico o una oportuna guerra.

No importan las aparentes decisiones de los gobiernos, ni los movimientos sociales, ni siquiera los oscuros manejos de los grandes intereses mercantiles económicos, el destino no está en sus manos, ni tan sólo lo que sucede pues la sociedad vive embriagada, sometida a un automatismo del que difícilmente puede escapar.

Sólo desde la libertad es posible actuar de forma indepen-

diente a la sugestión globalizadora, pero esta libertad hay que lograrla desde dentro; no se puede huir de algo que está en todas partes, que domina todos los ámbitos. No se trata de desenmascarar el orden que nos rodea, éste es tan obvio y evidente que difícilmente lo identificamos. Somos como la hormiga ante la montaña. Se trata de abstraerse de la ilusión que crea y así ser capaces de reconocerlo y al tiempo reconocernos.

Hace siglos que nuestra sociedad padece este orden sistemático, la única diferencia es que amplía su poder progresivamente y en especial en los últimos años. Todas las sociedades dominantes en el ámbito planetario, han estado sujetas a una gigantesca sugestión que ha ido incrementándose exponencialmente con el paso del tiempo y conforme se han separado de la naturaleza, pues ésta establece un nexo de unión entre los procesos mentales y la realidad. A medida que la tecnología se ha ido desarrollando, esta capacidad sugestiva sobre el ser humano y en general sobre las sociedades ha aumentado. La tecnología, especialmente la aplicada a la información, ha colaborado de forma decisiva en la manipulación de los pensamientos, creando falsos mitos del progreso que han subyugado las mentes.

Así pues no es cuestión de escapar sino de distinguir entre las ataduras y la libertad, lo que nos ata de lo que nos hace libres, y esta diferencia no está en los demás, ni en las cosas, sino en uno mismo.

Dos fuerzas contrapuestas luchan intentando imponerse en la humanidad: el absolutismo y la libertad. Incluso dentro de cada persona se entabla la batalla, consciente o inconsciente, por someterse al servilismo de un sistema injusto o vivir de acuerdo con el libre pensamiento y la correcta acción.

La libertad sólo es posible para aquel cuyo pensamiento es libre, pues para el esclavo, libertad es una metáfora, un concepto vacío con el cual no sabe que hacer.

Los mismos siervos no se percatan de su situación, al igual que los considerados amos no saben que son al mismo tiempo esclavos, y así siervos y señores son cautivos e impulsores de un orden tiránico que subyuga las mentes y las conductas.

La lucha por el logro de bienes materiales y de poder como meta suprema en la vida de muchas personas, es consecuencia de la implantación de determinados mensajes en las mentes a lo largo de la historia a través de distintos sistemas, desde el despotismo más absoluto, a la monarquía más o menos autárquica, hasta la relativización de la democracia.

Las penurias sociales y la degradación de los ecosistemas tienen causas comunes. En épocas anteriores era más notoria la desigualdad social en comparación con el impacto ambiental, esto se debía a la incapacidad tecnológica para devastar tan eficazmente como hoy día el medio ambiente y a unas menores necesidades de consumo.

La pobreza se mantiene en unos niveles dramáticos similares o superiores a los de otras épocas y la degradación ecológica ha aumentado de forma significativa, debido a esta capacidad destructiva que de la mano de la nueva tecnología ha influido tan notablemente en los últimos tiempos.

El orden establecido ha aprovechado al máximo los adelantos científicos y técnicos, así como la explotación humana y los recursos adecuados a cada época, apoyando los avances en todas las áreas favorecedoras de su implantación y eliminando todo lo que pudiera resultar adverso a sus intereses.

No es que el ser humano ahora sea peor que en otros momentos de su historia o que se vaya gradualmente haciendo peor, sino que tiene más medios destructivos y dañinos y por tanto es más destructivo y dañino bajo dicho influjo.

Actualmente la humanidad se encuentra ante distintos caminos. Uno de ellos es continuar en la misma línea, acentuando los problemas medioambientales y humanitarios. Los países ricos levantarán -están levantando- barreras para

rechazar a los menos favorecidos, a los excluidos del mundo del bienestar, sin posibilidad de derribar este muro, sin la menor dignidad hacia el ser humano, ni lo más elemental en relación a la alimentación, sanidad, casa o educación.

Con esta dinámica excluyente se intensificarán los problemas zonales ejerciendo una presión sobre los países ricos, que gracias a las nuevas tecnologías aumentarán las diferencias en las condiciones de vida entre pobres y ricos.

También existe la posibilidad de que la sociedad despierte cansada del deterioro medioambiental y social y de las injusticias e intente igualar las grandes diferencias entre unos y otros abogando por tecnologías y ciencias que favorezcan el equilibrio ecológico y social, dejando en un segundo plano los aspectos especulativos, haciendo una sociedad y un mundo mejores, incluso, por qué no soñar que el orden dominante deje paso a un orden natural, donde se advierta que vivimos en una casa común, unidos por nexos comunes y objetivos afines que darán paso a la esperanza.

No se trata de cambiar el mundo, pues el mundo lo queremos tal y como es, en todo caso habrá que recuperarlo, la calidad de sus aires, aguas y tierras, su diversidad, sus culturas, lo que hay que transformar es el modelo de sociedad, el sistema dogmático, el orden dominante, creando un mundo perdurable y un lugar heterogéneo.

El sistema

Un sistema es un conjunto de reglas, principios o cosas que ordenadamente relacionadas entre sí contribuyen a determinado objeto. En el caso del actual sistema, estas normas no se relacionan ordenadamente sino en el caos más absoluto, aunque aparente una cierta eufonía desde la perspectiva de los más embriagados y satisfechos.

Todo sistema que no evoluciona, caso del actual, sólo pervive y acaba degenerando, pues la morfogénesis es una ley axiomática de todo sistema que ha de estar siempre renovándose, cambiando, recreándose. Sin embargo, este sistema es como una sanguijuela, que acaba matando al organismo que lo alimenta. Obviamente el objetivo del sistema no es su propia destrucción, pero sucede que en la actualidad se ha llegado a un punto tan grave en cuanto al deterioro de los ecosistemas y en general de la naturaleza del planeta, que el orden está advirtiendo la posibilidad de desaparecer no sólo como sistema, lo cual ocurre cíclicamente, sino como orden mismo, pues incluso la especie humana, como vehículo del orden, está en peligro de extinción.

Aunque tal vez sea tarde para solucionar la situación, el sistema intenta al menos mantenerla en unas condiciones mínimas suficientes como para no llegar a la autodestrucción y seguir detentando y aumentando el control sobre las gentes. A pesar de ello, tiende hacia su propia desaparición, pero en esta ocasión al contrario de otras épocas o incluso de otros sistemas, con él puede desaparecer la vida, al menos la vida tal y como la consideramos actualmente. Siempre habrá un futuro, aunque quizá en él no se encuentre el ser humano, y aún estando, tal vez no sea el futuro que nos gustaría, que quisiéramos.

El sistema advierte que en su vorágine desoladora intentando perpetuarse puede autodestruirse al exterminar todo, pero no puede frenar la inercia del movimiento progresivo, por lo que busca soluciones foráneas pues desde dentro del orden dominante no encuentra posibilidades de contener la destrucción por él mismo impulsada. El sistema consigue su objetivo de controlar y de manipular, pero con ello también cuestiona su propia pervivencia.

Pero para el sistema todo esto no tiene gran importancia, es la ley económica, la ley del beneficio, la ley divina ante la

cual todos deben arrodillarse. Los sacrificios en los altares en aras del dios del progreso, sacrificio de la naturaleza, sacrificio de la vida, sacrificio de la dignidad y de los mínimos derechos humanos, dioses a los que se adora sin nada que objetar con obediencia ciega y del cual se aprovechan los grandes intereses que con total impunidad, y nos hacen creer que este modelo de vida conlleva holocaustos necesarios en pro de un supuesto bienestar.

Esta injusticia se muestra más dramática y más injusta si cabe, cuando comprendemos que la humanidad es capaz de proveer de los medios de subsistencia para todos. Lo único que lo impide es la acumulación y el derroche desahogado de las elites. El sistema utiliza un método de terror psicológico para incidir en el inconsciente de las personas, convirtiéndolos en rehenes de su debilidad para enfrentarse a lo injusto. Es el miedo a perder lo que en realidad no se tiene, es el miedo de una sociedad que vive en un estado progresivo de materialismo vacío, sin razón, con la posesión como meta, fomentado por el miedo institucionalizado a perder lo que se posee o el temor a no llegar a tener lo que el sistema dice que puede llegar a tener. El sistema, mediante una moral ambigua y cambiante según sus necesidades, aboga por un prometedor futuro que nunca llega, para, de esta manera, mantener el control social que tiene como objetivo servir a intereses específicos ajenos al sentido de justicia y de solidaridad.

Hemos creado un mundo donde se generaliza la desconfianza y la lucha de unos contra otros, no hay tregua ante la consecución de un bienestar que no se alcanza pues es un señuelo del sistema que fomenta la codicia ante lo que no se tiene y el miedo a perder lo que impone como necesario y meta de toda vida.

Es un sorteo: unos pocos ganan y muchos pierden. Con la vida, con el medio ambiente, con el futuro, con la naturaleza

hay que dejar de jugar a la lotería y crear una transformación hacia el reequilibrio y la prevención. En este sorteo, en el cual nos hallamos inmersos, cada vez se excluye a más gente de entre los ganadores, pues el sistema si bien ha sido instaurado por las personas acaba siendo independiente de éstas y aunque las utilice para sus fines, prescinde de ellas cuando no le son útiles.

El papel principal del conductivismo del sistema no lo desempeña la teoría, sino fundamentalmente los clichés propagandísticos destinados al control de identidad mediante la desidentificación de la persona como ser individualizado y único. Es claro que estos clichés se diseñan teniendo en cuenta el receptor, ya sea intelectual, obrero, burgués, etcétera. Vivimos en una sociedad con crisis de identidad gracias a un sutil y violento autoritarismo que conlleva el aplastamiento de la personalidad y, como consecuencia, se produce el actual estado de deterioro ecológico y social reflejo del estado psicológico contemporáneo, pues la causa del menoscabo de los primeros es debido a nuestras acciones e inacciones y éstas van ligadas al estado mental del ser humano.

El sistema olvida que no aliarse con la ecología es un trance de enormes consecuencias, pues los riesgos medioambientales no son sólo un peligro para la naturaleza, sino también para la sociedad y para él mismo. Hay que cambiar el sistema antes de que éste llegue a su propia autodestrucción y, por lo tanto, a la destrucción planetaria.

La explotación industrial masificada hace que desaparezcan las formas de comercio y las producciones tradicionales. El sistema intenta que todo se convierta en movimiento de dinero; uno vende y otro paga. Pero muchas comunidades han funcionado a lo largo de la historia, y algunas aún lo hacen, mediante intercambios en los cuales no aparece el dinero y, claro, el sistema no puede permitirlo, pues de esta manera el libre mercado y los monopolios desaparecen y el

trueque acaba con la especulación y el mercantilismo. Así pues eliminada la comunidad, eliminado el problema, y las comunidades autosuficientes se transforman en grupos desarraigados dependientes del sistema.

El sistema procura crear la sensación de que los pobres son aquellos que no actúan como los miembros del progreso; si no visten como los medios de producción avalan o si practican una agricultura ecológica y sana es porque no saben hacerlo de otra manera. Son los retrasados del progreso, gente a la que hay que introducir en él o destruirla. Arrogancia que impide reconocer que muchas comunidades son capaces de vivir libres y autosuficientes, sustituyendo las formas homogéneas y dependientes.

Si rechazo el despotismo instaurado en nombre de la libertad, es precisamente para garantizarla, pues en ningún estado totalitario, por muy hermoso que parezca, puede florecer la libertad, aunque, como en este caso, esta palabra esté presente en todo momento como bandera del progreso de nuestros tiempos.

El fanatismo pseudodemocrático instaurado por el sistema, funde la individualidad en la masa, lo cual conduce a un mundo mecánico, insensible a las preocupaciones y las cuestiones humanas y a las derivadas de la naturaleza. Así el individuo actúa como reflejo de la sociedad en que se halla inmerso perdiendo su singularidad, limitando sus capacidades y, de esta forma, cuando el poder impide la expresión personal, desaparecen culturas y civilizaciones lastradas en la mediocridad.

El estado pierde su capacidad de diálogo con las personas siendo sustituido por el sistema que elimina de raíz la posibilidad de comunicación entre el poder y el individuo, creando una telaraña, la cual beneficia a unos pocos en detrimento de unos muchos.

Se trata de hacer transigir a la libertad con el egoísmo, la

insolidaridad y la irresponsabilidad cuando son conceptos incompatibles. La libertad se rebela contra ellos pues sólo puede conciliarse con valores igual de profundos: justicia, solidaridad e igualdad. No hay que confundir la igualdad con la uniformidad que el sistema pretende instaurar en la sociedad haciéndola monoclonica y, por lo tanto, paralizando su libertad.

Cuando las vivencias del ser humano se limitan a unas pocas y repetitivas, se produce un rechazo interno a la novedad, a aprender de la experiencia cotidiana, que limita la capacidad de pensar libremente y adoptar criterios propios ante el sistema que acaba imponiendo su modelo anulando a la persona. A pesar de ello vivimos en una época de la exacerbación del yo y del individualismo, fomentado de tal modo que se convierte en borreguismo del capitalismo y del mercantilismo como valores cumbre del ser humano.

Es necesario plantear una filosofía de lo holístico y al tiempo de lo concreto, del individuo a lo social y viceversa, de la obligación y de la opción, de los deberes y de los derechos, de la razón y de la espontaneidad, de la racionalidad y de la creatividad. Es el equilibrio de lo diverso frente al caos de lo monolítico.

La política ecológica

La actual política ecológica en el ámbito mundial es poco esperanzadora, es un parche en una nave llena de agujeros. Las reformas, siempre tardías, fracasan en los que deberían ser sus objetivos fundamentales y los poderes administrativos no saben más que aferrarse a sus privilegios.

El ecologismo superficial, instalado por el sistema como imagen dulcificadora de su destructiva realidad, se sitúa

junto a los poderes establecidos sin ninguna clase de sonrojo. En realidad el ecologismo político no existe y los sucedáneos ecologistas no pueden frenar la destrucción generada por el sistema al que colaboran en sustentar.

Los congresos, asambleas e informes advirtiendo de la tremenda realidad ecológica y humanitaria del planeta son múltiples y continuos. Pasan los años y vemos con desánimo como todo no sólo continúa igual, sino que empeora progresivamente. Ya no quedan atajos, ya no quedan parches que poner. Las señales de aviso, de tantas y tan continuadas, se vuelven parte del paisaje y ya no conmocionan a la opinión pública, se convierten en algo normal por lo habitual. A pesar de ello vienen tiempos de cambios, no como una transición urgente y necesaria, sino como algo inevitable, pues o llegan o no habrá futuro, al menos no un mañana en el cual el ser humano tenga cabida.

Las grandes promesas y declaraciones internacionales, los programas medioambientales rodeados de buenas intenciones se olvidan en cuanto se han firmado los protocolos pertinentes. Así es, se pacta lo que se sabe de antemano que no se va a cumplir. Esta es la conclusión de todas estas cumbres mundiales y, asimismo, nacionales, locales o, incluso personales, palabras vanas que se las sigue llevando el viento. La preocupación creciente de la población se alivia con los grandes abrazos de los responsables políticos.

Los encuentros intergubernamentales no surten los efectos que deberían, dado que el deterioro medioambiental continúa y las desigualdades sociales siguen en ascenso. Tras años de supuestas políticas medioambientales y ampulosas declaraciones sobre derechos humanos, la calidad del medioambiente y los problemas humanitarios no sólo no se han mitigado sino que han aumentado sensiblemente. La firma de un tratado en cuestión de medio ambiente y de derechos humanos, no garantiza su logro, más bien parece ser

todo lo contrario. Esto sucede por la presión de los grandes productores y por los intereses electorales y de poder de las principales potencias.

Vemos cómo los políticos y las administraciones no son capaces de cerrar las emisiones de vertidos tóxicos que inundan las aguas de los ríos y los mares, intoxicando a los animales y plantas que luego a su vez son consumidos.

Ante la incapacidad de proteger el medio ambiente y la salud, aparece la capacidad de negar todo peligro, con ello se solventa el problema y éste no existe. Así que, lo único que garantizan las políticas ambientalistas es maquillar la realidad.

Resulta risible ver las listas de aciertos de las políticas medioambientalistas de los países más avanzados; pero la realidad se impone a las cifras que presentan pues el aire, la tierra, el agua y los seres que los habitan, siguen muriéndose, ahogándose cada vez más por los vertidos tóxicos. ¿Qué podemos hacer para que a la lista de éxitos de la tecnocracia se una asimismo la conquista de la realidad?

Los partidos políticos deben comprometerse no sólo con lo que dicen que van a realizar, sino especialmente con lo que no van a realizar, pues este aspecto es mucho más importante que el primero, que está trillado por un sistema que dirige la política. Pero aún cabe la posibilidad de establecer criterios claros en aquello que no se debe hacer.

Hay que lograr el control de los mercados, frenar su expansión y especulación, evitando guerras comerciales, eliminando el despilfarro y la publicidad que estimule el consumo innecesario, todo ello de la mano de una política sensible a las realidades con que nos enfrentamos.

Mediante normativas coherentes con la realidad, las administraciones junto al asesoramiento de la ciencia y los avances técnicos, deben controlar la producción industrial, impidiendo la irresponsabilidad, la irracionalidad y el totali-

tarismo tecnocrático, redirigiendo la situación hacia la responsabilidad y la justicia. Entonces podremos volver a hablar de democracia como un verdadero valor social y no como una palabra hueca electoralista.

La dialéctica democrática ha quedado vacía, sin contenidos, sin sustancia, expulsada de la realidad, sólo quedan caras sonrientes escondidas tras las mentiras de la tecnocracia y la corrupción, jugando con la vida y con la muerte de pueblos y generaciones. Totalitarismo que señala como elementos peligrosos a los que indican dónde se hallan los riesgos del progreso. Así, el malvado y condenado es el dedo que señala y no el mal en sí.

Las ideologías están diluidas en una masa informe de comportamientos a expensas de la opinión manipulada de la sociedad, siendo posible cualquier coalición entre unos y otros por la expectativa de acceder al poder y, por tanto, a la posibilidad de relacionarse con el verdadero poder: el macroeconómico.

Las instituciones ligadas a la política necesitan del consentimiento de la mayoría de la población para continuar en el poder, por tanto sus actuaciones son siempre a corto plazo, tratando de satisfacer los deseos inmediatos, lo cual implica la imposibilidad de acciones eficaces desde el punto de vista ecológico y social.

Para recuperar el ambiente democrático y la libertad son precisos los movimientos sociales, el compromiso del individuo con la sociedad, con su comunidad, con los problemas más directos que les atañen y asimismo con aquellos que afecten a todas las comunidades.

El vacío de valores que acontece a la sociedad es llenado por una tecnología dirigida a acrecentar la sugestibilidad. La democracia ha sido derrocada por un totalitarismo tecnócrata, en el cual el ciudadano se halla inmerso y ante el que se siente indefenso. Pero no podemos escudarnos en la necesi-

dad de mantener un determinado tipo de vida en los países desarrollados para no hacer nada, somos quienes decidimos lo que sucede, somos cómplices y ejecutores.

El movimiento ecologista

El movimiento ecologista se mueve entre amplios sectores de la población, lo cual crea un amplio espectro ideológico entre sus seguidores. Esta situación puede hacer que aparezcan distintas facciones ecologistas o pseudoecologistas según su ideario político. Creo que si el movimiento ecologista puede llegar a triunfar dentro del gran núcleo de la población, debe desvincularse ideológicamente sin adscribirse a ninguna de las corrientes políticas actuales.

No creo en la veracidad de las propuestas de los políticos convertidos a ecologistas y en muchos casos tengo serias dudas respecto a los ecologistas que entran en política. Pienso que el movimiento revolucionario ecologista debe desligarse de los ámbitos políticos de poder, y en caso de acudir a las elecciones debe usar los votos conseguidos desde las barricadas, es decir utilizando esa fuerza conseguida a través de las urnas para que los políticos realicen las propuestas ecologistas, pero no ser ellos quienes desde la plataforma política luchen en el poder por conseguirlas, puesto que es tal la capacidad del sistema de absorber a los miembros más pertinazmente opuestos que lo más plausible es que, como en muchos casos se ha dado, acaben formando parte del sistema y dejando su esencia ecologista en una fina capa de barniz, que lo único que consigue es avalar al poder político y, por tanto, al supraeconómico, con el aspecto meramente exterior ecologista. Es más si aún en el supuesto de conseguir una mayoría absoluta que les permitiera gobernar con las propuestas que creyeran convenientes, el movimiento ecologista

no debería instalarse en los poderes públicos, debería asimismo seguir siendo oposición, pero no oposición política sino oposición al sistema, integrarse dentro de él significaría su desaparición como movimiento ecologista revolucionario.

La confusión de las ideas liberales y progresistas favoreció el deterioro del medio ambiente y las desigualdades en el mundo, y actualmente el ecologismo ingenuo, en el convencimiento de que la opresión sobre el medio ambiente y la humanidad desaparecerá tras la asunción por parte de los poderes de la gravedad de la situación, facilita el triunfo y el inmovilismo del sistema.

El que se acerca al poder, acaba formando parte de él, incluso aunque tenga buena voluntad de cambiar el sistema, pero una vez se accede a él desde esa atalaya esto es prácticamente imposible. Cuando alguien honesto llega al poder y lo intenta es rápidamente desplazado, reemplazado, cuando no eliminado. Ello es fácil de observar en todas las revoluciones habidas a lo largo de la historia, cambios traumáticos, radicales que no consiguieron sus objetivos y que incluso lo que hicieron fue fomentar lo ya existente y que con más rapidez y eficacia se instaurara en las sociedades. La revolución francesa, al igual que la rusa o la mexicana, surgieron con grandes esperanzas y lograron cambios importantes que aparentemente podrían haber modificado el rumbo social, pero que lo que consiguieron finalmente fue enraizar más al sistema, darle argumentos para fortalecerse.

Ante una crisis el sistema opta por una ruptura local y traumática cortando, en muchos casos, literalmente cabezas y reemplazándolas por otras que aparentemente van a mejorar la vida social, pero que lo único que hacen realmente es consolidar de nuevo el sistema con nuevas apariencias y en caso que alguno no lleve esta línea, es rápidamente reemplazado sin tardanza y sin ningún miramiento.

Si el ecologismo quiere ocupar un lugar relevante en el futuro inmediato será por la evidencia de sus argumentos y no por la razón que da el poder.

Existen una serie de prioridades en las acciones y pensamientos humanos; en primer lugar está sobrevivir, alimentarse y, posteriormente, logrado un entorno estable y seguro, empiezan otras preocupaciones, caso de la denuncia de la destrucción de la naturaleza y de las injusticias humanitarias. ¿Es pues que la ecología es algo que preocupe sólo a los ricos? Evidentemente no se puede plantear así la cuestión, pues los pobres, los oprimidos tienen otras necesidades más perentorias, otras inmediatas. Después, una vez solventado esto, es posible plantearse otras circunstancias aun siendo de la enorme importancia de las que estamos tratando aquí. Pues es precisamente en la recuperación de su medio natural en donde encuentran la garantía de su supervivencia.

Vemos por doquier cómo surgen movimientos sociales, especialmente en las comunidades más oprimidas, frente a la injusticia, ante la pérdida de su medio natural de subsistencia. Por otra parte ya ha quedado en el olvido, cuando a los ecologistas se les tachaba de personas que se ocupaban de asuntos banales para matar el aburrimiento.

Es, pues, desde los países ricos, desde la abundancia, desde donde hay que encontrar los caminos para dirigir a la humanidad hacia, en primer lugar, la conservación de la naturaleza uniendo a ello el satisfacer las necesidades básicas de la población mundial, actuando para lograr una sociedad auto-suficiente y, en segundo lugar, hacia su evolución. Pero es en el ejemplo de comunidades menos desarrolladas, más cercanas a la naturaleza y a un modo tradicional y eficaz de vivir, en donde surge la semilla de la oposición efectiva a las políticas del libre mercado.

Puesto que todos somos ejecutores y al mismo tiempo víctimas, y comprendiendo que estas situaciones son evitables,

y puesto que la amenaza es generalizada, todos somos potencialmente revolucionarios y parte de un movimiento social capaz de transformar la sociedad contemporánea. Los problemas actuales, tanto ecológicos como humanitarios, son fruto de nuestras decisiones e indecisiones, de nuestras acciones e inacciones.

La mayor equivocación del movimiento ecologista ha sido olvidar al individuo, olvidar al ser humano y a la sociedad, focalizando sus intereses en el medio ambiente; de la misma forma que la tecnología ha dejado de lado a la ecología fundamentándose en los intereses especuladores.

El número de enemigos del ecologismo es tan grande como las fuerzas que han ocasionado los problemas humanitarios y el actual deterioro del medio ambiente en que vivimos. Cuando el sistema detecta a un enemigo tan poderoso como puede ser el ecologismo activo, intenta su desprestigio, procura derribarlo por todos los medios, tanto en el ámbito global como en el personal de sus elementos más destacados, y al propio tiempo intenta integrarlos en su propia dinámica como grupo, como fenómeno y asimismo también a sus más relevantes activistas.

En la actualidad existen fuertes asociaciones ecologistas, sin embargo, no hay un nexo de unión que facilite un reforzamiento de su imagen pública, que permita la consolidación del movimiento ecologista como un movimiento social. En este momento son núcleos relativamente cerrados con aparición en los medios de comunicación de forma continua, aunque escueta y anárquica, lo que no da una imagen de consolidación social.

La sensación de falta de estructura o mejor dicho de movilidad impide que los grupos ecologistas y de ayuda y reivindicación humanitaria se transformen en un movimiento generalizado. El sistema lucha encarnizadamente para que el ecologismo no acabe convirtiéndose en un movimien-

to al margen del sistema, intenta integrarlo dentro de su propia estructura para que así no pueda desmantelarla.

Así se mezclan asociaciones, entidades no gubernamentales, algunas con un claro cariz y substrato ecológico, y otras que al amparo de las instituciones e intereses mercantiles fomentan únicamente su propia imagen, la apariencia de cambio para que nada cambie.

Los partidos políticos añaden siglas ecologistas, se alían con partidos supuestamente verdes, para así lograr el voto de ese estrato social que empieza a preocuparse por el medio ambiente o incluso de aquellos que comprenden que el ecologismo puede ser la solución de muchos de los problemas planteados por la sociedad actual. La fusión de política y ecología no puede dar resultado, pues el ecologismo acabaría avalando a quien genera el problema: al sistema. La política acaba transformando la ecología en algo administrativo-mecánico.

Los movimientos verdes trasladados a la política peligran ante el baño de ecologización de los otros partidos. Pero el mayor enemigo del movimiento ecologista está en ellos mismos, entre las posturas enfrentadas, unos prestos a colaborar con el sistema para ir transformándolo paulatinamente y otros que plantean una estrategia antisistema.

Quizás entre estas dos vertientes exista una vía de metamorfosis de la sociedad dentro del sistema pero contra el sistema. No se trata de reformar el sistema, éste no lo permitirá lo que hay que intentar es transformar a la sociedad, así el sistema desaparecerá gracias a los cambios de vida y a las actitudes decisivas para un nuevo modelo de vida. No hay que destruir al sistema hay que dejar que se diluya en su inoperancia para acometer las soluciones que debe reclamar una renovada sociedad.

Las soluciones en ningún caso pueden venir de la mano del propio sistema, a pesar de que cada día se imponga más

esta opción. Se aduce que el sistema, con sus avances tecnológicos, con su capital, con sus estructuras tanto administrativas como otras supuestamente independientes, traerá, antes o después, la solución al problema; esto obviamente es falso, debido a que el sistema es absolutamente inoperante, porque él mismo es el problema.

Desde muchos medios de comunicación, se plantea al ecologismo vanguardista como reaccionario, como movimiento extremista ambiental, cuando precisamente el extremismo procede de estos medios de comunicación que fomentan la destrucción, por su convivencia con los causantes o por omisión de realidades y alternativas, en contra de los verdaderos intereses de la sociedad.

Una de las ventajas del progreso industrial y tecnológico dominante frente al ecologismo es que el progreso siempre manda un mensaje positivo publicitando sus ventajas y la bondad de sus productos y sistemas, aunque todo sea falso, una gran mentira hábilmente propagada y diseñada. Por el contrario, el ecologismo ha estado siempre denunciando lo negativo, lo malo del sistema, lo malo del progreso, dejando a un lado las grandes ventajas de las opciones que propone y de los modos de vida que plantea como alternativas. Así la población recibe por una parte un mensaje falso pero positivo y por otra uno verdadero pero negativo.

La propaganda antiecológica ha adoptado tintes sutiles. Actualmente no es popular atacar de forma directa al ecologismo como idea, entonces el sistema trata de desprestigiarlo e incluso de dividirlo en grupos y organizaciones que poco a poco va controlando. Por ello es fundamental para el desarrollo del ecologismo que éste esclarezca sus posiciones y logre una unidad de acción en su labor por la paz y la justicia.

Es generalizada la impresión de que los partidos verdes, los ecologistas, no están preparados para asumir tareas de

gobierno, ciertamente es así, porque de alguna forma, aunque sea inconscientemente, el movimiento ecologista no está organizado, y no lo está porque no debe gobernar, esa no es su tarea, lo suyo es estar siempre en las barricadas incluso ante sí mismo, evitando el dogma, evitando el formar parte de los poderes, evitando enclaustrarse en sí mismo.

Los movimientos sociales y ecologistas deben renovarse constantemente porque son un movimiento joven, siempre rejuvenecido, independientemente de la edad de sus militantes.

No hay que confundir al ecologismo con ninguna clase de secta, ni de movimiento espiritual y, en ningún caso, puede tener tendencia política, ya sea de derechas, de izquierda o de centro. De cualquier manera estos conceptos han perdido sentido en la clonificada vida política actual, especialmente en los países occidentales u occidentalizados.

Creo que es importante recalcar que el ecologismo no debe tomar parte de los vínculos políticos y programáticos del progreso, y convertirse en lo que trata de solventar, es decir formar parte del desarrollo. El ecologismo ha de transformar el desarrollo actual por un movimiento social de diálogo abierto a los problemas humanitarios y medioambientales, integrando a la naturaleza y al ser humano en un mismo contexto, pues el desarrollo ha dejado bien claro que si no se consensúan los intereses de ambos y se sigue una evolución pareja no lograremos solventar las graves dificultades actuales.

Efectivamente, el ecologismo debe manifestarse a través de movimientos sociales antes que convertirse en estructura política. Esto está más acorde con su pensamiento, pues el ecologismo al igual que la naturaleza ha de estar siempre en constante transformación, en un cambio permanente. Esta dinámica es difícil de lograr en un partido político debido a la rigidez de sus estructuras; sin embargo, como movimiento social puede integrar planteamientos y soluciones globales, y

a su vez diferenciados a cada situación, a cada momento, a cada lugar, e integrar posiciones divergentes sin que ello resulte una contradicción en sí mismo, pues es la evolución constante a través de las peculiaridades de los distintos lugares, personas, circunstancias y momentos. Por ello sus caminos nunca son rígidos, sino cambiantes y ágiles, puesto que el pensamiento ecológico no es estático, sino fluido, transformador no sólo del medio, de las personas o de la naturaleza en evolución, sino de sí mismo como proceso dinámico, como proceso vital, es reflejo de la propia naturaleza incesantemente viva, constantemente cambiante incluso contradictoria dentro de su lógica natural. La ecología plantea soluciones y caminos sencillos frente a situaciones complejas, ya que las relaciones interactuantes de los seres vivos y en general de la naturaleza así lo son.

El orden dominante ha cambiado con respecto al ecologismo y después de rechazarlo y desacreditarlo ha pasado a atraerlo y alabarlo. Las grandes cumbres políticas de los últimos años han ido dando la razón a las tesis ecologistas tan denostadas hasta la fecha, cuando sus ideas y proclamas fueron tachadas como terrorismo dialéctico ambiental. Ahora el sistema acepta al ecologismo y le cataloga como maduro, pues ha dejado la radicalización de lado cuando en realidad lo que ha sucedido es que en parte ha sido absorbido por el sistema. Esperemos que esta supuesta "maduración" no le lleve a la integración total en el sistema perdiendo su esencia renovadora y "verde". Aunque esto no parece que vaya a suceder, tal como hemos visto en las manifestaciones en diferentes zonas del planeta en contra de las políticas excluyentes de los poderosos.

Los verdes han variado su estrategia pasando de una época puramente filosófica a otra meramente pragmática donde el sistema acepta parte de sus propuestas ya que comprende que su supervivencia está en juego. La reconversión

de las industrias contaminantes, el cambio de estrategias energéticas, el control de las emisiones de gases del tráfico, la gestión de residuos, la penalización del consumo insostenible de recursos naturales son algunos planteamientos importantes pero que no deben esconder la necesidad de una filosofía fundamental que ligue a un movimiento que se advierte sectorializado frente a los retos fundamentales a escala planetaria.

La mundialización del movimiento ecologista es una de las premisas para lograr no sólo acometer soluciones a los problemas medioambientales de impacto planetario, sino para poner en marcha planteamientos globales cuya base sea la ecología, la justicia y la solidaridad.

Una red internacional representando los problemas locales y sus repercusiones generales permitirá dar un nuevo paso de lo local hacia lo global, sin olvidar que el poder del ecologismo parte fundamentalmente de las pequeñas acciones en los ámbitos directos, de persona a persona. Aunque se pueda influir en las grandes decisiones las actuaciones deben ser locales pero con miras globales.

El ecologismo huye del orden piramidal, pero busca un objetivo común que propicie la interacción de todos los poderes y movimientos sociales hacia un objetivo común, estableciendo un punto de encuentro del ser humano con el ser humano y con el mundo que le rodea, con el universo en que vive. El riesgo de esta estructura ecuménica radica en el sistema, pues éste tratará de introducirse para manipular tal como hace en los grupos locales mediante la política, los medios de comunicación y los voceros de los grandes intereses que inundan con su palabrería mediática el fondo de la cuestión.

Hasta el momento fallan las responsabilidades, pero por primera vez en la historia surge un movimiento, que plantea la solidaridad en el ámbito mundial y comienza a dilucidarse

quiénes son los depredadores y quiénes los depredados, aunque finalmente todos sean víctimas. Es fundamental conocer las actuaciones y posicionamientos de empresas, instituciones o gobiernos y de esta manera poder actuar en consecuencia.

Hay que proponer alternativas de real y posible ejecución y no utopías a pesar de que el sistema intenta desprestigiar las opciones verdaderamente sociales tachándolas de quiméricas e ilusorias, cuando sin duda lo utópico e irreal es tratar de continuar en la misma línea de desarrollismo. Es cierto que el movimiento ecologista ha navegado en muchas ocasiones, y durante mucho tiempo, por la utopía, pero de ésta nacen las bases sólidas para un proyecto viable que ligue a toda la humanidad en un proyecto común más justo y más solidario, que la dirija hacia una configuración que dé sentido al significado vital de la existencia humana.

CAPÍTULO 3

El planeta: un inmenso vertedero

El punto crítico en el que nos encontramos se refleja a través del cambio climático, la reducción de la capa de ozono, la contaminación del mar, de las aguas continentales, del aire, de la tierra y de la pérdida de la diversidad biológica; es la respuesta de un planeta agredido ante la desmedida codicia de la cultura dominante.

La degradación del medio ambiente es consecuencia de la forma de entender el progreso y la sociedad, especialmente por su dirección consumista.

Los grandes intereses mercantiles intentan enmascarar el origen o la concausa de muchas de las llamadas catástrofes o desastres naturales: la erosión, las inundaciones, la desertización, incluso los huracanes y los terremotos, no se deben en muchas ocasiones tan sólo a procesos naturales, sino a la actividad humana. La deforestación, las pruebas nucleares exteriores o subterráneas, la contaminación, etcétera, todo ello forma parte de la alteración de los procesos naturales cuyas consecuencias se constatan en la modificación del clima, la alteración de los procesos vitales de la tierra que, saturada, reacciona de la única manera posible.

Es el momento de cambiar el concepto de crecimiento desde el punto de vista económico y de consumo por el del mantenimiento, regeneración y reparto equitativo, pues el desarrollo sostenible o el crecimiento sostenible, son términos ambiguos e interesados.

El mayor esfuerzo e inversión debe orientarse en la búsqueda de alternativas a lo contaminante, a lo destructivo, centrándose en las energías limpias derivadas de lo eólico, de colectores de energía de las mareas, celular, fotovoltaica, así

como mayor eficiencia en el reciclaje y la reutilización de materiales. Además, contamos con alternativas como la agricultura ecológica, la reforestación, el aterrazamiento, el drenaje, los caminos, la conservación de la naturaleza y del paisaje, la reorientación de los procesos industriales y de las tecnologías, el acercamiento de los medios de producción al lugar de consumo, andar, pasear, el uso de bicicletas y otras alternativas no contaminantes y saludables.

Hay que dirigirse hacia una economía que no obligue a llevar productos de una zona a otra, así se restringirá uno de los grandes problemas de contaminación derivados de la distribución y se limitará el poder de los grandes monopolios, especialmente en el terreno de la alimentación.

Un primer paso es la estabilización del consumo y de la economía en los países más desarrollados y proveer a los menos favorecidos de los medios adecuados para que logren erradicar la miseria y avancen hacia la igualdad, pero no en cuanto al consumo, sino en cuanto a la capacidad de autogestión y autosuficiencia.

Estamos a tiempo de colaborar con la naturaleza a regenerar los bosques, la tierra, los ríos, los mares y la biodiversidad.

El agotamiento del planeta

Antiguamente el sistema ecológico era capaz de asimilar gran parte de los desechos del sistema económico; la tierra, el agua y el aire tenían capacidad suficiente para absorber las diferencias entre la producción de contaminantes y los desperdicios. El consumo ha crecido de tal manera que ha sobrepasado las posibilidades de la naturaleza en cuanto a dar recursos y recibir desechos. Uno de los problemas fundamentales del deterioro ecológico está en la finitud de los recursos, pero asimismo en los límites de recibir residuos.

El crecimiento basado en el consumo de recursos es un claro obstáculo para la sostenibilidad, pues lo que aumenta son sus desechos. Éstos se convierten en un cáncer para el planeta que hace la función de vertedero. Efectivamente, el sistema ecológico se convierte en vertedero del sistema económico, y ambos no pueden crecer al unísono ilimitadamente, ya que la capacidad del ecosistema como fuente de recursos y como receptora de desechos es finita y se ha llegado a ese fin, a la saturación.

El afán de beneficios ilimitados y el aval de los poderes políticos han perpetrado la contaminación del aire, de las aguas, de la tierra, la deforestación, en fin, los grandes problemas ecológicos. Siendo que es el desarrollo y sus múltiples manifestaciones quien causa el deterioro medioambiental, las actividades que mayor impacto causan en el medio ambiente son las industrias del petróleo, petroquímicas, metalúrgicas, eléctricas, así como la agricultura, la construcción de edificios y de carreteras, los servicios públicos, el transporte y la minería. Veamos a continuación algunos de estos efectos en el medioambiente.

La atmósfera

La vida en nuestro planeta se enfrenta a dos grandes amenazas medioambientales: el cambio climático y la destrucción de la capa de ozono. Aunque sus consecuencias pueden ser igualmente devastadoras, su origen físico es fundamentalmente diferente pero existen ciertos nexos comunes entre ellos: ambas problemáticas se originan por la actividad industrial emisora al aire de gases que se van acumulando en la atmósfera. Los efectos de los dos problemas no se circunscriben al ámbito local sino que son planetarios, y no sólo en la actualidad sino que se mantendrán y lo que es más probable aumentarán en el futuro.

El cambio climático

Hace más de cien años que ya se relacionó la contaminación, la combustión industrial con el aumento de la concentración de dióxido de carbono (CO₂) en la atmósfera, y que esto traería un recalentamiento generalizado en el planeta; pero una vez más, se desoyeron estas realidades y se obviaron en favor de intereses especuladores.

Durante más de un siglo, se ha tratado de ligar el aumento de temperatura global, y el hecho de que los inviernos y los veranos fueran progresivamente más calurosos, a meras cuestiones estadísticas, a la actividad solar o a cambios climáticos entre periodos glaciares, todo ello intentando desvincularlo del impacto causado por el quehacer humano. No es hasta hace pocos años cuando ya de forma ineludible se plantea la relación causa-efecto entre la actividad humana contaminadora y destructiva y estos impactos climáticos.

El análisis de las temperaturas de los últimos 160 mil años -mediciones que se lograron a partir de burbujas de aire fosilizadas en el hielo de la Antártida-, han dado la prueba inequívoca del impacto de la actividad humana en el calentamiento global.

La Tierra ha mantenido durante millones de años un relativo equilibrio térmico gracias al efecto invernadero natural. Esta estabilidad en la cual se suceden épocas frías y cálidas ha permitido la aparición y evolución de la vida en el planeta en una sinergia entre la vida orgánica y el medio ambiente.

Desde el comienzo de la industrialización descontrolada se ha producido un aumento más rápido de la temperatura global que en toda la historia de la humanidad. En los cien años de los cuales existen registros de temperatura, los últimos han sido los más calurosos. Desde hace poco más de un siglo la temperatura media del planeta ha aumentado, pero desde mediados de los años setenta el aumento de tempe-

ratura ha ascendido vertiginosamente siendo que a partir de 1983 se han padecido los años con temperaturas más elevadas de la historia. El aumento de temperatura generará, como ya comienza a hacerse patente, un impacto medioambiental para el cual la sociedad no está preparada.

El cambio climático no es ya sólo una amenaza de enormes proporciones sino una realidad cuyos efectos catastróficos aumentan exponencialmente. Este cambio se produce por el efecto invernadero, generado a su vez en gran medida por el aumento de dióxido de carbono en la atmósfera debido especialmente a la combustión de petróleo, carbón y gas natural. Las industrias contaminadoras que vierten a la atmósfera el dióxido de carbono, no están prácticamente sujetas a ninguna clase de control. Además de dióxido de carbono, otros gases participan en el calentamiento del clima a través del efecto invernadero en un cincuenta por ciento. Otro factor asimismo importante lo constituye el metano (CH_4), los clorofluorocarbonos (CFC), el óxido nitroso (N_2O) y el ozono (O_3), aún siendo menos las cantidades de estas sustancias que la de dióxido de carbono, éstas son mucho más dañinas para la atmósfera que también se convierte en un inmenso vertedero del progreso.

El metano se produce de diversas formas: en los arrozales y en el estómago del ganado vacuno, en la minería del carbón, en la extracción de gas natural o en la descomposición de la biomasa y en el compostaje. El gas metano que se genera por la fermentación anaeróbica de la materia orgánica supone la mitad de los gases producidos en los vertederos. El óxido nitroso se genera también en el compostaje y en buena parte de los procesos de combustión. Su vida media en la atmósfera es de más de ciento cincuenta años, mientras que la del metano es de catorce años. El metano y el anhídrido carbónico, que se produce también en la incineración y quema indiscriminada de las basuras colaboran de forma notable en la ele-

vación de la temperatura del planeta. Además de ser un contaminante, el gas metano es un potente explosivo y la causa de los incendios accidentales en los basureros y la consiguiente contaminación que se produce.

Si se evitaran las pérdidas provocadas por las fugas de los gasoductos o las instalaciones de extracción y se aprovecharan los gases de los vertederos para conseguir energía, se reducirían en gran medida las emisiones de metano y óxido nitroso.

Pero debido al actual descontrol y desidia política a pesar del enorme e injustificable coste social que supone, las estimaciones de los efectos de este veloz calentamiento del planeta son poco alentadoras. La cuantía del efecto invernadero es astronómica para la sociedad, y por muchas multas que tuviesen que pagar los contaminadores, incluso con carácter retroactivo, las consecuencias que suponen su impacto para la sociedad y la naturaleza son impagables e inaceptables.

El aumento de temperatura hará que buena parte de las playas desaparezcan por la elevación del nivel del mar al irse derritiendo los hielos de los polos, lo cual originará una migración de millones de personas desde las zonas costeras al interior. Teniendo en cuenta que más de la mitad de la población mundial vive cerca de las zonas marítimas y de los ríos, esta situación generará una gran tensión social, sin olvidar los daños materiales en las ciudades costeras y los elevados costes económicos que conllevará salvar ciertas zonas de desaparecer bajo las aguas.

El aumento de temperatura en el planeta, viene ligado a una subida del nivel de agua de los mares, lo cual irá -en caso de seguir la actual tendencia-, unido a un incremento de los ciclones especialmente de las zonas tropicales. Muchas islas desaparecerán bajo las aguas, y otras se verán cíclicamente inundadas y asoladas por tempestades, ciclones; otras, por el contrario, se convertirán en desiertos creando condiciones de inhabitabilidad en muchas zonas del planeta.

Otro aspecto del cambio climático inducido por las actividades contaminantes humanas, debido en buena medida a los efectos de los gases generados por la combustión de fósiles al concentrarse en la atmósfera, es la destrucción de bosques y praderas al impedir su capacidad de absorber dióxido de carbono. La deforestación está directamente relacionada con catástrofes a las que ya no podemos seguir denominando naturales: huracanes e inundaciones tienen un origen artificial en cuanto a que no son fenómenos derivados de procesos naturales sino antinaturales.

Los resultados del cambio climático ya se están empezando a advertir, y es previsible que en poco tiempo sus efectos vayan siendo cada vez más acusados. El aumento de la temperatura tiene un impacto en la salud humana, así como en la de los animales, plantas y bosques, las lluvias y la humedad del suelo. Incendios forestales, erosión, desertificación, sequías desoladoras y sucesivas inundaciones y tormentas como consecuencia de los errores y desvaríos humanos, ya irreversibles pero todavía minimizables.

Ante la pregunta de por qué se ha llegado a este extremo de deterioro medioambiental teniendo la capacidad científica para detectar estos riesgos y prevenirlos, la respuesta está en que la ciencia de la mano de los intereses especuladores adopta una postura contraria a la lógica más elemental. La mafia científica exige pruebas que resulten irrefutables contra todo lo que sea rentable para las grandes empresas, pero avala todo nuevo elemento beneficioso para estos intereses sin plantear ninguna duda, ni objeción. Esta situación hace que en muchas ocasiones no se puedan evitar los efectos nocivos sobre el medioambiente y las personas de muchos de los productos y sistemas que salen al mercado. Así la sociedad asume los riesgos y los costes, que generalmente son inaceptables, y el fundamentalismo económico recoge los beneficios.

El sistema favorece a los que más consumen que son quienes más han impactado sobre el medio ambiente, y concretamente los que más han contribuido al efecto invernadero, y quienes en un futuro, ya presente, también se verán afectados de una forma desoladora, en caso de que no se adopten medidas inmediatamente, que palien estas ya seguras consecuencias. Pero para lograrlo hay que cambiar los criterios actuales de bienestar y calidad de vida.

Los gobiernos reconocen que los efectos provocados por el calentamiento pondrán en peligro los fundamentos sobre los que está basada la sociedad del progreso y en general todas las sociedades del planeta, incluso que amenazará la propia existencia de la vida en el planeta: escasez de agua potable, falta de productividad de las tierras de cultivo y de los mares, propagación de epidemias, desabastecimiento de alimentos o aumento de cánceres de piel y ceguera. En la actualidad ya comienzan a percibirse y padecerse las consecuencias de estos efectos. La respuesta de los gobiernos ante estos problemas es tardía, lenta, ineficaz e insuficiente. Sólo mediante acuerdos internacionales coherentes con la magnitud de la situación será posible eliminar el problema o al menos paliarlo. Estas medidas han de ponerse en práctica y reforzarse con urgencia, para que se conviertan en un instrumento eficaz para detener el cambio climático. Sin embargo, las reducciones de las emisiones de gases a la atmósfera logradas en las cumbres internacionales son sólo mínimos parches gracias a las presiones de los grandes intereses económicos sobre los gobiernos.

La reducción de las emisiones pasa por impedir la construcción de nuevas centrales térmicas y eliminar progresivamente las existentes mediante alternativas energéticas limpias. La eficiencia y el ahorro energético y las energías limpias y renovables forman parte de las soluciones para cuidar el aire, pero no será la solución, pues ésta debe partir de cambios más pro-

fundos. Luego, ¿no será el aumento térmico del planeta semejante a la fiebre en las personas? Esta fiebre o aumento de temperatura es una respuesta del organismo ante un agente patógeno y, en este caso, el elemento agresivo para el planeta es el ser humano.

La capa de ozono

A principio de los años sesenta científicos independientes vaticinaron que los clorofluorocarbonos (CFC) dañarían la capa de ozono, pero, como siempre en estos casos cuando existen intereses económicos y políticos, se trató de soslayar estos datos desprestigiando a los autores y su trabajo tratando que no se difundiera y que además no se investigara en esta línea.

En 1981 se detectó por primera vez el agujero en la capa de ozono de la Antártida, inmediatamente, estos datos fueron rechazados arguyendo errores en los aparatos, pero no sólo se confirmaron sino que se comprobó que el agujero existía ya como mínimo desde el año 1979. Desde la primera constatación, el deterioro ha seguido aumentando de magnitud, y en el año 1987 la capa de ozono era la mitad de espesa que en 1970.

Éstos y otros sucesos indican la incapacidad de la ciencia y de la tecnología para comprobar lo que realmente tiene importancia para la vida humana mientras sigan en manos de los promotores del problema, pues este inmenso agujero tenía entonces una extensión superior a la de los Estados Unidos y una altura mayor a la del monte Everest.

Posteriormente los estudios han seguido indicando que la capa de ozono que rodea el planeta sigue adelgazando progresiva y rápidamente con evidentes daños sobre la biosfera, incluso con una velocidad mayor que la estimada en los cál-

culos precedentes. El efecto más importante es la radiación ultravioleta que llega a la superficie terrestre procedente del sol; ésta se ha incrementado progresivamente en los últimos años debido a la destrucción del ozono de las capas altas de la atmósfera.

Quizás el efecto más peligroso en nuestra salud sea la reducción de la eficacia del sistema inmunológico, lo cual conlleva una vulnerabilidad ante tumores, parásitos y enfermedades infecciosas. Se comprueba una mayor incidencia de casos de cáncer de piel y de enfermedades oculares, especialmente cataratas. Asimismo se ha producido un descenso en las cosechas y en la pesca, así como un desequilibrio en la masa vegetal, lo cual se traduce en un impacto de tal magnitud sobre los ecosistemas terrestres y marinos que hará que muchas especies desaparezcan, tal como ya está ocurriendo especialmente en las zonas más afectadas. Todo ello en pro del lucro de unos intereses económicos asesinos.

Existe una coincidencia generalizada entre la comunidad científica independiente en cuanto a que el proceso natural de descomposición del ozono se ha acelerado de forma considerable debido a la presencia de átomos libres de cloro dispersos durante la desintegración de los clorofluorocarbonos. Estos compuestos tienen muchas aplicaciones industriales como refrigerantes, agentes impulsores para espumas, disolventes para paneles de circuitos eléctricos y propelentes de aerosoles. Los clorofluorocarbonos que se emiten en la biosfera tardan diez años en llegar a la ozonosfera y su efecto devastador se mantendrá durante cientos o miles de años al tardar entre cien y ciento cincuenta años en reducir su volumen a la mitad, con lo cual el impacto sobre la capa de ozono tardará miles de años en desaparecer.

La emisión de gases que destruye la capa de ozono sigue aumentando, siendo los mayores daños actuales los ocasio-

nados por los gases emitidos a comienzos de los años ochenta, cuando aún la emisión de clorofluorcarbonos era muy inferior a la actual. Con lo cual, aunque parásemos absolutamente de emitir gases en la atmósfera, todavía se generará un importantísimo deterioro creciente durante los próximos años. Si se eliminara la emisión de estos contaminantes la atmósfera gradualmente a lo largo de cientos de años podría recuperar, esperemos, la normalidad. Sin embargo, dudo que esto sea así pues se comprueba que, en vez de parar la emisión o al menos reducirla, va en aumento. Hemos roto el equilibrio ecológico, y esto se traduce, y se traducirá, con mayor rotundidad sin ninguna duda en un impacto sobre la salud humana y sobre la producción de alimentos.

La globalización de los daños queda bien patente en el caso de la capa de ozono. Los clorofluorcarbonos se emiten desde zonas industriales, y sin embargo, el principal agujero se concentra encima de la Antártida, lo cual demuestra que los daños no suceden tan sólo donde se contamina, sino en lugares donde en ningún momento ha habido emisión de dichos contaminantes. Los efectos generados por la radiación ultravioleta afectan a todos los rincones del planeta desde las más altas montañas a los más recónditos lugares, asimismo afecta a todos los seres vivos desde los más diminutos organismos a los más gigantescos.

Las empresas causantes de esta situación, lejos de buscar alternativas inocuas están tratando de imponer como sustitutivos los hidroclorofluorcarbonos (HCFC) y los hidrofluorcarbonos (HFC). Sin embargo, estos compuestos siguen siendo dañinos para el medio ambiente y, aunque algo menos que los clorofluorcarbonos, destruyen igualmente la capa de ozono acrecentando el calentamiento del planeta.

¿No sería más coherente acceder directamente a opciones no agresivas para la naturaleza y más seguras para la humanidad sin pasar por inoperantes parches intermedios

al son de intereses mercantiles? Sin olvidar los elevados costes industriales de los nuevos equipamientos, las transformaciones necesarias para la nueva fabricación y la capacitación de los trabajadores especializados y más cuando en la actualidad hay alternativas tecnológicas medioambientalmente seguras y prácticas. Por ejemplo, existen alternativas a los frigoríficos y congeladores sin gases dañinos para la capa de ozono ni para el clima que utilizan hidrocarburos naturales como el propano, isobutano, ciclopentano, etcétera.

Es urgente la prohibición del uso de cualquier gas que afecte a la capa de ozono y la utilización de alternativas no lesivas ya existentes para todas las aplicaciones de los actuales gases destructivos.

Por otra parte, se cree que al menos una tercera parte de la destrucción de la capa de ozono se debe al bromuro de metilo, ya que en su aplicación al suelo buena parte de él pasa a la atmósfera y en la estratosfera destruye la capa de ozono. Aunque además entre sus efectos hay que incluir la toxicidad para la salud humana y la contaminación de las aguas subterráneas, entre otros estragos ambientales como es la pérdida de biodiversidad y la aparición de nuevas enfermedades que implica su uso.

El bromuro de metilo es utilizado en agricultura y aunque en realidad, sólo sirve para el control de un pequeño número de hongos y para los nematodos formadores de nódulos, y de ningún modo para virus y bacterias. Actualmente se ha reducido su uso limitándolo a usos temporales y críticos cuando se argumenta que no hay alternativas aunque en realidad lo que hay es falta de información, pues el control de los patógenos de la tierra mediante la energía solar (solarización), la utilización de los gases originados por la descomposición microbiana de la materia orgánica, la diversidad agrícola, unido a los conocimientos tradicionales de control

biológico usando variedades resistentes, injertos, rotación de cultivos y barbechos, así como la correcta planificación de las zonas más adecuadas para cultivar, y las mejores épocas de plantación y recolección permiten la eliminación de prácticas agresivas para la naturaleza y la salud.

Sin embargo, entre todos los focos contaminantes que se emiten a la atmósfera destaca la aviación como uno de los más preocupantes y al que, quizá, se le presta menos atención. El aumento exponencial del tráfico aéreo de pasajeros, mercancías y militar como exponente de la política de mundialización conlleva un aumento de los contaminantes que sin ser en cantidad más que los emitidos por otras actividades humanas, si que es mucho más impactante debido a que se liberan en zonas muy vulnerables tal como son la alta troposfera y la baja estratosfera. En estas zonas los efectos negativos se advierten mucho más determinantes, debido a la dificultad de su eliminación en comparación con las mismas dosis emitidas a bajas altitudes.

Los nuevos proyectos de la aviación comercial y militar no resultan nada halagüeños para paliar esta situación sino todo lo contrario. Las nuevas generaciones de aviones supersónicos se plantean mucho más contaminantes, y puesto que esta polución se produce en la estratosfera permanece mucho más tiempo debido a la reducida capacidad de renovación del aire de esta zona. Aún se está a tiempo de prohibir esta nueva flota de altos vuelos y de ir paulatinamente limitando el tráfico aéreo y mejorando su eficiencia y cambiando este tipo de transporte por otros transportes colectivos menos impactantes para el medio ambiente caso de los trenes convencionales, que mejorando sus prestaciones y velocidades sin llegar a las de muy alta velocidad son mucho menos contaminantes y más cercanos a la escala humana.

El agua

Buena parte de las aguas dulces del planeta se encuentran totalmente degradadas o gravemente amenazadas. Las aguas continentales están en retroceso al no haber sabido preservar sus ciclos, su calidad, su cantidad y diversidad tan necesarias para infinidad de especies, para el equilibrio de los ecosistemas y de las propias industrias pesqueras.

Hay que disfrutar del agua sin degradar los ríos, los humedales y los acuíferos subterráneos. Hay que tener en cuenta que ríos, lagos y humedales son hábitats que sustentan ecosistemas con infinidad de interrelaciones que no pueden ser destruidos sin cometer un acto vandálico contra la naturaleza, contra nosotros mismos, pues estos daños revierten posteriormente en la sociedad de múltiples formas. Estos maravillosos regalos de la naturaleza debían ser catalogados como zonas especialmente protegidas. Un río durante su transcurrir va generando vida que culmina al desembocar en los mares, creando deltas y condiciones para la recarga de las corrientes subterráneas. Si se impide que el agua de los ríos se dirija y llegue al mar mediante embalses y desvíos parciales de su curso, los ecosistemas no tienen capacidad regenerativa e incluso los acuíferos subterráneos disminuyen su capacidad de recarga con lo que se permite la entrada de agua salada estropeando el agua irreversiblemente, fenómeno que también se produce por la sobreexplotación de los acuíferos. La expoliación de las aguas subterráneas degrada los humedales y lagos llegando muchos de ellos a desaparecer por desecación y otros se encuentran en grave peligro si no se acometen acciones globales.

Hasta ahora, salvo en ciertas regiones especialmente afectadas, no se le ha dado la importancia debida a la escasez de agua potable que previsiblemente los próximos tiempos deparan. El creciente deterioro y escasez del agua dulce es

uno de los más graves problemas a los que se enfrenta la humanidad. Comienza a ser insuficiente para mantener a los ecosistemas y para suministrar a toda la población mundial, lo cual puede crear conflictos entre países y regiones que se traduce en una inestabilidad social creciente debido al constante aumento demográfico y a las supuestas necesidades del progreso. Al elevarse el consumo y la población y sobre todo las sequías, agudizándose el problema con la actual política del agua, miles de millones de personas especialmente en los países pobres quedarán desabastecidas. El aumento de la población mundial agrava el problema de la escasez y la potabilidad del agua.

Abastecer a la población, a la agricultura y a los ecosistemas de agua suficiente e impedir de esta manera los conflictos sociales y los problemas ecológicos que de otra manera se producirán, es uno de los retos más perentorios de nuestros tiempos. Las soluciones deben partir de unos precios más reales del agua como bien escaso que es, el control de las industrias, de la agricultura, del turismo y zonas de ocio, así como de la eficiencia, y del correcto reparto y la calidad necesaria para sustentar la salud, la alimentación y los ecosistemas. Para lograrlo es necesaria una adecuada planificación internacional de gestión del agua antes de que se agudice la competencia y la tensión intercomunitaria por el agua.

Las costumbres derrochadoras ciudadanas se unen al enorme consumo de las empresas agrarias y otros sectores, caso del turístico y del ocio que, mediante piscinas y campos de golf, dilapidan enormes cantidades de agua. Todo ello se une a la creciente escasez de lluvias a lo largo del año en muchas zonas planetarias, caso de la mediterránea, en donde ya se da un menor número de precipitaciones, pero éstas más intensas y devastadoras. Es decir largas épocas de sequía y cortos periodos de lluvias torrenciales.

Junto a una política de derroche, las industrias y poblaciones vierten sus desechos a las aguas causando un enorme deterioro. Los vertidos tóxicos a las aguas representan un perjuicio irreparable, pues muchas de ellas no podrán volver a utilizarse o bien supondrán un alto riesgo sanitario y medioambiental. Este hecho se agrava cuando se constata que muchas de las sustancias contaminantes son acumulativas con lo que su efecto tóxico persiste en el tiempo.

Uno de los muchos ejemplos de contaminación de los ríos es el vertido de cianuro a los ríos de Centroeuropa, cuyas aguas y sistemas biológicos tardarán décadas en reequilibrarse. Metales pesados como el cinc, cromo, cobre o plomo envenenan peces y hábitats y se mantienen en el lodo durante largos años dejando sin su medio de subsistencia a millones de personas. El entorno afectado sufre efectos nefastos que impide la regeneración de la vida y cambiando el medio natural durante generaciones. Los intereses mercantiles usan el medio ambiente como vertedero de sus desechos sin más miramiento que el de defender sus beneficios en contra de la humanidad y de la naturaleza. En muchos casos son empresas de capital ajeno al propio país donde sucede la tragedia, como es el caso del vertido intencionado de enormes cantidades de cianuro al río Szamos en Rumanía que alcanzó rápidamente el río Tisza en Hungría y posteriormente llegó al Danubio en Yugoslavia erradicando toda clase de vida en cientos de kilómetros. Como en tantos otros casos la población no fue avisada inmediatamente del riesgo que corrían a pesar del evidente peligro para su salud e incluso para su vida.

Otro problema procede del uso de abonos nitrogenados en agricultura que polucionan las aguas subterráneas, situación a la que se suman los vertidos residuales urbanos, turísticos, ganaderos e industriales. Aunque el consumo industrial de agua es porcentualmente reducido, sus vertidos de sustancias altamente tóxicas, inutiliza enormes cantidades de agua.

La proliferación de algas en las aguas continentales provocadas por los fosfatos, se ha visto incrementada por la aparición de este problema en los mares, siendo un peligro para la biodiversidad, al igual que las precipitaciones de nitrógeno que afectan a la tierra y al agua. Las precipitaciones de azufre en forma de lluvia ácida en determinadas regiones van agotando la capacidad de absorción del suelo y de las aguas, llegando incluso a zonas que se pueden considerar muertas desde el punto de vista de los ecosistemas hídricos y terrestres.

Las canalizaciones de los cauces y las presas surgen por doquier destruyendo bosques y ecosistemas. Los gigantescos proyectos de embalses y conducciones se construyen sobre la base de los cálculos de las necesidades de agua potable, obviando aspectos tan importantes como que el agua es un bien escaso y que es posible realizar otro tipo de actuaciones más eficaces para el conjunto de la humanidad y menos dañinas para los ecosistemas. Frente a los macroproyectos de ingeniería hay que adoptar medidas de ahorro, de recuperación y reciclaje de aguas domésticas e industriales, eliminando los productos contaminantes que impiden la reutilización de buena parte del agua usada. Aquí sólo cabe el empleo de tecnologías y sistemas eficientes y la reducción del uso de productos tóxicos, especialmente por parte de las industrias químicas, petroquímicas y papeleras. El diseño de los edificios acorde a sus necesidades reduce el consumo de agua, captando las aguas pluviales y reutilizando buena parte de las gastadas en el consumo doméstico, así como el uso de electrodomésticos y sistemas eficientes, industrias no contaminantes y reutilizadoras de sus propias aguas, agricultura diversa y ecológica.

La recuperación y depuración de las aguas urbanas mediante la separación de las industriales puede servir para regar y ampliar los jardines de las ciudades o bien para tie-

rras de labor. En las prácticas agrícolas habría que desterrar el uso masivo de fertilizantes y plaguicidas causantes de un gran impacto en el agua, la tierra y la salud de los consumidores de estos productos, generalizando la agricultura ecológica respetuosa con el medio ambiente y con la salud de la población. Todas estas medidas pueden ser la clave para que el problema del agua deje de serlo ahora y en el futuro.

Los países ricos han logrado frenar en cierta medida la escalada de contaminación en su zona. Muchos ríos, hasta no hace mucho tiempo contaminados, van recuperando poco a poco su potabilidad y un hábitat adecuado para la vuelta de la vida. Por contra, en los países en donde la industrialización aún no ha llegado al nivel tecnológico de occidente, trabajan con tecnología obsoleta desde el punto de vista medioambiental, de la preservación de la salud y de los recursos naturales.

Las soluciones deben partir de una adecuada planificación de los recursos hídricos de acuerdo a la actual problemática y a las futuras necesidades, evitando los grandes embalses y su impacto en la naturaleza, utilizando las tecnologías y medios apropiados para que cada zona pueda ser lo más autosuficiente posible. La innovación tecnológica en el sector industrial y en el uso doméstico puede reducir sensiblemente el gasto de agua, al igual que la concienciación de la población, los sistemas de recuperación del agua para riego y la captación de aguas de lluvia son algunas de las medidas que podrían paliar la escasez de agua.

La tierra y los bosques

Otro de los grandes daños medioambientales causados por la actividad humana es la degradación del suelo, la salinización, la desertización y el descenso de la productividad

por la erosión del suelo. Todo ello es fruto de miles de años de impactos humanos sobre la tierra, pero no obstante el deterioro generalizado se ha causado en los últimos tiempos.

La mayor parte de los alimentos que consumimos proceden de la tierra, y actualmente cerca de la mitad del suelo terrestre está degradado y buena parte irreversiblemente, al menos en tiempos humanos. Suelos que ya fueron deteriorados hace miles de años, siguen siendo estériles en la actualidad, lo cual muestra la sutil línea que separa vida y diversidad, de muerte y desolación, y las grandes consecuencias que supone el actual deterioro y su irreversibilidad.

La pérdida de suelo supera en diez veces la capacidad de su formación, siendo la agricultura intensiva la mayor culpable pues provoca erosión, salinización y saturación hídrica con un efecto boomerang. Al querer aumentar la producción, se produce lo contrario; es decir, una disminución en la capacidad productiva de alimentos, lo cual hará que se eleven sus precios, que a su vez agravará las diferencias entre los países desarrollados y los pobres.

Gran parte de todas las tierras áridas y semiáridas potencialmente con capacidad de producción, sufren una desertización más o menos grave. Esta situación en ciertas zonas es un problema determinante para la población, ya que pierden su medio tradicional de manutención, lo cual se ve agravado con el aumento de la población en las zonas empobrecidas, hecho que de seguir la misma tendencia empeorará.

Los países no desarrollados industrialmente, ante la escasez de madera, utilizan los residuos de las cosechas y el estiércol como combustible, entre esto y la desertización se intensifica la degradación del suelo, que a su vez provoca mayor hambre y pobreza en estas zonas ya de por sí paupérrimas.

La recuperación de todas estas tierras deterioradas se plantea como uno de los hechos más acuciantes para la sub-

sistencia de todas estas poblaciones especialmente castigadas.

La devastación de los bosques autóctonos conlleva la erosión y el entarquinamiento, cuando la reforestación lo evita y favorece la captación de aguas que alimentan las aguas continentales y los acuíferos. Precisamente un paliativo a este deterioro sería comenzar la búsqueda de alimentos en sistemas acuáticos y oceánicos dejando que la tierra descanse y ayudándola a regenerarse. La ciencia y la tecnología deberían mirar al mar como fuente de alimentos.

Otro aspecto de este deterioro medioambiental es la lluvia ácida que afecta a los bosques, a los lagos, e incluso a los monumentos por su alto grado de corrosión. La lluvia ácida significa el aumento del grado de acidez del aire debido a las actividades humanas. El dióxido de sulfuro (SO₂) es el elemento que provoca esta lluvia ácida, que procede de los combustibles fósiles, como el carbón o el petróleo que se usan en instalaciones de calefacción, en centrales termoeléctricas y en industria pesada, caso de cementeras, minas, etcétera.

Pero la acidificación del suelo, de la tierra y de las aguas no es sólo causa de la lluvia ácida sino, asimismo, y no en menor medida, de los movimientos de tierras y de aguas, lo cual conlleva el descenso de las concentraciones de cationes cuyas consecuencias ecológicas son bien notorias en cuanto a la acidificación.

Los movimientos de la tierra, además provocan dióxido de azufre; el azufre se libera de los suelos, se combina con el oxígeno del aire y se convierte así en dióxido de sulfuro y sus efectos se pueden comparar con el impacto ambiental que causa la contaminación provocada por la combustión industrial.

Las selvas tropicales sufren un impacto ecológico de enormes consecuencias debido a la tala de árboles, pero a este impacto hay que sumar el provocado por la extracción de

minerales y la construcción de carreteras. La minería supone un impacto ambiental no sólo paisajístico, sino que contamina las aguas con metales pesados y con los productos liberados de los procesos químicos utilizados en la extracción, además del movimiento de tierras y de materiales.

Hay que estudiar el ciclo de cada material, y tratar de no utilizar aquellos que supongan un gran impacto durante todo su ciclo de vida: unos pocos gramos de oro provocan el movimiento de varias toneladas de tierra en la mina.

Es preciso elaborar una política internacional, estatal, regional y local que contemple la desertificación y los procesos de degradación del suelo, la pérdida de biodiversidad y de recursos edáficos y plantee soluciones mediante sistemas tradicionales de conservación y uso del suelo y de las aguas.

Los desechos

Hasta no hace mucho tiempo todos los residuos creados por la actividad humana eran reabsorbidos por los ciclos naturales. Los excrementos de una persona acaban al final de su vida siendo muy superiores en peso y volumen a las de su cuerpo, sin embargo estos desechos se integran inmediatamente en los procesos naturales, incluyendo su propio organismo al morir. Los excrementos creados por la sociedad no tienen esta facilidad de reciclado, y así el nivel de contaminación y de residuos aumenta de forma desorbitada.

El nivel de las basuras va saturando la capacidad, no sólo de reciclarlas, sino de almacenarlas: paisajes cada vez más degradados por vertederos, por carreteras absurdas e inútiles que dan la sensación de progreso a una población empeñada en perder sus señas de identidad, sus lugares, sus recuerdos.

En un flujo continuo y descontrolado, millones de toneladas de basuras urbanas, industriales y hospitalarias

son vertidas diariamente en todo el mundo en terrenos próximos a zonas urbanizadas. De esta manera surgen por doquier enormes vertederos fruto de la cultura del usar y tirar. Productos con un exceso de embalaje, con mayoría de materiales no reutilizables ni reciclables, caso de muchos plásticos, que después de su efímera e inútil vida útil acaban en el vertedero. Estos enormes basureros de desperdicios son el reflejo de una sociedad despilfarradora que crea una grave degradación ambiental y sanitaria que va en aumento sin que se adopten decisiones para reducir el volumen de los residuos sólidos.

Así, los vertederos aumentan y cada vez es más difícil ubicar lugares donde almacenar desechos. Los países no desarrollados industrialmente se convierten en cloacas de los países industriales, que mandan sus desperdicios por barco incluso a miles de kilómetros de distancia. Uno de los problemas de los residuos, como, por ejemplo, los nucleares, es precisamente hallar un lugar donde depositarlos, puesto que a pesar de las grandes sumas de dinero que países y empresas están dispuestos a pagar, comienza a ser difícil encontrar una zona que acepte este riesgo.

Estos residuos, divididos entre materia orgánica e inorgánica, reaccionan, química y biológicamente entre sí dando lugar a elementos tóxicos que contaminan la tierra y las aguas subterráneas a través de la lluvia que los arrastran, infiltran o contaminan la atmósfera con los gases que emiten al aire. Otros vertidos van directamente al mar con el impacto que supone en los ecosistemas marinos. Los basureros que vierten sus desechos al mar producen una enorme contaminación marina, siendo los plásticos los que más daño originan.

La fabricación de productos, especialmente envases, que acaban siendo desecho supone un gasto energético injustificado, además de todos los perjuicios para el aire, el suelo y

las aguas subterráneas y marítimas, del impacto sanitario por las distintas contaminaciones y de los vertederos como focos infecciosos por los roedores que hacen de ellos su hábitat, del impacto paisajístico, del quebranto de valor de la zona en donde se instalan y una pérdida de suelo y de espacio que difícil y costosamente podrá ser rehabilitado.

Aparte del metano en los basureros se producen otros gases como el cloruro de vinilo, benceno, tricloroetileno y cloruro de metilo, todos ellos potentes tóxicos o cancerígenos. En los incendios que continuamente se producen en los vertederos, ya sean por la acumulación de gases inflamables o bien provocados, se emiten al aire sustancias muy tóxicas y peligrosas caso de las dioxinas que se producen al incendiarse plásticos, en especial los compuestos de cloruro de polivinilo (PVC) que se encuentran prácticamente en toda clase de artículos y envases: alimentación, juguetes, construcción, etcétera. Los efectos sanitarios más graves de los gases emitidos por la combustión de estos desechos son los que afectan a las vías respiratorias e incluso pueden acarrear la muerte.

Los elementos tóxicos y cancerígenos que se producen en los basureros, como el cloruro de vinilo y de metilo, el arsénico, el tetracloruro de carbono, los clorobencenos, caso del muy tóxico hexaclorobenceno, contaminan la tierra y las aguas llegando al ser humano por distintas vías. Estas sustancias organocloradas son perdurables y se depositan en todos los eslabones de la cadena trófica. Asimismo, los metales pesados como el cadmio, el mercurio y el plomo, procedentes de las baterías de los vehículos, electrodomésticos y aparatos electrónicos, plásticos, vidrio, cerámica, pigmentos, pilas, etcétera, producen contaminación de las aguas subterráneas, de los suelos y son altamente perjudiciales para la salud de las personas, de la fauna y de la flora.

El problema de las basuras no se centra sólo al final de la

vida útil del producto, sino en todo el proceso desde la extracción de las materias primas, hasta el término de la rentabilidad del artículo. En todo este proceso se consume gran cantidad de energía y agua emitiéndose contaminantes tóxicos al medio que perjudican a la naturaleza y a la salud de las personas.

La tecnología aún tiene un gran vacío en cuanto a la gestión de residuos, debido a que las grandes inversiones en investigación se han dirigido hacia otras áreas más productivas para los grandes intereses.

Los residuos son uno de los grandes problemas de la sociedad de consumo; la solución parte del control y disminución de la ingente e injustificada cantidad de materiales. Así, de una u otra manera, los desechos aumentan en volumen al mismo ritmo que los riesgos sanitarios y medioambientales en todos los estadios del proceso: productivo, consumista y final. Un buen ejemplo es que sólo una pequeña parte del producto adquirido es consumible y la parte más voluminosa, como es el envoltorio, acaba en el vertedero.

El enterramiento o la incineración de los desechos no son una solución, ya que ambas opciones colaboran en reinsertarlos transformados en otros compuestos en forma sólida, líquida y gaseosa. La combustión de los residuos contribuye en gran medida a la extinción de los materiales naturales al tener que extraer otros nuevos impidiendo el reciclaje de lo usado. La incineración es antiecológica: destruye una fuente de materias primas recuperables, además es polucionante y derrochadora de energía.

El reciclado puede ser una salida parcial, pero en estos momentos no es la ideal, pues en la actualidad hay muchas materias que en este proceso consumen enormes cantidades de energía y liberan sustancias tóxicas al ambiente. Hay que seleccionar qué productos pueden reciclarse y cuáles no. Además es un proceso lento en comparación con el rápido

aumento de residuos. La solución parte del correcto control de los residuos que se generan. Permitiendo sólo aquellos productos y materiales que sean reutilizables, y para lograr un eficaz reciclado hay que apostar por las materias que además de tener estas características su consumo de energía en el proceso de fabricación, elaboración y reciclado, sea el menor posible.

Si en vez de incinerar residuos se recuperaran no sería necesario construir más centrales térmicas y se podrían comenzar a cerrar las existentes. El reciclaje es, además, una fuente de mano de obra en comparación con la incineración. Así pues, desde todos los puntos de vista: social, ambiental, sanitario y económico, las incineradoras muestran una clara desventaja frente a la recopilación selectiva, al compostaje y al reciclaje.

Hay que considerar todo el proceso y tratar de reducir los desechos en todas sus formas y su impacto en todo el proceso y no sólo al final. Por cada tonelada de basura que llega al vertedero se generan muchas más en el proceso productivo y en la extracción de las materias primas minerales, arbóreas, etcétera. Toda política que pretenda realmente ser eficaz en la reducción de los desechos y de la contaminación, deberá cambiar el concepto lineal de extracción, producción, consumo y desecho por uno circular, en el cual se reduzca drásticamente la energía empleada, la cantidad de materia prima y se reintroduzca eficazmente el material del producto usado de nuevo en el ciclo. Hay que apostar por una política basada en la eliminación del derroche, de lo superfluo, el incremento de la vida provechosa y el aumento de la calidad de los productos favoreciendo su reparación y reutilización, y el uso de tecnologías limpias que eviten el uso de tóxicos eliminando así los residuos perjudiciales para la salud y el medio ambiente.

Una solución sería incluir en el precio del producto el impacto ambiental que produce su fabricación y desecho, con

lo cual el precio del producto contaminante aumentará en relación al respetuoso. Con esta política la perdurabilidad y la eficiencia serán valores en alza para contrarrestar este sobrecosto acabando con la cultura de usar y tirar. De esta forma descenderá el volumen de residuos al hacer productos más duraderos, eficaces, reutilizables y fáciles de restaurar, y después de este largo proceso de vida útil y eficaz serán reciclables y volverán al ciclo de vida útil, logrando reducir notablemente el uso de materias primas, de energía y de agua. El concepto de residuo podrá desaparecer, y todos los productos serán valiosos al tener siempre un precio en sí mismos y no serán desechos sino recursos.

Energía

En los países desarrollados se cancelan los proyectos de instalaciones nucleares, debido fundamentalmente a su falta de rentabilidad y a la presión popular. Sin embargo, nos queda la presencia de sus residuos radiactivos como un casi eterno legado, una lección omnipresente, sin olvidar los riesgos latentes y los presentes de los continuos accidentes locales (si es que un impacto ambiental de este calibre se puede considerar localista) y las catástrofes de vastas extensiones, caso de Chernóbil, entre otros.

La crisis del petróleo y las admoniciones ante su finitud inminente fueron orquestadas para facilitar la implantación de centrales nucleares como supuesto sustitutivo seguro, barato y eterno. Años después se comprobó la falsedad de las previsiones de los depósitos petrolíferos, así como la falta de seguridad de las centrales nucleares, su alto coste y que lo verdaderamente eterno son sus peligrosos residuos de alta intensidad. Los intereses fundamentalistas manipulan la información una vez más para garantizar sus beneficios,

diciendo que los recursos naturales se agotaban y aunque esto sea así en un plazo más o menos largo no ha sido tan breve como auguraban los monopolios interesados en implantar otras fuentes energéticas, como es el caso de las centrales nucleares. Aún así, los días de los combustibles fósiles deben acabarse, aunque no se agoten, ya que o bien esto sucede o ellos acabarán con nosotros.

La industria del petróleo no sólo contamina y devasta amplias regiones del planeta, tierras, mares y aires, sino que asimismo provoca constantes violaciones de los derechos humanos en los países pobres. La eliminación de los indígenas de sus tierras ancestrales, bien por expulsión o por exterminio, el uso de niños para limpiar desechos y contaminaciones de las industrias petrolíferas avaladas por las instituciones internacionales y por los gobiernos de los propios países donde se asientan es una pauta común. Seres humanos y naturaleza acosados y destruidos por el lucro de intereses asesinos. Los limpios ríos en los cuales generaciones se bañaron y usaron como modo de vida y de alimento, se vuelven cloacas de empresas multinacionales, las tierras de las cuales vivieron y a las cuales amaron, estériles y fétidas contemplan la muerte de aquellos que durante siglos las trabajaron, y éstos enfermos y desarraigados huyen o mueren.

Tras el descrédito sufrido en las últimas décadas, la industria nuclear intenta recuperar credibilidad mostrándose como la solución a los combustibles fósiles y al cambio climático. Sus enconados intentos de aparecer como una fuente energética limpia, económica y segura se muestran infructuosos ante la obviedad de su incapacidad en reducir y gestionar sus residuos radiactivos, en la constante falta de seguridad y en su impacto medioambiental y sanitario, así como en sus costes económicos y en su precaria subsistencia solamente posible en muchos casos gracias a la colaboración económica de los gobiernos.

El elevado coste de las centrales nucleares en su construcción, control y operatividad, y la gestión de los residuos unido al elevado coste para su posterior desmantelamiento, hacen que sea justamente una fuente energética todo lo contrario a lo que la industria nuclear aboga, pues es sucia, cara y altamente peligrosa.

Hoy en día, mirando hacia el pasado de los programas nucleares, es fácil comprobar que han sido un gran fracaso, no sólo en el ámbito social y medioambiental, sino empresarial.

En ningún caso se puede pretender que la energía nuclear puede ser competencia de las actuales energías renovables. El coste real de la energía nuclear es socialmente y medioambientalmente mucho más elevado. Por una parte está el impacto ecológico, los efectos en la salud que se producen tras los consabidos “accidentes”, así como durante su funcionamiento cotidiano, sin olvidar los graves e históricos impactos relacionados con los residuos nucleares y la desmantelación de las centrales, además de las ayudas estatales con las que cuenta y ha contado esta industria.

En realidad, buen número de los reactores nucleares han llegado o están próximos a alcanzar lo que se consideraba su vida útil, no obstante se prevé que la mayoría van a seguir funcionando a pesar del evidente peligro que representan; sin embargo, las autoridades obcecadas en proseguir permitiendo estos crecientes riesgos, permiten que continúen en uso.

Persistir consintiendo el empleo de estas obsoletas y envejecidas instalaciones, es abonar y aumentar el porcentaje de riesgo, ya de por sí elevado y real, de que se produzcan cada vez más desastres nucleares.

Las sucesivas catástrofes nucleares, no han logrado lo que en principio parece lógico, es decir, extremar las medidas de seguridad de las centrales nucleares. Es más, se produce el

fenómeno contrario, cada vez hay más permisividad para permitir que continúen funcionando, ya que debido a su envejecimiento están cada vez más obsoletas y, por tanto, sólo pueden seguir funcionando si las medidas de seguridad son más tolerantes, cuando el mínimo sentido de la lógica, de la prevención y precaución haría que se clausuraran.

La tecnología nuclear nació como arma de guerra para fabricar bombas atómicas para la destrucción de vidas humanas, y ahora no sólo disponen de esta energía destructiva las grandes potencias sino otros muchos países, incluso grupos terroristas pueden llegar a ser capaces de construir armamento nuclear con el cual amenazar a gobiernos. La proliferación de material radiactivo para construir armamento nuclear, hace que esta posibilidad sea cada vez más una próxima realidad.

El almacenamiento de los residuos radiactivos se ha mostrado ineficaz por lo que se han buscado almacenamientos geológicos profundos, pero esta solución, se muestra como un alto riesgo para la naturaleza y para la humanidad, por lo que la única solución válida es cesar de producir estos residuos radiactivos.

Se buscan países pobres donde mandar los desechos, o bien zonas más pobres en los países ricos, donde el nivel de información y la capacidad organizativa social y la concienciación medioambiental es menor, y por lo tanto son víctimas propiciatorias para establecer los cementerios de los desechos. Pero en estos cementerios, los muertos están pero que muy vivos y, como en el caso de los residuos de alta intensidad, lo estarán durante centenares de miles de años. Además, está el riesgo en el transporte de estos residuos, bien sea por tierra o por mar.

Esperemos que se sustituya la energía nuclear y las centrales térmicas de combustibles fósiles, responsables en buena medida del efecto invernadero con sus emisiones de

dióxido de carbono, por medidas de ahorro energético, como son la reducción del consumo con campañas de concienciación ciudadana, la construcción de edificios y soluciones bioclimáticas, la utilización de fuentes de energía renovables y el uso de tecnologías productoras de electricidad no lesivas para el medio ambiente y la salud.

El cambio de dirección tecnológica y el logro de una mayor eficiencia, no es suficiente para acabar con los problemas ecológicos y humanitarios en el ámbito mundial, pero si es un paso imprescindible.

No hay que relacionar el aumento del consumo de energía con un mayor nivel de vida, pues queda bien demostrado que se puede aprovechar más eficazmente la energía, y con el mismo gasto energético, e incluso aumentar la producción. Es pues cuestión de optimizar la eficacia en su utilización, con lo cual se consigue en primera instancia una drástica disminución de las emisiones de dióxido de carbono y se advierte la innecesidad de la energía nuclear, además de reducir claro está la factura de electricidad del consumidor. Si a ello sumamos una transición hacia las energías renovables, podríamos aún paliar en gran medida el problema de la contaminación y sus secuelas de orden planetario.

Frente a la energía nuclear y otras energías contaminantes, se impone el uso de alternativas, caso de la eólica, hidráulica, solar, fotovoltaica, biogas, biomasa o aire comprimido, que las hacen ser realmente energías limpias, rentables y seguras. Pero, además, es fundamental el uso de las denominadas tecnologías blandas a escala humana, huyendo de los grandes monopolios: administración localista y, a su vez, visión internacionalista, gracias a una sociedad madura con criterios propios extraídos de su propia experiencia, de sus errores, de sus éxitos, una sociedad solidaria y, esperemos que, algún día también, una sociedad sabia.

Tóxicos en el medio ambiente: ecosistemas en peligro

Si en algún ámbito se observa la insensatez humana es en el de la producción de sustancias químicas y su emisión al ambiente. Prácticamente todo el planeta se encuentra invadido por elementos tóxicos. Más de cien mil sustancias químicas sintéticas han sido permitidas y utilizadas sin saber cuáles son sus efectos sobre la salud y el medio ambiente. Posteriormente, cuando sus consecuencias nocivas ya no se pueden esconder, algunas de ellas son prohibidas, se restringe su uso o se trasladan a otros países. El agua, el aire, la tierra, la salud y la propia vida no puede confiarse a los mismos intereses causantes en buena medida de los actuales problemas. Sobreexplotación y ansia de beneficios y consumos desmesurados son las causas directas de esta descontrolada dinámica.

La única solución en este caso es suprimir la producción, el uso y el vertido de estas sustancias preservando el medio ambiente y la salud de sus nocivos efectos. Como prioridad está la eliminación de todas aquellas que son tóxicas, persistentes en el medio ambiente y bioacumulativas.

El aumento de la infertilidad tiene una clara relación con el aumento de la contaminación ambiental. Esta relación queda patente en los casos de profesionales que están en contacto con productos químicos industriales, pesticidas agrícolas, etcétera.

La utilización de productos químicos peligrosos y su emisión al medio ambiente repercute en la capacidad reproductora. Se ha calculado que de seguir esta tónica, en algunas decenas de años se podría causar la total esterilidad de los hombres de los países industrializados.

La fertilidad masculina se ha reducido drásticamente, como ejemplo en diez años ha descendido un cincuenta por ciento. El estrés, el consumo de alcohol y tabaco y los agentes

ambientales presentes en muchas actividades laborales, así como el uso de productos de consumo habituales afectan directamente a la producción de espermatozoides y son los máximos colaboradores en el incremento de la esterilidad.

La variedad de situaciones, productos y exposiciones son muy variados e influyen directamente sobre la espermatogénesis. Entre ellos se encuentra el bisfenol, un compuesto químico que se encuentra principalmente en plásticos y que incluso se utiliza en sellantes dentales. La película plástica que cubre por dentro las latas de conserva contiene bisfenol. Al esterilizarlas este compuesto entra en contacto con la comida, por lo que se produce la ingestión junto con el producto que contiene la lata. Asimismo, otros compuestos como los ésteres de talato, utilizados para dar flexibilidad a los plásticos, producen el mismo efecto negativo en la espermatogénesis.

Los grupos de mayor riesgo se centran en los varones que trabajan en la industria y la agricultura, debido a los efectos de los tóxicos químicos industriales y de los pesticidas. El motivo de que estos compuestos reduzcan la fertilidad en varones se debe a que actúan como xenoestrógenos; es decir, como estrógenos en el sexo masculino, lo que conlleva, entre otros factores nocivos, una disminución de la producción de espermatozoides.

Sin embargo, existen otros muchos compuestos químicos y sustancias empleadas en fármacos para determinadas patologías que están relacionados con una disminución de la fertilidad masculina. Entre ellos la adriamicina, un compuesto empleado en pacientes con cáncer, que influye directamente sobre la espermatogénesis de los pacientes, que muchas veces no son informados sobre la posibilidad de reducción e incluso pérdida total de la fertilidad cuando se someten a estos tratamientos contra el cáncer, muchos de ellos de dudosa eficacia pero de sabidos y ocultos riesgos.

Además de los ámbitos laborales con niveles importantes de toxicidad y del consumo de sustancias tóxicas, existen contaminantes ambientales que se concentran en regiones específicas afectando a su población indiscriminadamente.

El riesgo para la salud de decenas de miles de sustancias tóxicas que se emiten al ambiente es prácticamente desconocido para la sociedad, y además se ignoran los riesgos exactos de la mayoría de ellas sobre los organismos vivos y sobre la biosfera. Pero en cualquier caso son nocivas y tienen innumerables consecuencias sobre la salud de las personas, que abarcan desde enfermedades del sistema inmunológico, cardiovascular, respiratorio y nervioso, hasta diversos tipos de cáncer y alteraciones reproductivas.

Actualmente existen en el mercado más de una decena de miles de productos organoclorados y en la inmensa mayoría de ellos se desconocen sus efectos medioambientales y sanitarios. Las investigaciones realizadas se han limitado a unos pocos y de estos pocos, muchos se han descubierto como potentes agentes cancerígenos y mutagénicos, y otros como eficaces destructores medioambientales, caso del DDT, PCB, pesticidas clorados, CFC, etcétera.

Los organoclorados presentan multitud de problemas que los hacen inviables sanitaria y medioambientalmente, como es su persistencia en el medio ambiente durante cientos de años, su capacidad de introducirse en la cadena alimenticia, su elevada toxicidad para la mayoría de los seres vivos, incluyendo al ser humano.

Existen alternativas a buena parte de la utilización industrial del cloro, a sus productos y procesos; alternativas que en la mayoría de las ocasiones suponen un considerable ahorro. Por lo que eliminar el cloro de los procesos y usos industriales es hoy en día una clara posibilidad.

Las especies vegetales y los cultivos son aún más sensibles que el ser humano a estos contaminantes químicos, pues

intervienen en su fotosíntesis y en su crecimiento y metabolismo general. Otro efecto sobre la vegetación es la pérdida de resistencia de los árboles a los cambios climáticos, como heladas, sequía, calor o frío.

Hemos visto como la lógica del sistema se basa, en el caso de los residuos tóxicos y de los residuos industriales en deshacerse de ellos mandándolos a zonas o países pobres, en primer lugar por motivos puramente económicos y sociales, pues en los países desarrollados la población no los quiere en sus cercanías convirtiéndose en problema político y electoral. Además de las dificultades económicas que supone su procesamiento, es más barato usar de basureros a otros países. Estas zonas están menos polucionadas, y aquí el sistema intenta ser equitativo, pues aduce que aún pueden asumir mucha contaminación y sustancias tóxicas que según los niveles admitidos son seguros pero de consecuencias desconocidas o demostradamente mortales y, por tanto, la humanidad hace de conejillos de un inmenso laboratorio.

Estos tóxicos aumentan la tasa de muertos por cáncer, pero al ser tan baja la media de edad de estos países no desarrollados, el porcentaje de estas muertes no llegará a ser la de los países ricos ya que la gente morirá por otras causas antes de desarrollar el cáncer. Sin olvidar que sus habitantes tienen una mayor resistencia al cáncer en estos países debido a unas costumbres menos tóxicas por no consumir alimentos tan refinados y con tantos productos tóxicos en su envasado, en su procesamiento, en sus colorantes, conservantes, aditivos, etcétera.

Así, los países menos favorecidos se convierten en el basurero de los más favorecidos, vertederos de residuos nucleares e industriales, y ubicación de las industrias más tóxicas y contaminantes. Para continuar progresando hay que mandar la basura a otros lugares, para poder seguir com-

pitiendo las industrias contaminantes trasladan sus fábricas a países donde no se las considera dañinas medioambientalmente. Fábricas altamente contaminantes, como las de aluminio, se trasladan a estos países, pues de otra forma, si hubiera que adaptar o adoptar medidas para no contaminar en los países más restrictivos legislativamente, su producto no sería competitivo, además de una mano de obra barata sin derechos laborales y sociales.

Asimismo, la agricultura intensiva, los monocultivos de plantas y flores devastadoras de la tierra y consumidores de enormes cantidades de agua, contaminan con los productos venenosos que emplean, se traslada de los países desarrollados a países desprotegidos, con la destrucción de sus zonas agrícolas por el uso masivo de insecticidas, abonos químicos que aniquilan la fertilidad de la tierra, contaminando el aire y enfermando a los trabajadores y a la población cercana. Y así la tasa de enfermos por cáncer, de muertos por contaminación, asciende exponencialmente en estos países que se traslada de madres a hijos a través de la leche materna contaminada por una alimentación y un medio ambiente intoxicantes.

Al igual que tras una guerra se reconstruyen las ciudades destruidas, ahora hay que empezar una nueva etapa de revitalización de lo enfermo, de lo muerto, de lo destruido, pues así es como se encuentra buena parte de nuestro medio ambiente, de nuestras aguas, de nuestros aires, de nuestras tierras.

Las inversiones podrían dirigirse hacia el aumento de las reservas naturales, pero siempre teniendo en cuenta la biodiversidad y la naturaleza específica de cada zona. Si la financiación se encauzara hacia la reforestación, hacia el reestablecimiento de la fauna piscícola autóctona y hacia las alternativas al petróleo y a las energías contaminantes y si se frenase el consumo en los países desarrollados, se con-

seguiría que aumentasen los recursos y las posibilidades de supervivencia de los más pobres. Para lo que es, además, necesario abogar por la inversión en infraestructuras locales de pequeña escala y, en vez de fomentar el desarrollo, favorecer la revitalización de los recursos de pervivencia locales.

Hay que colaborar con estas zonas especialmente desabastecidas para que no adopten tecnologías contaminantes e insanas con el argumento de un menor coste. Para esto, los países ricos deben subvencionar las nuevas tecnologías limpias, e impedir a los intereses internacionales la venta de tecnologías contaminantes. Los más industrializados, aprendiendo de su nefasta experiencia en contaminación, deberían mostrarse dispuestos a hacer un esfuerzo económico en cuanto a la generación de sistemas limpios e integrados en la naturaleza, eliminando el impacto de un crecimiento industrial de espaldas a la mínima lógica y a expensas de un medio ambiente severamente dañado. Pues mejorar el medioambiente de los países pobres y permitir la vuelta al uso de sus recursos naturales y sus métodos de subsistencia tradicionales evitará graves problemas sociales a los países ricos en los años venideros.

Como pauta fundamental para la protección de la naturaleza y de la vida hay que suspender las emisiones de gases que provocan la destrucción de la capa de ozono y el efecto invernadero, el cuidado de las aguas, tanto las superficiales como las subterráneas, y la protección de la biodiversidad. Los gobiernos y las administraciones locales incumplen, y no hacen cumplir a empresas y ciudadanos, las leyes sobre protección ambiental que ellos mismos dictan bajo presión popular. Las soluciones deben fundamentarse en el compromiso personal y en la presión social sobre los medios políticos para que éstos a su vez se comprometan y gestionen políticas y acciones ecológicas internacionales y locales.

Hay dos vías: afrontar con decisión el momento actual con cambios progresivos y efectivos, o seguir insistiendo en dañar a la naturaleza, lo que supondría tener que enfrentarnos en breve a vernos obligados a adoptar medidas drásticas de emergencia, mucho más radicales y costosas.

Recuperar el equilibrio ecológico es cuestión de justicia con la naturaleza dañada y de esperanza en el presente y el futuro de la humanidad.

CAPÍTULO 4

La manipulación genética: un viaje sin retorno

La era industrial deja paso o más bien se funde con la era de la biotecnología. El derecho a la vida y a qué formas de ésta deben prevalecer por su rentabilidad queda en manos de diversos intereses económicos y de poder gracias a la tecnología. La tecnología molecular traza los mapas de los genomas de infinidad de criaturas, desde bacterias hasta seres humanos y se hacen patentes de exclusividad. La explotación comercial entra dentro del derecho a la vida.

Al igual que la era industrial prometió un paraíso de abundancia y de trabajo, cosa que evidentemente no se ha producido sino todo lo contrario, la biotecnología promete igualmente el mismo edén, gracias a la manipulación genética de plantas, animales y personas, mediante la cual se logrará eliminar la enfermedad y el hambre en el mundo gracias a los fármacos que teóricamente se dice nacerán de esta biotecnología.

Así nos plantean un mundo feliz de la mano de los intereses económicos y los poderes fácticos biotecnológicos e informáticos. ¿Realmente se van a controlar todos estos problemas mundiales gracias a la biotecnología, o lo que se va a controlar es la posibilidad de que las diferentes comunidades decidan libremente su futuro?

En la confrontación entre la inconsciencia optimista del progreso y la paranoia del fin del mundo, ambas dan poca credibilidad en sus argumentaciones, pero sin duda, los últimos tienen una base y una mayor rigurosidad científica. Los portavoces de ambos extremos han conseguido que la realidad de unos riesgos actuales y futuros, se consideren como algo normal dentro de la sociedad.

La superstición moderna, proclama que la ciencia y la tecnología son capaces de abordar cualquier problemática. En el ilusorio caso de que esto pueda ser posible habrá que considerar dos cuestiones; la primera, el tiempo para lograrlo, dada la cota de riesgos actuales; y la segunda, y lo más difícil, que aquellos que manejan los hilos de la ciencia y la tecnología quieran o permitan que así sea o bien que seamos capaces de aventajarles.

Los partes de guerra de las multinacionales y sus aliados, hablan con triunfalismo de los avances de la ciencia y de cómo los "pequeños" problemas medioambientales se solucionan o se solucionarán gracias a sus esfuerzos y preocupaciones por el medio ambiente y por la humanidad.

La pregunta sería ¿qué tipo de naturaleza queremos?, ¿una naturaleza que siga sus propios procesos naturales en los cuales se integre el ser humano o una naturaleza encuadrada en los deseos humanos y diseñada a su capricho, o mejor dicho de los de determinados intereses? Antes de contestar hay que tener en cuenta que la tecnología de producción biológica en un laboratorio no puede substituir a los largos y complejos procesos naturales surgidos en las sinergias de un medio múltiple y diverso.

Hoy en día nos enfrentamos al peligro derivado de la manipulación genética que se suma a los problemas de los productos químicos agrícolas y los acrecienta entrando en una espiral de riesgos ante unos efectos bien conocidos y sospechados en la salud y en el medio ambiente, pero de imprevisibles consecuencias para las generaciones futuras e incluso para las actuales incluyendo toda manifestación de vida.

Durante muchos años se creyó en la energía nuclear como una fuente de energía segura, por suerte en algunos países, advirtiendo el peligro de este tipo de energía, se ha desterrado, o paulatinamente se va abandonando gracias a la concienciación ciudadana que ocasionalmente se muestra como

precursora de los cambios políticos. Lamentablemente la política la hacen en primera instancia los macrointereses mercantiles y en segunda las encuestas: ¿qué quiere la gente?, pero con el agravante de que está mayoritariamente manipulada por intereses ajenos a sus verdaderos intereses. El impacto de la energía nuclear en ámbitos económicos, sanitarios y medioambientales ha sido la causa principal de la concienciación ciudadana en su contra.

Así comprobamos cómo muchos elementos introducidos en el medio ambiente que se consideraban inocuos y sobre todo muy rentables, han demostrado con el tiempo ser todo lo contrario. En el campo de los plaguicidas, el arsénico, el plomo, el DDT o el bromuro de metilo creídos como seguros, claro está por los propios intereses económicos que los promovieron y sus adláteres científicos que los sustentaron, se demostraron con el tiempo como contrarios a la salud y al medio ambiente. Asimismo, los avances de la investigación del ADN han abierto la puerta a la biotecnología y se considera, de la misma manera que con los peligros citados, totalmente segura y prometedor, pero lo único seguro es la gran rentabilidad económica para unos pocos. Venenos agrícolas y biotecnología son dos caras de una misma moneda, de unos mismos intereses ajenos a la mínima ética.

La realidad es que no ha habido posibilidad de comprobar sus consecuencias tanto en la salud actual como en las alteraciones que puede plantear para generaciones futuras y, por supuesto, no se ha calculado el impacto medioambiental que esto podría causar en otros seres vivos.

Nos encontramos ante una curiosa situación, a los intereses especuladores se les permite investigar con la vida y en cualquier campo y sacar al mercado cualquier producto o sistema sin haber investigado sobre su repercusión en la salud y la vida, pero a los que dudan que esta sea la mejor opción para el futuro de la humanidad y presentan pruebas de sus

argumentos, se les niega la posibilidad siquiera de expresar sus opiniones.

La manipulación genética es una de las mayores amenazas con que debemos enfrentarnos en la actualidad, pues puede condicionar la propia estructura cromosómica del ser humano. De esto surge una de las preocupaciones más fundamentadas, y es que estos genes manipulados puedan generar resistencia ante las bacterias patógenas y se expandan a través de la cadena alimentaria.

La selección antinatural, y las ventajas y desventajas de la aplicación de los conocimientos genéticos van a provocar conflictos de índole social a medida que se avance en el desarrollo del estudio del genoma humano y sus aplicaciones mercantiles.

En este campo, como en todas las áreas novedosas, se impone la prudencia y un debate donde no sólo participen los científicos, sino sociólogos, psicólogos, filósofos y la sociedad en general y que ésta sea la que decida finalmente, una vez informada, de la existencia de garantías suficientes como para aceptar este nuevo riesgo. Lamentablemente la capacidad de libre decisión de la sociedad se ve cada vez más reducida. La presión y el control de los intereses económicos sobre los encargados de legislar y regular los riesgos, así como de los medios de comunicación, hace que la capacidad de libertad de los ciudadanos quede minimizada cuando no anulada. La única opción que nos queda es la participación y la movilización social, negarse a contribuir, a colaborar con el sistema mediante un consumo consciente y unas actitudes solidarias, así como la presión sobre los estamentos políticos, que a su vez revierten en los económicos ambos como parte del mismo poder.

Los avances de la genética pueden provocar grandes beneficios a la humanidad en muchas facetas, sin embargo en otras puede ser todo lo contrario. La prevención de enfer-

medades a través de la exploración genética, incluso la aparición de nuevos productos terapéuticos, puede considerarse, con las debidas reservas hasta realizar un minucioso estudio y comprobación, dentro de ese espectro beneficioso. Pero, otras terapias, caso de aquellas que introducen cambios correctivos en el esperma, en los óvulos o en las células embrionarias, podrían plantear problemas de gran profundidad e incontrolable repercusión, o como ya está sucediendo con gran profusión por la aparición de nuevos organismos transgénicos en el medio ambiente.

No hay que confundir la investigación del genoma humano y sus aplicaciones en el tratamiento y prevención de enfermedades con la manipulación genética y la clonación reproductora de personas. En este apartado se presentan varias cuestiones como la involución hacia seres unihumanos dependiendo de las modas y los caprichos de una sociedad presa de intereses consumistas y de poder. Una forma despiadada de racismo a todas luces indigno y que atenta contra la propia evolución humana. Personas a la medida en contra de la diversidad humana.

La biomedicina deja de ser una puerta a la esperanza en casos concretos y problemáticos de enfermedades ahora incurables para convertir a todos los que puedan pagarla en clientes potenciales para corregir los "errores" de la naturaleza o ir a la moda de las tendencias físico-psíquicas del momento. Imaginemos que en cierta época no se estilan los hombres altos o los morenos, entonces se podrá elegir genéticamente eliminar estos u otros aspectos de los futuros hijos a la carta o arreglar ciertas cuestiones no deseables mediante reparación genética. Así intervienen cuestiones hereditarias no deseables, cuestiones sociales, intereses mercantiles y prejuicios de todo tipo que determinarán quiénes y cómo serán los futuros habitantes del mundo, al menos los del mundo adinerado.

El gran reto de nuestra época es emplear la genética para descubrir los mecanismos que regulan dónde se expresan los genes, a pesar de que están presentes en todas las células, así como saber por qué a veces se producen equivocaciones que derivan en graves enfermedades y desventajas o por el contrario en determinadas facultades y ventajas que dieron lugar a la evolución y a la biodiversidad.

En vista de la trayectoria que sigue la ciencia, surge una duda: ¿seremos capaces de utilizar estos nuevos conocimientos de forma que sean un beneficio para la humanidad o una vez más será un perjuicio, en este caso de imprevisibles consecuencias? El camino del ser humano y el de la humanidad en general está plagado de riesgos que asumimos como parte de la vida, sin embargo hay riesgos que no entran dentro de nuestros preceptos, vivir encima de un volcán en erupción sería un suicidio. ¿No serán todos estos avances la llama que encienda al volcán? ¿Vamos a asumir este riesgo?

La consigna de que siempre estamos a tiempo de volver atrás, en este caso difícilmente se podrá dar. Si no predecimos con exactitud el impacto que pueden causar estas nuevas tecnologías, probablemente el daño será inevitable, pues la modificación de la vida y del entorno, tal y como lo conocemos, puede ser tan profundo que provoque un desequilibrio tan vasto que haya un perjuicio irreparable en la continuidad de la evolución natural.

No podemos esperar para comprobar si una vez más las previsiones de los científicos al servicio de intereses mercantiles se muestran equivocadas, la mayoría de las veces falsas, o si por una vez son acertadas. Hay demasiados intereses financieros detrás de estas afirmaciones para poder creer en ellas y dejar el futuro en sus manos. En oposición a estos intereses puntuales, personales y económicos se encuentran los intereses de la vida, de las gentes y de la naturaleza; la balanza se vuelca inexorable hacia este lado, y no podemos

confiar en que los intereses contrapuestos a la vida vayan a garantizar su pervivencia.

Patentes sobre la vida

Hemos llegado a un punto en el conocimiento genético en que los seres humanos pueden llegar a ser una propiedad mercantil gracias a la permisividad legislativa. La ingeniería genética patenta organismos vivos para tener así derecho a utilizarlos y crear nuevas formas de vida. Patentar plantas, animales, genes y células humanas es el gran negocio del futuro y comienza a serlo del presente. Ya existen bancos genéticos sustraídos a las poblaciones indígenas para utilizarlos según sus intereses, sin que estos pueblos y sus descendientes puedan hacer nada. Semillas y plantas en manos de multinacionales, son arrancadas de los patrimonios naturales y ancestrales de culturas y pueblos milenarios para pasar a formar parte de un registro de patente; es decir, de nuevas cotas de poder y de dinero para empresas multinacionales, así como de coacción, desarraigo y miseria para muchas comunidades.

Las patentes sobre los cultivos son una forma feudal con tintes de progreso que las grandes multinacionales quieren imponer a la humanidad y a su futuro, pues dictarán cuándo, dónde y cómo plantar sus cultivos que van extendiéndose por todo el planeta monopolizando bajo su control un bien necesario para la subsistencia de la humanidad. Se sustraen los derechos ancestrales de los agricultores al obligarles a pagar por cultivar determinada especie, terminando con la costumbre de reservar semillas de una cosecha a otra e intercambiarlas.

La manipulación genética en agricultura y en general en alimentación consiste en introducir genes dentro del código

biológico de alimentos y cultivos, para que así tengan más nutrientes y sean más resistentes a las plagas, bacterias y hongos, con lo que se trata de conseguir un aislamiento biológico respecto a la naturaleza de la zona. Pero hay otra opción, y es hacer que la agricultura pueda ser compatible e integrarse en el ecosistema, en vez de aislarse de él y a su vez agredirle, ya que un cuerpo extraño en un medio natural y múltiple en sus relaciones es como un cáncer en el organismo, cáncer que, claro está, se va extendiendo paulatina e inexorablemente.

Sin embargo, se podría utilizar la manipulación genética para favorecer los procesos naturales y permitir la mayor diversidad biológica posible, preservándola sin más. Una vez implantados los cultivos modificados genéticamente los daños en la salud y en el medio ambiente serán de incalculables consecuencias, y todo por controlar un gran negocio a través del monopolio de ciertas multinacionales.

La liberalización y la globalización de la agricultura, independientemente de desastres climáticos y otras consecutivas catástrofes puntuales de cada región, han conllevado graves pérdidas de cosechas en grandes zonas del planeta, daños en la calidad de la tierra y el endeudamiento de los agricultores.

La agricultura tradicional sostenible, que permitía adaptarse a las situaciones climatológicas adversas y a los ciclos naturales, ha sido destruida por la liberalización y la globalización obtenidas por presiones de las multinacionales agrícolas que con las patentes de los recursos biológicos tratan de dar el golpe de gracia a la agricultura tradicional y a la diversidad como patrimonio de la humanidad, especialmente a los campesinos, a su cultura y a la heterogeneidad de sus cultivos. El saqueo de su diversidad biológica atenta contra su supervivencia, y las empresas multinacionales se apropian ilegítimamente de las tierras, de los conocimientos y de los recursos naturales de los campesinos, alienando sus mínimos derechos.

Una empresa puede patentar un recurso tradicional e impedir su uso a agricultores y campesinos que han utilizado estas semillas como sustento durante generaciones, viéndose obligados a pagar por cultivar ese integrante ancestral de su tierra. Se niegan los derechos más elementales en pro de intereses depredadores, cuando lo que habría que prohibir sería la clonación de seres humanos y las patentes de seres vivos.

Los impactos socioeconómicos de los organismos modificados genéticamente en agricultura son suficiente argumento como para impedir su implantación, especialmente en los países más pobres, pues el riesgo de que una especie manipulada genéticamente consiga imponerse a las autóctonas, es demasiado elevado. Las especies originarias desaparecerán y esto traerá no sólo la pérdida de biodiversidad sino un tremendo efecto socioeconómico.

Se pretenden patentar organismos vivos consiguiendo un poder absoluto sobre cultivos e incluso órganos del cuerpo humano para ser puestos a la venta, cobrando derechos por trasplantes o por investigar con estos organismos, lo cual impide estudiar nuevas técnicas de lucha contra las enfermedades.

La medicina, la alimentación y, por tanto, la salud y el hambre en el mundo quedarán definitivamente en manos de intereses financieros que no tienen más premisa que el lucro y el poder.

Se confunde una invención con un descubrimiento, un proceso mecánico con la creación de la naturaleza; ¿cómo es posible que se patente el milagro de la vida? La biotecnología, algo que podría ser de gran ayuda para la humanidad correctamente gestionada y dirigida, se transforma en biopiratería.

A pesar de todo, muchos campesinos se ven seducidos por los cantos de sirena de las supuestas ganancias que pueden

obtener si entran en esta espiral en manos de las multinacionales agrícolas, lo cual les va llevando al endeudamiento debido a la compra de estos productos y patentes, así como de agroquímicos y semillas híbridas. Precisamente, la gran amenaza para la agricultura, especialmente en los países más pobres, es la entrada de estas semillas agrícolas patentadas, que incluso ha llevado al suicidio a muchos campesinos de los países pobres al verse abocados a un callejón sin salida y advertir demasiado tarde el error cometido, la tremenda burla de la que han sido objeto al aceptar una situación que sólo beneficia a quien la fomenta.

La humanidad puede acabar bajo la dependencia de unos pocos suministradores de semillas, gracias a la ingeniería genética para engendrar vegetales estériles y lograr la sumisión de los agricultores impidiendo que puedan guardar una porción de su cosecha para replantarla al año siguiente o bien intercambiarla con otros agricultores. De esta manera las multinacionales obligan a los agricultores a comprarles las semillas cada temporada. Especial impacto tiene esta política monopolista y destructiva para los agricultores de los países pobres, en donde aún priman los métodos agrícolas tradicionales y donde la gran mayoría de los cultivos se realizan con la provisión de semillas de anteriores cosechas.

La denominada tercera revolución verde por los mismos interesados en propagar esta nueva involución de la evolución, manipula el código de la biología celular para satisfacer sus enormes expectativas de lucro en este campo al que han destinado inversiones astronómicas.

Estos intereses meramente especulativos alegan que van a acabar con los problemas de la humanidad, con el hambre, el impacto medio ambiental, la escasez energética y las enfermedades con las nuevas tecnologías.

También plantean que la modificación genética es utilizada desde el principio de los tiempos del ser humano, como,

por ejemplo, en la fabricación de los quesos. Abogan porque sus métodos son seguros, infalibles y no generarán ninguna consecuencia nociva para la naturaleza ni para la especie humana, pero sin dar razones convincentes del porqué de sus creencias.

Con estos planteamientos se puede justificar cualquier barbaridad científica, cualquier aberración tecnológica.

Asimismo los promotores del desarrollo de las técnicas transgénicas son compañías multinacionales, muchas de ellas conocidas por sus actitudes y políticas destructivas que han llevado a devastadoras contaminaciones de la naturaleza y a una pérdida de la biodiversidad y de las variedades autóctonas al imponer a los agricultores y consumidores unos determinados productos agrícolas y ganaderos.

Estas mismas multinacionales que ahora intentan hacer creer que buscan eliminar el hambre en el mundo y la contaminación, acaparando la venta y propiedad de los productos transgénicos, son las que impusieron el uso indiscriminado de los plaguicidas, herbicidas, fertilizantes químicos, hormonas y vacunas, y que con sus presiones y condiciones económicas despiadadas dejaron sin trabajo a muchos pequeños agricultores y ganaderos que tuvieron que emigrar a los arrabales de las ciudades perdiéndose las tareas tradicionales del campo por otras altamente mecanizadas y deshumanizadas.

La cara oculta del pregonado estado de bienestar es la legalización de los peligros y las injusticias, y en este marco la población se convierte en cobaya del campo experimental que es el planeta para las tecnologías e intereses de alto riesgo.

El principio de precaución es aceptado en todos los acuerdos internacionales de protección medioambiental y sanitaria, y violado inmediatamente de forma sistemática basándose en el peregrino argumento del conocimiento científico,

sabiendo la facilidad con que se manipula la orientación y las conclusiones de este "conocimiento".

Teniendo en cuenta los impredecibles efectos de las nuevas sustancias, materiales, sistemas y organismos en el medio ambiente, en la salud y en la propia esencia de la vida hay que aplicar un principio por el que siempre he abogado: "culpable mientras no demuestre su inocencia", dirigido a todo nuevo elemento, sistema o producto que pretenda introducirse en el mercado o en el medio ambiente.

Habría que aplicar este criterio en distintos ámbitos, y uno de los más peligrosos e impredecibles es la manipulación genética. Un buen ejemplo es el caso del maíz manipulado genéticamente para ser resistente a cierto herbicida, pero que, además, hace que el organismo del consumidor se inhiba de los efectos de un grupo de antibióticos, caso de la ampicilina, muy empleados en tratamientos médicos para personas y animales. Este es uno de los motivos por los que algunos países se han opuesto a autorizar este maíz para el consumo, argumentado el riesgo de transferir genes de resistencia a antibióticos.

Pese a la disconformidad y a la preocupación de muchos países las presiones interesadas eliminan la oposición de numerosos gobiernos que acaban aprobando su uso alimenticio y agrícola. Posteriormente algunos estados han suspendido esta autorización ante los riesgos del gen de resistencia a antibióticos implantados en este maíz transgénico.

Las presiones de los intereses multinacionales del sector, junto a los países exportadores de transgénicos, tratan de impedir que se adopten acuerdos internacionales que garanticen el derecho de los gobiernos a denegar la autorización de entrada en su país a un determinado organismo manipulado genéticamente, si consideran que supone un peligro para el medio ambiente, la biodiversidad o la salud pública, y tratan

que sean excluidos de cualquier acuerdo de bioseguridad. La legislación de uno o varios países no es suficiente, tiene que haber una legislación internacional, pues esta biocontaminación no se detiene en las fronteras de los países.

En contra de lo que tratan de imponer los países productores y las multinacionales hay que saber cuáles son los cultivos transgénicos, para cuando se demuestre más fehacientemente, si cabe, su efecto destructivo para el medio ambiente, tener la capacidad de reconocerlos y eliminarlos. Pero para poder adoptar esta medida de seguridad hay que separar los cultivos transgénicos de los convencionales, y así obtener la garantía de saber, tanto las empresas como los consumidores, qué clase de producto están importando, comprando y consumiendo. La sociedad tiene el derecho a conocer qué productos consume; es preciso diferenciar los cultivos y productos que lleven transgénicos en su composición de los convencionales para respetar el derecho inalienable del consumidor a la libre elección.

Está latente la posibilidad y la probabilidad de que estos organismos causen alteraciones irreversibles en la diversidad biológica, pues una vez introducidos en el medio ambiente son capaces de reproducirse y contaminar a otras especies con efectos encadenados imposibles de frenar y restringir a unas zonas determinadas. Con lo cual incluso aquellas tierras agrícolas cultivadas con plantas no manipuladas pueden contaminarse por los invasores transgénicos procedentes de otros cultivos.

Los organismos manipulados genéticamente y liberados al medio ambiente son un grave peligro para los ecosistemas. La contaminación por polen transgénico de cultivos normales debido a cultivos transgénicos situados incluso a varios kilómetros de distancia es algo que supone una grave amenaza para las granjas, agricultores y medio ambiente cercano. Debido la proliferación de cultivos transgénicos y a su

rápida expansión si no se ataja y se adoptan medidas y distancias de seguridad o se eliminan los transgénicos pronto no quedarán cultivos no contaminados.

Los genes en vegetales manipulados genéticamente pueden cruzar la barrera de las especies y causar mutaciones en bacterias, lo que representa un grave riesgo para la salud. Por ejemplo, se ha comprobado que genes resistentes a los herbicidas implantados en la colza se transfirieron a las bacterias que habitan en los intestinos de abejas. Este fenómeno transferido al ser humano indica que cualquier tipo de bacteria podría quedar contaminado por los genes empleados en la tecnología para la manipulación genética, incluidas las bacterias que habitan en el sistema digestivo humano. La repercusión es de tal magnitud que podrían verse modificadas funciones fundamentales del organismo humano caso de las acciones propias de ciertas bacterias para que el organismo humano pueda luchar contra las enfermedades, hacer la digestión y coagular la sangre.

En vista del ocultismo con que trabajan las empresas de transgénicos, muchas empresas y cooperativas, viendo el rechazo de los consumidores y la mala imagen de las empresas que trabajan con transgénicos, advierten que emprenderán acciones legales contra todo aquel que trate de venderles cultivos transgénicos sin su consentimiento.

Anteponer la salvaguardia de la salud pública y de la naturaleza, así como la defensa de los medios de vida tradicionales y la autosubsistencia e independencia económica de las comunidades locales, a los intereses comerciales depredadores y al libre mercado, es un riesgo inaceptable para la humanidad, una falta de ética y moral hacia los menos favorecidos.

La defensa de la biodiversidad no puede supeditarse ni regularse según criterios mercantilistas, como es en el caso de

los alimentos vegetales lograr una mayor resistencia a los herbicidas y a las plagas de insectos. Existen evidencias del impacto negativo del producto sobre diferentes insectos beneficiosos e incluso en los animales más evolucionados en la cadena trófica. Ante estas pruebas algunos países han impuesto una moratoria para investigar este tipo de efectos en el uso de cultivos transgénicos supuestamente resistentes a las plagas. Se cuestiona no sólo sus riesgos medioambientales sino su eficacia y la alta improbabilidad de generar resistencia entre las plagas, y que la utilización masiva de este cultivo podría volver ineficaz al herbicida y, de esta manera, favorecer el incremento del uso de insecticidas químicos en una loca cadena de consumo peligroso para la salud y la naturaleza.

Pero esto es sólo el principio, se espera una avalancha de productos manipulados genéticamente, como la patata transgénica que ya ha sido comercializada a pesar de que también presenta un gen de resistencia a un antibiótico como la amikacina, considerado en la medicina como ingrediente de emergencia que precisamente se utiliza lo mínimo posible para no causar resistencia y disminuir su eficacia.

Actualmente, las plantaciones más extensas corresponden, además de a la patata, a la soja, maíz, tomate, colza, algodón y tabaco. Pero ya se están extendiendo por doquier otras muchas variedades vegetales, caso de cereales, lechuga, melón, pepino, manzano o pimiento.

Diversos estudios científicos independientes afirman que los alimentos transgénicos pueden provocar no sólo resistencia a los antibióticos, sino alergias, intoxicaciones y alteraciones del sistema inmunológico y del valor nutricional. Los alimentos manipulados genéticamente sufren alteraciones en sus propiedades nutritivas y alimentarias. Así que además de la eliminación inmediata del uso de genes de resistencia a antibióticos hay que suprimir todo aquello susceptible de crear daños en la salud.

Los riesgos del producto superan con creces a los supuestos beneficios sociales, aunque no a los económicos, claro está a los de las propias compañías que lo comercializan, pues hay que advertir su menor rentabilidad para los agricultores al demostrarse en múltiples experiencias que los cultivos con técnicas tradicionales son más productivos.

Los problemas medioambientales tienen su causa fundamental en la presión de los intereses financieros que hacen que sólo comience la investigación de un determinado elemento y de sus posibles riesgos después de generalizarse el desastre, cuando su efecto es irreversible. Esta lamentable situación es aún más dramática si se tiene en cuenta que el desastre es pronosticable con anterioridad.

Los laboratorios genéticos juegan a dioses modificando la esencia y la evolución humana y de la naturaleza en general, sin prever, ni poder prever, la magnitud de las consecuencias de sus ambiciosos y egoístas actos dirigidos por intereses de poder en el campo de la investigación y a su vez, éstos dirigidos por la oligarquía económica.

Los avances científicos y tecnológicos parten de la acción antes que de la investigación de sus consecuencias: primero se estudia la rentabilidad, luego se pone en práctica, y posteriormente es posible que se investigue sobre los efectos nocivos sobre la salud y la naturaleza cuando sus secuelas ya no se pueden ocultar por ser evidentes.

La ciencia y la tecnología han entrado en campos donde juegan a la lotería dentro de una total inseguridad y, lo que es quizá más grave, de una ignorancia que hace que las consecuencias sean imprevisibles, pero altamente probables.

La eugenesia

La eugenesia es la aplicación de las leyes biológicas de la herencia al perfeccionamiento de la especie humana. La genética es una técnica basada en la eficacia del azar, en el cual está fundamentado el futuro de las siguientes generaciones. Se utiliza la excusa de que la genética sirve para prevenir o curar enfermedades del embrión o para obtener conocimientos de medicina de alto nivel. Con estos planteamientos cualquier momento será bueno para utilizarla.

Se puede decidir el sexo del feto, saber las anomalías cromosómicas y ya es posible diagnosticar dentro del útero enfermedades hereditarias, incluso prácticamente ya se pueden conocer las futuras tendencias psicológicas del feto. De esta forma es posible seleccionar a las nuevas generaciones, evitando mediante el aborto a los considerados como no aptos.

Si se permite el uso de la ingeniería genética para obtener hijos más inteligentes, esbeltos, según la moda del momento, los que no utilicen esta técnica nacerán con menores oportunidades en un mundo competitivo. De esta manera las proposiciones racistas encuentran su máximo exponente en la genética. Un racismo incruento, sin violencia ni campos de exterminio visibles, pues los laboratorios genéticos son los modernos campos de exterminio, pero sin castigo, sin rastro. Impunidad total. Estamos ante una nueva forma de racismo, de eliminación sistemática de aquello que no parece adecuado en una determinada época o zona.

La selección genética llevará a la discriminación al igual que la raza o el sexo lo han sido o lo siguen siendo. Pero puede que esto no dure mucho tiempo, pues, es más que probable que la aplicación genética se utilice cuando los poderes al uso lo consideren oportuno de forma masiva, sin

la anuencia de la población para lograr reducir los costes sociales y las bajas laborales. De esta forma se pretende lograr una mayor capacidad de respuesta de la población ante enfermedades, ante la contaminación ambiental, alimentaria, etcétera.

Mientras las directrices económicas inviertan mucho más dinero en la enfermedad que en la prevención, la enfermedad seguirá dominando, pues queda claro que el negocio es la enfermedad, y no la salud. La prevención no es un negocio tan lucrativo como la enfermedad, tal y como sucede en agricultura con las plagas y las enfermedades de los vegetales, ¿aparece una epidemia o una plaga primero, y luego la vacuna, la solución, o primero aparece ésta y posteriormente la epidemia o la plaga? Intereses multinacionales, avalados por intereses personales de los investigadores y políticos, hacen que estas situaciones ahonden cada vez más.

La contaminación ya sea medioambiental o alimenticia, junto a la enfermedad, el cáncer y el SIDA especialmente, suponen para la industria farmacéutica una fuente inagotable y en expansión de beneficios. Consorcios que crean y acaparan mercados ajenos a cualquier consideración ética o moral, permitiendo y fomentando la muerte de enfermos y la enfermedad de personas sanas que podrían haber sido tratados con otros métodos o simplemente no haber consumido ciertos medicamentos mortales o enfermantes.

Está claro que la ciencia va en muchas ocasiones de la mano de ideologías, tal como hemos visto especialmente a lo largo del pasado siglo, asimismo de la mano mucho más cercana y apretada de los intereses económicos. Se da por hecho que las secuelas de los avances tecnológicos son inevitables y es más, que sus conclusiones prácticas deben entrar en nuestros hogares y en nuestras vidas, eso sí, como una parte del consumo, como algo ineludible. Observamos sin oposición la injerencia de la tecnología comercial en el transcurrir cotidi-

ano de la vida y cómo los mismos investigadores se hallan convencidos de que su trabajo tendrá un reflejo práctico inevitable en la sociedad.

Las oficinas de patentes reciben multitud de secuencias genéticas humanas, al tiempo que se recogen muestras de sangre y de tejidos de comunidades y de pueblos aislados: es el racismo de nuestra época.

Se está creando una nueva xenofobia, pues la genética relaciona muchas enfermedades, desde hemofilia a algunos tipos de cáncer, fibrosis quísticas, etcétera, con formas específicas de genomas. De esta forma se seleccionará a los supuestamente más aptos poniendo barreras al resto. Se pierde la poca privacidad personal y las empresas que quieren ahorrarse bajas laborales seleccionarán a los genéticamente más adecuados o las aseguradoras incrementarán las pólizas o rechazarán a los clientes con porcentajes de riesgo genético de padecer ciertas enfermedades.

Así si se prevé que el medio ambiente contaminado va a provocar -a seguir provocando- una serie de enfermedades si se continúa en esta línea, hay que alterar la genética para adaptarse a esta agresión. Se pretende atajar una amenaza con otra quizá mayor por la incapacidad de imponer límites a los intereses mercantiles.

Es sarcástico tener que modificar los organismos para adaptarse a los desastres que hemos cometido en vez de paliarlos. En vez de educación, prevención, planificación se pretenden cambios genéticos para amoldarse a la contaminación, a los alimentos tóxicos, a los hábitos nocivos. ¿No es más coherente eliminar la contaminación, la toxicidad de los materiales, de los alimentos y llevar una vida sana y natural, aunque sea menos rentable para algunos?

La genética sigue los mismos argumentos que siguieron la industrialización y el progreso hace décadas, un riesgo para la humanidad con la teórica contrapartida de una mejor

salud y productividad; es decir, mayores beneficios comerciales para unas cuantas empresas.

Al igual que recordamos a otras generaciones por haber permitido el uso de la energía nuclear, ésta pasará a la historia por haber permitido la ingeniería y la manipulación genética, especialmente en la alimentación.

Monocultivos, monoganerías, monohumanos

Cada año, cada mes, cada semana, cada día y cada hora desaparecen especies, pérdidas irrecuperables en un trágico canto al egoísmo. La biodiversidad es a cada momento que pasa menos diversa. El noventa por ciento de la comida se obtiene solamente de quince especies de plantas y de ocho de animales, y en los próximos diez años se perderán el noventa por ciento de las variedades de semillas, puesto que cada vez más campesinos se ven obligados a comprarlas a las multinacionales. Esto puede traer graves consecuencias, pues los efectos de las plagas serán devastadores. En permacultura se considera al monocultivo como la primera de las plagas.

Los monocultivos invaden selvas, bosques y tierras de cultivo de múltiples variedades, como espárragos, maíz y otros tipos de productos. Grandes extensiones de bosques, selvas y junglas son arrasadas por incendios provocados que devastan enormes territorios para crear monocultivos.

Los grandes latifundios de empresas multinacionales han transformado los paisajes boscosos de países menos modernizados, en amplias zonas de campos abiertos que favorecen que los desastres naturales, caso de los huracanes, repercutan con más virulencia sobre estas tierras devastadas. Los resultados, aparte del desastre ecológico, son desoladores: muertes directas e indirectas por hambre y enfermedad, epi-

demias, miseria y desarraigo. Los nativos asentados en estas tierras son asesinados, eliminados en masa, expulsados de sus tierras y los pocos que quedan en ellas sobreviven miserablemente al haber perdido sus formas tradicionales de sustento. La desaparición de las estructuras rurales arrasadas por los latifundios y las nuevas tecnologías ha generado zonas de pobreza y grandes migraciones a "paraísos del progreso" donde aumentan los focos de miseria.

Los desplazados viven en tierras estériles, marginales con una productividad ínfima y degradada -las mejores son ocupadas por los grandes intereses internacionales-, poblaciones que acaban en las grandes metrópolis en condiciones infrahumanas, sin unas mínimas condiciones de habitabilidad; vivir en chabolas, vivir en la tierra -pero ya no de la tierra-, morir en ella.

La impotencia de la población ante la magnitud del enemigo camuflado tras una aparente respetabilidad y una actividad supuestamente inocua y necesaria, se basa en el falso argumento de que no se puede detener el progreso, el libre mercado y la globalización. Estamos asistiendo a la irrupción en el mercado de empresas y productos cuya presentación y representación muestran una ética aparente, pero una perversidad oculta.

Al igual que en su día fueron los artesanos los perdedores de la guerra industrial, los pequeños agricultores, especialmente los de los países menos ricos, son en este momento las víctimas. Ya ni siquiera el mercado de su propio país es accesible a sus productos, poco competitivos frente a los de los grandes monopolios y ante la permisividad y facilidad de sus gobiernos respecto de la entrada incontrolada de variantes industrializadas que eliminan el trabajo y la producción local. Esto conlleva una reducción notable de la sostenibilidad en estas zonas: son los callados perdedores ante el imperio neoliberal.

La agricultura convencional es, especialmente en los países pobres, insostenible desde el punto de vista ecológico y social. Variar el rumbo de la agricultura es uno de los principios fundamentales de la revolución ecológica que planteo, pues solucionaría muchos de los problemas más acuciantes de la actualidad. La agricultura ecológica y local supondría la supervivencia de muchos agricultores y la posibilidad de reactivar zonas devastadas, además de eliminar los riesgos procedentes de los venenos que afectan a la naturaleza y a los productos que consumimos.

Esta forma de agricultura basada en grandes extensiones de terrenos agrícolas, causa un gran impacto en la naturaleza, además es independiente de los intereses y consumos de las poblaciones donde se implanta, y es parte fundamental de la destrucción ecológica en el ámbito planetario; por lo tanto, causa de la pobreza, pues ambos son dos fenómenos que en muchas ocasiones conviven al unísono.

Social y ecológicamente, la vuelta a una agricultura tradicional, apoyada por las nuevas tecnologías no agresivas, ni deshumanizantes y sí cooperantes, forma parte de la punta de lanza de esta revolución.

Hay que impulsar lo local, fomentando al mismo tiempo lo global en la coordinación de los recursos y en la cooperación intercomunitaria, fundiendo ecología y economía en un mismo sentido. Si no conseguimos hacerlos compatibles, ambos se resentirán gravemente y hasta su subsistencia sería cuestionable.

La globalización de los monocultivos arruina la diversidad de especies en beneficio de la ingeniería controlada por unos pocos intereses para incrementar y monopolizar la alimentación en el mundo. Hay que recuperar las especies vegetales tradicionales en cada zona, evitando los monocultivos que destruyen la capacidad productiva de la tierra, centralizando y monopolizando la comida en contra de las carac-

terísticas alimenticias ancestrales de cada lugar. Es la resistencia pacífica del agricultor y del consumidor local frente a la devastación de la importación y la implantación de productos transnacionales que arrasan a las economías locales y autosuficientes.

Las multinacionales con sus vastos canales de distribución tratan de imponer unos patrones de producción y unas prácticas consumistas homogéneos en todo el planeta. Es fácil encontrar los mismos productos en los supermercados de cualquier rincón del mundo, consumo que va en contra de un comercio justo y humano donde prime el producto autóctono que favorezca la diversidad gracias a los pequeños agricultores y artesanos que trabajan siendo respetuosos con la naturaleza y a una política comercial de intercambio.

Así desaparecen seres humanos, pueblos y culturas, desaparecen conocimientos, especies y plantas ricas en tesoros alimenticios y terapéuticos que dan carácter en su multiplicidad a la vida. Las consecuencias de la eliminación de tantas especies vegetales, la dirección de la agricultura agresiva, en cuanto a la utilización de productos químicos y en la monodiversidad hacen precisamente que la biodiversidad sea un bien cada día más escaso, ya que grandes zonas del planeta producen solamente un tipo de producto. Cada paso del llamado progreso, cada avance de la llamada ciencia nos demanda un precio: ¿vale la pena pagarlo?

El ser humano desde que empezó a ser agricultor, modificó el ecosistema local, favoreciendo el cultivo de ciertos alimentos, que en condiciones normales la naturaleza no hubiera ofrecido. Si en épocas históricas anteriores, el ser humano no trastocó de forma tan notable el entorno como en la actualidad, se debía a una menor capacidad de su tecnología para modificar y destruir la naturaleza y a unas menores necesidades consumistas. Por lo tanto, cuanto más avance la tecnología y el consumo en la actual dirección,

hay más probabilidad de que se alteren los sistemas naturales.

La destrucción, la alteración, la ocupación de espacios naturales plantean peligros de enormes consecuencias, pues existe un impacto zonal, puntual e incluso gradualmente planetario. Hasta en un momento determinado puede ocasionarse una eclosión en forma de reacción en cadena que afecte a todo el planeta con impactos y desastres naturales simultáneos: lluvias, sequías, inundaciones, erosión, contaminaciones globalizadas del agua, de la tierra y del aire. Este fenómeno progresivo o simultáneo haría imposible mantener los sistemas y servicios de supervivencia para la población, con la aparición de enfermedades, hambre y conflictos generalizados.

La revolución ecológica no plantea una oposición a la ciencia, a los avances tecnológicos, todo lo contrario. Precisamente de la mano de la ciencia y de la técnica podrían venir soluciones que ayuden realmente a paliar los grandes problemas sociales y ecológicos de nuestra época y de nuestro mundo. Sin embargo, una vez más, se ha escogido un camino equivocado, tratando de encontrar un atajo en pro de un supuesto bienestar y comodidad. Hemos olvidado que existen otras formas de relacionarse con la naturaleza, de explorar sus misterios y de utilizar sus recursos. La naturaleza y la vida no están a nuestro servicio, tal como creen buena parte de los científicos, históricamente y más todavía los actuales. Hay que terminar con el mito del ser humano aislado de la naturaleza. No es cierto que pueda existir un futuro independiente de ella, en la cual quede lugar para el ser humano. Existe un gran entramado de interrelaciones simbióticas, que dan forma y vida en la biosfera a un solo organismo, que a su vez se interrelaciona con otros organismos a nivel cósmico. ¿Cómo podemos extirparnos a nosotros mismos de nosotros mismos?

Todo avance científico o tecnológico tiene una vertiente

positiva y una negativa, generalmente nos acogemos a la negativa, porque suele ser la que con mayor facilidad produce beneficios a unos pocos que la fomentan, la otra suele dar recompensas mayores pero a más largo plazo, y la vorágine en la que está inmersa nuestra sociedad difícilmente lo permite.

Utilicemos la genética para comprender las relaciones entre el medio ambiente y las mutaciones genéticas permitiendo que la agricultura evolucione en la integración y no en la separación. La genética en medicina como solución a gran parte de las enfermedades derivadas del progreso y del supuesto bienestar: infartos, apoplejías, diabetes, cánceres provocados por un medio ambiente alterado y, por supuesto, por los alimentos y la forma de vida de una frenética sociedad, al mismo tiempo que mejoramos el medio, la alimentación y los hábitos sociales.

No es cuestión de estar en contra de la ciencia, sino de saber qué tipo de ciencia queremos. Hemos llegado a creer en la doctrina científica como algo inmutable, lo que dice es lo que es, pero no nos planteamos si hay otras posibilidades, otras opciones menos agresivas, menos depredadoras, menos influyentes, más humanas, más naturales, más holísticas, más integradas. La actual dirección científica de la mano de los grandes intereses financieros tiende hacia la unificación de las especies, y habría que plantear justamente el cambio contrario, la diversidad biológica.

Los intereses de la agricultura química agresiva frenan las investigaciones y la información de alternativas que permitan restringir la producción e importación de productos alimenticios y de materias en general procedentes de la agricultura masiva con grandes costes energéticos, medioambientales y humanitarios.

Uno de los aspectos más notorios de este deterioro, parte de la industria agraria, al ser consumidora de enormes canti-

dades de energía que, además de contaminante, es cara y no renovable.

El cultivo del algodón para confeccionar ropa, especialmente pantalones tejanos, ha invadido muchas tierras agrícolas utilizadas para el cultivo de alimentos, además del elevado consumo de agua que precisa y la gran cantidad de pesticidas que utiliza -una cuarta parte del total que se usa en el mundo- y que debido su exponencial aumento acaba inmunizando a las plagas. Algunos de ellos han sido prohibidos por sus efectos nocivos en la salud y el medio ambiente en los países más desarrollados, pero se siguen utilizando en los demás.

¿Cuántos de los productos de consumo más comunes proceden de países con explotación de los obreros y con legislaciones industriales permisivas o inexistentes?

El algodón biológico es una de las alternativas para reducir el impacto ambiental de estos nocivos venenos utilizados en los cultivos intensivos, al igual que otras opciones menos lesivas como son los pantalones tejanos de cáñamo cultivado sin pesticidas artificiales.

Los mal llamados agrotóxicos, pesticidas o plaguicidas surgieron de la industria militar como armas letales contra seres humanos y después de la primera y segunda guerra mundial se sigue utilizando en esta tercera guerra mundial en que nos encontramos. Son sustancias camufladas con nombres equívocos, cuando en realidad, son potentes venenos para la vida en cualquiera de sus manifestaciones: vegetal, animal y humana.

Una de las características de estos venenos es su capacidad de destruir las economías locales arraigadas a formas ancestrales de cultivo, lo cual hace a los agricultores y a los países más pobres, más dependientes, haciéndoles esclavos de sus productos en una espiral consumista y destructora sin fin.

Dentro de esta misma tendencia destructora y monopo-

lista surge la manipulación genética como uno de los grandes negocios de la historia. Las multinacionales fundamentan su estrategia en eliminar sistemáticamente la diversidad de las semillas originadas por la naturaleza y controlar el resto.

Los grandes intereses agrarios polucionan y degradan la naturaleza debido a sus deficientes prácticas agrarias y su impacto medioambiental; no tienen en cuenta la conservación y la calidad, agotan las reservas de agua por su excesivo consumo y mala planificación, por el uso desmesurado de terreno y por el impacto de los productos químicos que emplean.

La agricultura pasa de estar en manos de los campesinos, a estar controlada por negocios ajenos a los intereses de la tierra, de quienes la trabajan y de los consumidores. Son grandes multinacionales, grandes empresas que monopolizan la agricultura, y condicionan la producción dependiendo de sus inversiones, controlando los alimentos, las semillas, los recursos fundamentales para la producción en el ámbito mundial, marcan los precios de compra y de venta, proporcionan créditos financieros a intereses muy elevados a los pequeños agricultores, deciden si hay excedentes o no, claro está, dependiendo de las necesidades y prioridades de los países más desarrollados y de los intereses mafiosos.

La actual tendencia hacia el monocultivo conlleva graves riesgos en caso de que haya una plaga o una climatología adversa, que destruya la cosecha o que ésta se reduzca drásticamente. El pluricultivo minimiza este riesgo, al haber diferentes variedades más o menos resistentes a los peligros naturales. Frente a los pesticidas y herbicidas químicos están los que nos ofrece la propia naturaleza y, sobre todo, la mejor forma de luchar contra las plagas es la diversidad de cultivos.

La agricultura tradicional es de una gran eficacia energética y justifica plenamente su uso a todos los niveles, eliminando las simientes de alta tecnología.

A pesar de los mensajes difundidos con profusión por los portavoces de las multinacionales, la investigación biológica prueba que es posible alimentar a toda la población mundial, incluyendo el aumento de los próximos tiempos, sin el empleo de agroquímicos ni manipulaciones genéticas.

Los grandes intereses financieros llevan asegurando hace decenios que gracias al empleo de abonos, pesticidas y fitosanitarios de síntesis, se acabaría con el hambre en el mundo aún cuando tuviéramos que pagar una cuota sanitaria, debido a la pérdida de salud de los consumidores, y medioambiental, por su enorme impacto sobre la naturaleza. Pero obviamente el problema no sólo no se ha solucionado sino que ha aumentado.

Así pues las revoluciones que se nos plantean con las nuevas tecnologías como bandera, siguen en la misma línea, cuando en realidad el verdadero problema radica no sólo en la producción, elemento subsanable, sino fundamentalmente en un reparto desequilibrado y poco equitativo. No hay insuficiencia de alimentos, sino una desigualdad en su obtención, distribución y consumo. Es, pues, necesaria una revolución, pero no tecnológica, sino ecológica y solidaria.

En la actualidad la capacidad productiva mundial es capaz de cubrir todas las necesidades, pero la especulación, el coste de almacenamiento y de transporte hace que se quemen, entierren o viertan millones de toneladas de alimentos que podrían solventar el hambre en el mundo. Sólo el afán de lucro asesino lo impide.

La denominada, por los intereses financieros, como agricultura integrada o agricultura sostenible no es más que una argucia para crear confusión y opciones engañosas de cara al consumidor, con el objetivo de seguir empleando pesticidas, abonos y todo tipo de productos de síntesis, así como la manipulación genética, claro está, todo esto de una forma "racional y prudente".

La producción y el consumo de productos biológicos no son un capricho de países ricos, sino una necesidad de supervivencia especialmente para los países más pobres. Así vemos como lentamente estos países se van sumando a la corriente de producir productos biológicos sin los dañinos e innecesarios pesticidas y fertilizantes sintéticos que han contaminado la tierra y sus frutos convirtiendo una actividad que da vida en otra peligrosa para la supervivencia. Las promesas de gigantescas y continuas cosechas de la revolución verde y del progreso científico se convierten en colosales e incesantes agresiones al medio y a la salud.

El ser humano, confiado, delega en el progreso y en sus adláteres, en sus promesas de bienestar y en la falsa expectativa de acabar con las penurias, permitiendo que se olvide la sabiduría adquirida a través de milenios. Así, desposeído de la capacidad de sobrevivir fuera del sistema monopolista, pierde su autonomía, su libertad, pues los grandes intereses no permiten que las comunidades, especialmente menos desfavorecidas, puedan ser autosuficientes por miedo a una posible expansión de esta tendencia que termine por privarles de sus mercados. Buen ejemplo de ello son las nuevas tecnologías de las energías renovables dirigidas a la monopolización. Si, efectivamente son energías más limpias, pero en manos de los mismos intereses devastadores.

La vuelta a los tradicionales métodos de subsistencia y de autosuficiencia es la única vía para las zonas empobrecidas y un camino progresivo de liberación para las más consumistas.

No es cuestión de estar en contra de toda manipulación genética sino que, debido al alcance indeterminado de sus secuelas, hay que exigir una moratoria para investigar sus repercusiones en el medio ambiente y en la salud, así como el debate de las consideraciones éticas. Todo ello nos llevará a un verdadero protocolo de bioseguridad que impida las con-

secuencias irreversibles sobre la naturaleza y los seres humanos.

Es la sociedad, una vez bien informada, quien debe decidir y no las grandes compañías.

La biodiversidad

La biodiversidad es la capacidad natural que tiene la vida de mostrarse en múltiples y variadas formas, no sólo en diferentes especies sino dentro de cada una de ellas. Esto es lo que permite la evolución biológica.

La biodiversidad es la representación de las distintas variedades de vida y constituye el patrimonio biológico de una determinada zona geográfica y del planeta. Está conformada por el conjunto de especies, subespecies y heterogeneidades, de variedad y abundancia de hábitats, ecosistemas y paisajes.

Cada especie y cada individuo, desde la minúscula bacteria hasta el gran elefante, forman parte del milagro de la vida. Son un hecho irrepetible, fruto de millones de años de vínculos evolutivos.

La sinergia de esta miscelánea de vida, ha creado una infinidad de especímenes, transformaciones y adaptaciones al medio ambiente para lograr sobrevivir y reproducirse. Millones de años de evolución quedan contenidos en la información genética de los actuales seres vivos y cómo el actual equilibrio biológico se ha organizado en el medio actual y ha superado la presión de un ecosistema variable.

La diversidad biológica estriba en algo más que en la cantidad, es la eficacia en adaptarse en un delicado equilibrio con las correlaciones generadas por la convivencia con otros seres vivos y con el medio, la que le confiere un valor especial e inimitable. La extinción de miles de especies animales y vegetales nos priva, a nosotros y a las generaciones

venideras, de un conocimiento fundamental, no sólo de nuestra historia y de la del planeta sino de recursos y saberes esenciales para el futuro de la humanidad.

La desaparición de una sola especie supone una pérdida irreversible, y con ella desaparece inexorablemente una fuente de conocimiento único, además de una enorme riqueza y potenciales beneficios. El número de especies que desaparece día a día aumenta de forma progresiva y exponencial.

La diversidad biológica del planeta está bajo la amenaza de la industrialización y del progreso. Los ecosistemas se destruyen por la irracional aparición de carreteras, por la tala indiscriminada de árboles, por la agricultura agresiva, tóxicos agrícolas, industriales y domésticos, vertederos que envenenan los hábitats naturales y eliminan infinidad de especies y variedades de vida, pero sobre todo por un modelo social absurdo.

A una persona culta le produce un rechazo inmediato pensar en la destrucción de una valiosa obra de arte, pero no se inmuta cuanto apenas ante la masiva aniquilación diaria de muchas especies irre recuperables cuyo valor supera a todas las obras de arte de toda la historia; valor para la humanidad, para la diversidad, para los ecosistemas, para la vida.

No hay que defender sólo a las especies más emblemáticas de fácil argumento propagandístico, sino a todas, aun siendo menos agraciadas según nuestros conceptos estéticos y sentimentales, pero igualmente decisivas en la biodiversidad y en los misterios aún no desvelados de la evolución tras los cuales pueden encontrarse muchas respuestas a los actuales y futuros problemas de la humanidad.

A pesar de su aparente inutilidad, las actuaciones de todo ser viviente -salvo el ser humano y los animales encarcelados para su consumo y la agricultura intensiva y genética- están ligadas a los ciclos naturales. Desde los insectos con su fun-

ción polinizadora, clave en la reproducción de las especies vegetales, hasta otras especies de las que ni siquiera sabemos cuál es su función pero que, por pura lógica, el proceso alquímico de la naturaleza a lo largo de millones de años ha situado para equilibrar algún proceso homeostático dentro de los ciclos naturales. De esto nos percatamos cuando especies aparentemente inútiles desaparecen dejando la cadena alimenticia rota causando una desaparición en cadena de otras especies.

La extinción de especies, provocada por la actividad humana, merma la estabilidad de los ecosistemas provocando agudas y progresivas alteraciones del medio, pues existe una interdependencia que hace que la desaparición de una especie, al reducir su implantación en el medio o al perderse definitivamente provoque un efecto rebote debido a la sinergia con otras especies que les lleva a desaparecer en cascada.

Toda especie desempeña una función esencial en los ecosistemas y gracias a ello se mantiene el equilibrio ecológico del planeta: el aire es respirable, el agua potable y los alimentos nutritivos.

La biodiversidad, la sostenibilidad, la ecología y el medio ambiente se convierten en términos vacíos de contenido al ser manipulados y utilizados en demasía por políticos e intereses causantes del problema ecológico.

La separación y el desprecio hacia la naturaleza queda patente en la falta de catalogación de la gran mayoría de las especies existentes en el planeta. Sin embargo, se emplean cantidades de dinero y esfuerzos superiores en catalogar las estrellas a los necesarios para conocer la biodiversidad.

La pérdida de la biodiversidad, es uno de los mayores problemas a los que nos enfrentamos. Precisamente la variedad biológica ha servido de colchón a muchos de los desastres ecológicos provocados por el ser humano. A mayor diversidad mayor capacidad de adaptación de la comunidad

biológica al medio y a sus constantes y cíclicos cambios.

Los intereses inhumanos de los capitales económicos internacionales sacrifican irresponsablemente la biodiversidad por el mero hecho de obtener ciertos lucros económicos. Destruir vida es sencillo, rápido y rentable, para unos pocos; y crearla es complejo, lento y valioso, para la mayoría. La biodiversidad es para los grandes intereses económicos internacionales la mera explotación del material genético. Para el futuro de la humanidad debemos observar, comprender y acomodarnos en el proceso natural.

La enorme, injusta y falsa deuda de los países pobres, les obliga a explotar cada vez más sus materias primas, productos agrarios, metales y energía hidráulica, todo ello dirigido a la exportación, con el enorme coste en la biodiversidad: ¿cuántos seres vivos sacrificados en aras de intereses económicos? Miles, millones de especies y plantas desaparecidas para siempre, desaparecidas para futuras generaciones que nunca se encontrarán con ellas.

Toda pérdida de la biodiversidad supone un robo a la humanidad y un atentado a la naturaleza.

Vemos que la tendencia actual es hacia la pérdida de diversidad, no sólo por el impacto medioambiental, sino por criterios meramente económicos de selección de las variedades más rentables, lo que nos lleva a que en vez de evolucionar, quizá en este momento estemos involucionando; es decir, impidiendo la diversidad que permite que el espectro de vida sea mayor y, por lo tanto, las posibilidades de supervivencia sean asimismo mayores: a menor número de especies, los recursos con que cuenta la vida para sobrevivir se reducen exponencialmente.

Es posible que no suceda una desaparición absoluta de nuestra especie, aunque posibilidades, sin querer causar, como dicen los voceros del sistema, terrorismo dialéctico o exageración, existen. A pesar de que muchos ecologistas se

suman a la idea del sistema de que no estamos amenazados de extinción, obviamente sí lo estamos, aunque lo más probable es que este hecho no se llegue a dar. Hoy en día somos capaces de ello, tenemos los medios, por lo tanto existe la posibilidad, porque generalmente, todo lo que es posible el ser humano lo hace, sobre todo aquello que es destructivo.

La especie más amenazada de extinción sobre el planeta, sin duda que no es la humana, puesto que incesantemente desaparecen especies para siempre; pero como grupo, etnia, pueblo sí es el más amenazado, pues es aniquilado o dejado morir de forma sistemática y cada día hay un genocidio en masa o un genocidio individual pero múltiple, cuya característica es haber nacido en un mundo desfavorecido, en una tierra depredada por el sistema. Son los excluidos del progreso.

La pérdida de la biodiversidad refleja la actitud irreflexiva del ser humano en su camino de devastación. Cada especie que desaparece es un eslabón perdido, un valioso conocimiento malogrado.

Licencia para matar

Los supraintereses que deciden quiénes deben morir y cómo, cuándo y dónde arriesgar la salud de la población, intentan controlar la investigación, para que ésta no aporte datos en contra de sus intereses, y cuando lo hace bombardea con estudios contrarios para confundir a la opinión pública y acallar conciencias políticas y científicas.

Incluso cuando el riesgo resulta tan obvio que es difícil ocultarlo tratan con todas sus fuerzas de minimizarlo dialécticamente e incluso de negarlo, pues admitir lo real conlleva el reconocimiento del fracaso de las instituciones que aparentemente deben velar por la salud pública y por el

medio ambiente, y ante sus reiteradas promesas de seguridad, se comprueba la legalización de lo inseguro y de lo claramente peligroso.

Los megaintereses económicos son expertos en las tácticas de encubrimiento, para lo cual utilizan las armas legislativas, científicas y políticas, para llegar a la máxima perversidad de negar lo obvio: lo que está sucediendo no existe. Esto acontece ante el servilismo de la burocracia como instrumento de los megacapitales, que les garantiza el control jurídico de la situación y les otorga licencia para matar.

A través de la alimentación recibimos muchas sustancias tóxicas con el beneplácito administrativo. Para engordar a los animales se utilizan aditivos, así como para el aumento de la producción de leche, o colorantes para conseguir una buena apariencia del producto y conservantes. La tolerancia de las leyes frente a los aditivos que permiten conservar, cambiar el color o potenciar los sabores plantea problemas sanitarios injustificables. Muchos de estos productos son tóxicos y están avalados legalmente, otros han sido prohibidos -aunque bastantes se siguen utilizando- tras el paso de los años y los muertos que ha dejado en el camino.

Bien conocidas son las sustancias hormonales caso de los anabolizantes o esteroides sexuales que tienen una actividad estroídogenica como la trembolona, la testosterona, el estradiol, el zerranol y la progesterona. A este grupo podemos añadir el dietilestilbestrol, muy efectivo para el engorde y reconocido y potente agente cancerígeno. Según los organismos alimentarios, algunas de estas sustancias son soportables; es decir, que no nos matan de golpe, ni afectan a todos por igual; aunque otras perjudican a la reproducción y modifican los niveles de producción hormonal en animales y en personas.

Otras mezclas tóxicas, algunas prohibidas y otras admitidas como "mal menor", se detectan en alimentos de uso

común incluyendo los de uso infantil, con el único argumento de abaratar los costes, ganar más dinero y ser más competitivos a costa de la salud del consumidor.

La toxicología tradicional estudiaba los efectos de una determinada sustancia y se determinaba su toxicidad si incluso en pequeñas dosis provocaba efectos nocivos. Sin embargo en la actualidad hay que estudiar las sustancias, radiaciones, etcétera, en largos periodos de tiempo y en dosis muy bajas. Un ejemplo es el envase y la migración de sustancias tóxicas desde él hasta el producto que contiene. El exceso de envases sólo se explica por razones mercadotécnicas, que además de elevar su precio conllevan un innecesario e importante impacto medioambiental y sanitario. El envase sirve de protección para los largos, costosos y contaminantes transportes, y para facilitar el almacenamiento de los distribuidores, pero hay que considerar que muchos de los envases provocan la contaminación del alimento.

La actividad estrogénica de determinados elementos, caso del bisfenol, antes citado, que aparece como recubrimiento interior en contacto con el alimento de muchas latas de conservas, sumados a otros contaminantes, pueden causar procesos cancerosos debido al aumento de estrógenos en el organismo.

Los envasadores de alimentos cambian de uno a otro producto conservante cuando la legislación pone cotas a los niveles de toxicidad permitidos, evitando someterse al control sanitario al no estar regulada la nueva sustancia.

Si realmente se impusieran criterios de salud pública en vez de las argucias y los intereses de grupos de presión, buena parte de las nuevas tecnologías de producción de alimentos procesados y los envases actuales estarían tajantemente prohibidos.

El consumo de ciertas dosis tóxicas consideradas aceptables, sobre la base de lo que se tiene como inevitable debido

a la proliferación casi monopolista de estos envases dañinos, es una cuestión asumida por parte de las administraciones e incluso por los propios afectados. Éstos están poco informados de los riesgos a los que son expuestos basándose en unos valores límite impuestos por ley, pero no por la evidencia científica ni la ética social. Es bien sabido que muchas veces estas normativas se realizan basándose en la opinión de técnicos que trabajan defendiendo los intereses de los promotores de la situación, con lo cual resulta obvio que nuestra salud y seguridad no están bien representadas. Ellos se lo guisan y nosotros nos lo comemos.

En una reunión con responsables administrativos de medio ambiente, al preguntar quién decidía sobre las normativas de productos ecológicos, la respuesta es que los propios fabricantes de los productos interesados en que sus productos lleven dicha etiqueta. La palabra ecología vende, sea cierta o falsa.

El inmovilismo administrativo se refugia siempre en que el producto cumple la legislación vigente, con lo cual nunca avanzamos en la línea de mejorar el control de todo aquello que se introduce a nuestro alrededor o lo que consumimos.

Recuerdo el argumento del parlamento de un país europeo para decidir si se hacía un estudio epidemiológico sobre un elemento sospechoso en grado sumo de provocar daños en la salud, aduciendo que no se realizaba ya que no estaban demostrados sus efectos nocivos. Obviamente para eso se pretendía hacer el estudio para demostrar su toxicidad o su inocuidad.

Una cosa es la disparidad de criterios, lo cual hay que defender y estimular, y otra bien distinta es el disparate como argumento para minar los argumentos contrarios.

La defensa de la naturaleza y de la salud no debe ser regulada por los mismos intereses comerciales que atentan contra ella, tal como sucede actualmente.

¿Qué estamos comiendo?

Los continuos escándalos sobre contaminación y toxicidad de productos de alimentación, base de las dietas de muchos países, son la punta del iceberg de una política agroalimentaria generalizada. Los políticos de la mano de los científicos secuaces de los intereses económicos niegan las cíclicas epidemias debidas a alimentos tóxicos, tratando de desinformar a la población mediante el silencio o la negativa hasta que la situación escapa a su control; véase los casos generalizados en toda Europa de las vacas locas, aceites tóxicos, etcétera.

Hay que replantear toda la dirección alimentaria, pues los métodos y la falta de control de la producción de alimentos no garantiza su salubridad, más bien todo lo contrario.

Hay que preguntarse qué come lo que comemos. Las harinas de carne que se utilizan en los piensos llevan proteínas como los priones, que al interactuar con determinada proteína del animal se convierte en altamente nociva. La proteína infectada se multiplica destruyendo el sistema nervioso del animal. Esta enfermedad, transmitida a las personas por la ingestión de carne de estos animales enfermos, es conocida como la de las vacas locas, pero puede llegar a afectar a otros animales pudiendo encontrar ovejas locas, pollos o conejos locos, aunque verdaderamente deberíamos llamarla la enfermedad de las personas locas, pues es esta locura la que enferma a los animales y éstos a su vez a las personas. Comienza la era del canibalismo con el añadido a los animales de hormonas humanas de crecimiento que luego consumimos. Una buena excusa para convertirse en consumidor de productos vegetarianos biológicos.

Hace diecinueve siglos, Plutarco (siglo I-II) ya denunciaba que los animales vegetarianos que eran alimentados con carne se volvían locos, ¿pero es solamente la alimentación cárnica la causa única de esta enfermedad o también otros

factores, caso de los pesticidas y su enorme abuso fomentado por las empresas multinacionales del sector, los que colaboran activamente en provocar esta enfermedad?

Los piensos que consumen muchos animales son de baja calidad, incluso son desechos animales e industriales, auténtica basura que contamina a los animales y a sus consumidores. Junto a cereales y forrajes se mezclan a menudo aceites y grasas de procedencia animal, cadáveres y despojos de gatos, perros y de cualquier otro animal se convierten en harinas, parte fundamental de su dieta. Así, hallamos productos de origen animal mezclados en los piensos contaminados por agentes nocivos. Pero esto, que genera un rechazo inmediato es legal, incluso fomentado por las administraciones empeñadas en abaratar los costes de la alimentación a toda costa, colaborando en que los productores introduzcan cualquier basura barata en la cadena alimenticia. Vacas, pollos, conejos, peces locos y contaminados, enloquecen y contaminan a los consumidores, ignorantes o indulgentes de esta política generalizada.

La crisis de las vacas, conejos, peces o pollos locos o el uso de anabolizantes para el engorde son problemas causados por prácticas comunes dentro de la competitividad del sector de la alimentación. Cuántas veces sale en los medios de comunicación que el precio del pollo es el culpable de la inflación. A quién le puede extrañar entonces que se trate por cualquier medio de "fabricar" pollos más rápido y más barato, incluyendo la contaminación de los piensos, el engorde fraudulento con nocivas sustancias y la injustificable tortura agónica de los animales. Es la locura generalizada de los poderes políticos y económicos, pero insisto ¿quiénes están locos los animales o las personas que los contaminan y hacen sufrir favoreciendo la transmisión de enfermedades y que después se los comen?

Los animales encaminados al consumo sufren una auténti-

ca tortura desde el momento en que nacen hasta que son consumidos. En pocos años el tiempo que necesitaban para alcanzar el peso considerado ideal para ser rentables a sus productores, se ha reducido en dos tercios. Animales inmovilizados para no gastar calorías, haciéndoles ingerir continuamente pienso para lograr el máximo engorde en el menor tiempo posible. Además de las secuelas sobre el consumidor de los tóxicos y basuras que obligan a tragar a los animales, hay que valorar el efecto sobre el consumidor al comer un animal que ha sufrido desde que nace hasta que es sacrificado.

¿Qué derecho tenemos al maltrato, a la mutilación y genocidio de animales con la falsa excusa del bien común? Nos indignamos de que maten a especies aparentemente protegidas por sentimientos sociales o por una publicidad acertada, sin embargo no cuestionamos la matanza y el sufrimiento sistemático de miles de animales en verdaderos campos de exterminio para satisfacer no ya las necesidades alimenticias, sino el lucro de determinados intereses.

Los escándalos de las dioxinas en la alimentación abren de nuevo la polémica de la presencia de distintas dioxinas, muchas de ellas altamente tóxicas y cancerígenas, en productos de consumo y en el medio ambiente. Del gran número de dioxinas cercanas al ser humano de forma cotidiana, se sabe que muchas son muy tóxicas, otras menos y de otras no se sabe nada. De nuevo estamos en manos del azar y fundamentalmente de los intereses de mercado y político-económicos. Las dioxinas son compuestos orgánicos con cloro que están presentes en el ambiente, siendo focos bien conocidos las incineradoras y vertederos de basuras donde, junto a la materia orgánica, arden "incontroladamente" toda clase de plásticos, emisores de dioxinas especialmente bolsas y botellas de polivinilo de cloruro, más conocido como PVC. Aunque pueda parecer que este hecho no tiene relación con la ali-

mentación, hay que considerar que al arder estos elementos van a la atmósfera y después descienden sobre los cultivos contaminando los alimentos. Las dioxinas también se producen en el proceso de recalentamiento de productos orgánicos, caso de grasas destinadas a piensos.

La misión de la administración es proteger la salud de los consumidores y no atentar contra ella por sustentar los intereses de los grandes productores y mantener bajos índices de inflación.

Todos nuestros sentidos quedan contaminados: el olfato, el oído, la vista, el tacto, el sabor. El olfato por la contaminación del aire, el oído por el incesante ruido, la vista por el degradante aspecto de nuestras basuras, ciudades y asfalto, incluso el tacto por los tejidos y sustancias sintéticas que nos rodean en materiales, ropas, aparatos, utensilios y objetos, hasta se ha perdido la capacidad de diferenciar los sabores y sensaciones que distinguen a un buen producto natural y sano.

La inseguridad del actual camino del progreso y el descalabro económico puede hacer que recapacitemos recuperando la memoria perdida del buen alimentarse: agricultores, ganaderos y pescadores deben cambiar el objetivo de vender ahora y a toda costa por vender siempre calidad biológica y ecológica.

CAPÍTULO 5

La tercera guerra mundial

El incontrolado desarrollo industrial y tecnológico, así como el consumo desaforado han obligado al ser humano a nuevos y masivos contactos con agentes físicos, químicos y biológicos con los cuales no había tenido relación jamás en toda su evolución, lo cual ha sobrepasado su capacidad defensiva. La evolución y la capacidad de adaptación van parejas a los cambios naturales del medio pero no a la velocidad del desarrollo industrial, la cual no parece que vaya a disminuir sino más bien todo lo contrario. Así pues, podemos establecer una clara relación entre desarrollo y enfermedad, entre progreso y pérdida de calidad de vida.

Hay dos vertientes funcionales definidas aunque interrelacionadas; por un lado, la capacidad inmunológica que permite adaptarse y enfrentarse a las transformaciones medioambientales; por otra, el equilibrio psíquico que permite sobrellevar y superar circunstancias y frustraciones. Actualmente ambas capacidades de homeostasis son superadas con excesiva frecuencia y facilidad puesto que la agresión del medio físico, químico y biológico, así como las situaciones y presiones psicológicas son de tal magnitud que muestra lo extraordinario de la naturaleza humana.

La guerra del progreso ha matado a más gentes, y sigue haciéndolo, que cualquiera de las guerras mundiales. Si vamos sumando los muertos al cabo de los años por alimentos y productos de consumo, de las radiaciones de altas y bajas frecuencias, de los desechos y de los distintos gases contaminantes, de los materiales de construcción tóxicos y de las nuevas tecnologías, su número supone unas bajas más elevadas que cualquiera de las guerras más sangrientas que

haya padecido la humanidad, y en un periodo no muy largo más que todas juntas. Es, pues, que hace tiempo que estamos inmersos en una guerra mundial a pesar de que nadie la haya declarado oficialmente hasta ahora.

No sé si algún día habrá otro conflicto bélico mundial -aunque en realidad siempre lo hay pues continuamente se suceden guerras por todo el globo terrestre- pero no será la tercera, será la cuarta, pues la tercera ya está sucediendo y lleva contabilizados más muertos que las dos anteriores. Y a diferencia de las otras su campo de batalla es todo el planeta.

Existen estudios epidemiológicos que demuestran que el cáncer es, substancialmente, una enfermedad del progreso, ya que pueblos y tribus primitivos en rara ocasión la contraían. Actualmente un tercio de la población del mundo desarrollado lo padece o padecerá; por tanto, uno de cada tres habitantes. Pero no es necesario remontarse al cáncer, pues también la hipertensión, la arteriosclerosis o la diabetes, entre otras enfermedades, eran desconocidas para estos pueblos y lo siguen siendo en buena medida en aquellos parajes a los cuales la civilización, por suerte para ellos, aún no ha establecido sus "ventajas".

Las enfermedades cancerígenas mortales aumentan progresivamente conforme crece el progreso, y son un buen índice para constatar el avance tecnoindustrial de un país al igual que lo es el porcentaje de alergias que padecen sus habitantes: a mayor número de alergias, mayor desarrollo de un país, es decir, más sustancias tóxicas en el aire, en el agua, en la tierra y en los alimentos que afectan a un número creciente de personas, porcentaje que progresivamente se va aproximando al cien por cien de la población que en mayor o menor medida está afectada y sensibilizada a unos u otros agentes. Además, aún no estando en este momento la totalidad de la población afectada, al ser los niños especialmente sensibles a estos agentes nocivos, es previsible que en no muchos años

toda la población de los países avanzados sea alérgica a un entorno alterado.

Enfermedades cancerígenas, de la piel y asmáticas aumentan exponencial y paralelamente a los daños medioambientales, siendo su influencia el factor promotor cuando no desencadenante de estas enfermedades.

Pero bien cambiarían los países pobres los tóxicos existentes en los países industrializados por poder alimentarse, y eso que bien se cumple la primera parte, pues cada vez reciben más tóxicos y más riesgos, pero a cambio no se incluye subsanar la desnutrición y la hambruna o los derechos sociales.

Pero sin duda que las enfermedades típicas del progreso son los trastornos sintomáticos anómalos que padece buena parte de la población: trastornos del sueño, estrés, cambios de comportamiento (irritabilidad, apatía, depresión, ansiedad,...), pérdida de vitalidad, cansancio, ahogos, mareos, taquicardias, arritmias, etcétera, todo como tributo por vivir en una sociedad "moderna".

Lo más preocupante de estos graves trastornos es su progresiva incidencia en los jóvenes, dejando de ser patrimonio de los adultos para afectar a todos y probablemente cada vez más a los menos dotados inmunológicamente, pues si antes buena parte de los agentes cancerígenos eran debido a ciertas costumbres como el fumar o se localizaban en determinados ambientes, especialmente los laborales, actualmente esto se ha generalizado y en cualquier vivienda, escuela u hospital encontramos la sinergia de multitud de promotores cancerígenos y, en general, de agentes patógenos.

Tóxicos, radiaciones, presión psicológica, descenso de la capacidad inmunológica por vacunas innecesarias, pesticidas, colorantes y un largo etcétera que permite la accesibilidad de los virus y agentes patógenos al organismo. Así comienza el largo camino de la enfermedad que puede tra-

ducirse en una patología degenerativa o “simplemente” ser víctima de los síntomas del progreso. Todo ello sucede ante el conocimiento de los responsables del problema y de la complicidad administrativa que ni quiere ver ni oír la realidad.

Podemos afirmar que los riesgos a los que nos encontramos sometidos son comparables a los de una auténtica guerra. Cáncer, hipertensión, diabetes, enfermedades autoinmunes, arteriosclerosis... son patologías ligadas a la sociedad industrial derivadas de un estilo de vida y especialmente de una desinformación de los riesgos que encontramos en nuestro entorno (vivienda, trabajo, medio ambiente), en el consumo (alimentación, hábitos) y la desidia frente al progreso.

El tabaco, la alimentación con sus peligrosos aditivos, el alcohol, los tóxicos laborales y domésticos, las radiaciones electromagnéticas, la contaminación del aire y las sustancias químicas industriales, entre otros factores, forman parte del medio habitual y son capaces de causar por sí solas enfermedades, como es el caso del cáncer, aunque lo más grave sea la sinergia constante de agresiones que se reciben por distintos agentes que va debilitando la capacidad inmunológica.

En vez de ocultar la verdad, las instituciones deberían publicar periódicamente el número de enfermos y enfermedades ocasionados por el progreso. Pero está claro que las cifras de caídos en esta guerra es suficiente argumento en una sociedad libre y concienciada para generar un rechazo tal por parte de la población, que haría tambalearse el actual sistema político al demostrar su ineficacia, una vez asumida la relación causa-efecto de los muertos, de los heridos, de los enfermos de una guerra cruel y soterrada, que va llenando los cementerios y los hospitales de bajas.

Pese a las políticas medioambientales adoptadas en muchos países, en ninguno de ellos, y menos en el ámbito planetario, se han paralizado, ni siquiera ralentizados y mucho menos aún han retrocedido, los impactos ecológicos y

las destrucciones medioambientales. Y ello a pesar de que en los países industrializados la protección medioambiental ocupa cada vez más un puesto destacado entre las preocupaciones sociales.

De esta manera, en una guerra donde no existe sensación de culpabilidad, de lo que no hay duda es que revolución ecológica va a haber, bien sea por los que la respaldan o por los que la combaten, los dos caminos conducen inequívocamente a ella. Gracias a los que la propugnan debido a la convicción de sus ideas y al peso de la realidad que acaban asimismo persuadiendo a buena parte de la sociedad o bien por aquellos que le son hostiles, pues al lograr rechazar las tesis ecologistas el mundo se debate en el caos y, de esta manera, por el propio peso de la realidad ante el desastre generalizado, acontece la revolución ecológica. La diferencia entre las dos posturas y su consecuencia ineludible, es que si se logra a través de la primera gracias a la asunción de la lógica habría un cambio gradual y substancial, pero si se logra a través de la segunda, entonces será de un modo caótico y brutal pero será.

La experiencia muestra que siempre que hay algún delirante individuo con capacidad de decisión suficiente para provocar la opción menos afortunada ésta suele suceder. Ahora la situación es peor que en el pasado, pues la humanidad e incluso la vida están en manos de intereses destructivos y por primera vez en la historia existen medios para, hipotéticamente, acabar con ambas. Es sólo cuestión de tiempo que esto suceda a no ser que se adopten medidas drásticas de control de la dirección y los avances de la ciencia y la tecnología.

La opción ecologista es quizá la única vía para salir del atolladero, su amplia visión de la realidad, la movilización social y la divulgación de los peligros que nos rodean son, tal como demuestra la experiencia, el mejor argumento. Aunque

también es cierto que actualmente los riesgos crecen por encima de la capacidad de denuncia de las organizaciones independientes, y sus medios no pueden competir con los de los promotores del problema.

Se invierte en los campos limitados del monoconsumo, y no en los amplios horizontes de la diversidad. El daño que se causa a los ecosistemas, sin olvidar el daño directo sobre el ser humano, es mucho más peligroso que cualquier amenaza militar o cualquier guerra. En esta dura realidad, es difícil entender cómo se destinan grandes cantidades de dinero a la defensa, al armamento, y una mínima, hasta ridícula cantidad, a la defensa de lo más importante: la naturaleza, la salud y la vida. Tarde o temprano, más temprano que tarde, la naturaleza se convertirá -se está convirtiendo- en el verdadero enemigo del ser humano y probablemente, si no se adoptan medidas de inmediato, tendrá incalculables repercusiones.

La civilización actual se muestra igual que un cáncer con el resto de pueblos y culturas, además de con ella misma, pues trata de destruir al organismo que la sustenta y da vida, como es el propio planeta. El sistema depredador actúa igual que una célula que se multiplica indefinidamente, dirigiéndose hacia su inmortal eternidad, a pesar de todos los avisos de peligro inminente, que son indicadores de su propia extinción pareja a los daños que está causando. El cáncer es fiel reflejo del sistema que reforzamos con nuestras acciones consumistas y depredadoras. El cáncer como enfermedad, imagen del sistema, utiliza energía sin cesar para un crecimiento sin más designio que su propia destrucción y la del organismo en que vive.

La finalidad del sistema, es crecer indefinidamente aún sabiendo que, de esta manera, destruirá al organismo que lo sustenta. El cáncer social y el del cuerpo humano no participa en las funciones inherentes al ser ni al órgano de donde procede y obliga al organismo a facilitarle el alimento necesario para desarrollarse y continuar con su misión invasora;

es la metástasis del sistema, la metástasis del individuo, la metástasis del planeta. Tanto en uno como en otro cáncer interviene una sinergia de factores cocausantes, pero uno fundamental que proviene del consumo desaforado y equivocado, generado por la presión de una información manipulada por los intereses de una oligarquía financiera. La contaminación del planeta, la de nuestros cuerpos y mentes es consecuencia de lo que consumimos. Culpables de esto son nuestros pensamientos, ideas y decisiones, y éstos están al servicio de un sistema injusto y totalitario.

Un frente planetario con batallas, saqueos, pillajes y violaciones en todos los ámbitos: la tierra y sus entrañas, el aire, las aguas continentales, marítimas y subterráneas. Las víctimas son incontables y la mayor parte de la humanidad está en primera línea, y quizá lo peor sea que no se sabe ya que se oculta el riesgo.

El descontento social y la injusticia históricamente acababan en revueltas, muchas de ellas sangrientas, así como en revoluciones que trataban de cambiar el mundo, su mundo. Pero actualmente la injusticia, la miseria y la pobreza no se traducen en revoluciones sino en violencia, en una violencia social silenciosa, la violencia de los pobres y generalmente entre los pobres; guerras sordas, sociales, ecológicas, humanitarias. Una guerra entre el ser humano y la naturaleza, entre el ser humano y el ser humano.

Al igual que en las guerras unos países invaden a otros, en este momento todo el planeta es zona ocupada; comienza pues, la guerra de guerrillas. Nuestras armas son compartir, ofrecer y dar, teniendo claro cuál es el camino hacia donde vamos, o mejor dicho, hacia donde queremos guiar la actual dirección social. Pero, toda revolución exige acciones concretas, que desde el individuo repercutan en la sociedad y viceversa, permitiendo advertir que hay otras formas, otros modos, otras alternativas.

No se trata de la actuación desde las instituciones, desde los poderes, sino desde la base, desde lo más profundo y elevado de la gente, allí donde habitan esas ideas enraizadas tradicionalmente, en nuestro inconsciente más profundo, permitiendo que surjan y se traduzcan en acciones que cambien la actitud y el rumbo colectivo, porque toda actuación necesita del sustento del pensamiento pero a su vez también éste se fomenta con la acción: más vale un hecho que mil pensamientos.

Así pues, desde el pensamiento más oculto comencemos la acción, y ésta será la que se traducirá en un cambio de la forma de pensar; es el único camino, porque la realidad no es lo que pensamos, aunque a través del pensamiento se cambie el paisaje a nuestro alrededor, sino fundamentalmente éste cambia con lo que hacemos. Las cosas son así porque nosotros permitimos que así sean.

Creo y espero que el momento de la reconstrucción haya llegado.

Los macropeligros tecnológicos

Las instituciones de los sistemas democráticos han fracasado en uno de sus principios fundamentales que es contribuir a salvaguardar la vida y evitar la destrucción de los bienes naturales, con lo cual se pone de manifiesto su impotencia frente a los intereses especuladores.

La tecnocracia y sus adláteres, conforme van observando y constatando el aumento del peligro, el nivel de riesgo y la incapacidad de salir de él, comienzan a pregonar la aceptación del mal como parte del progreso, como algo inevitable, minimizando legislativamente sus efectos e incluso negándolos con todos los argumentos de la mentira.

Y una de las falacias más cotidianas en el mensaje del sis-

tema, es plantear que las voces que se alzan en contra de los peligros y de las injusticias, son parte de una histeria colectiva creada por mentes imaginativas. Los pretextos en contra de los peligros resultan risibles cuando los mismos que los arguyen son víctimas potenciales.

Quizá, lo más dramático de esta situación, es que los propios afectados son los que intentan negar los riesgos a los que se encuentran sometidos, y aceptan como bálsamo tranquilizador, los falsos mensajes esperanzadores de los tecnócratas y seguidores del sistema en contra de la propia evidencia y de aquellos que desde la independencia confirman los riesgos. A estos últimos, tal vez sólo se les puede achacar que en muchas ocasiones desconozcan la forma para minimizar o eliminar los problemas, pero desde luego nunca por denunciarlos.

Según el sistema, si no hay alternativa no existe el peligro, y cuando la hay -que es en la mayor parte de las ocasiones- no es rentable para los macrointereses y, por tanto, sigue sin existir, a pesar de ser obvio y público. Esta situación supone esconderse ante el peligro, ocultar el riesgo cuando beneficia al progreso aún no teniendo alternativa al daño que se está causando.

Visto está que las instituciones competentes sólo actúan cuando la sociedad tiene conocimiento del problema; si éste queda encubierto, la institución no reacciona, aún sabiendo de su existencia. Lo más peligroso del peligro es estar oculto, pues entonces difícilmente es posible actuar y adoptar medidas.

La sociedad vive engañada en una falsa sensación de seguridad, sin apenas opción, permitiendo que la vida cotidiana se tiranice, y sólo bajo grandes presiones en su entorno más cercano actúa frente al sistema. Pero aún así, la mayoría cree que supervivencia equivale a indiferencia, y hace ver que no le importa vivir en un campo electromagnético artificial generado por ante-

nas de telefonía, radio y televisión, por líneas eléctricas y transformadores, que los materiales de construcción sean tóxicos, que sus urbanizaciones estén construidas encima de antiguos vertederos contaminados o sobre antiguas zonas industriales que contaminaron sus terrenos y ahora sus viviendas o que el aire que respiran sea insalubre. Con la cotidianeidad los peligros conviven en el hacer diario y se vuelven parte de la normalidad.

De esta forma los peligros, ante su frecuencia y cercanía, aparecen como prosperidad y se relacionan al progreso con la inestabilidad del riesgo. Así en esta anormal normalidad, bajo el paraguas de la manipulada ciencia manipuladora, los impactos medioambientales entran en la vida diaria, en las viviendas, se convierten en habituales y el sistema muestra la capacidad de hacer de su incapacidad un éxito.

La condena pública y propagandística de los accidentes más notorios, de los que no se pueden esconder, sirven al sistema como amortiguación donde encubrir las catástrofes cotidianas dentro de la normalidad.

Lo tremendo, lo mortal, lo destructivo se convierte en normalidad ante la opinión pública que responde alarmada ante determinadas catástrofes durante unos días, incluso a veces semanas, para posteriormente volver a lo habitual, es decir a que todo continúe igual a pesar de los desastres extremos y de las catástrofes normalizadas.

Un individuo percibe ciertos peligros a los que está sometido y, sin embargo, otro tiene una percepción diferente, con lo cual esta selectividad del observador impide el conocimiento global de los peligros generalizados. Precisamente la respuesta social surge cuando el individuo se ve en peligro y empieza a adquirir conciencia de que algo anómalo está ocurriendo y que quizá su situación no sea algo infrecuente. Nuestra cultura sólo reacciona ante la evidencia, ante la percepción y mantiene unas directrices de cuáles son los riesgos y la destrucción que es capaz de aceptar.

Uno puede decidir personalmente no exponerse a morir en la carretera -aunque no puede negarse a perecer atropellado-, esto no sucede en los peligros medioambientales donde, se quiera o no se quiera, todos están afectados, sumándose potencialmente a las víctimas por el síndrome del edificio, de la ciudad y del medio ambiente enfermo.

La experiencia como aprendizaje y la lógica de la evidencia no funcionan en la sociedad del progreso pues se antepone mantener un supuesto bienestar a poner coto a los peligros e injusticias, con la infundada esperanza de no verse personalmente perjudicado o al menos que le afecte en la menor medida posible.

La condena social contra los desastres ocasionados a la naturaleza se ha generalizado, no al advertir los efectos devastadores sobre ella, sino cuando se adquiere consciencia del riesgo directo sobre el propio entorno y sobre uno mismo. Es el egoísmo ecológico.

La sociedad sólo reacciona ante la inminencia del peligro y su efecto directo y palpable. Es entonces cuando alza su voz haciendo llegar a los estamentos políticos y mediáticos su protesta, pero cuando el conflicto queda lejano o camuflado, difícilmente reacciona.

La dialéctica progresista acaba contaminando la experiencia de la vida personal de la misma forma que contamina las aguas, tierras y aires. ¿Qué pasa si el río está contaminado, si el aire es venenoso y si las verduras que comemos, aun teniendo un aspecto apetitoso, son en realidad incomedibles? Pues lo que sucede es que la sociedad, necesitada de seguridades, acaba creyendo el discurso manipulado y falso del sistema y rechazando lo evitable, pero aceptando como inevitable lo que así se cree. Y, de esta manera, o bien se baña en el río contaminado asumiendo en cierta manera las consecuencias a pesar de la falta de información que normalmente se posee, o bien deja de bañarse, pero lo que no puede hacer

es dejar de respirar o dejar de comer, por lo que sus pulmones reciben diaria y continuamente una contaminación que supone un gran riesgo para la salud, y come alimentos envenenados, cuando mediante un cambio en el sistema se podrían crear alternativas válidas y suficientes para toda la población. Así, el modo de vida del progreso mata a la gente en la creencia de su propia seguridad, de manera que la falta de información veraz limita la capacidad de decisión de la sociedad.

Conforme avanzan los conocimientos científicos aumenta el impacto de los errores, pues todo mal que sea posible lo más probable es que suceda, tal como nos muestra la historia, y cada vez la posibilidad y la magnitud de hacer daño es superior. La segunda mitad del siglo veinte, y lo que llevamos de este nuevo siglo, destaca por la capacidad de autodestrucción total, posibilidades que abarcan el impacto ecológico, la energía atómica, la química y la genética. Uno de los peligros del progreso es que cada vez hay más opciones distintas para que acontezca la destrucción de toda forma de vida en el planeta inducida por el ser humano. Con los conocimientos actuales no es posible excluir el fin del mundo como posibilidad, incluso como probabilidad cada vez más creciente. Si antiguamente esta contingencia era imposible, conforme se desarrolla el progreso y aumenta el conocimiento científico y técnico en la dirección comenzada por el industrialismo, la amenaza, la destrucción de todo organismo vivo o al menos de la gran mayoría de ellos es cada vez mayor. Todo ello sucede con la anuencia y el beneplácito político-económico y sustentado por el marco jurídico, científico y técnico.

Una de las características más destacadas del progreso, de la industrialización y del libre mercado, es la carencia absoluta de responsabilidades por sus actuaciones. Pueden matar o destruir sin ninguna clase de responsabilidad ante lo asesina-

do y lo destruido, ni ante la sociedad y, por supuesto, menos desde el punto de vista jurídico.

Los macrointereses suelen culpar de los peligros y desastres generados por su actividad a los dioses y demonios, invocando a la imprevisibilidad o al error humano, desligándose así de cualquier tipo de responsabilidad, entrando en una clara contradicción entre sus argumentos de la práctica imposibilidad de riesgos y errores, y por otra intentando desligarse de ellos cuando cíclicamente suceden.

Contra más seguridad trata de mostrar el sistema, más inseguridad genera en su intento de achacar al error humano las causas de los accidentes tóxicos, por otra parte previsibles, pero que sirven como excusa al sistema. Con el argumento de que el ser humano se equivoca, cualquier peligro es posible.

La ciencia avaladora del progreso regresivo aduce que la seguridad absoluta no es posible en la tecnología. En realidad la única seguridad no se dirige a que no se produzcan accidentes y daños medioambientales y de salud, sino a que ocurran, pues lo único seguro es que tarde o temprano van a suceder y, lamentablemente, la mayoría de las veces suceden más pronto que tarde y más frecuente que ocasionalmente. El ejemplo clásico es la central nuclear de Chernóbil, pero incidentes hay miles, y yo diría que millones, repartidos por todo el planeta y casos no puntuales sino diarios, cotidianos, pues el número de riesgos aumenta constantemente junto al de sustancias y tecnologías peligrosas.

Más que de accidentes, de mayor o menor magnitud, tendríamos que hablar de catástrofes anunciadas. Los desastres provocados por los intereses económicos caso de vertidos químicos, escapes nucleares, etcétera, no pueden considerarse accidentes. Los riesgos latentes siempre están presentes y, por tanto, hay que encuadrarlos dentro de lo predecible, aunque sus secuelas no lo sean tanto. Pues pronosticar, por ejemplo, el impacto de un vertido tóxico es difícil porque

destruyen infinitas relaciones sinérgicas entre seres vivos, por lo cual sus consecuencias son, asimismo, incalculables al romper los ciclos y vínculos naturales de los ecosistemas. Así los efectos de estos supuestos accidentes son irreversibles, dado que alteran definitivamente los procesos naturales.

Una vez más, se demuestra y comprueba, que basarse en las probabilidades para plantear la seguridad no es sólo un error, sino una estupidez, que en un futuro podrá pagarse bastante más caro que lo que ha sido hasta la fecha, y aún siendo hasta ahora altamente costoso en vidas humanas y desastres medioambientales, en cualquier momento puede suceder un desastre de dimensiones incalculables, con lo que la teoría de la probabilidad resultará refutada de nuevo. Pero, ¿qué valor tendrá esta demostración, si no queda nadie a quien pueda serle útil este conocimiento?

El valor de los límites

Los límites fijados en cuanto a la considerada dosis máxima admisible de un tóxico resultan a todas luces inadmisibles. El argumento es bien obvio: si algo es tóxico, si algún producto, alimento, material o tecnología es nocivo para la salud o el medio ambiente lo único razonable es rechazarlo. Pero no, la realidad es bien distinta y los gobiernos en anuencia con los intereses del mercado permiten, y avalan, que miles de personas mueran cada día en el mundo debido a la ingestión, a través de la alimentación o el aire, de sustancias que matan lenta pero inexorablemente.

Es curioso oír a los voceros de este sistema alegar que lo que hoy se pide a los científicos, a los productores y a los políticos es el riesgo cero, que la perfección no es algo de este mundo y que lo hacen lo mejor posible. Lo mejor posible para determinados intereses mercantiles que abogan, no por el

riesgo cero, sino por que lo parezca o al menos que los riesgos pasen lo más desapercibidos posible con el amparo de científicos y políticos. No se trata de conseguir el riesgo cero, vivir es en sí un riesgo, sino que no se añadan otros nuevos.

Porqué hemos de estar sometidos a los peligros de las radiaciones electromagnéticas, de los transgénicos o de ciertas sustancias tóxicas cuando existen otras alternativas inocuas sin perder bienestar ni volver a las cavernas, y además siendo opciones más sanas, justas y solidarias. Hay que tender lo máximo hacia el riesgo cero mediante un adecuado control actualmente inexistente.

Los valores límite van descendiendo paulatinamente y además son distintos según países, organismos y legislaciones, pero casi siempre por encima de lo que la lógica científica determina pero que los expertos aprobados por el sistema no contemplan, siendo los portavoces de los intereses mercantiles y haciéndoles el juego sucio, pues antes de lanzar el producto al mercado tendría que haber pasado controles exhaustivos, situación que en realidad no sucede. Se admite que ciertos productos y sistemas aparejados a los grandes intereses supongan ciertos riesgos que se traducen en millones de muertos anuales en todo el mundo y un número incalculable de afectados.

La inexistencia o la esterilidad de los actuales valores límite para una determinada sustancia o radiación conlleva la práctica impunidad de acción a industrias e intereses.

Los baremos de los valores límite muchas veces están condicionados por la capacidad de información y de protesta de la población, pues vemos que cuanto más sensibilizada se encuentra la gente más se reducen, y valores contaminantes que en estos lugares serían causa de protesta social, en otros no suponen ninguna crítica por parte de la población poco o nada concienciada. La variabilidad de los valores límite según la presión ciudadana muestra la maleabilidad política,

ante algo que debería ser permanente una vez adecuadamente investigado.

Los megapeligros procedentes de la industria química, de los impactos ecológicos, de la energía nuclear y de la contaminación electromagnética dependen de la cantidad de información de una determinada sociedad y de su nivel de bienestar. Cuando ambas son elevadas se adoptan actitudes críticas que conllevan como respuesta política la reducción de estos riesgos, aunque sea después de grandes batallas entre los responsables de estas industrias contaminantes y los grupos activistas dentro del ámbito ecológico.

En este contexto, los valores máximos admitidos son usados como moneda política y, como tales, sujetos a los manejos del mundo económico que es el soporte de este tipo de sociedad que asimismo soportamos.

Pero estos valores límite se manipulan según distintos métodos de cálculo, pudiendo aparecer maquillados y con resultados contrapuestos; métodos que se consideran fiables, dan resultados diferentes cuando no opuestos.

Pero el problema es especialmente grave en la actualidad. Para asumir la existencia de un riesgo se precisa de un tiempo determinado y, lamentablemente, la rapidez con la que surgen los nuevos peligros medioambientales y la incapacidad de las instituciones para solventarlos, impide al individuo y a la sociedad reaccionar a tiempo. De manera que la única solución posible es anular el peligro antes de que suceda, impidiendo que surja. Cuando se comprueba fehacientemente su inocuidad, entonces es posible permitir la comercialización o el uso de este producto, en caso contrario hay que rechazarlo y emplear otras alternativas. Pero como en este momento las instituciones no son capaces de lograrlo, al estar en manos de los intereses que promueven estas situaciones, lo que hay que cambiar es el sistema, las instituciones, la manera de ver y de comprender la política, la economía, la

sociedad y la forma de vida. De no ser así, siempre iremos rezagados con respecto a los problemas ecológicos, sociales y humanitarios, pues el mayor éxito del progreso es la dificultad de dar marcha atrás y, por lo tanto, de solucionar la contaminación o la deshumanización del sistema.

Los estados y los organismos internacionales ocultan su papel de camuflaje de los riesgos marcando continuamente nuevos valores, límites y medidas contra el impacto medioambiental. Normativas y políticas aparentemente preventivas que se muestran una y otra vez permisivas y fomentadoras de la contaminación, pero que fundamentalmente sirven ante la opinión pública para presentarlas como salvaguarda de sus intereses. Cuando en realidad, lo único que hacen es refrendar los desaguisados de los intereses económicos fundamentalistas. Así nos encontramos con un sistema avalado por la tecnocracia que da el visto bueno inmediato a toda novedad tecnológica, científica o económica que fomenta beneficios para los grandes intereses, sin ni siquiera estudiar los posibles riesgos que pudieran acontecer, pero que adopta rígidos controles en temas secundarios y sobre la libertad individual.

La ciencia y la medicina del sistema insisten de forma vehemente en la imposibilidad de que las dosis bajas de contaminación tengan efectos en la salud de las personas expuestas, a pesar de reconocer que no saben nada al respecto, lo cual resulta cuando menos chocante. Es contradictorio que en consonancia a la mayor repercusión de un impacto medioambiental con efectos sanitarios y a la incapacidad de controlar sus consecuencias, tanto más se aboga desde las instituciones políticas, las científicas y las técnicas de la inocuidad de la situación.

Las denuncias de los escándalos de las contaminaciones más relevantes, forman parte del marco de referencias del sistema, ya que de esta forma se oculta la catástrofe continuada a que está sometida la naturaleza y la sociedad.

En la actualidad nada sucede si no es noticia en los medios de comunicación. Puede haber desastres ecológicos, pueden morir miles y millones de personas por hambre o por conflictos, pueden desaparecer playas, selvas, bosques, pueblos y comunidades enteros por causa del progreso, pero la realidad social contada por los medios de comunicación, indica que esta realidad no es real.

Es esclarecedor comprobar que las grandes campañas en contra del cáncer y las recogidas de ayudas para, en teoría tratar de frenar e investigar esta enfermedad, sean realizadas o avaladas por los mismos que generan en buena medida el problema. Las empresas multinacionales de productos químicos que inundan los mercados con sus peligrosos productos siendo causantes de graves riesgos cancerígenos entre la población, son los figurados cabecillas anticáncer ante una despistada o manipulada opinión publicada.

Vivimos en un mundo de ficción creado a la medida de nuestros miedos y deseos, y para alimentarlos y satisfacerlos se monta el espectáculo adecuado. Precisamente la industria del riesgo basa su éxito en aparecer como adalid de nuevas oportunidades, de nuevas acciones, de riqueza, ciencia y tecnología al alcance de cualquiera.

Las instituciones supuestamente competentes, encerradas tras sus barreras dialécticas, su no-pasa-nada, sus valores sin límite y sus normativas anormales, reflejan mediante su ineptitud las condiciones del sistema, por medio de la violencia de la negación de la realidad.

Los peligros se normalizan legislativa, técnica y científicamente y terminan siendo remotas posibilidades de riesgo, y ante las barreras de los valores límite, lo tóxico se convierte en aceptable y lo peligroso en un lejano riesgo.

En este clima social, se exige del que protesta que demuestre el peligro, que pruebe el atentado, y esto sobre la base de los valores límite aceptados y propuestos por los mis-

mos promotores del problema o por técnicos allegados, lo cual se convierte en algo jurídicamente inverosímil.

Así, tras las barreras de los valores límite, de las normas, de la cientificidad y del tecnologismo, se esconden los que normalizan la degradación de la naturaleza y el crimen legalizado. De esta manera, se instauro el poder del progreso sin que sea posible atribuirlo a ninguna persona o grupo, corporación o estamento alguno, sino que todos forman parte del servilismo, de este autoengendro de sociedad sumisa ante sus propias debilidades.

¿Ley o impunidad?

Los desastres de Chernóbil, de Three Mile Island o el de Tokaimura entre otros muchos, son buenos ejemplos de que cualquier posibilidad puede suceder, y que la mayor desgracia venida de manos del progreso, de la ciencia y de la tecnología puede darse. Actualmente la seguridad sólo existe en las palabras, no en la realidad. No hay certidumbre basada en probabilidad; una y otra vez este argumento se demuestra falso. Hay que acabar con la ilusoria fe en la seguridad nuclear y del progreso en general creada por las continuas campañas propagandistas del sistema.

Causa desasosiego ver la absoluta ignorancia de los promotores de los peligros e incluso de las instituciones políticas ante las situaciones de impactos locales y universales, pues lo único que van aprendiendo es a manejar hábilmente valores límite, a hablar de responsabilidades e indemnizaciones que jamás se cumplen y al uso del lenguaje técnico-científico como elemento minimizador de los peligros convirtiéndolos en riesgos casi anecdóticos y el uso de la maraña administrativa para bloquear cualquier iniciativa o protesta tendente al abandono de prácticas peligrosas.

Los intereses se esconden detrás de una supuesta legalidad amparada por una cientifidad y en una sofisticación del lenguaje técnico-científico, con lo cual se impide a la población la capacidad de cotejar estas opiniones mediatisadas.

Contra la incapacidad para afrontar las consecuencias de los peligros presentes, y los latentes, las instituciones adoptan la postura más sencilla, negar la evidencia, incluso la posibilidad del peligro existente. Pero, ¿cómo afronta la sociedad este estado de inseguridad constante? Es bien sencillo; aceptando los mensajes procedentes de los administradores científico-técnicos, sin profundizar en la situación.

Una tras otra, las múltiples catástrofes ecológicas, con graves consecuencias entre la población, demuestran, en primer lugar, la ignorancia en que se mueve la industria, sus técnicos y científicos y, en segundo lugar, la incapacidad de las instituciones oficiales de regular, poner coto a estos desmanes y, por supuesto, de perseguir los delitos ecológicos. Aun siendo probado y obvio el delito, el vertido tóxico, el impacto medioambiental, es prácticamente imposible dilucidar responsabilidades concretas con la normativa y legislación actuales, tanto a escala local como, sobre todo, internacional.

La posición burocrática ante los peligros más generalizados, en primera instancia, es tratar de disimularlos mediante la legislación o el vacío de ésta, y después cuando salen a la luz pública intentar minimizarlos y posteriormente legalizarlos, imponiéndolos por decreto. El progreso se fundamenta y acelera gracias a la imposición de una burocracia globalizada, como uno de los exponentes máximos de lo trágico de esta situación.

Incluso estando la población en contra, y quiera o no quiera, está expuesta a los peligros de la industria química, de la manipulación genética o de la energía nuclear, y aunque un país decidiera unilateralmente prescindir de estos riesgos,

no quedaría a salvo, pues podría sufrir las consecuencias de otras zonas donde todavía se mantuviesen.

Muchas personas se muestran incapaces de adoptar posturas críticas ante la posibilidad de definir responsables y de identificar claramente al agresor, pues el sistema político, legal, científico y publicitario diserta sobre generalizaciones y conceptos abstractos que impiden particularizar y señalar a aquellos que actúan destructivamente.

Las leyes y las medidas técnicas se muestran inoperantes ante las sucesivas oleadas de nuevos peligros que constantemente aparecen en el mercado. Es, pues, que antes de que estos productos se comercialicen hay que probar su inocuidad o sus efectos y riesgos, y no una vez que ya han afectado a la población.

Las tergiversadas legislaciones obligan al consumidor, al afectado, a que sea él quien demuestre que un producto o una determinada tecnología amenazan su salud. Es el enfermo quien tendría que demostrar que ha sido enfermado y el muerto que ha sido matado ante la inexistencia de control para admitir cualquier nuevo elemento tóxico o contaminante para el consumo o en el medio ambiente. No es el afectado quien tiene que demostrar el peligro, sino el productor su inocencia.

En el momento que la industria se vea obligada a demostrar lo que muchas veces argumenta como reclamo publicitario para vender, cuando deba demostrar la práctica inocuidad de sus productos, la ausencia de determinadas sustancias consideradas tóxicas o dañinas, entonces será posible el control sanitario y medioambiental de la industria, pues mediante una legislación adecuada y las consiguientes penalizaciones a estas infracciones, se lograría que los afectados tuvieran un argumento jurídico suficiente como para que a los infractores no les interesara correr estos riesgos de intoxicar a los consumidores o al medio ambiente. Claro que

la pena siempre debe ser suficiente, ya que mientras por pequeños hurtos la pena sea muy superior a la de aquel que contamina a la naturaleza y a poblaciones enteras con sustancias venenosas, tóxicas o radiactivas, la sociedad pierde su capacidad defensiva.

Un paso definitivo sería la obligatoriedad del análisis de los riesgos, antes no de comercializar un producto sino de fabricarlo.

Vivimos en un mundo con exceso de normas, de códigos deontológicos para toda profesión, para cada acción, incluso para los deseos, pero si estas normas escritas no forman parte de un código no documentado pero imperante en el ámbito subconsciente en las personas, difícilmente serán útiles, y sólo sirven al poderoso frente al débil, para distanciar más al que tiene del que no tiene; son barreras del sistema, muros infranqueables ante los cuales la libertad se ve constantemente amenazada.

En vez de sólo promulgar nuevas leyes, normas y códigos, habría que elevar el grado de conocimiento del individuo, educar sobre ética, así como promover instituciones y figuras flexibles donde se prime lo ético, lo bueno y se penalice toda acción contraria.

Crear que los peligros proceden del desarrollismo tecnológico es una ingenua visión de la situación que llega a todos los estamentos políticos y a la sociedad. Esta creencia favorece que sucedan irresponsabilidades generalizadas, por que son precisamente las normas y las legislaciones las que garantizan la impunidad de los peligros, especialmente de los macropeligros universalizados, es decir aquellos que afectan a más cantidad de población. Así, mediante cálculos estadísticos de los peligros, se garantiza la impunidad.

Los peligros no los crean la tecnología ni la ciencia, sino la irresponsabilidad propagada sobre la base de la impunidad; pues quien mata puede legalmente seguir matando y quien

quiere denunciar que sé esta matando no tiene argumentos legales para hacerlo a pesar de estar rodeado de cadáveres.

La diversidad de opiniones y la posibilidad de defenderlas en los foros directos donde se encuentran los afectados, y no a través de lejanos y manipulados órganos legislativos, forma parte de la libertad de expresión, pero no como mero pataleo sino como algo efectivo que previene contra el caciquismo impuesto por los grandes intereses.

Las imposiciones políticas sobre los ciudadanos adoptan forma legislativa y son muchas veces dirigidas por las oligarquías económicas que, basándose en sus intereses, sacrifican el bienestar y la salud ciudadana en pro de un supuesto bien público, que no es más bien que el suyo propio, ni más público que generar nuevos clientes para sus productos.

Ante la pregunta de ¿cómo es posible que en la sociedad del feroz consumo se intoxique a sabiendas al consumidor, al que mantiene con su compra al sistema? La respuesta es que la cuestión no es envenenar, sino en todo caso que no lo parezca pues lo único que interesa es la rentabilidad, la venta y el control del mercado. Lo importante ya no es la calidad del producto, sino cómo se hace ver su supuesta calidad y de qué manera se convence al consumidor de lo que no es. Existen macroempresas con grandes campañas de marketing, avaladas por los estados, que legalizan el impacto medioambiental de las empresas productoras haciéndoles pagar por poner un cuño ecológico a sus productos, pero sólo por un cuño ya que no hacen absolutamente nada para paliar el impacto que causan estas empresas en su proceso de fabricación y posterior desecho. Es un barniz ecológico cara al ciudadano, una falacia, cuando en realidad es una de las causas más importantes del impacto ambiental y de esconder de nuevo la realidad. Se trata de una representación de gigantescas proporciones donde el único objetivo es elevar el consumo para aumentar la producción, las ventas, los beneficios y, por tanto, el poder.

Pero aun así la gente se intoxica y se envenena en dosis muchas veces bajas pero continuadas y constantes, pues es práctica común y generalizada. Por lo tanto, ante lo habitual, nadie es responsable, nadie lo hace, ni tan siquiera es necesario negarlo, simplemente se silencia.

Vemos empresas que generan nuevos ingresos industriales sobre la base de la lucha contra los impactos provocados por sus propios productos. De esta manera la industria química realiza un doble negocio: vende productos contaminantes y, asimismo, suministra las soluciones descontaminantes de sus propios productos. Es decir, generan un problema innecesario y luego aportan la necesaria solución.

Surgen nuevas empresas que dirigen su actividad a la descontaminación y al control medioambiental, pero otras empresas producen tanto la contaminación como la descontaminación, ya sea directa o basándose en la venta de tecnologías situadas en ambos lados. Estas empresas tienen gran facilidad para situarse en los mercados, tanto del lado de la contaminación y de los peligros, como del lado de la descontaminación y de la reducción de peligros: los crean y los venden, los reducen y los vuelven a crear. Estas industrias suelen ser monopolistas en amplios sectores, además ejercen un gran control sobre medios de comunicación, una gran influencia sobre la opinión pública y sobre los ámbitos políticos y legislativos, lo que les confiere una gran impunidad en su actuación.

De esta forma, el contaminador se convierte en el protector situándose como estandarte ante la población y en los foros internacionales del medio ambiente. Los grandes intereses depredadores, han aprendido ante el vacío legal, que contaminar y descontaminar es más beneficioso, por lo que lideran movimientos medioambientalistas de gran repercusión social debido a su capacidad publicitaria y mediática.

Imaginemos la protesta de una determinada población

ante los altos índices de contaminación y que estos registros son producidos en parte por la tecnología que la propia sociedad utiliza, entonces, la industria que genera esta energía contaminante, les vende otra menos contaminante. Así la sociedad es la culpable de la contaminación, y las industrias que venden tecnologías contaminantes, y que provocan la mayor parte de la contaminación en la producción de su producto, queda libre de toda responsabilidad, logrando un pingüe beneficio económico.

Al generalizarse una intoxicación, las pruebas se diluyen, los culpables desaparecen y las posibles y, generalmente, improbables indemnizaciones se pierden en un maremagno legislativo y pseudocientífico-tecnológico. El riesgo se distribuye y minimiza contrarrestando sus efectos en las estadísticas, pues contra más se eleva el porcentaje de afectados, menos posibilidad de reconocer su toxicidad.

Lamentablemente las leyes protectoras de las empresas contaminantes impiden que los responsables puedan rendir cuentas, pues estas leyes son el mejor argumento para lograr la impunidad, y aun siendo evidente quien es el responsable de un vertido tóxico o de una continua contaminación del aire, es complejo probarlo legalmente, la evidencia no es suficiente. Hay que demostrar científica y técnicamente que el delito sucedió, lo cual es realmente complejo, diría casi imposible, cuando entran en liza los técnicos, pues los jueces se apoyan en éstos para tomar su decisión, y lamentablemente la mayoría de los técnicos favorecen al poderoso que es quien mejor paga y éstos obviamente son las grandes empresas.

De esta manera, el ciudadano se encuentra desvalido y aturdido ante los muros del totalitarismo legislativo y económico, y el progreso industrial juega con las vidas presentes y con las futuras.

Conforme el problema es mayor y las empresas más

poderosas, las dificultades burocráticas, reglamentarias y técnicas para dilucidar su responsabilidad se espesan, acrecentándose la sensación de impunidad, así como su forma imprudente de actuar frente a la naturaleza y a la salud de sus operarios y de la población.

Los sindicatos y los trabajadores en muchas ocasiones defienden la contaminación. Vemos como empresas altamente contaminantes, al ser denunciadas públicamente y al reducir sus ventas, amenazan con despidos masivos, con lo cual los empleados se solidarizan con la empresa, alegando la falsedad o la exageración de la acusación. Los sindicatos abogan por mantener el empleo a toda costa, incluyendo la salud del propio trabajador, y muchas veces prima la producción por encima de la sensatez en vez de plantear un medio más sano y ecológico donde la empresa respete al trabajador, al consumidor y al medio ambiente. Esta política sindical y laboral es poco pan para hoy y hambre para mañana.

No es incompatible mantener e incluso aumentar el número de puestos de trabajo y al mismo tiempo actuar ecológicamente y con respeto al trabajador, a su bienestar, a su salud y a la dignidad laboral. Precisamente las actividades y empresas más contaminantes son las que menos puestos de trabajo dan en comparación con los que destruyen. Fácil es advertir el impacto sociolaboral de las empresas agroalimentarias entre la población local y sus medios regionales de subsistencia.

Curiosamente son los trabajadores industriales los que están sometidos a mayores riesgos laborales de intoxicación y contaminación y son los que tienen una concienciación menor que otros sectores menos afectados. El uso de sustancias tóxicas en las empresas es causa de muerte y enfermedades, muchas de ellas crónicas, contraídas por la exposición y contacto con estos componentes, de cientos de miles de trabajadores al año en todo el mundo.

De esta manera el enemigo es el que denuncia lo agresivo, lo contaminante, lo enfermante, lo que mata. El trabajador manipulado se convierte en aliado del que va en contra de sus propios intereses de salud, de bienestar o incluso económicos y que además destruye el medio ambiente y aumenta las injusticias humanitarias.

Sindicatos y trabajadores, en vez de estar reaccionando contra los planteamientos ecológicos, deberían ser los adalides en cuestión de control ecológico y sanitario, anticipándose con medidas preventivas dentro de las empresas. En el momento que el trabajador adquiriera conciencia ecológica, habremos dado un paso decisivo en la vigilancia de las más graves contaminaciones universalizadas, además de garantizar la salud laboral, haciendo del empleo un marco más seguro frente a los vaivenes de la industria sometida a los desastres ecológicos procedentes de una falta de seguridad que conlleva impactos y oscilaciones del mercado y que generan una constante inseguridad en el mantenimiento del puesto laboral.

La industrialización y la aparición de grandes grupos de presión a escala mundial han creado poderes paralelos, muchas veces sustitutivos de las instituciones públicas, que se arrojan la potestad de decidir por la sociedad lo que es conveniente y lo que no lo es. El baremo que utilizan son sus propios intereses, coincidan o no con los de la sociedad, caso que generalmente no se da. De esta forma el ser humano pasa a ser un elemento superfluo dentro del sistema, un dato estadístico en las cifras de consumo y de afectados.

La responsabilidad de los daños queda impune gracias a legislaciones permisivas, incompletas y, lo más generalizado, sin aplicación real. De esta manera la ley contribuye a fomentar lo que en principio trata de controlar, puesto que los agresores se sienten amparados en su impunidad. Es mejor que no exista ley, a que ésta escude al criminal.

Incluso las sentencias de los tribunales en contra de los contaminadores se muestran como un estupendo negocio para éstos, pues la cuantía de las sanciones que se les impone cuando son condenados, que son las menos de las veces, es muy inferior al coste que hubieran tenido que invertir de haber hecho, por ejemplo, un tratamiento de los residuos vertidos desde el punto de vista de la legislación vigente de medio ambiente y más desde la justicia ética ecológica.

Las industrias y las instituciones argumentan que el riesgo es mínimo, previsible y controlado para seguir adelante con el progreso, cuando la realidad y la experiencia indican que es máximo, imprevisible e incontrolado. Lo que sí es seguro y previsible es que sucederá -sucede- tarde o temprano.

Basándose en cálculos de probabilidad optimistas -o irracionalistas- constantemente se está jugando a la lotería, y claro está, de vez en cuando toca. A pesar de ello se sigue jugando a la espera de que algún día salga el premio gordo en el bombo de la probabilidad cierta, contingencia que aumenta exponencialmente con el número de industrias y tecnologías no sujetas a control.

Las leyes van por detrás de los avances científicos y sus aplicaciones, lo que supone un riesgo con enormes consecuencias en el medio ambiente y en la vida. No sólo hay que legislar adecuadamente sino prever estas contingencias para limitar peligros.

Las instituciones tan dadas a legislar hasta lo más insignificante, eluden sus responsabilidades cuando la situación entronca con los grandes intereses económicos. Este caso es perfectamente constatable en el caso de la manipulación genética, campo donde es posible actuar con total impunidad sin temor pues existe un tremendo vacío legal sustentado por las constantes amenazas y presiones de los interesados sobre los estamentos políticos.

El principio fundamental que debe observar el poder

político y administrativo es velar para que las acciones de unos no perjudiquen a otros, y este principio ha sido conculcado por las presiones de grupos ajenos a los intereses generales con el beneplácito y la anuencia de las administraciones.

Las industrias presionan para no modificar las legislaciones con relación al medio ambiente con el chantaje de trasladarse a otros países con leyes menos rígidas en caso de que éstas se endurezcan o se vean impelidos a aceptar costes adicionales para que sus obsoletas industrias sean algo menos destructivas.

Antes eran los gobiernos de los países desarrollados los que presionaban a los países en vías de desarrollo hacia una política de destrucción de su medio ambiente. Ahora ya no les son necesarios al gran capital, pues sus políticas han cambiado, y estos países abogan, debido a la fuerza popular por políticas más medioambientalistas; ahora son los propios capitales los que directamente empujan a los países menos afortunados para que sigan destruyendo su medio ambiente y por lo tanto su riqueza: poco pan para hoy, miseria segura para mañana.

Habría que modificar el término "países subdesarrollados", por otro que definiera con mayor fidelidad la realidad, más bien podríamos utilizar las palabras: zonas expoliadas y oprimidas.

Uno de los grandes obstáculos para que los países empobrecidos dejen de serlo es el control de los mercados por parte de los grandes intereses que, en vez de favorecer el equilibrio, siguen manteniendo una gran presión sobre estos países para que no logren salir de su pobreza, y así poder seguir utilizando sus recursos para suministrar a las zonas ricas. Los mercados utilizan las materias primas naturales de estos países adquiriéndolas a precios que desde hace años siguen bajo mínimos, lo cual lleva a una espiral, pues para poder

pagar sus deudas, tienen que exportar y explotar más sus tesoros naturales.

Las instituciones monetarias internacionales son utilizadas por las políticas de los grandes intereses económicos como instrumentos para expandir y afianzar el libre mercado y el desarrollismo por todo el planeta, limitando cuando no eliminando toda forma económica, cultural o social que no acepte sus reglas de juego.

La degradación medioambiental de las zonas semiempobrecidas donde se ha instalado el industrialismo salvaje, ha creado un impacto medioambiental imposible de frenar sin una reorganización de las directrices mundiales, sin un cambio radical en los estilos de vida y en los objetivos de la sociedad.

Los daños, como hemos ido viendo no son locales, pues la destrucción de un bosque reduce la diversidad biológica del planeta, o los residuos químicos emitidos a la atmósfera, al agua y a la tierra pueden llegar a provocar daños medioambientales y en la salud en los habitantes de zonas alejadas. Así pues, la cooperación y la coordinación en estos aspectos, al igual que en el humanitario, no es competencia de un solo estado, sino que compete a toda la humanidad, siendo necesarias legislaciones de carácter universal.

Las cargas fiscales que se proponen para los procesos contaminantes de las empresas, no son una solución pues estas cargas son de un país sobre una empresa del mismo país, pero la contaminación y los efectos sobre el medio ambiente en general, afectan a todo el planeta. Con esta política únicamente se conseguirá aumentar las diferencias entre los países ricos y los pobres, garantizando más dinero público en los ricos, pero empobreciendo el medio ambiente de los menos desarrollados, con lo cual cada vez estos serán más pobres. Los ricos se enriquecen del empobrecimiento de los pobres.

De nuevo vemos que la política de que “el que contamina

paga", no es suficiente, pues no se pueden poner impuestos sobre los gases que provocan el efecto invernadero; a mayor efecto, mayor impuesto o mayor multa, sino poner los medios para que estos gases no se generen.

Controlar a las industrias sería factible si las administraciones estuvieran realmente dispuestas. Es fácil saber el impacto medioambiental que provocan y en vez de multar, lo que hay que hacer es impedir que se produzca la contaminación. Del mismo modo que hay policía de carretera, ciudadana o internacional, tendría que haber una policía industrial con el cometido de impedir o al menos restringir estas acciones contaminantes, antisociales e incluso antieconómicas en cualquier parte del planeta.

Si no cuidamos nuestras relaciones con el medio nos encontraremos con que nuestra actual tecnología quedará pronto obsoleta. ¿De qué servirá la industria pesquera y los barcos de pesca cuando no haya peces que pescar? ¿De qué sirven los grandes mataderos de animales, las granjas si los animales están enfermos, como ya sucede en la actualidad, y no puedan ser comestibles? Y ¿para qué queremos aserraderos e industrias madereras si no hay árboles que cortar?, sin olvidar los recursos limitados, muchos de ellos casi agotados, como es el caso del petróleo.

Si no logramos la reproducción de las especies, pero además en condiciones verdaderamente bióticas, la industria actual está predestinada a la desaparición y con ella gran parte del modo de vida industrializado, pues si no hay reproducción, no hay negocio. Esta es la síntesis que el gran capital debería estudiar detenidamente, aunque la problemática radica en que la mayoría de estos intereses no miran más allá del lucro inmediato.

La era del monoteísmo consumista como única religión, llegó a esta situación a través de la convicción de traer el bienestar a gran parte de la población y que para ello había

que hacer más accesibles los bienes de consumo. Sin embargo, de intentar paliar una situación injusta se pasó al exceso y a la exclusión de la gran mayoría, de los que no pueden, y así una idea que en un principio podía haber sido viable y humanitaria, se convierte en depredadora y excluyente.

Pero, ¿cómo transformar esta autopista de alta velocidad en un sendero por donde seamos capaces de ver el paisaje, comprenderlo y relacionarnos con él? Y además, ¿con qué medios contamos para lograrlo? ¿Pueden ser las leyes un buen aliado? Está visto que no, pues muchos países se constituyen con la base de unos ideales que jamás se cumplen y en sus cartas magnas empiezan diciendo: toda persona tiene derecho a..., y describe una serie de puntos como la alimentación, la vivienda, la educación, la igualdad y un largo etcétera de derechos tan fantasmagóricos como el propio sistema. No es cuestión de papeles, ni de legislaciones, ni de modas o comportamientos que pasajeramente hacen que actuemos de una u otra forma. Se pretende que las leyes hagan la justicia, cuando es la justicia la que debe hacer las leyes.

La ciencia y la tecnología ocupan el terreno de los legisladores, incluso desbancan a los filósofos y a los juristas, ocupando omnímodamente los lugares de decisión y de control de la sociedad. Es, pues, revolviendo la política, la jurisprudencia y la filosofía que surge un principio esperanzador de cambio.

Ciencia sin conciencia

La ciencia en muchas ocasiones ha amparado a los grandes intereses, ya sean religiosos, mercantiles o políticos, según época y lugar, pero fundamentalmente de poder: es el arma que con mayor eficacia ha utilizado el sistema. Éste se adapta, incluso destruye sus propias creaciones, para continuar su

régimen de dominio, acoplándose a los tiempos para parecer que cambia, incluso que desaparece, ya sea en forma de dictadura o democracia, sistema político, religioso o económico, pero siempre subyacente en sí mismo, y bajo cualquier apariencia sigue latente con el mismo argumento, controlar las vidas de las gentes bajo influjos sugestivos que despiertan los miedos y egoísmos en cada persona.

Ciencia y progreso son los grandes dioses del actual sistema consumista. La verdad científica es el credo que utilizan los poderes para hacer dogma de fe, lo que es cierto y lo que es falso. La ciencia se convierte en argumento de poder, el conocimiento deja de ser importante, sólo interesa que la ciencia colabore en mantener el poder, pese a lo que pese, muera quien muera, se destruya lo que se destruya.

La ciencia es el argumento más eficaz empleado por el orden dominante para mantener a raya toda crítica. Lo científico y lo no científico separan lo real de lo no real, lo demostrado y lo no demostrado según los intereses dominantes, haciendo inútil cualquier intento de modificar una injusta situación. Ejemplos de esto existen a miles y, es más, todo aquel que se sale de la línea científica establecida es anulado. Al amparo de la ciencia se manipulan pequeñas verdades concretas, o incluso falacias para hacer de ellas verdades supremas.

A través de la historia, los nuevos científicos han derribado las teorías existentes, sin embargo, en más de una ocasión, al poco tiempo acaban formando parte de lo mismo que intentaban derribar, incluso eso, hoy en día ya no sucede. Lo más frecuente es que se amolden a las vías de investigación establecidas, es decir financiadas por los grandes intereses que impiden el avance de la ciencia por caminos éticos, ecológicos y humanitarios. Esta falta de independencia y coherencia con la capacidad de investigación y con las posibilidades de aplicación técnica de nuestros tiempos, impide a

la ciencia ser un valioso instrumento para obtener una sociedad más justa. No se investiga en lo social, en lo humanitario, en lo ecológico, sino en los intereses oligárquicos ajenos a los vitales. Esta ciencia, de la mano de los actuales poderes, está totalmente obsoleta.

La dirección científica está tan delimitada, que cabe preguntarse en qué momento de la historia la ciencia dejó de lado aspectos tan importantes como el respeto a la naturaleza, a la vida y a la ética. Es fácil advertir que el rumbo científico, sometido a aspectos de imagen y lucrativos, está regido por los grandes intereses y estos no se ocupan de la protección y la conservación ambiental, y menos de la lucha contra la pobreza, puesto que precisamente ambos aspectos, la pobreza y la destrucción del medio ambiente, son fomentadas y causa directa de ellos.

La paupérrima ciencia actual está regida por los grandes intereses y controlada por sus adalides científicos, que pretenden con sus dogmas que la solución a los problemas que ellos mismos han colaborado a crear se encuentra en la propia ciencia. Efectivamente la ciencia actual está capacitada para paliar ambas situaciones, pero en realidad no entra en estos ámbitos y si lo hace es levemente y, por lo tanto, deja de lado los aspectos más importantes que caracterizan a una sociedad avanzada, con lo cual sus argumentos se advierten claramente falsos cuando vemos cómo estos problemas no sólo no son solucionados o frenados por la ciencia sino que se ven aumentados de forma exponencial al actual avance científico. Contra más se descubre, cuanto más se desarrolla la técnica, más aumenta el deterioro social y ecológico.

Muchas personas aún confían ingenuamente en que la ciencia moderna solucionará los problemas medioambientales sin que se produzcan grandes cambios en su estilo de vida. Pero, sin embargo, cada día crece el número de los que piensan que la ciencia moderna hace más mal que bien y que

cualquier cambio que la humanidad provoque en la naturaleza empeorará la situación actual.

¿Cómo se puede pretender confiar en la ciencia y en la técnica y sus expertos cuando sus valores límites son modificados constantemente y cuando ni siquiera existen en temas de contrastado riesgo, creando un marco de inseguridades donde no es posible crear normativas ni legislaciones coherentes?

Los mecanismos de control de las investigaciones científicas y su posterior difusión, consiguen que trabajos de especial interés para la sociedad -debido a su repercusión sobre su salud o el medio ambiente-, sean silenciados, y sólo algunos, después de grandes dificultades vean la luz, generalmente en condiciones de segunda fila. La política y los centros decisivos en el campo de la investigación y difusión, gestionan no sólo los recursos económicos para la investigación, sino deciden qué se puede divulgar y qué no, o en qué medida tienen cabida en los circuitos considerados de prestigio científico. Un tema conflictivo para los intereses dominantes recibirá una mínima atención, y cuando no sea posible dominar su difusión se intoxicará a la opinión pública con noticias y resultados contradictorios que causen confusión, y logren que descienda o se minimice el interés hacia él.

Enormes obstáculos surgen ante los científicos que tratan investigar en áreas tabú, y muchos que lo intentan son desprestigiados y eliminados de los canales convencionales de investigación. Sus trabajos censurados y ellos atacados científica y personalmente.

Cuando un trabajo o un investigador no entra dentro del juego y de las reglas establecidas por la tradición científica especulativa y no se atiene a los parámetros científicos imperantes, es ignorado, y cuando esto no es posible se convierte en víctima del descrédito: prohibido investigar con libertad.

Al revisar muchas de las investigaciones realizadas hasta

la fecha, comprobamos una tendencia al autoengaño por parte del propio investigador; en otras, queda patente una mala praxis o fraude ante la manipulación de los métodos y resultados, destacando sólo aquello que favorece las conclusiones pretendidas a priori. En estos últimos, generalmente se desprenden ventajas económicas o sociales para el investigador y para la entidad que financia directa o indirectamente sus trabajos, ya sea como sociedad mercantil o corporación científica. Pues hay en el mundo científicos e intereses suficientes como para defender cualquier teoría, especialmente aquellas que implican beneficios. Son los intérpretes científicos de los intereses económicos.

La tecnología y los logros científicos se aplican en la mayoría de las ocasiones para satisfacer el lucro inmediato. Los científicos asalariados de estos grupos son corresponsables de la repercusión de sus actividades en el medioambiente y en el presente y futuro de la humanidad.

Son los mismos autodenominados científicos que negaron sistemáticamente la evidencia de la enfermedad de las vacas locas, el peligro del amianto o los pesticidas, los mismos que rechazaron risueñamente hasta ayer los riesgos del tabaco de forma asesina y ocultan la influencia presente y futura de los alimentos transgénicos, los que avalan las centrales nucleares minimizando el peligro que suponen, los que niegan los efectos de los CFCs sobre la capa de ozono o los efectos nocivos que suponen las radiaciones electromagnéticas sobre la salud.

A pesar de los grandes avances científicos con apabullantes éxitos en muchos ámbitos, jamás la ciencia fue tan servil e indigna como en la actualidad.

La ética de la autodenominada comunidad científica defiende sus derechos adquiridos a base de salvaguardar las componendas económicas de grupos que dirigen sus estudios para demostrar, sea verdad o flagrante mentira, sus bondades. Esta no es en verdad la comunidad científica sino gru-

pos de presión económica a la sombra de sus intereses. La verdadera comunidad científica vive o sobrevive sin grandes títulos y sin prebendas dadas por los mismos intereses que fomentan los problemas, pero que trabaja en conciencia tratando con su trabajo que el mundo sea un poco mejor gracias a los avances de la ciencia y la tecnología, no permitiendo que éstos vayan en contra de la vida.

El verdadero científico es un renovado librepensador, que reclama independencia absoluta de todo criterio mediatizado por intereses económicos y de poder, al igual que antes los librepensadores reivindicaban para la razón individual albedrío de todo juicio sobrenatural en materia religiosa; es pues aquel que no vive siendo la voz de su amo al compás de intereses mercantiles y de poder.

La esfera del conocimiento no es patrimonio de nadie en particular, ni siquiera de la ciencia, y menos de una ciencia sectarista. El desprecio a lo nuevo, a lo diferente, es la fórmula magistral acorazada contra todo argumento para no avanzar ni descubrir nuevas posibilidades y lastrar a la sociedad en la ignorancia.

La cuestión no es poner límites a la velocidad de los avances científico-tecnológicos sino fijar su dirección, pues si se investiga en un área donde los peligros y los macropeligros resultan obvios, el mundo queda en manos de unos pocos, si estos pocos están manejados por intereses contrarios a la más mínima ética, los poderes públicos y la propia sociedad capitulan ante estos intereses y ceden las decisiones más importantes de la humanidad a gobiernos paralelos configurados por tecnócratas y dirigidos por oligarquías económicas.

El técnico y el experto se convierten en elementos imprescindibles para legitimar mediante peritación o aseveración los peligros de la técnica y, bajo la necesidad tecnológica, los gobiernos pierden su capacidad legislativa. Son científicos que mediante patente de corso, tratan de obviar toda crítica

incluso toda pregunta que vaya en contra de sus intereses. No se puede preguntar qué medidas se han adoptado para prevenir posibles desastres genéticos o cómo es posible controlar lo incontrolable; son preguntas sin respuesta o como respuesta el desprecio. Todo lo que no sea preguntar por sus bondades es pecado científico.

La verdad científica tropieza con numerosos obstáculos como son el afán de sobresalir de científicos, haciéndose un lugar entre los elegidos por los intereses que financian la gran mayoría de la investigación, incluyendo la rutinaria. Y esta fe en la ciencia es como la fe en dios, en lo invisible, en lo inabarcable, en lo desconocido. La fe perdida en los dioses ha encontrado buen cobijo en la fe en la ciencia.

Los megapeligros se sitúan cómodamente a través de la energía atómica, la industria química o la genética, gracias a una ciencia instalada por encima del bien y del mal, en donde lo seguro o inseguro nunca se comprueba antes. Se aduce que cómo saber si una central nuclear es segura si no se construye, cómo saber si la emisión generalizada de productos químicos supone un impacto ambiental y de salud si no se realiza, o cómo saber los peligros de la genética de la vida si no la probamos.

Así, el mundo se convierte en un laboratorio de pruebas, en un campo experimental de los intereses macroeconómicos fundamentados en las nuevas tecnologías de alto riesgo, y la población en las cobayas. No obstante ni siquiera después de comprobar su impacto se paraliza la industria en estas áreas, sino que, avalados por una ciencia ciega, muda y sorda ante la realidad, se sigue a la espera de una nueva explosión de una central nuclear o de una contaminación química o genética irreversible. Pero aún sucediendo de nuevo todo esto, la tecnología mediante la estadística demostrará su seguridad, pues los peligros y los efectos devastadores en los cuales se han invertido grandes cantidades de dinero o pre-

sentan enormes expectativas económicas, no existen.

La persona se encuentra con la desesperanza, asumiendo la situación que le rodea, y dependiente de organismos y expertos que evalúen tarde y mal las consecuencias de la institucionalización y normalización de los riesgos y de las injusticias.

De esta forma se reclama el derecho a decidir lo que es o no es un peligro, basándose en la inversión realizada, en su rentabilidad, y no en la realidad objetiva. Se eliminan los peligros, el impacto ambiental, los daños en la naturaleza, los muertos, los heridos, las especies dañadas o desaparecidas, o bien no existen o son minimizados por bases de cálculo obsoletas y manipuladas, con ellas es posible concluir que Chernóbil no existió, no se produjo ninguna contaminación significativa, ni nadie ha muerto, ni nadie morirá por su causa. Así lo tremendo y lo incalculable pasa a ser nimio y mensurable.

Gracias a la constante interpretación de la nueva realidad moldeada por los avances de la técnica en su rápido desenvolvimiento y de mano de los expertos, la democracia se transforma en tecnocracia. Y es este pequeño grupo de expertos quienes determinan el medio ambiente y la salud. Son un reducido número de privilegiados especialistas quienes al dictado de los grandes intereses son utilizados por los políticos como asesores para promulgar normas y leyes. El poder de definir lo bueno de lo malo, se encuentra concentrado en pocas personas, y ellas, por definición, están dirigidas por las oligarquías económicas.

Si bien los expertos gozan de poca credibilidad dentro del conjunto de los propios expertos, ante la sociedad son la voz determinante de lo que es o no correcto. Desde el seno de la sociedad ya no se plantea cómo se quiere vivir, sino que desde fuera se le impone y la tecnocracia anula cualquier posibilidad de protesta.

Los intereses macroeconómicos que sustentan el actual sistema hacen creer a la opinión pública que sólo existe la disyuntiva de estar a favor del progreso que ellos plantean por el bien general o estar en contra; es decir, a favor del retroceso de la humanidad, de la vuelta a las cavernas. Este falso diseño social se difunde gracias a prácticas propagandísticas de alabanzas al progreso y descrédito a los críticos. Pero hay otras opciones entre estos dos extremos, entre el retroceso al neandertalismo que preconizan si no se actúa según sus intereses y seguir en la actual destrucción e impunidad, existe una tercera vía a la que quizá podríamos llamar el camino intermedio. Un camino en donde es posible conjugar los avances científicos y tecnológicos coherentes con el ser humano, el puesto laboral con la defensa de la naturaleza y la solidaridad internacional con las tradiciones y los conocimientos ancestrales. Ciencia y valores trascendentales unidos en objetivos comunes en favor del respeto a la vida y a la naturaleza en todas sus manifestaciones, incluyendo a la esencia espiritual humana.

En la actualidad no sólo son los enemigos de la tecnología los que comprenden los peligros a los que se enfrenta la humanidad, ni mucho menos aquellos que el sistema dice que pretenden hacer volver al ser humano a las catacumbas, pues la crítica al modelo tecnológico científico actual ya surge del interior de la propia ciencia, avalada por los mismos planteamientos científicos.

Es importante que las voces críticas surjan desde dentro del mismo sistema, desde las distintas áreas científicas, voces independientes, sin miedo a las consecuencias de la verdad. Esta reprobación procedente del núcleo de la comunidad científica lo que intenta es la liberación y una nueva conducta positiva. Cuando el físico rechaza abiertamente la energía nuclear, cuando el médico se opone a la medicina de la enfermedad y no de la salud, cuando el biólogo plantea abierta-

mente la crítica a la manipulación genética descontrolada, entonces la ignorancia se vuelve conocimiento, el sistema monolítico se resquebraja y surge la esperanza en que es posible vivir acorde a una conciencia más amplia, justa y solidaria.

La especialización de la ciencia y en general de toda actividad ha logrado grandes objetivos; sin embargo, ha perdido curiosamente objetividad y amplitud de miras. El camino de la investigación, y de la ciencia puede estar lleno de ecologismo y humanitarismo, desprenderse de él, de esta visión humanístico-ecológica, es caer en el totalitarismo científico. Una nueva ciencia emergente, separada de los intereses fundamentalistas, una ciencia de la humanidad y de la naturaleza, sería el resurgir de la esperanza. No obstante para que la ciencia descubra su nexa con la ecología debe haber un substrato filosófico que los funda, pues una ciencia sin filosofía es como un ciego que dispara sin control.

La ecología se sitúa como método científico, convirtiéndose en una ciencia natural englobadora, adonde todas las demás deberán dirigirse para amamantarse de ella, pues utiliza los errores científicos anteriores y se nutre de ellos para dirigirse hacia adelante con una mayor seguridad en sus planteamientos, en contraste con el fondo de inseguridades en que la ciencia ha introducido a la humanidad y a la vida en general. Ciencia, tecnología, ecología, filosofía y solidaridad unidas con un vínculo común, un camino en pro de la naturaleza y de la humanidad. Tratemos de poner una piedra en el enlosado de este dificultoso camino, desde la teoría y la filosofía hasta lo científico y lo tecnológico, pero si obviamos el primer paso hacemos una ciencia sin conciencia, un avanzar sin construir. En un mundo científico sin ética es fundamental retomar los antiguos cánones de la ciencia unida a la filosofía. Un científico que no tenga una base filosófica ética profunda se convierte en instrumento del sistema, de un sistema contranatural.

Tecnología contra natura

Buena parte de las tecnologías actuales se orientan hacia una destrucción más eficaz del medio. La tendencia de la tecnología contra la naturaleza y contra la vida, se observa con claridad cuando esta devastación se aplica a los bosques y a las selvas.

La desaparición de gran cantidad de masa forestal arbórea implica el exterminio de sus infinitas interrelaciones biológicas y, por tanto, de las poblaciones humanas establecidas allí que se sustentan y alimentan de sus recursos naturales. Estos grandes desastres, fomentados por intereses nacionales e internacionales, y apoyados por la más depredadora tecnología, destruyen vínculos sociales y poblaciones enteras con su cultura, con una economía nativa y autóctona. Esto sucede no solamente por su desplazamiento sino por su sistemática eliminación física. Todo aquello que se opone al llamado progreso, es decir a los intereses de unos cuantos, ha de ser suprimido.

Las grandes agencias de información internacional, que son las que surten de gran parte de las noticias a los medios de comunicación nacionales y locales, no informan de estos desastres continuados y de escala genocida.

Es una guerra de exterminio silenciosa contra la naturaleza y contra los que viven integrados en ella, pues estas poblaciones que viven en las selvas y bosques objeto de la codicia de los grandes intereses están condenadas a desaparecer. Son poblaciones milenarias viviendo en comunión con la naturaleza y evolucionando juntamente con ella, pues no la ven como un elemento inerte, como algo a su disposición, para su uso, sino como un ser vivo con multiplicidad de reciprocidades que crean un equilibrio en el cual se reconocen y se sienten integrados.

Debemos entender que tecnología y tradición no son

incompatibles; al contrario, la tecnología puede favorecer que se mantengan los métodos tradicionales de subsistencia, aumentando su eficacia. Al mismo tiempo la tecnología debe ser el principal argumento para solventar carencias, principalmente aquellas que atañen a la supervivencia y a la creación de los medios mínimos de vida. La tecnología puede dirigirse hacia la eficacia en la producción de alimentos en zonas desasistidas o a una mejora de la sanidad en las regiones más desfavorecidas, precisamente en donde se les quita su forma de supervivencia y su cultura tradicional, y además se les niega la tecnología y los medios modernos para favorecer una vida mínimamente digna.

Las nuevas tecnologías no deben plantearse como metas sino como medios, sin rechazar las prácticas tradicionales de pueblos y comunidades. Pues en la asunción de estas dos vías está el punto medio donde surge el equilibrio entre el progreso y el conocimiento ancestral, entre el ayer y el mañana fundido en el presente.

El problema de la tecnología no es que traiga la comodidad y un cierto bienestar, la cuestión radica en que éste sea el objetivo supremo de la sociedad. En primer lugar habría que hacer una tecnología más ética, más saludable, porque muchas veces los avances tecnológicos son contrarios a la salud, ¿cuántos dispositivos y electrodomésticos de baja calidad tecnológico-sanitaria proporcionan unos segundos más de tiempo a los usuarios, pero por otro lado crean daños en la salud debido a las radiaciones que emiten? Es algo así como querer ir a toda velocidad con el coche y ganar unos segundos para perder la vida o al menos tener menor calidad de vida.

Las tecnologías inapropiadas en vez de aumentar el bienestar y la calidad de vida, actúan en el camino justamente contrario, pues crean una compleja red y maraña de necesidades que complican la existencia con modernos e innecesarios

rios rituales. El exceso de vehículos en las ciudades las hace prácticamente inhabitables desde el punto de vista del bienestar. Es absurdo en una cultura avanzada que cada persona, cada ciudadano, disponga de un vehículo habiendo la posibilidad de potenciar, y además con energías no contaminantes, el transporte público, con lo cual se aliviaría uno de los problemas más graves de las ciudades y de contaminación a escala planetaria. Sin embargo, los grandes intereses que mueven estas macroindustrias, impiden que esto tan elemental sea una realidad. Imaginemos ciudades donde el número de vehículos descienda exponencialmente adecuándose a las verdaderas necesidades, donde las calles no sean patrimonio de los vehículos y sí de las personas, donde se pueda pasear, caminar, hacer deporte, ir en bicicleta, disfrutar del paisaje, pues se podría transformar el asfalto en jardín. Y todo simplemente con limitar los beneficios de determinados intereses criminales y de poder.

Substituyamos cantidad por calidad y trocaremos las ganancias de unos pocos por el interés de la gran mayoría, además del beneficio personal y el tiempo que ganaríamos, pues ¿cuántos años al cabo de la vida hay que trabajar para pagar los vehículos que compramos? No sólo el precio de compra, sino el coste del combustible, las reparaciones, impuestos, etcétera, sin olvidar el estrés que provoca su uso, lo que obliga a trabajar y dedicar un tiempo precioso de la vida a pagar, primero lo que no es necesario y segundo contrario a nuestro bienestar. Un eficaz transporte público y una filosofía del desplazamiento menos estresante permitirían que la sociedad fuera más libre y menos neurótica.

Los grandes intereses no ofrecen a los compradores alternativas verdaderamente ecológicas, ni los medios de comunicación informan adecuadamente de su existencia. Por lo tanto, es difícil que el ciudadano pueda solicitarlos o bien adoptar posturas críticas para tratar que se impongan en la sociedad.

Si, por ejemplo, existiera una legislación en el ámbito mundial por la cual las empresas fabricantes de vehículos tuvieran un plazo determinado para fabricar solamente vehículos no contaminantes sin usar materias primas que no fueran renovables, veríamos como en el plazo de muy pocos años todos los vehículos serían ecológicos y, por tanto, el problema de la contaminación atmosférica desaparecería en gran medida. Estas tecnologías de industrias y vehículos no contaminantes son conocidas hace tiempo, y si no han sido desarrolladas hasta las últimas consecuencias es sólo debido a los grandes intereses que lo impiden. Así se continúa en la utilización de un número cada vez mayor de energía y materias primas no renovables.

Las inversiones en el ámbito tecnológico se dirigen hacia el crecimiento de la productividad sin tener en cuenta el impacto medioambiental y humanitario que puede causar mediante la destrucción del medio ambiente y de muchas vidas humanas.

A pesar de los grandes conflictos mundiales del siglo veinte, con sus tremendas guerras, genocidios y conflictos por doquier, nuestro mundo no es especialmente más violento que el pasado sino más eficaz en la tecnología del desastre y de la muerte.

La opinión publicada de los países occidentales se lamenta de las afecciones padecidas por sus soldados debido al uso de armamento radiactivo, caso de proyectiles con uranio y plutonio, de gases altamente tóxicos o de radiaciones de alta frecuencia como las microondas utilizadas por sus propios ejércitos en los bombardeos indiscriminados a otros países, sin considerar las devastadoras secuelas que estas armas y tecnologías de la muerte tienen sobre la población civil de las zonas atacadas, cuyos efectos se cobrarán infinidad de vidas inocentes, e incluso afectarán a las futuras generaciones.

Obviamente la culpa no es de la tecnología, ésta es sólo un

instrumento a la medida del egoísmo humano. Si bien no se pueden poner límites a la evolución tecnológica, si es posible, como ya hemos apuntado, elegir su dirección. No se trata de frenar el progreso tecnológico, sino de enfocarlo adecuadamente en favor del ser humano y de la naturaleza pues, de la misma forma que ha sido un argumento contrario, es posible reorientar esta equivocada orientación. De esta manera la tecnología puede transformarse en un valioso aliado de los nuevos tiempos y, de la mano de una ética social ecológica, ayudar a solventar los problemas en los cuales colaboró.

No se trata de plantear la ecología como un frente antitecnológico, sino de mostrar otras posibilidades de pensamiento y de acción como alternativas al radicalismo tecnológico actual. Esta filosofía ecologista plantea a la tecnología como colaboradora para ayudar a solventar los problemas medioambientales y de miseria, adecuándola a las circunstancias y a cada particularidad, frente a la tecnología arriesgada del caduco pensamiento demagógico-financiero.

La necesidad de una filosofía ecológica como motor de transición queda patente cuando vemos que desde cualquier ángulo que se analice la actual situación se llega a una misma conclusión: es necesario el cambio, una auténtica revolución en todas las áreas, económicas, sociales, políticas, humanas.

El mayor problema de la ciencia comenzó cuando del diálogo se pasó al axioma, se negó a sí misma y se convirtió en dogma. Nuestra actual forma de pensar nos divide en dos vertientes y, por tanto, aísla y subyuga a una de ellas, pone en la balanza dos opuestos en confrontación con la realidad de la naturaleza. El hombre actual empieza a romper el hechizo de la modernidad y, desde los edificios construidos herméticamente, fruto de su cerrazón mental, comienza a abrir pequeñas ventanas hacia la naturaleza y, aunque poco se ha conseguido, mirar a través de un pequeño resquicio hacia fuera permite comprender que hay otros valores distintos a

los que se han considerado como prioritarios y fundamentales, y que esta sociedad se ha edificado sobre la base del sufrimiento de otros seres ya sean animales, vegetales y personas.

Así, en este camino, el ser humano excluye al resto de los seres, separándose de la naturaleza, dejando de pertenecerle, de pertenecerse. Quizás se pretendió crear una sociedad más justa, más igualitaria, pero por desgracia se siguió el camino equivocado y sólo se ha logrado justo lo contrario, la degradación. Ciencia y tecnología son como el agua, que puede hacer que un barco flote o hundirlo en una tempestad y, precisamente estamos en el ojo del huracán, ahora sólo nos queda aguantar fuerte el tirón mientras buscamos aguas más tranquilas, en donde ciencia y tecnología puedan colaborar al lado del ser humano y de la naturaleza y no en su contra.

CAPÍTULO 6

El consumo que nos consume

La actual sociedad del progreso no se limita a cubrir sus necesidades, sino que se dirige hacia un consumo desaforado impulsado por la creciente sugestión del desarrollo. Ya no se trabaja para vivir, se vive para trabajar, para satisfacer consumos pueriles considerándolos como necesidades. El ser humano se convierte en esclavo. El consumo como objetivo de la vida absorbe la atención, el esfuerzo y el tiempo impidiendo la generación de espacios y de tiempos para el desarrollo personal.

Una sociedad ociosa es una sociedad vacía que se rellena artificialmente mediante el consumo y los pasatiempos superfluos, pero el disponer de tiempo en una sociedad plena y viva, revierte en una elevación de los valores personales, en una mayor calidad de vida y, por ende, en la felicidad interior. Es penoso que los grandes avances de la ciencia y de la técnica no hayan servido para mejorar la calidad de vida del ser humano. Éste vive lastrado en una perpetua confusión, esperando del consumo una vida mejor que nunca llega.

La pretendida calidad de vida se rige por el consumo; cuanto más se consume, más se anhela y el consumo se vuelve una forma de vivir. Comprar se convierte en una peregrinación y en un ritual carente de sentido. La compra actúa como una droga relajando el organismo ante la manipulación de la publicidad directa o sutil que se vierte a través de los medios de información, que genera un estrés sólo satisfecho momentáneamente con la compra. Es la satisfacción de un deseo consumado, de una necesidad provocada que acaba siendo paliada pasajeraamente hasta la inmediata aparición de un nuevo deseo.

El consumo no puede llenar el vacío que genera vivir en una sociedad igualmente vacua sin objetivos profundos del ser, no ya sólo desde el punto de vista espiritual, sino ni siquiera intelectual, como ser humano, como persona.

En este sistema consumista quien más es consumido desde que nace hasta su muerte es el propio consumidor. Vivir ya no es una misteriosa aventura, es un camino trillado hacia el consumo. Nacer, consumir y morir es el triste ciclo aceptado de forma consciente o inconsciente por muchas personas, aunque interiormente haya una rebelión constante, semilla de muchas enfermedades físicas, mentales y espirituales.

Aquellos que no pueden consumir y, por tanto, no provocan apenas impacto medioambiental son los más perjudicados y viven en la miseria por causa de estas actitudes consumistas y sus efectos. Aunque también los verdugos son a su vez perjudicados por sus propias acciones y se convierten en crueles estómagos agradecidos a un sistema injusto que acaba haciéndoles pagar su precio y éste es una vida vacía de valores profundos. Un modelo tan anacrónico donde víctimas y verdugos son igualmente afectados.

Desde tiempos remotos la economía descubrió que atender a las necesidades y los deseos de los demás era rentable. Actualmente los intereses mercantiles generan anhelos para después satisfacerlos pero también han descubierto que incluso es más eficaz no sólo contentar los deseos generados artificialmente, sino crear conflictos internos a la persona para intentar después solucionárselos, aunque, claro está, paliar este desencanto existencial no se consigue con el hecho de la compra en sí. Por ejemplo, la publicidad indica cómo se tiene que ser para vivir mejor, para ser un triunfador, y como, obviamente, la persona no es como la publicidad le empuja a identificarse, efectúa una determinada compra y, al no lograr asemejarse al prototipo propuesto, entra en una espiral de

consumo para paliar la sensación de frustración inconsciente que surge tras la compra.

Así se intenta ligar consumo con felicidad y, como, indudablemente, una cosa no conduce a la otra, se genera insatisfacción. Se busca la felicidad o eliminar la depresión y la ansiedad comprando objetos innecesarios, gastando dinero -y, por tanto invirtiendo tiempo trabajando para tenerlo- inútilmente, endeudándose para adquirir aquello que les hace más esclavos. Es un círculo vicioso, consumir para paliar la insatisfacción que produce la sociedad de consumo. Es el síndrome del consumo, que entre el deseo y el conflicto se inventan las necesidades.

Este síndrome del consumo consiste en adquirir cosas que en realidad no se precisan y cuyo diagnóstico es bien complejo pues permanece enmascarado debido a que una gran mayoría de la población lo padece. Estas personas no creen que su actitud refleje un conflicto interior que se manifiesta generalmente en depresiones, en neurosis y en comportamientos anómalos.

En una sociedad enferma de consumo y despilfarro, el confín entre lo considerado como normal y lo patológico es liviano, frontera donde el comprador busca la felicidad en la inutilidad de sus adquisiciones, pues el vacío esencial no se suple con cosas. La felicidad no se consigue con objetos por muy caros y sofisticados que sean, es el buen hacer y el correcto vivir gracias a lo cual florece. Incluso el grado de bienestar no está relacionado con la cantidad de cosas que tenemos, en todo caso lo estaría con su calidad y con su eficacia.

El consumo, fomentado por las modas hábilmente cambiantes y por la tecnología, arrasa otras formas y otros métodos más eficaces de vivir. Sagaces campañas indican lo que hay que considerar necesario, y la moda inventa nuevos prototipos para que el consumidor continúe comprando sin cesar. Lo anterior queda viejo, caduco, desacreditado, y lo

nuevo, aún siendo más de lo mismo, aparece machaconamente como algo imprescindible bien arropado por los medios de comunicación, llegando hasta el consumidor que cae en esta trama sin ninguna necesidad de ello y además en contra de sus propios intereses.

La cultura del consumo da valor a un artículo a la hora de adquirirlo y se lo quita inmediatamente después ofreciendo nuevas aspiraciones basadas fundamentalmente en valores estéticos y de imagen, es decir de inseguridades y de miedos, fomentando el egoísmo y la vanidad para forzar una nueva adquisición desechando lo anterior igual de válido o inútil que lo actual.

La meta de buena parte de las gentes que viven en esta sociedad es asemejarse a los arquetipos que crean los medios de comunicación; modelos, claro está, versátiles para que el consumo no decaiga en ningún momento. El modelo cambia, por lo tanto todos aquellos que se encaminaban hacia el anterior quedan desfasados y deben reconducir sus deseos de consumo hacia los nuevos objetivos del mercado.

Una sociedad que aboga por el egoísmo y lo fomenta intentando consolar al ser humano de su propio egoísmo con engaños de cómo el sistema ya se ocupa de las acciones sociales y que él sólo debe preocuparse de sí mismo. De esta forma el ser humano pierde parte fundamental de sus vivencias y relaciones con la comunidad y especialmente con los menos favorecidos, dejando a un lado el bien común y limitándose a intentar satisfacer todos los anzuelos que le pone delante la sociedad de consumo y como el burro con orejeras sigue a la zanahoria impenitentemente. En este egoísmo nos vamos aislando del resto de personas, pues el supuesto triunfador en esta sociedad es el individualista.

Nuestra fortaleza, ante este modelo económico, es precisamente ir en la dirección contraria a la que se aboga desde los ámbitos políticos y financieros avalados por los potentes

medios de comunicación, es decir, frenar el consumo y reducirlo. De esta manera ganaremos calidad y cantidad de vida, pues emplearemos el tiempo en aquello que realmente nos gusta y enriquece y no en aquello que pretende el sistema, trabajar y vivir para poder adquirir cosas generalmente innecesarias y que así el modelo subsista.

Una de las causas del exceso de consumo es que lo relacionamos al éxito, y éste se convierte en el objetivo de la vida; de esta manera la mayor ambición que tenemos es consumir cuanto más mejor. No se trata de evitar la riqueza como si fuese un mal, lo que hay que evitar es el exceso. La abundancia de bienes superfluos no da calidad a la vida, es esta futilidad material la que degrada al ser humano y es causa de su pobreza de espíritu, sin olvidar que, por supuesto, la miseria y la pobreza también ultrajan. Ambos extremos, exceso y escasez, estigmatizan al ser humano.

El sistema crea la impresión de que en las ciudades es más fácil obtener los objetivos que él mismo propone, de conseguir lo que aparece en los medios de comunicación como fundamental para ser feliz o para obtener éxito. En las urbes todo está más accesible para aquel que esté dispuesto a sacrificar su vida por ello. Los mayores núcleos de consumo se focalizan en las ciudades, por lo tanto, la idealización del sistema se concentra en ellas, atrayendo especialmente a las juventudes de núcleos rurales, creando el abandono y la desertización de una de las partes más importantes de nuestro mundo, déficit que difícilmente se podrá cubrir en los próximos años.

Otras culturas, la mayoría ya desaparecidas y algunas de ellas en proceso de extinción, nos muestran cómo la sencillez y vivir en la naturaleza, integrados en ella sin consumir más de lo necesario, abren el camino a la felicidad o al menos permiten un mayor equilibrio en la vida.

Estos procesos histórico-cósmicos lentos pero eficaces, son sustituidos drásticamente y dramáticamente por un arquetipo

social egoísta y depredador. Las gentes que antes vivían en un modelo a plena satisfacción, ven como éste cambia debido a la facilidad con la que surge el egoísmo. Es más fácil pecar que ser virtuoso; un ejemplo quizás con connotaciones religiosas, pero claro y coherente cuando vemos la religión del consumo y como ésta atrapa eficazmente las mentes de aquellos pueblos que ancestralmente han vivido en una sociedad comunitaria y ecológica. Estas pequeñas y ya escasas sociedades integradas en el medio, son ejemplos vivos de antiguas culturas diseminadas por el mundo que, por otra parte, son mucho más amoldables ante las cíclicas crisis socioeconómicas. Estos modos de vivir son mucho más eficaces que el nuestro, hasta como modelo económico, pues tenían los medios para subsistir y los utilizaban con suficiente eficiencia como para no deteriorarlos, disponiendo además de gran cantidad de tiempo para dedicarlo a sí mismos y a la mejora de su grupo. Esto bien lo demuestra la antropología y, en algunos aspectos, la historia.

El actual modelo consumista ha sido exportado prácticamente a todo el planeta, destruyendo estos modos de vida ancestrales, gracias a la complicidad de los gobernantes locales, a los medios de transporte y a los modernos sistemas de comunicación, que son el motor en esta carrera hacia el consumo desaforado.

La informática ha conseguido que cada día perdamos un poco más de intimidad, estamos perfectamente identificados en cuanto a quiénes somos, dónde vivimos, qué gustos tenemos, etcétera. Sin embargo, la aparición de sistemas de comunicación a nivel planetario puede ser un gran aliado para la revolución ecológica, pues gracias a ellos las informaciones ecológicas y humanitarias pueden ser más accesibles, y será posible saber lo que fomentamos al comprar un producto, su procedencia, y todos los datos que hacen que sea realmente ecológico, que no origine actitudes antihumani-

tarias, y que con la adquisición estemos yendo en contra de lo que realmente estamos intentando solucionar.

Para tener capacidad de decisión es muy importante la accesibilidad a la información; muchas veces no se eligen opciones más ecológicas o solidarias debido a que no se sabe de su existencia, ni siquiera si lo que compramos contribuye a impulsar el impacto ecológico y la insolidaridad. Por ejemplo, a la hora de comprar hay que conocer la variedad de opciones y modelos, mucho más eficientes que otros, de mucha más calidad y con el mismo precio o que el producto se produce en condiciones esclavistas o son destructores de espacios naturales y de vínculos ancestrales.

De esta forma, paulatinamente, los compradores van siendo más conscientes de su responsabilidad y comienzan a plantearse qué están apoyando con su adquisición; ya no sólo importa el producto en sí, sino todo lo que comporta. A través de la aparentemente insignificante decisión personal de una compra, se genera un poder capaz de transformar la sociedad y cambiar los criterios dominantes de los intereses financieros fundamentalistas y, en consecuencia, los políticos.

Informarnos a través de canales independientes, de cuáles son los productos con cuya compra no fomentamos la pobreza, la contaminación y en general cualquier otro tipo de injusticia humana y medioambiental, es un principio: elegir la compra más adecuada desde el punto de vista de la explotación de la mano de obra, del posible deterioro ecológico que causa la empresa, el impacto sobre las comunidades locales, etcétera.

El primer paso de esta revolución es frenar el consumo desaforado y, a partir de ese momento, adquirir conscientemente, sabiendo por qué y para qué, de dónde procede el producto, a qué intereses beneficia su producción y adónde va la ganancia de nuestra adquisición.

El ser humano tiene dos vertientes, por un lado la construc-

tiva y por otro la destructiva, elegir uno u otro camino está en nuestras manos. La mayor parte de las personas siguen en una dinámica asoladora, ya sea activa o pasivamente, mirando hacia otro lado para no ver las destrucciones de otros y las propias. En el fondo creemos que las consecuencias de nuestros actos no repercutirán en nosotros directamente, o al menos no de una forma notable; otros, ignorantes de su responsabilidad y de sus actos, actúan con la impunidad que da el desconocimiento.

Un consumo limitado y consciente es fundamental para frenar la explotación y la aniquilación de los muchos por los pocos. El reflejo de nuestra postura personal crea un movimiento internacional de gran repercusión, pues a la fuerza de la injusticia hay que mostrar la fuerza, pero no la de las armas y la violencia del sistema sino la de la actitud firme y consecuente de nuestro convencimiento de querer vivir en un mundo mejor. Con la resistencia pacífica pero obstinada del no consumo concebimos riqueza, con la abundancia del no consumo mitigamos la pobreza generada por el exceso. Contra la estupidez consumista, austeridad inteligente: consumir menos es vivir más.

El libre comercio

El mercado se muestra como un sistema capaz de producir bienes y servicios para cubrir las necesidades y las preferencias de los consumidores, pero en realidad se ha convertido en un mecanismo en pro de intereses especulativos que generan exigencias y tendencias consumistas.

No hay nada más insostenible que la actual economía de mercado. Aunque, quizá no habría que hablar de economía de mercado, pues confunde, creando una especie de asepsia de dios contra el que nada se puede, deberíamos hablar de

economía de mercaderes. Pero a diferencia de los antiguos mercaderes que podían influir en ciertos territorios ostentando sus modas y productos, los actuales controlan el mercado mundial, manejando gobiernos y personas a su antojo, imponiéndoles sus condiciones de consumo sobre la base de sus intereses.

La diferencia con el pasado se fundamenta en un incremento del comercio mundial con mayor actuación porcentual de sociedades transnacionales, así como en un formidable aumento del control financiero por redes internacionales, fomentado por el avance de las inmensas posibilidades de la comunicación y la informática. Se compra y se vende sin tener en cuenta ninguna clase de ética, se especula a distancia mediante la comunicación, de manera fría y calculadora. Estos cambios en la economía mundial afectan al plano político y social y, sin ser la causa, contribuyen substancialmente al deterioro global.

La liberalización de mercados y las nuevas comunicaciones, aumentan el comercio internacional y pone de manifiesto la capacidad especulativa de los grandes intereses gracias a la facilidad de movimiento de capitales que, como vemos, siembran el pánico de vez en cuando en diferentes mercados, especialmente en los económicamente emergentes para generar más beneficios a pesar de las dramáticas consecuencias sociales y humanitarias que conlleva esa política especulativa.

Las cíclicas crisis financieras son parte del juego del gran capital para recoger dividendos y recomprar a la baja. Gracias a la tecnología de transmisión de datos entran y salen de los mercados inmediatamente; las nuevas tecnologías y la libertad de movimientos de capitales permiten que se pueda comprar y vender de forma inmediata en cualquier parte del mundo. Precisamente, los especuladores son los gestores de los fondos de inversión y los de pensión; en su inmoralidad está el futuro de multitud de familias.

La liberación del comercio conlleva una política social de recorte. El libre mercado termina con el proteccionismo y con la seguridad, pues a cambio de un supuesto bienestar, de la mano de una cantidad mayor de productos invasores de los mercados, se acaba con los empleos seguros, con las jubilaciones y con las economías locales. El capital es el único realmente beneficiado con la liberación comercial. La motivación del beneficio y del sistema sólo puede influir en aquellos capaces de lograrlo, y buena parte de la población del planeta no tiene las mínimas condiciones para ello. ¿Qué importa tener más productos aunque fueran supuestamente mucho más baratos, si no se pueden comprar? ¿Qué coste social deben pagar las comunidades autosuficientes?

La llamada globalización es un argumento de la economía de mercado para extender sus redes y su lucro, utilizando mano de obra esclavizada en países pobres y obligando a trabajar en condiciones infrahumanas a los indefensos ante el espectro del hambre y la miseria: hombres, mujeres y niños explotados en favor de la generalización de los beneficios de unos pocos y de la globalización de la pobreza.

La imbricación entre la superproducción y la venta no es una simple penetración en el libre mercado sino una onda expansiva de larga duración y profunda inserción de los monopolios y los oligopolios en todos los posibles mercados.

Los grandes intereses están subvencionados y avalados por administraciones nacionales e internacionales, con lo cual la situación monopolista no depende sólo del mercado en sí, sino de la capacidad de estos intereses en ejercer el control político. La industria agroalimentaria de los países ricos, con ingentes subvenciones directas o camufladas, arrasan los mercados de los países menos desarrollados dejando sin sustento a millones de agricultores ante el beneplácito de sus propios dirigentes. También se ve claramente en relación a la

energía, pues las industrias eléctricas más contaminantes, son las que reciben enormes subvenciones estatales, además de los beneficios que obtienen gracias al monopolismo dentro de estados y grandes zonas de influencia.

Justamente en contra de lo que aboga la teoría de la economía de mercado en este caso se evita a toda costa la libre competencia, lo cual podría conllevar un ahorro energético y una producción más limpia, además de más sana, debido al menor impacto ambiental y a la menor contaminación directa e indirecta.

Así que todo esto que es ventajoso para el medio ambiente y para la gente, acaba siendo vetado en aras de intereses mercantiles que cuando acceden al libre juego del mercado, es porque han adoptado posiciones dominantes que les permiten continuar en su situación prácticamente monopolista. Con la excusa del interés público se adopta un sistema de monopolio regulado, que lo que hace es ir en contra de lo anunciado, todo bajo la anuencia política.

La competencia entre grupos de presión se asemeja a una guerra en la cual hay que destruir al contrincante, en donde la moral y la ética no cuentan. Así el capital crea tensiones internacionales en su batalla por el control de los mercados. Esta imagen de guerra capitalista deriva desde sus altas esferas internacionales hacia las nacionales y locales creándose una maraña de tensión económica-social.

La experiencia indica que la competencia no hace que los productos y los servicios sean más eficientes, por lo que la ley salvaje del mercado no puede ser la que dicte las normas que influyen sobre el medio ambiente y la salud, ya que con esto los poderes políticos se sitúan como una especie de árbitros entre el interés público y la rentabilidad de las compañías, intentando que ambas se conjuguen, pero ante el choque de intereses, siempre se decantan hacia el poderoso en pro de sus beneficios y en contra de la población.

El sistema liberal de economía de mercado es en realidad una economía absolutamente planificada por los grandes intereses financieros para ejercer el más absoluto control. La supuesta libertad de mercado sólo es observable en los niveles bajos y medios, pero en realidad es una libertad teórica, pues han de moverse dentro de las grandes líneas de mercado adoptadas por los macrointereses económicos que son los que deciden cómo, cuándo y cuál será la economía del presente y del futuro.

Precisamente uno de los peligros de la globalización del mercado estriba en la venta masiva de determinados productos. Sucede que alimentos o sustancias cuya toxicidad está claramente demostrada en el ser humano o en la naturaleza se comercializan de forma generalizada. Estos productos de alto riesgo, de sabidos o desconocidos efectos, caso de la alimentación transgénica, conservantes, pesticidas, etcétera, pueden acarrear una pandemia generalizada, una intoxicación global, o como sucedió con ciertos tóxicos una infertilidad en el hombre que impida la procreación y que en esta ocasión sí tenga consecuencias planetarias, o bien que dé origen a secuelas anómalas, caso de alteraciones genéticas. Así pues debido a la globalización del contexto comercial financiero, podemos asegurar que el ser humano se encuentra en peligro de extinción, o como mínimo de mutación.

La política del siglo veinte ha sido el gran desengaño planetario, pues si la política se dirige a mejorar las condiciones de vida de las personas, esto sin duda no se ha logrado.

La economía de mercado ha fracasado, a pesar de su éxito expansivo. No hay que confundir crecimiento con prosperidad, pues, aunque en apariencia si haya traído un cierto bienestar a determinadas zonas y grupos sociales, en el ámbito planetario, la realidad es bien obvia: cada vez se vive peor en este mundo y sobre todo se muere y se sufre de forma más globalizada. Así pues las consecuencias de las tremendas destrucciones medioambientales y humanitarias

contrarrestan el hipotético éxito del libre comercio.

Los economistas avaladores del sistema liberal de mercado presionan para obtener, y lo han logrado, que cada vez haya menos intervencionismo estatal sobre las empresas y los grandes intereses mercantiles. De esta forma pueden libremente actuar a sus anchas, aduciendo que así habrá una mayor justicia y equidad en el intercambio de mercados.

Actualmente existe una tendencia fundamentalista a minimizar los riesgos y los efectos causados por la economía liberal de mercado, no sólo los efectos medioambientales sino los humanitarios. Muchos economistas, políticos, sociólogos y periodistas, insisten reiteradamente en los logros medioambientales e incluso humanitarios que se obtienen gracias a las políticas ambientales adoptadas y especialmente a los principios de libre mercado en que se basa la sociedad. Además tratan de ahondar más en esta tendencia aduciendo que en esta economía de mercado se encuentran las soluciones a estos dos males, abogando que aún habiendo fallado hasta la fecha, se puede optar por parches que los solucionen.

Hasta hace bien poco era la opinión generalizada y en buena parte aún sigue siéndolo, que utilizar energías eficientes no es rentable. Se utiliza la peculiar argumentación, que de ser así ya se habría hecho y se habría impuesto en el mercado. Todo esto nace de la falsa idea de la infalibilidad del mercado, y que éste, como dios omnipresente y que todo lo ve siempre adopta las medidas más certeras.

El mercado se erige en director social, con el peregrino argumento de que si algo está bien el mercado hará que suceda, y si no lo hace será porque no merece la pena. La traducción de esto es que si algo es rentable para los grandes intereses económicos se hace, a pesar de cualquier consideración humanitaria, ecología o sanitaria, y en caso contrario no se hace, a pesar de que sea beneficioso para la población, aun siendo necesario, justo y solidario.

Los nuevos voceros del sistema tratan de aplicar conceptos ecológicos al capitalismo, creando el ecocapitalismo, pretendiendo que los mercados apliquen la sostenibilidad, cuando en realidad solamente son remedios estereotipados para continuar una línea fundamentada en el beneficio por el beneficio, siendo actualmente la llamada economía ecológica un simple argumento publicitario.

La economía de mercado introduce la ecología y la solidaridad, jactándose de ser ecológica y solidaria, cuando en realidad es el mercado de la ecología y de la solidaridad y no lo que debería ser para lograr objetivos reales: la ecología y la solidaridad del mercado.

Mientras el beneficio y el lucro sean el único objetivo del mercado, difícilmente podrá enfrentarse a los graves problemas actuales. A pesar de la contaminación de los datos, la realidad destruye todo argumento a favor del crecimiento económico y del libre mercado, y esta realidad es la clave para modificar las actuales políticas y estrategias económico-ambientales reorientándolas hacia la solución de los acuciantes problemas que nos acontecen. Estas medidas económico-políticas unidas a la implicación de las gentes mediante un consumo y unas actitudes más conscientes hacia la naturaleza y la propia humanidad, pueden ser el estímulo hacia una nueva época en donde el beneficio a toda costa y el afán de poder no sean las directrices de la sociedad.

Sólo un mercado con una cierta dosis de idealismo, teniendo en cuenta incluso que esta filosofía protectora, puede ser, desde el punto de vista económico, rentable, podría paliar parte de los problemas actuales y de las futuras generaciones.

Las revoluciones se gestan de espaldas a los poderes establecidos, y la revolución ecológica no ha de ser distinta en que se incubaba sin la intervención de los poderes, pero a diferencia de otras ha de integrar, arrastrar al poder y transmutarlo en aliado y no en víctima.

El desarrollo insostenible

El término desarrollo sostenible ha ido modificando paulatinamente el sentido inicial con que surgió hasta formar parte del sistema de crecimiento. El desarrollo sostenible se convierte en una pantalla del sistema para continuar igual. Aunque la sostenibilidad pretende atender las necesidades actuales sin hipotecar el futuro de las generaciones próximas, el sistema trastoca estas intenciones quedándose en buenas voluntades no cumplidas cuando no en propaganda para perpetuarse. A pesar de que este crecimiento sea menos rápido que anteriores opciones, en realidad suele convertirse en una excusa para seguir al mismo ritmo de crecimiento, incluso más elevado puesto que nuevos mercados se abren ante este maquillado desarrollo.

Surgen nuevas hipótesis sobre cómo se pueden seguir utilizando los recursos naturales por encima de la capacidad de generación del planeta sin que esto eclosione el ecosistema, sabiendo de antemano la absurdidad de este planteamiento. Mediante este juego lo único que se consigue es dilatar más el problema para seguir en la carrera del consumo. Por lo que se puede afirmar que la actual política establecida como desarrollo sostenible no es más que una versión adaptada para complacer las inquietudes sociales medioambientales mediante un desarrollo insostenible.

En estos momentos no debemos esperar que la actual dirección tecnológica trate de solucionar el déficit de recursos al que nos enfrentamos y deberemos arrostrar en el futuro, pues si no lo consiguiera el desastre sería superior al actual y probablemente irreversible. No hay tiempo para comprobarlo, hay que adoptar medidas inmediatamente, y si luego la tecnología fuera capaz de sustituir los recursos naturales por otras opciones, mejor que mejor, pero confiar en ello es un riesgo enajenante. Una de las cuestiones es sustituir el con-

sumo de recursos perecederos por recursos regenerables, permitiendo un ciclo sin fin entre recibir y regenerar.

Pese a saber que los recursos y la capacidad del planeta son limitados y finitos se sigue con la política del crecimiento pero camuflado tras múltiples declaraciones internacionales y conceptos trucados de desarrollo sostenible. Lo que ahora se entiende como sostenible sigue siendo crecimiento pero adornado. El actual sistema de desarrollo sólo es sostenible en estas zonas privilegiadas a costa de la insostenibilidad de otras. Los ricos siguen sonriendo porque hay pobres que lloran y cada vez lloran más.

El desarrollo no es más que la posibilidad de acceder, si se puede pagar, a productos innecesarios, con ingentes muchedumbres hacinándose en arrabales urbanos, obligados a despojarse de sus tradiciones, de su cultura y de sus medios de supervivencia autóctonos, clonando esperpénticamente los modos de vida de los ricos. No hay que basar el índice de la calidad de vida de la población en el crecimiento de la producción, sino en valores como la calidad del medio ambiente, de la salud y del bienestar.

Se han rebasado los límites del crecimiento. Una economía sostenible tiene que limitar el consumo de recursos naturales y para lograrlo hace falta una política planetaria de sostenibilidad y de humanidad, en vez de hacer alianzas para cerrar fronteras y hacer guetos económico-sociales, habría que seguir justo el camino contrario, abrir fronteras, equilibrar el consumo y facilitar su acceso a las zonas del planeta más desprotegidas mediante la autogestión.

Los países desarrollados implantan políticas medioambientales para proteger sus entornos y reducen la destrucción de su medio pero se siguen nutriendo de otras zonas, esquilman-dolas y devastándolas. Así pues no se trata de ecología sino de nuclearización de la riqueza, pero no perciben -o no quieren advertir- que esta política finalmente se volverá contra ellos

ya que no existe daño ecológico que no tenga proporciones planetarias, nadie escapa, tarde o temprano, a ello.

El crecimiento se usa como barrera, como excusa ante la cual los ricos se parapetan para no tener que perder su hipotética calidad de vida en pro de una redistribución de la riqueza, confiando neciamente en que el crecimiento llegará también a las zonas menos favorecidas.

Los países desarrollados tratan de encerrarse tras muros económicos, barreras con las que no solventan, ni siquiera para ellos, el problema medioambiental, ni la situación de la creciente pobreza en su propio territorio. Contra más se retrase una transición al reparto de los bienes y recursos, más dependeremos de las respuestas, cada vez más violentas de los ritmos y ciclos de la naturaleza y del aumento de los conflictos sociales. Los posicionamientos de las zonas menos favorecidas serán cada vez más incontrolables y violentos ante lo injusto y dramático de su situación, pues el libre mercado destruye sus frágiles economías locales y autosuficientes ante el empuje subvencionado de los productos transnacionales.

No se trata de hacer predicciones pesimistas, pues bastante malo es el presente como para esconder la insostenibilidad de la actual situación.

La economía liberal que domina los mercados impide que la pobreza termine al tratar de expandir el consumo. Sin embargo, para acabar con la pobreza y el hambre en el mundo no es preciso un mayor consumo, sino un reparto más justo y solidario, más equitativo y, sobre todo, cambiar los actuales hábitos de consumo.

El desarrollo se muestra inoperante para solucionar los grandes problemas actuales, ya que a pesar de que el comercio y la economía se multiplican constantemente en cuanto al consumo de materias primas y productos manufacturados, la pobreza, el paro, la contaminación de la naturaleza y su impacto, aumentan al unísono.

Así, la desigualdad entre el bienestar de unas personas y otras se ensancha abismalmente, entre unos y otros países, países pobres y países ricos, países míseros y países míseros entre los míseros.

El crecimiento no es la solución a la pobreza, a la falta de trabajo ni a las crisis industriales y económicas, sino que es su causa fundamental. Extender el desarrollo como modelo económico y social a todo el planeta es inviable por el impacto medioambiental y por ser motivo inherente de las desigualdades y de la pobreza.

No se trata de aumentar la renta per capita porcentualmente igual, esto sería totalmente injusto con los países pobres y por supuesto no solucionaría su problema elemental, es decir, la alimentación, la vivienda o el vestir, la cuestión es distribuir el bienestar de forma que se vaya igualando. El aumento porcentual como baremo universal separaría aún más a las poblaciones ricas de las pobres. Se trata de la redistribución de las rentas a nivel mundial, de quitar donde hay exceso y poner donde falta o no hay, cambiando hábitos de consumo sólo justificables en un modelo de vida inculcado sutilmente a la población por los intereses financieros a través de los medios de comunicación de masas. Pero lo fundamental es variar el consumo actual de los países desarrollados por un consumo consciente que permita cubrir las necesidades básicas y llevar una vida digna.

Los grandes intereses económicos siempre han tenido como objetivo la dominación de los mercados y de los pueblos, pero a partir de la explotación masiva de las materias primas y del trabajo, especialmente a raíz de la expansión colonial, se produce una acumulación de riquezas y de poder por parte de determinados grupos de presión que traen la revolución industrial. A partir de ahí, aparece el desarrollo como meta utópica para todas las zonas supuestamente empobrecidas, es decir aquellas no ligadas al progreso.

Esta filosofía se implanta a través de la producción en serie, eliminando los métodos tradicionales agrícolas y artesanos sustituyéndolos por otros sistemas aparecidos a raíz de los avances científicos y tecnológicos. Pero en vez de traer bienestar, lo que hacen es aumentar la desigualdad y la exclusión de la mayor parte de las gentes.

Uno de los fundamentos del desarrollo es la existencia de pobres y de territorios donde abastecer a los ricos, por lo tanto no es posible ni rentable acabar con la pobreza, pues para que haya ricas oligarquías tiene que haber pobres. El sistema actual, basado en el consumo y en la acumulación, sólo se sostiene con la pobreza de otros. Cuando unos dejan de ser pobres, tiene que haber otros que los sustituyan. Es un proceso sin fin: la acumulación excesiva de riqueza crea pobreza. Así pues el crecimiento económico no mejora la pobreza, al comprobarse que conforme aumenta la riqueza, también aumenta la pobreza. No es pues cuestión de crecer, sino de distribuir adecuadamente.

Genocidios, ecocidios, economicidios son causados por el desarrollo, que conlleva en sí mismo la depredación de la naturaleza, la miseria y el hambre permanentes en muchas zonas del planeta, cuyas comunidades y formas tradicionales de vida han sido desestructuradas o eliminadas, bien por la fuerza de la colonización militar, económica o por la sujeción del progreso, expropiando a los agricultores y propietarios locales sus mejores tierras para utilizarlas y destruirlas con los monocultivos, contaminando tierra, agua y aire, impidiendo las formas de autosubsistencia ancestral.

Comunidades enteras mutiladas en su capacidad de realizar sus labores de siempre con la destrucción del campesino y del artesano ante la invasión de productos industriales y las grandes empresas.

Los países pobres, incluso los menos ricos, se ven obligados a aceptar los macroyectos del capital internacional,

aún sabiendo el enorme impacto ecológico y el empobrecimiento que traerá la anuencia de estas políticas, como es el caso de la explotación de sus bosques y materias primas, los monocultivos de soja y otros productos en grandes zonas de sus territorios, cuyas consecuencias, aparte del impacto en la naturaleza, es la expulsión de las comunidades allí asentadas durante generaciones.

Es difícil escapar a la globalización del actual sistema económico del progreso bajo las presiones a países, políticos, comunidades y las sanciones directas o indirectas que acarrea no asumir estas políticas desarrollistas que impiden cualquier conato de oposición.

Las instituciones monetarias internacionales, respaldan a los intereses multinacionales y fijan sus políticas económico-sociales, las legislaciones, los créditos, las subvenciones a determinados sectores productivos y la eliminación de aquellos que dejan de ser necesarios para sus intereses, haciendo a todas las sociedades y economías dependientes del desarrollo del progreso, de la tecnología moderna del mercado internacional y del capital, eliminando las formas tradicionales de producción y subsistencia.

La globalización de la economía sirve para que la producción de los grandes intereses se encuentre en cualquier parte del planeta, al ser los países, especialmente los pobres, cada vez más sumisos a los intereses consumistas. Y así las presiones internacionales obligan a estos países a eliminar las barreras comerciales, devaluar su moneda, a exportar sus recursos, eliminar o no plantear ni siquiera los subsidios, las ayudas a los parados o las pensiones. Bajo estas presiones reducen aún más el gasto público destinado a los programas sociales, reducen los salarios, facilitan los despidos, privatizan las empresas estatales que no generan beneficios y así, obligados con estas medidas y con enormes deudas exteriores, son sometidos a seguir los planes dictados por los

intereses internacionales, destruyendo su tradición, su economía, sus grandes posibilidades agrícolas y ganaderas, energéticas y su producción propia.

Las graves consecuencias que conlleva la aplicación de estas políticas internacionales en los países pobres, les coloca como una de las causas fundamentales del mantenimiento y el avance de la pobreza en el mundo: campesinos y sus familias obligados a emigrar a las ciudades instalándose en las bolsas de la indigencia, gentes que huyen de la miseria buscando la tierra prometida preconizada por la cultura de las panzas llenas.

Las instituciones económicas mundiales prestan dinero para después recuperarlo con usura, a la vez que presionan basándose en esta deuda y en las precarias condiciones del país para abrir nuevos mercados para los proyectos de los intereses empresariales que los avalan.

Los créditos que los grandes estamentos internacionales conceden a los países más pobres van justamente en la dirección contraria a lo que en principio son destinados como es elevar el bienestar de la población y su capacidad de autosubsistencia; es decir, aumentan la pobreza y favorecen el aumento de población y el impacto ecológico de su entorno.

Hay una realidad y es que las falsas deudas externas de los países pobres son imposible de pagar, por lo tanto, su única utilidad reside en mantener a estos países en la pobreza, esquilmar sus materias primas, tener una mano de obra esclavizada y usarlos como vertederos de los desechos de los ricos. Sus objetivos en ningún caso son el cuidado de la alimentación, de la salud de la infancia, de la agricultura, de los recursos naturales, de la educación o de la sociedad; es sólo el lucro por el lucro, sin contemplaciones.

Es difícil un cambio en esta cultura satisfecha, cualquier cambio en sus estructuras conlleva una oposición feroz por parte de sus integrantes, que no sólo temen perder lo que

tienen o una parcela incluso pequeña de ello, sino desperdiciar las posibilidades de obtener lo que aún no tienen pero que el sistema preconiza que pueden llegar a poseer. Así, sólo son admitidos los cambios de matiz, los cambios aparentes, maquillajes para salir a escena. Y a pesar de todas las voces, cada vez más crecientes en contra de los peligros del progreso, de la contaminación y de la pobreza, de voces a favor de la naturaleza y de la solidaridad, en la actualidad no constituye amenaza alguna para los poderes establecidos y para la gran masa de sus seguidores. Estos están organizados en torno a un libre mercado estructurado de forma sistemática para complacer los deseos creados para ellos, y tranquilizarles de que todo está adecuadamente bien.

Este contexto genera personas ufanas de su suerte pero indignadas ante el televisor viendo catástrofes, pobreza, revueltas y guerras étnicas, hambre, niños y cadáveres que generan punzadas de dolor e impotencia mientras se continúa consumiendo y colaborando en fomentar esta situación. Entonces se apaga el televisor o se cierra el periódico con un sentimiento encontrado de dolor y al mismo tiempo de satisfacción por nacer y vivir en una sociedad progresista y asesina. Es un contrasentido indignarse ante la miseria, ante desastres medioambientales y fomentar con nuestras actitudes y consumos que ambos sucedan.

La actual sostenibilidad del crecimiento como política económica, no es más que el mantenimiento del sistema con las mismas pautas que han llevado al actual estado de desastre. Lo único viable, es cambiar el sistema actual por uno que haga sostenible nuestra relación con la naturaleza. ¿Cómo es posible que se siga hablando de desarrollo y de crecimiento como forma social en vista de lo acontecido?

Hay que comenzar a advertir el antagonismo entre el crecimiento del consumo y el bienestar social. Es pues importante diferenciar el aumento cuantitativo: la cantidad de consumo,

con el cualitativo: la calidad de vida. Si bien el primero ha aumentado en los países desarrollados, el segundo se ha reducido notablemente, al menos no evoluciona en la misma medida en el ámbito mundial.

La forma de reducir, y aún mejor de detener, la devastación de los recursos naturales y el impacto medio ambiental que supone el consumo desaforado, sólo puede plantearse si la sociedad toma realmente el control de la situación.

La naturaleza no es un elemento aislado, de la misma forma que la economía tampoco lo es, ni nuestras acciones individuales tienen un efecto nimio.

No hay que olvidar que el futuro sólo está escrito en el presente y es aquí donde haremos que este futuro sea mejor que el ahora, o que sea lo que todos los vaticinios de la realidad y de las acciones actuales nos muestran, un futuro oscuro y posiblemente inexistente al menos para el ser humano.

Es urgente cambiar el concepto de desarrollo sostenible por el de sostenibilidad como modelo de actuación mediante el cual se garantiza la continuidad de la vida y sus distintas manifestaciones en plenitud. Es el legado de vida para futuras generaciones en un mundo diverso y sano.

Economía y ecología

Los intereses macroeconómicos estimulan, al igual que las políticas económicas de los gobiernos, el volumen de ventas en vez del bienestar, pues el producto interior bruto representa la actividad económica de un país y supone fundamentalmente la suma del consumo y la inversión tanto públicos como privados y el saldo de las exportaciones menos las importaciones. Así un país es supuestamente más rico cuanto más dinero mueve, y la enfermedad, los acci-

dentes y la muerte aumentan el producto interior de los países.

Los gobiernos utilizan la renta nacional como indicador de su éxito económico; sin embargo, estas cifras se comprenden falsas cuando se constata que no se tiene en cuenta la destrucción del medio ambiente. Si cambiamos el automóvil por la bicicleta reducimos la producción y el producto interior bruto, y el país, según las teorías económicas vigentes, va peor; pero, en realidad, aumentamos la calidad de vida, no sólo la personal sino la social: mejora nuestra salud y administración, mejora la calidad del aire, se reducen los atascos, los accidentes y los gastos sanitarios producidos por las enfermedades de la contaminación.

Así vemos como la contabilidad de un país se hincha por el consumo y una política ecológica haría que estas cifras disminuyeran drásticamente sin menoscabar el bienestar sino todo lo contrario, pues se consume menos trasladándose en bicicleta que yendo en coche o poniéndose un jersey o una manta que usando una estufa.

Así, es fácil entender que con una política verdaderamente social se tendrá una mayor calidad de vida cuando los niveles de renta sean más bajos y también se reduzca el crecimiento; a menor crecimiento, mayor calidad de vida. Pero esto puede ocasionar una subida de precios, si no se tiene en cuenta el uso de tecnologías limpias y eficaces que no utilicen los recursos naturales perecederos, que no destruyan los ecosistemas, y que sean asimismo más baratas, tal y como es posible con la energía solar, la eólica, la biomasa y, al mismo tiempo, autónoma de los monopolios y oligopolios.

Hay que potenciar esta política menos favorecedora de los intereses mercantiles que provocan el consumo inútil, unida al aumento de la eficacia energética, al reciclaje, al correcto proceso industrial integrado que permita la reutilización y la larga vida del producto, con una calidad suficiente para que

no sea rápidamente desechado. Y, al mismo tiempo, favorecer las actividades personales que no tengan impacto medioambiental, como en el caso del desplazamiento, relegando los traslados en vehículos propios por el uso de bicicletas y otras alternativas ecológicas y saludables, así como por los transportes públicos no contaminantes. Hay que lograr un cambio en las actitudes, en los comportamientos, cambios que se puedan lograr no sólo con la prohibición, sino incentivando, facilitando.

La economía de lo suficiente, trata de la escasez y de su administración adecuada, la economía no es sólo lo que hasta ahora se ha considerado como valor, pues no se ha tenido en cuenta la contaminación, el efecto boomerang de la capa de ozono, los residuos radiactivos y su impacto medioambiental, y los devastadores efectos de estas acciones humanas sobre la economía mundial. Si a cada árbol que se ha cortado generando deforestación se le incrementara en el valor de venta de la madera la parte proporcional a los perjuicios que ha causado sobre el medioambiente, la salud y la economía, debido al efecto invernadero y al aumento de temperatura, su precio sería tan elevado que nadie querría ni podría pagarlo.

No se trata de no talar árboles, sino de no deforestar, de que la propia actividad económica de la tala produzca un bien añadido, es decir más masa arbórea, más vida y diversidad y, por lo tanto, un efecto cualitativo sobre el medio, sobre la calidad de vida del planeta.

¿Qué coste tiene y qué coste tendrá en algunas zonas la elevación del nivel del mar debido al calentamiento terrestre generado por el efecto invernadero en buena medida creado por la deforestación? Si se considerara a la naturaleza como un valor mercantil las balanzas de pérdidas y ganancias de los países industrializados sufrirían un desajuste de importantes proporciones.

Las industrias químicas, entre otras, reducen sus gastos al contaminar las aguas con sus residuos, pero provocan un grave impacto en la industria de pesca, pues se reduce el número de peces o se envenenan y cada vez son más los consumidores que se percatan de la intoxicación del pescado, lo cual repercute en sus ventas. Así pues lo que unos se ahorran contaminando dentro del sector industrial, otros lo pagan al perder cantidad y calidad. En estas actuaciones se denotan unas claras injusticias económicas dentro del propio sistema permitidas por las administraciones, siendo no sólo sectores económicos los afectados, sino obviamente la salud de los consumidores, especialmente la de los menos informados y protegidos.

La economía basada en el impacto ecológico, entra en conflicto con nuevas industrias emergentes, pues aquello que la industria nuclear, la química o la forestal destruyen para lucrarse es precisamente lo que otros utilizan como campo de actuación económica, véase la agricultura ecológica, el turismo, la pesca y la silvicultura. Unas políticas económicas utilizan la contaminación y la destrucción para enriquecerse y otras el cuidado del medio ambiente y la diversidad; esto bien demuestra que es posible crear empresas y beneficios sin destruir la naturaleza. De esta manera queda claro que economía y ecología son compatibles.

Para los intereses financieros especuladores, la naturaleza y los seres humanos son simples medios utilizables a su antojo para lograr sus objetivos. Mientras la economía no contemple como un valor a la naturaleza, sus números siempre serán erróneos, pero en el momento que se considera a la naturaleza, aun no teniendo precio, como un valor, el impacto que provoca el desarrollo resulta altamente deficitario para la sociedad.

La eficiencia

La industria ha de empezar a aceptar los preceptos ecológicos como parte del sentido común productivo, pues pueden ser, además de amortizables, una fuente de riqueza. Hay que variar la dirección tecnológica y los criterios de consumo: aumentar la eficiencia en el uso de los recursos naturales, y la calidad de los productos, reducir el transporte, el gasto energético en la producción y el uso de materias primas, pero especialmente hay que observar el impacto que produce cualquier actuación en el entorno y en las comunidades tradicionales. Si una tecnología, un producto o un sistema son teóricamente muy eficientes pero destruyen vínculos económicos locales que permiten la subsistencia de grupos allí asentados, la supuesta eficacia se transforma en la aniquilación de la verdadera eficiencia.

Es posible cambiar los actuales procesos productivos por otros en los cuales se introduzcan criterios ecológicos, ya que éstos son compatibles con los beneficios de las empresas. En el actual modelo económico, mientras exista un sistema de libre mercado, son las empresas las que tienen que modificar estos modelos obsoletos por otros con miras más humanitarias y medioambientales. Pero como el mercado por sí mismo no va a adoptar medidas de lealtad competitiva introduciendo cambios más salubres y ecológicos, son las personas quienes pueden presionar a las administraciones y a los mercados. Es la fuerza popular la que debe influir en los países industrializados sobre los gobiernos no sólo mediante la selección de los productos más acordes a estos criterios o a través de las elecciones democráticas -pues éstas se encuentran prostituidas-, sino mediante la expresión libre de sus ideas y propuestas en todos los foros, especialmente aquellos que promueven la movilización ciudadana.

Las administraciones deben regular los incentivos y las subvenciones que dan a las empresas, pues aquí es donde se generan caminos hacia la eficiencia o hacia el disparate del mercado, donde casi siempre se prima el derroche y la deficiencia y se castiga la eficacia y la eficiencia. Por ejemplo, se incentiva que los edificios sean nocivos para la salud, que vayan en contra del bienestar y que además sean ineficientes y caros. Esto que parece una locura, es una realidad instalada en todos los países occidentales.

Los ingenieros y los arquitectos se dedican a reproducir los mismos errores, sin aceptar las innovaciones de ahorro energético, bienestar o reducción de costes, sin contemplar que los elementos de derribo del edificio puedan ser reciclables o reutilizables. Además, cobran según los costes de proyecto, contra más caro sea, más honorarios reciben, y no se complican buscando alternativas más eficientes y menos costosas, proyectando siempre por encima de las necesidades con el derroche que ello supone. Esto sucede especialmente en las áreas del consumo energético del futuro edificio en los sistemas de calefacción, refrigeración o iluminación.

Así pues, el arquitecto, ingeniero o diseñador debería cobrar no por el volumen del coste de la obra, sino por la eficiencia de su trabajo desde el punto de vista ecológico, medioambiental y sanitario; al igual que el médico de la antigua china cobraba más conforme la población a su cargo estaba más sana y dejaba de cobrar cuando enfermaba. A mayor ahorro, a mejor edificación respetuosa con la salud y con el medio ambiente, más beneficio para el diseñador. Esta debería de ser la política de relación económica.

Los incentivos también deben dirigirse a las empresas promotoras y constructoras para que, así, recompensadas, trabajen en la línea de construir más eficiente y saludablemente. De esta manera, además ofrecen un valor añadido al cliente, lo que es ya de por sí un buen argumento de ventas que cada

vez se busca con más ahínco, pues la gente comienza a percatarse de que buena parte de la oferta existente va en contra de sus intereses económicos, medioambientales y de salud.

Hay que hacer por ley que los edificios nuevos sean lo más autosuficientes posible, quedando desligados de la dinámica energética monopolista, e incluso pudiendo vender el excedente de energía sobrante. Casas sanas, eficientes y rentables, es el gran reto para terminar con un sector energético monopolista, contaminante y depredador.

También el cliente debe ser incentivado a la hora de decidir el tipo de vivienda que desea adquirir, favoreciendo la compra de aquella que contemple el ahorro energético y la eficacia como uno de sus valores, gravando las que sean derrochadoras, empleen materiales que gasten mucha energía en su proceso de producción y en el transporte, no tengan capacidad de reciclaje y de reutilización o presenten problemas de salud por sus emisiones de partículas o gases tóxicos en cualquiera de sus fases: fabricación, uso, reciclaje o desecho.

Actualmente no se prima la eficacia, la optimización del sistema o de la maquinaria, pero cuando se estimula que el edificio sea energéticamente eficiente y sano, la construcción cambia radicalmente, se reduce drásticamente su impacto ambiental, uno de los más grandes a escala planetaria. Si se logra que esta dinámica se generalice, habrá un gran ahorro económico para los usuarios y, además, si los incentivos administrativos priman a los constructores y a los diseñadores de edificios y sistemas, todos podrán beneficiarse de una política económica que de rebote es, asimismo, mucho más humanitaria.

Una familia tiene la posibilidad de acceder a viviendas de un mayor precio y un mayor bienestar si las casas son eficientes desde el punto de vista energético, ya que el ahorro que supone permite amortizar la diferencia de coste. De esta

manera la eficacia energética es un valor añadido a la vivienda que hay que considerar a la hora de adquirirla, pues el esfuerzo económico constante que conlleva vivir en una casa derrochadora poco eficiente contrasta con el ahorro de una vivienda eficiente. De este modo, la casa ecológica incrementa el bienestar y la salud mejorando la calidad de vida y la economía doméstica y planetaria.

Hay que recobrar el sentido común y estimular lo sano, lo eficaz, lo ecológico en vez de lo nocivo, lo derrochador, lo depredador. El constructor reduce costes, el usuario elimina gastos y aumenta su bienestar al desligarse de riesgos para su salud, al tiempo que la población y la naturaleza reciben menos contaminación procedente de los procesos industriales al limitarse la presencia de productos tóxicos en el proceso de fabricación, en la instalación, en el uso y en el desecho.

Las fábricas que contaminan han de tener responsabilidades desde el punto de vista jurídico que penalicen su actividad, pero hay acciones que logran efectos mayores que el de la sanción. Si una industria coge agua de un río en la zona situada más abajo del lugar donde emite sus residuos, sólo por el hecho de no contaminar su proceso de fabricación con agua residual, producto de sus propios residuos, ya hará por tener una depuradora que haga que sus detritos no contaminen el agua que ellos han de volver a utilizar. Y así, siendo partícipes directos de los efectos de nuestras acciones, buscaremos soluciones para que estos no dañen, especialmente cuando vemos que este perjuicio nos implica de forma directa. Si las emisiones contaminantes del aire de las industrias tuvieran que volver a entrar dentro del edificio, los fabricantes ya se ocuparían de que los filtros para estos contaminantes funcionaran a la perfección y limpiaran totalmente el aire, claro está, si existiera una política laboral que controlara eficazmente el medio ambiente interior.

Resumiendo, las industrias deben beber de sus aguas y

respirar su aire, para que así se tenga la garantía de que esas aguas son realmente puras y que el aire es realmente sano, pues hasta ahora es la población y el medio ambiente quienes asumen los riesgos de los beneficios de las industrias y no éstas, por lo que no sólo se trata de responsabilizarles, sino hacerles partícipes de este riesgo, y al verse directamente implicados, a buen seguro que estos riesgos desaparecen si existe un correcto control sanitario laboral.

Hay que buscar fórmulas para que los contaminadores y depredadores no puedan eludir su responsabilidad, no sólo jurídica, sino social y es pues que comprometiéndolos en la situación como mejor se podrán advertir cambios en la actual política económica fundamentalista, y cuando no se pueda responsabilizar a los intereses financieros en una política proteccionista del medio ambiente y de la salud hay que suprimirlos.

No hay que penalizar o primar únicamente a las empresas según sea el resultado de su acción social o ecológica, sino al individuo, a su conducta personal. Cuando se traslada en un coche contaminando el aire con la gasolina, o cuando el agricultor utiliza pesticidas, acciones ambas que actualmente suponen un riesgo para la salud general y un impacto medioambiental, no tan sólo salen inmunes de esta acción antisocial y antiecológica, sino que se fomenta institucionalmente.

Uno de los mayores gastos energéticos y uno de los focos de contaminación más elevados procede del transporte de mercancías a grandes distancias. Estos largos desplazamientos de productos de multinacionales destruyen la producción autóctona, además son un foco de contaminación muy importante que incrementa los costes del producto y el daño medioambiental. Habría que limitar el transporte de mercancías y el individualizado. Si los productos transportados a largas distancias, tuvieran que añadir a su coste, el valor del

impacto ambiental que provoca la contaminación del transporte y sobre todo la repercusión socioeconómica en la producción local, no serían rentables. Con lo cual vemos una vez más como es la sociedad la que paga el lucro de determinadas industrias en contra además de sus propios intereses medioambientales, laborales y de calidad de vida y bienestar.

Si cada persona acude con su coche particular al trabajo, se genera una gran polución que sólo favorece a las industrias automovilísticas y petrolíferas, pero perjudica gravemente a la población por la pérdida de calidad de vida, por la lacra contaminante y por los elevados costes que tiene el mantenimiento de un vehículo, innecesario la mayoría de las veces y contrario a la salud y al bienestar personal.

Los accidentes, la contaminación, los costes y las continuas reparaciones de calles y carreteras, el impacto medioambiental del asfaltado, la pérdida de tiempo en los atascos, el estrés, el ruido, el consumo de energías no renovables, los impuestos: ¿cuál sería el verdadero precio del transporte si sumáramos todos estos montantes?

Los precios no reflejan en realidad los costes de los productos, si los sumamos, las empresas contaminantes dejarían de producirlos, pero no se trata sólo de precios, costes, recargas, impuestos, sino de lógica, razón, coherencia, bienestar y solidaridad. Hay que comenzar a reconvertir todo aquello que atente contra los preceptos sociales, incluyendo en ellos el medio ambiente, pues es la sociedad quien en realidad paga los costes generados por el lucro de las oligarquías financieras.

El pago de impuestos según las características del automóvil, su coste, su nivel de contaminación, los ingresos del usuario, si son horas punta o no, la zona en donde vive, gravando aquellos con más densidad de tráfico y de vehículos, utilizando todos estos ingresos en medidas que favorezcan la utilización de transportes colectivos y el desplazamiento andando o en bicicleta.

Actualmente todas estas medidas de control son posibles en las ciudades gracias a la tecnología electrónica, así por un lado se provocaría que los fabricantes de automóviles hicieran los vehículos menos contaminantes para ver su producto favorecido en el mercado y los compradores serían incentivados por una compra más ecológica y contra menos usaran el vehículo, más beneficio obtendrían, pero los más beneficiados serían los que no tuvieran automóvil y utilizaran transportes alternativos o se desplazaran poco en sus vehículos particulares.

Hoy en día la tecnología es capaz de fabricar vehículos de contaminación cero, y esta dinámica es la que hay que favorecer en contra de los grandes intereses de empresas y estados que se lucran mediante el control oligopolizante y los impuestos antisociales de las energías contaminantes.

Habría que primar el transporte colectivo: metro, autobús y vehículos compartidos. Es preferible el colectivismo contra el individualismo amoral, que, además, es contrario a los propios intereses personales. Se trata de buscar objetivos en las actuaciones individuales que minimicen los costes sociales desde una óptica personal con incentivos que apoyen estas acciones.

No se trata de hacer una política de impuestos ecológicos, lo que traería un aumento en el coste de vida, sino una reforma que lleve a un equilibrio entre bonificaciones e impuestos para hacer que haya una tendencia equilibradora del mercado, aumentando exponencialmente el impuesto de las actitudes contaminadoras y poco eficientes.

Hay que eliminar los actuales sistemas fiscales que castigan el trabajo y potencian la especulación; poner impuestos al trabajo resulta contraproducente para la economía social. Habría que quitar estos impuestos y traspasarlos hacia lo que supone un impacto ecológico, protegiendo las actitudes favorecedoras de bienestar social y castigando las que van en contra.

Es mejor bonificar antes que penalizar, es más efectivo para cualquier tecnología en general, ya sea un coche o una fábrica. Se bonifica de acuerdo a su consumo y se penaliza la ineficacia, de esta forma se jubilan las tecnologías viejas e ineficientes.

Este sistema puede no sólo dirigirse hacia la tecnología, sino también provocar un equilibrio económico en la sociedad, pues asimismo se puede bonificar o primar especialmente a aquellos de los substratos menos favorecidos, con lo cual la política económica sirve también para el equilibrio económico social.

Sin embargo, actualmente sucede todo lo contrario pues los incentivos van dirigidos justamente en la dirección opuesta, es decir en antítesis con la naturaleza, en oposición al medio ambiente, en contra de la estabilidad colectiva, y así la eficiencia y la igualdad universal encuentran grandes obstáculos en su camino.

Se comprueba como las subvenciones estatales van en antagonismo a lo que en teoría deberían colaborar, pues se subvenciona a empresas eléctricas y agrarias, lo que supone auténticos despilfarros, favoreciendo políticas contaminantes y antisociales. Sin embargo, bien podrían modificar su dirección en caso de que se subvencionase aquello que las mejora y no aquello que las mantiene dentro de la esquilación y el impacto ambiental. Sin olvidar los daños en la salud de las personas expuestas a sus campos electromagnéticos o los consumidores de productos tratados con pesticidas, fertilizantes, etcétera. Así, y de rebote, como consecuencia de estas subvenciones, el usuario se ve afectado en la tarifa, conducido al derroche como política estatal y obligado a consumir productos de menor calidad que los que daría una política dirigida a favorecer la agricultura biológica y no la que utiliza productos contaminantes para la naturaleza y el consumidor.

Las bonificaciones, las ayudas deben ir dirigidas no sólo a la eficiencia, sino a primar a las personas más necesitadas y a las que tienen menos recursos. Actualmente, las facilidades y los beneficios se dirigen en contra del medio ambiente, en contra de la salud, en contra de los derechos humanos.

La tecnología ha avanzado bastante en cuanto a la reducción del consumo de recursos, pero aún no se ha implantado de forma masiva debido a los intereses por mantener y amortizar al máximo la actual tecnología contaminante.

Las alternativas deben partir de sistemas de producción limpios como primer paso hacia la sostenibilidad. En vez de usar costosos tratamientos para los residuos más tóxicos y peligrosos, hay que tender a que estos no se produzcan. No es cuestión de hacer menos daño medioambiental, sino de no hacerlo.

Si reducimos las emisiones a la mitad, pero aumentamos a más del doble la producción, lo único que hemos conseguido es aumentar la contaminación y seguir ascendiendo en la espiral consumista.

Es obvio que la esquilmación de la naturaleza, no produce bienestar a la humanidad sino lo contrario, lo que hay que lograr es un equilibrio entre lo consumido y lo renovado en el medio natural, así como aumentar la eficiencia tecnológica y la eficacia en la gestión, incluyendo el respeto hacia la naturaleza, tratando de recuperar la autosuficiencia de las comunidades locales vinculadas a ella.

Hay que tratar que la sostenibilidad y la eficiencia lleguen a ser una ventaja comercial, social, personal y económica.

¿Es eficaz la eficiencia?

No se trata de extraer más bienestar de un barril de petróleo, sino de no usar petróleo como combustible.

Actualmente como medidas medioambientales hay que plantear alternativas que acaben con la contaminación. No hay que ir buscando planteamientos que limiten el impacto ecológico, sino de acometer las soluciones para que no se produzca. No es una utopía, puesto que el actual nivel tecnológico es capaz de lograrlo. Cuántos inventos beneficiosos para la humanidad duermen en el olvido bajo las patentes de intereses contrapuestos y cuántos podrían existir en caso de destinar parte de los fondos de investigación a estas áreas.

Si una pequeña parte de todo el dinero invertido en la investigación sobre energías contaminantes se dirigiera a las energías y sistemas alternativos, en breve el cambio sería una realidad. El avance tecnológico permitiría que el impacto ambiental, no sólo se redujera sino que en poco tiempo podríamos hablar de una contaminación, desde el punto de vista energético, prácticamente nula.

No es sólo cuestión de reorganización tecnológica, sino más bien de un cambio de dirección, pues no se trata de investigar en alternativas menos contaminantes, sino en las no contaminantes. Todo lo que no vaya en esta línea, es seguir fomentando la destrucción de la naturaleza y como secuela el hambre y la miseria en el mundo.

La gran mayoría de los recursos extraídos no son aprovechados en el mercado y un sin fin de productos acaban en el vertedero después de haber sido utilizados una sola vez. El otro porcentaje es de baja calidad y su durabilidad es precaria, todos ellos en breves plazos de tiempo acaban siendo basura. De ahí la importancia del aprovechamiento eficaz de los recursos naturales mediante una tecnología adecuada.

El mercado sigue favoreciendo el excesivo consumo y penalizando la eficiencia, pero aún en el supuesto de que esto se corrigiera, es la esencia la que falla. Se sigue abogando por el consumo con el único objetivo que el propio consumo, promocionando a toda costa el derroche, estimulando la compra

y el despilfarro aunque sea innecesario para el usuario. Esto no va a cambiar ya que ahí radica la existencia propia del mercado. Así pues, rectificar la dirección del sistema, no será suficiente, pero sí cambiar el sistema.

Mientras siga existiendo una economía liberal de mercado, hay que enmendar su dirección para conseguir que haya una cierta justicia, gracias a unas nuevas directrices que limiten el derroche, que premien el ahorro y la eficacia e impidan la invasión de mercados autóctonos. Es decir, incentivar lo que es justo ecológicamente, lo que es honesto humanitariamente, castigando aquello que sea contrario y evitando lo que hasta la fecha ha sido norma común: la explotación sin castigo o la depredación avalada por los estados.

La mentalidad de la sociedad de consumo conlleva el derroche; el agua es un buen ejemplo al gastarse innecesariamente. También la electricidad se malgasta por un abuso en la iluminación y el excesivo gasto energético de aparatos con baja eficacia y calidad, o en bombillas de alto consumo, además de las pérdidas en calefacción con diseños no acordes con el sentido común bioclimático de las construcciones. Todo ello unido a costumbres despilfarradoras hace que exista un derroche en todas las actividades como práctica habitual. Son gastos innecesarios que además de empobrecer al planeta y lucrar a unos pocos hacen que las personas tengan que trabajar más para pagar lo que, sin saberlo, derrochan por lo general en ocupaciones que no les aportan ninguna satisfacción. Es obvio que la culpa no es sólo suya, pues movidos por un sistema que preconiza el consumo como forma de vida, el despilfarro aparece como algo normal de lo que no hay que preocuparse.

El uso de tecnologías domésticas deficientes es fomentado por los intereses del mercado, siendo dificultoso encontrar alternativas de forma individual, aunque éstas abundan a pesar de los intentos de los oligopolios para que no se intro-

duzcan de momento de forma masiva hasta no tener el control de este nuevo mercado y haber extraído el máximo beneficio a las contaminantes.

Las soluciones surgen, en primer lugar, al adquirir consciencia de este derroche, y, en segundo lugar, en aprovechar los recursos más eficientemente, en producir con menos y en reducir el impacto ambiental. No se trata sólo de implantar restricciones al desaforado consumo, lo cual es sin duda de absoluta necesidad, sino de elevar la eficiencia en la producción, pues es posible consumir lo mismo con menos impacto ecológico.

La creciente voracidad en el consumo de recursos y el aumento exponencial de la contaminación, podría paliarse mediante la eficiencia. Aún siendo necesaria la implantación de la eficiencia en la producción, por sí sola puede convertirse en una mera acción cosmética en caso de no llevar aparejada otras acciones. La eficiencia puede ser una excusa puesto que la demanda de consumo por parte de los mercados seguirá aumentando, con lo cual se gastarán más recursos naturales, se contaminará más en los procesos de producción y en el transporte. La eficiencia en sí no es la solución, pues la actual política económica lo que trae es un aumento del consumo. Cuanto más tiempo transcurra, la transformación de las industrias será cada vez más dificultosa y sobre todo más costosa.

No es que la eficacia no sea suficiente para hacer un cambio que regule el medio ambiente, la sanidad y los derechos humanos, sino que sería absolutamente inútil sino va acompañada de un cambio en el sistema, pues la eficiencia como objetivo es más de lo mismo, es mantener un sistema consumista eficiente para perpetuarse en pro del consumo.

La tendencia a elevar el consumo conduce a repentinos aumentos de precio con devastadoras consecuencias especialmente para los más pobres. Es fundamental que los precios actuales empiecen a reflejar las realidades. Si un produc-

to es caro desde el punto de vista ecológico y social, debe reflejarlo en su precio, así los que sean respetuosos con la salud, el medio ambiente y los derechos humanos tendrán una ventaja clara en el mercado, a la vez que harán de colchón para que los cambios en los precios no sean tan fluctuantes ni tan sorprendidos como se puede prever que sucederá de seguir la tendencia actual de consumo. Corriente que irá aumentando exponencialmente al haber cada vez más mercados potenciales, que aunque sean de pocos recursos si son abundantes en cuanto a número de individuos.

La ecología puede aliarse con la economía y con las políticas sociales, permitiendo que los aumentos de los precios sucedan progresivamente, cuando sean necesarios, y no con bruscos cambios que puedan afectar a la sociedad, que difícilmente se amolda a estas diferentes situaciones inestables y, sin embargo, sí le es posible adaptarse a cambios progresivos porcentualmente equivalentes a la elevación de sus salarios, pensiones...

La escalada consumista no será disminuida por una mayor eficiencia tecnológica y de gestión, pero si los precios empiezan a reflejar la realidad, entonces el consumo disminuirá.

Lo que habría que conseguir premiando la eficacia y las actitudes personales e industriales eficientes es reducir el consumo. La eficacia en el transporte no impedirá que haya un aumento de producción en el sector; es decir, que haya más vehículos en las carreteras y, por tanto, un mayor impacto medioambiental y en definitiva una menor calidad de vida. Es pues que lo que hay que primar es la reducción del número de vehículos con propuestas más acordes a una sociedad moderna y evolucionada, favoreciendo lo social por encima de lo particular.

Deben adoptarse medidas paralelas, ya que hasta ahora ha sido más rentable para los intereses financieros la política del

despilfarro. Es más barato para ellos comprar los recursos naturales en países necesitados y usarlos sin tecnologías eficientes, pues aún ahora intentan exprimir su vetusta tecnología contaminante antes de cambiarla por otra. Pero cada vez es más obvio para la población que evitar el derroche de recursos naturales y la contaminación es mucho más rentable para su calidad de vida, para su salud y para el medio ambiente, además de ser mucho más barato que tener que descontaminar y limpiar después.

En los países industrializados la tecnología contaminante va a ir desapareciendo paulatinamente para trasladarse a los que no tienen leyes ni concienciación ciudadana contra este tipo de problemas, con lo que la contaminación planetaria continuará aumentando.

El traslado de la producción contaminante y devastadora con tecnologías obsoletas hacia países menos desarrollados con legislaciones más permisivas, no es sólo un atentado contra la naturaleza, sino un grave impacto en la salud de los habitantes de estos países. Sin olvidar, que luego el producto ha de recorrer miles de kilómetros para abastecer a sus principales mercados. Con todo ello se genera una contaminación innecesaria con el único objetivo del lucro. Para evitarlo habría que hacer normativas internacionales de eficacia energética, contemplando el proceso de producción, el transporte y, por supuesto, los residuos.

En los países menos desarrollados y en los países con claros índices de pobreza, se puede lograr una mayor eficacia, pues de momento aún no existe una gran densidad de industrias contaminantes. Se puede partir prácticamente de cero haciendo las cosas mejor y con rentabilidad para la población y las industrias, con rentabilidad para hacer productos menos costosos, medioambiental y sanitariamente, y además respetando e incentivando la propia capacidad de autosuministro. Pero mucho me temo que esto no vaya ha

sucedan si no se adoptan medidas restrictivas a los grupos de presión internacionales que pretenden establecer y de hecho ya han instalado este tipo de industrias contaminantes y asesinas en estos países, a la vez que inundan con sus productos abaratados por subvenciones soterradas los mercados locales.

Los grandes intereses mercantiles, con la complicidad de militares y políticos, coaccionan cuando no invaden, estas zonas e incluso estos países para tener garantizado el acceso a sus recursos naturales y a sus mercados.

El desarrollo de los países ricos se ha basado en la explotación de las materias primas, y cuando éstas escasearon en su entorno más cercano comenzaron a mandar expediciones a países lejanos en busca de estas materias, en países a los que acabaron colonizando, ocupando militarmente, expoliando y dominando con auténticos genocidios.

La tecnología ha ido en contra de los países con grandes reservas naturales y a favor de los intereses especuladores, pues, salvo excepciones, en los últimos doscientos años los precios de los recursos naturales no han sufrido apenas variaciones. La técnica es cada vez de una mayor eficiencia, es más fácil descubrir dónde están los recursos, es más barato explotarlos y elaborarlos, así como el transporte tanto en minería como en agricultura, lo cual ha conllevado una mayor depredación de los recursos naturales, incluyendo los minerales, las tierras de cultivo y las reservas de agua.

Los países ricos argumentan que el control de la emisión de sustancias tóxicas, la protección del medio ambiente y la salud es costoso, que sólo ellos pueden permitírsela, que los países pobres tienen que ser grandes basureros de estas sustancias, de estas políticas. Así el desarrollo creó la falsa convicción de que para lograr el bienestar, primero había que contaminar y, posteriormente, llegado el bienestar, instaurar el proteccionismo medioambiental.

Además de los complejos mecanismos que hacen que industrias y empresas ya establecidas se reciclen tecnológicamente y adapten su personal hacia una política empresarial menos depredadora, hay que esforzarse en incluir un nuevo concepto de relación con el cliente. El problema es que estos cambios tecnológicos no suelen ofrecer un beneficio inmediato a las empresas aunque sí a medio y largo plazo, pero ante todo es el consumidor quien no suele ver un claro beneficio en este cambio, incluso a veces se encuentra con un aumento en el precio de los productos que no se justifica según sus prioridades de consumo. Esta política es de difícil implantación en la actualidad a no ser que se asuman normas internacionales de calidad en la producción y sobre todo que se informe al consumidor de las ventajas de los nuevos productos y de las desventajas medioambientales, sociales, sanitarias y económicas de los anteriores.

Hay que potenciar más la bonificación de las actitudes favorables que la penalización, pues hay que premiar lo bueno, más que castigar lo malo. Un sistema basado en la represión, no favorece que las actitudes vayan modificándose hacia lo positivo, sino para intentar esquivar la ley. Si se bonifica la eficacia, indirectamente se está penalizando la ineficiencia, y así se reduce el consumo en general.

Aunque pretender un sistema de bonificación y penalización para, por ejemplo, retirar los vehículos ineficientes y de tecnologías anticuadas, supone un ahorro directo medioambiental, habría que estudiar, si la fabricación de los nuevos vehículos no supone un impacto mayor. No es cuestión de bonificar puntualmente sino a las situaciones en su conjunto, ya que en ocasiones las ayudas a ciertos sistemas, productos o políticas pueden aparejar un impacto mayor que el que se trata en apariencia de solventar.

Por ejemplo, si se pretende ahorrar energía mediante el uso de aislamientos en las viviendas pero se gasta más

energía en el proceso de fabricación del aislamiento, en su transporte hasta la obra y en su instalación, sin olvidar su posterior reciclaje o el impacto en la salud de los habitantes debido al uso de materiales tóxicos, la solución es absurda y sólo favorece a determinados intereses especulativos.

Si se logra vender un artículo con el argumento de que contamina menos, pero en su producción se contamina más que en el anterior modelo, debido al proceso industrial y al transporte, desde luego que la situación no ha mejorado. Asimismo, hay que perfeccionar la eficiencia tecnológica y de diseño: ¿De qué sirve hacer un producto en el que se emplea la mitad de energía en su fabricación que otro si dura la mitad de tiempo y ha de reponerse?

La eficiencia es contraria a una política de crecimiento económico basada en la rápida caducidad de los productos, sea por modas o por baja calidad. Se aboga por que los productos (muebles, vehículos, etcétera) no duren decenios, sino unos pocos años, satisfaciendo lo barato antes que lo duradero y rentable. De esta forma el consumo continúa a la velocidad que permite la rápida perecibilidad de los productos, las modas y las nuevas tecnologías.

La mejor forma de bonificar las actitudes ecológicas en el mundo empresarial, es que los precios reflejen la realidad del coste social que supone un producto o servicio. Si fabricar un determinado producto provoca un desgaste de los recursos naturales, una contaminación directa o indirecta o un deterioro social tiene que quedar patente en el coste de este producto, con lo cual perdería inmediatamente competitividad y se impondrían los productos ecológicos, sanos y solidarios.

Los aparatos que utilizan eficientemente la energía no han de ser más caros que otros. Así sistemas y aparatos más eficientes, no sólo pueden ser en su precio de compra más económicos, sino además suponer un ahorro importante para el usuario, para el país y para el planeta; esto demuestra que

la eficiencia no es más cara, sino más rentable.

No necesariamente deben aumentar los precios, la ciencia y la tecnología son capaces de hacer que la eficiencia supere a la escasez; al usar recursos renovables se mejora la eficiencia en todos los procesos productivos. Al reducirse drásticamente el impacto ecológico y al no utilizar energías y productos que encarecen el costo en el proceso de elaboración, los precios, deberían bajar de forma significativa.

Hay que abogar por la energía solar pero también tenemos que considerar la energía necesaria para fabricar un panel, de dónde procede dicha energía y cuál va a ser su rendimiento durante su ciclo vital. La eficiencia parte de calibrar no sólo el uso de energías alternativas, caso de la energía solar, sino la procedencia de la placa, el consumo energético que ha tenido en su fabricación, qué tecnología se ha empleado y el impacto medio ambiental y social que ha supuesto, y si el consumo de energía solar favorece a monopolios del sector energético o a la autosuficiencia.

Existen una serie de trabas burocráticas para que se produzcan transformaciones en los sistemas económicos que no son sólo obstáculos, sino ataques a una posible revolución ecológica. Descubrir estos intereses, sacarlos a la luz es una tarea esencial para que este cambio llegue a imponerse y para generar un indudable beneficio a la ecología y a la humanidad.

Los créditos de las instituciones financieras se han dirigido hacia la financiación de la explotación de materias primas, lo cual ha contribuido al impacto ecológico, y ha potenciado las diferencias entre unos y otros países. Todo crédito que se da en esta línea de explotación y de depredación, es contrario al equilibrio ecológico y al bienestar social. Sin embargo, los créditos y líneas de ayuda a los países pobres deben dirigirse hacia las energías solares, eólicas, biomásicas, que responden adecuadamente a sus necesidades y colaboran eficazmente a

la conservación de su medio ambiente. Las grandes instituciones financieras han contribuido de forma efectiva a la destrucción del medio ambiente, especialmente el de los países más pobres, con esta política de préstamos y subvenciones directas o soterradas a sistemas y productos depredadores ecológica y socialmente. Asimismo han sido parte importante en el fomento de lo que en teoría se trataba de solucionar, es decir, el hambre y la miseria en estos países.

Las soluciones y planteamientos a los problemas han de ser ágiles y diversos, ya que todo es perecedero y cualquier planteamiento estático con el tiempo puede acabar siendo perverso. Las circunstancias cambian y una solución eficaz en un momento determinado puede convertirse en todo lo contrario, por lo cual hay que estar siempre atentos a los cambios sociales, económicos, medioambientales y humanitarios para ir modificando las distintas vías de acción.

Todos los indicadores y los informes realizados por distintos institutos y organismos internacionales hablan de futuras cercanas desgracias, pues se está a punto de un cataclismo natural debido al impacto de la sociedad del progreso sobre la naturaleza. Esta hecatombe podría conllevar la desaparición del género humano, que no del planeta, pues éste lo más probable es que continúe una vez expulsadas las parásitos; es decir, la humanidad.

Es urgente la adopción de medidas y la toma de posturas y actitudes que permitan aminorar el tiempo hacia este desastre y, en esta ralentización, favorecer todo lo que aumente el equilibrio para conseguir revertir la situación. Pero sólo caben soluciones y acciones profundas, pues la eficiencia, la tecnología y la ciencia no pueden solventar el problema; la solución sólo podrá partir a través de profundas metamorfosis sociales y, sobre todo, personales.

CAPÍTULO 7

La responsabilidad

La gran diferencia entre los peligros medioambientales actuales y los de épocas pasadas, estriba en que actualmente no se limitan al ámbito local donde se produce o al momento concreto, y no afectan sólo a los que forman parte del mercado consumista sino a otros, incluyendo a los no nacidos. Efectos que no entienden de fronteras sobrepasando el ámbito local e incluso el generacional.

A esto se añade que es prácticamente imposible concretar responsabilidades y, en muchos casos, no hay posibilidad de compensar a los afectados, en primer lugar, por su irreversibilidad y, en segundo, por su globalidad. Así pues, la teoría del que contamina paga se convierte en mera propaganda política, y aún siendo esto posible sería una tremenda injusticia.

Las mafias científico-técnicas descartan la posibilidad de accidentes con la firme promesa de la seguridad basada en la simple palabrería técnico-mediática, que ignora falazmente la insistente y repetitiva realidad de estos enormes peligros sobre el medio ambiente y sobre la población.

Cuando el ciudadano comience a pedir responsabilidades a los políticos en sus afirmaciones de seguridad, exigiéndoles que cumplan con su deber en sus teóricas competencias, quizá comience a haber una nueva generación de dirigentes que pueda encararse a la verdad, y hacer de ella bandera política y no mero argumento electoralista.

Muchos riesgos se diluyen en la estadística pues, si bien los efectos abarcan a buena parte de la población, tal y como se realizan los cálculos de los riesgos, éstos no existen. De esta manera, gracias a la generalización de los riesgos, éstos se legalizan y desaparecen.

Debido a la monoalimentación y al monomedioambiente endémico mundializado en el que la mayoría de la población se desenvuelve, las posibilidades de una contaminación y de unos riesgos que afecten estadísticamente a buena parte de los habitantes son elevados. A esto se une, en muchas ocasiones, la imposibilidad de dilucidar cuál es el elemento nocivo, de dónde procede el peligro y en qué medida lo es.

La internacionalización de productos y sistemas potencialmente dañinos para la salud y el medio ambiente, supone una amenaza globalizadora, pero en el ámbito legislativo las responsabilidades son nulas. Y, curiosamente, los daños sanitarios y ecológicos en la mayoría de las ocasiones no son responsabilidad de quien los causa, sino del afectado, quien con su salud y su economía los paga o indirectamente mediante gastos estatales que, asimismo, también sustenta el propio ciudadano afectado.

Como ya hemos comentado, la tendencia a esgrimir el argumento de que el que contamina paga resulta irrisoria ya que esto no se cumple salvo en un porcentaje absolutamente ridículo. Además, tal como está planteada la legislación, es como si al asesino que mata con premeditación y alevosía de forma múltiple se le pusiera una multa por el perjuicio que causa a la sociedad la retirada de los cadáveres de su delito.

El impacto ambiental y sanitario en vidas y en la salud ocasionado por la venta de materiales de construcción tóxicos, por la emisión de contaminantes y radiaciones, por la alimentación tóxica, etcétera, debería equipararse a un homicidio contra la sociedad, contra la humanidad y contra la naturaleza.

¿Cuántos materiales reconocidos como tóxicos, patógenos y cancerígenos se han comercializado sabiéndose de antemano su peligro? ¿Cuántos se siguen vendiendo sin que nadie tome medidas al respecto? ¿Es suficiente con que los fabricantes paguen una multa por contaminar conociendo el perjuicio que causan? ¿Quién paga las muertes, quien paga a

los enfermos de por vida por culpa de estos productos tóxicos? Es la sociedad una vez más quien tiene que seguir pagando y poner a los caídos en el combate del supuesto progreso. ¿No sería más coherente hacer una legislación suficiente para que esto además de no ser legítimo, no fuera legal y todo aquél que traspasara esta barrera asesina sufriera realmente sus consecuencias penales?

Así, mediante la norma de que el que contamina paga, queda claro que el culpable es el propio afectado y la propia naturaleza, pues son ellos siempre los que pagan, los que reciben los efectos y los que deben solventarlos o sufrirlos. De esta forma queda patente que la política de que quién contamina paga como bandera del proteccionismo de la salud y el medio ambiente es una trágica broma. Realmente nadie paga los grandes desastres, ni siquiera los pequeños, ocasionados por la permisividad política ante los atentados contra la salud pública y la naturaleza, y no se vislumbra ningún cambio de orientación en esta dinámica. Por ejemplo ¿quién pagará cuando, como es previsible, suceda algún perjuicio con la manipulación genética?

Si un organismo manipulado genéticamente deteriora la naturaleza, la salud pública o las ancestrales formas de agricultura como forma de vida de muchos agricultores, ¿quién les -nos- compensará? La respuesta es: nadie. Las compensaciones -si es que se puede compensar la muerte, la enfermedad, la pérdida de diversidad biológica y las formas de vida tradicionales- serían tan enormes y tan incuantificables los efectos sin posibilidad de rectificación, que sería comparable a la de compensar por el impacto de un enorme meteorito sobre el planeta, ¿a quién se le pedirían cuentas?

¿Quién es el responsable, el que lo ha permitido conociendo los riesgos, la empresa que ha forzado la comercialización, el país que ha permitido su producción, el que ha admitido su entrada, el agricultor, todos o ninguno?

Determinar quién es el culpable individual es, en muchas ocasiones, una utopía pues cuando la contaminación abarca extensiones mundiales, y zonas donde no existe el vertido están contaminadas y sus ecosistemas gravemente afectados, ¿quién es el responsable individualizado?, ¿a quién se indemniza, a las focas o a los pingüinos del polo?

La sociedad, aparte de la naturaleza, es la que paga la contaminación, la que paga los desechos y residuos, ya sea con impuestos o en su salud, en su paisaje, en su vista, en su olfato. El que contamina jamás ha pagado, sólo recibe grandes beneficios contaminando el aire, el agua, la tierra, todo aparejado a la gran mortandad de personas, animales y vegetación, pérdida de tierras, etcétera, que ha llevado el progreso, es decir, los intereses económicos. La sociedad pone los enfermos, los muertos y el dinero, y los culpables reciben los beneficios y quedan impunes ante el delito, que incluso no estando legislado es un crimen contra la humanidad, la naturaleza y la vida.

Las leyes supuestamente protectoras sobre residuos y contaminaciones abogan eufemísticamente por que sea quien sea el que genere un residuo deberá responsabilizarse de él. Si realmente se obligara a responsabilizarse del impacto que causan ciertos contaminantes sin duda que nadie contaminaría. ¿Cómo se responsabiliza al que contamina un río con sus vertidos tóxicos y éstos son bebidos por la población, o consumen los peces asimismo contaminados con el riesgo inmediato o a largo plazo que esto lleva aparejado o incluso los efectos genéticos sobre su descendencia? ¿Cómo se contabiliza todo ello? Además del deterioro medioambiental, la desaparición de especies autóctonas o la degradación del paisaje. ¿Cómo se responsabiliza el causante de emitir sustancias al ambiente que deterioran la capa de ozono y es responsable de muertes por cáncer de piel, o de los continuos desastres naturales, tifones, riadas, sequías, etcétera, y

de los más dramáticos, a los que para quitarles su importancia globalizadora y continua se les da nombres como el Niño o la Niña. No se trata de desastres puntuales y locales, sino sucesivos y generalizados. Si realmente existiera responsabilidad nadie contaminaría.

Sólo interesa el beneficio. La vida, la muerte, el deterioro, el desastre de la naturaleza son elementos secundarios ante el lucro como finalidad suprema.

El actual sistema, el actual modelo económico, ha matado a más gente que cualquiera de las guerras mundiales del siglo veinte debido a la defensa de intereses mercantiles.

El daño que causamos a otros, generalmente a los desfavorecidos, con nuestras acciones irreflexivas de un consumo fomentador de la desigualdad y la insolidaridad se ve agravado por las omisiones en cuanto a colaborar en arreglar el daño originado. Somos responsables por no haber evitado el mal, especialmente aquellos que tuvieron conciencia de él. Así, la conducta, por acto o por falta, implica una responsabilidad directa sobre los males derivados de ella.

¿Quién es responsable, el que opta por cumplir las normas aún siendo éstas injustas o el que decide actuar según valores más allá de lo establecido por las legislaciones que considera injustas o al menos no suficientemente ecuánimes y solidarias?

Primero hay que lograr unas obligaciones sociales responsables, pero asimismo una actitud existencial de por sí comprometida, pues quien es libre tiene deberes impuestos por su propia conciencia y aquel que es esclavo se cree con derechos y servidumbres de su egoísmo.

La pobreza y la depredación son, en primer lugar, problemas de justicia y, en segundo, de solidaridad. Existen pobres y desastres medioambientales porque el funcionamiento del sistema es contrario a la justicia y a la solidaridad, pero también porque no hay responsabilidad personal. Es el momen-

to de poner en la balanza la contabilidad moral, aquí y ahora; dar y pedir cuentas.

En la responsabilidad pública se pierde la responsabilidad individual. En estos momentos no existen leyes internacionales que se cumplan en cuanto a daños ocasionados a terceros por determinadas conductas, es entonces la responsabilidad personal quien debe apelar a la propia conciencia y negarse a colaborar directa o indirectamente con toda actuación que derive un daño a cualquier semejante y especialmente a los que suelen pagar en mayor medida, caso de los menos favorecidos ya sea en los países industrializados o en los más pobres.

La libertad individual y colectiva está íntimamente ligada al sentido de la responsabilidad, de no ser así se convierte en inmoralidad, lo que significa no ser consecuente con la conducta personal y sus efectos sobre los demás y sobre el entorno. La culpabilización personal ante nuestras actitudes no exime en absoluto de la responsabilidad y del delito a las industrias en cuanto a sus actividades, siendo éstas de mayor transcendencia que las personales, incluso que las colectivas, aunque generalmente, ambas, industriales y personales, contribuyen al unísono al impacto ecológico y a los desequilibrios sociales.

El orden depredador se halla dentro de cada uno de nosotros y por eso triunfa, pero de la misma forma existe una naturaleza ecológica dentro de cada ser humano pugnando por salir, por desembarazarse de ese orden que pretende dominarle. La responsabilidad hacia la naturaleza y la humanidad es la puerta hacia la libertad.

De la sostenibilidad a la evolutividad

Un día el ser humano dejó de escarbar la tierra con sus manos e inventó la azada; ésta, a diferencia de la máquina,

surge como una prolongación de sí mismo. La tecnología emerge de la aplicación práctica de los descubrimientos científicos, pero cuando la ciencia se dirige al sustento del egocentrismo, la tecnología se convierte en arma de destrucción en vez de colaborar en la creación, pues ya no importa la obra, el logro, sino el beneficio, el lucro, siendo más fácil lucrarse destruyendo que creando, al menos más inmediato; el botín ahora, ya, antes que la cosecha. El miedo al paso del tiempo imbuido por este tipo de sociedad impide que se trabaje más en la línea de crear y, por contra, se favorece la destrucción como forma de relación con el entorno.

En favor a la economía de mercado se han aniquilado más de la mitad de los hábitats más ricos y diversos en especies: los bosques, especialmente los tropicales. Miles y miles de especies, de vidas inigualables, irrepetibles, desaparecen definitivamente cada año, debido a una cultura antropocéntrica e inmoral. Una de las causas principales es la deforestación, cuyos beneficios se reparten solamente entre unos pocos, en comparación a la pobreza que genera entre muchos.

Los países desarrollados han logrado precisamente este desarrollo en buena medida gracias a la destrucción y a la contaminación. En esta situación, pedir a los países pobres que no utilicen los combustibles fósiles que forman parte de los recursos de su territorio, no es sólo improbable que se logre sin ofrecerles otras alternativas, sino inmoral.

Mientras en occidente existe cierta tendencia hacia la modificación de la tecnología contaminante por otra de una mayor calidad energética, en los países menos ricos sucede todo lo contrario. La única alternativa es el apoyo incondicional a todos los países incapaces por sí mismos de lograrlo, ofreciéndoles tecnologías limpias que frenen de una vez la actual escalada contaminante. Para ello habrá que retomar y situar en un contexto adecuado las ahora consideradas

necesidades, pues si se sigue creyendo que éstas residen en lo superfluo, difícilmente, por no decir imposible, se podrán cubrir a escala planetaria.

Actualmente nos encontramos con una balanza absolutamente desequilibrada: por una parte el hiperconsumo de los ricos y por la otra la carencia de los pobres. En los países desarrollados se cree que tener un vehículo por persona o determinados electrodomésticos en cada vivienda es una necesidad y un signo de progreso y bienestar. Si pensamos que siete, ocho o diez mil millones de personas en un futuro son potenciales consumidores de todos estos innecesarios artilugios será imposible satisfacer esta demanda, pero si se plantea cubrir dignamente carestías fundamentales como la alimentación, el vestido, la vivienda y la cultura, cubrir estas necesidades legítimas podría dejar de ser una utopía y convertirse en una realidad en un plazo cercano.

Al intentar acabar con la pobreza llevando a estas zonas, las más míseras del planeta, el desarrollo actual de los países industrializados, lo que se consigue es acuciar más la degradación medioambiental y la pérdida de las labores tradicionales, lo que revierte en un aumento de la pobreza. Hay que cambiar el actual modelo de desarrollo, que al fin y al cabo, lo único que pretende es mantener las prebendas de determinadas elites. Así pues llevar el desarrollo a las zonas empobrecidas sólo trae un nuevo mercado para estos intereses y una reducción de sus costes industriales, pero no soluciona la pobreza y el desastre medioambiental, sino que agudiza ambos conflictos.

El actual modelo consumista no es extrapolable, no digo ya al resto del mundo, sino a ningún país, puesto que el deterioro existente se debe precisamente a esta forma consumista. En caso de exportarse agravaría más la actual problemática. Mientras no se cambie este modelo no será posible acabar con las grandes diferencias entre las zonas ricas y las pobres, pero

en la actualidad no se ve este cambio de actitud a pesar de todos los congresos y reuniones internacionales donde se plantean estas cuestiones.

La línea actual de creación de grandes lobbys que controlan el comercio mundial acumulando bienes y productos que van de un lugar a otro del planeta, incrementa la incapacidad de autosuficiencia local. Es obvio que a estos grandes monopolios les interesa mantener la subyugación de las gentes ante sus productos en la mayor cantidad de áreas posibles, lo cual hace que las sociedades sean más dependientes de estos intereses, impidiendo su autogestión y automantenimiento mediante lo que denominaré la evolutividad a través de los ecosistemas. Sólo tratando de que los ecosistemas locales sean capaces de mantener a la población existente, se logra un equilibrio dinámico que permite la aparición de ciclos vitales interdependientes.

Mientras que en los países ricos se derrochan ingentes cantidades de dinero para modificar los hábitos, costumbres y preferencias de un mercado, una cuarta parte de la población del mundo vive sin lo más elemental, la alimentación, la vivienda, el agua potable, sin hablar ya de la educación o de un mínimo de respeto.

La sostenibilidad planetaria no se puede lograr aumentando las rentas, pues no es cuestión de cantidad, sino de calidad, no de aumento de la producción y del consumo, sino de calidad en el consumo y en la producción. Se trata de consumir menos pero más conscientemente y producir más eficientemente.

Todo esto se fundamenta incluso no sólo en producir más con menos, sino en un nuevo estilo de vida basado en la conservación, en el reciclaje, en la eficiencia y en una tecnología más limpia y eficaz. Si además se logra un control de la natalidad basado en un cambio del sistema devastador, que permita el asentamiento de las poblaciones autóctonas y su

autorregulación, y que el consumo exacerbado de unos pocos se redistribuya adecuadamente entre las poblaciones menos favorecidas, se podrán crear las condiciones adecuadas para que podamos empezar a hablar de una verdadera sostenibilidad.

La enorme y creciente presión del consumo vertiginoso sobre los recursos naturales no puede solventarse mediante el uso de tecnologías menos contaminantes o limpias, ya que, por sí solas, sólo sirven para decelerar un proceso ineludible a menos que se logre un cambio en las actuales directrices económicas. Principios basados en el mito del aumento ilimitado y la expansión planetaria del consumo, sin explicar cómo es posible que un aumento infinito tenga lugar en un ecosistema finito y cerrado, tal como es la biosfera.

La descentralización de los órganos de poder y de decisión, dando más protagonismo a las comunidades, modificando las actitudes delegativas por otras más participativas, haría que los problemas locales fueran tratados por los mismos que los sufren, y que saben como afrontarlos más eficazmente. Pero sinérgicamente no hay que olvidar una política internacional solidaria, dejando a un lado los macroproyectos que fomentan el egocentrismo humano y el actual libre comercio, que en vez de aportar soluciones agigantan los problemas medioambientales y humanitarios existentes. El localismo permite que las soluciones no sólo sean más eficaces, sino más ecológicas y humanitarias, pues difícilmente desde la distancia puede mantenerse una visión de la realidad de un lugar, de su idiosincrasia con el medio y de su circunstancia humana.

Cada zona es diferente y por tanto las soluciones para lograr su autogestión y autosubsistencia dependen de diferentes condiciones, desde las del propio terreno donde han de aplicarse, hasta la cultura y las tradiciones de la población existente. No hay un modelo único de sostenibilidad y de

evolución. Entendiendo esto podemos facilitar la autosostenibilidad de los pueblos gracias a sus propias características y peculiaridades culturales y medioambientales.

En los países industrializados el poder se separa de la gente ante la desidia de ésta. Negligencia social fomentada por las barreras existentes entre el poder y los problemas cotidianos. Una forma de paliar esta situación es la participación directa de las personas y de las comunidades en las decisiones que les van a afectar, dando voz al afectado pues quizá nos sorprenderíamos viendo como muchos prefieren cambiar el pretendido desarrollo por una mayor calidad de vida, entendiendo ésta no por la mera acumulación de bienes y servicios, sino por un disfrute mayor de la vida, por un mantenimiento del medio en su condición más natural, por una vida más sosegada y por generar el bien máspreciado: tiempo para vivir.

No es tarea fácil romper con los símbolos tan imbuidos en nuestro inconsciente que originan modos y comportamientos agresivos con el medio, con el prójimo y con la vida en general. Se necesitarán varias generaciones, aún comenzando hoy mismo esta ingente tarea, para lograr un cambio que quede plasmado en una nueva dirección social más humanitaria, más ética y sobre todo más libre.

Lamentablemente el tiempo es escaso y no es posible esperar el paso de generaciones para la adopción de soluciones tendentes a paliar el impacto que provocamos en el medio ambiente y en otros seres humanos. De ahí la importancia en que todos aquellos cuya visión de la vida sea más justa, mantengan una posición crítica ante lo negativo y plasmen una conducta impecable para que su ejemplo cunda en su entorno y prolifere, facilitando con sus acciones e ideas la emancipación de las mentes oprimidas que a su vez logrará la liberación de la naturaleza.

Conforme pasa el tiempo y continuamos actuando de la

misma forma, con absoluta inconsciencia de la realidad, las opciones futuras se van restringiendo y la posibilidad de un mundo sostenible se reduce. Cambiemos el término desarrollo por el de colaboración, cambiemos el desarrollo sostenible por colaboración sostenible.

El desarrollo sostenible se puede definir como aquel que aboga por un sistema insostenible, pues se tienden a satisfacer unas supuestas necesidades presentes y a buscar nuevos mercados de consumo aparentando no poner en peligro las posibilidades de futuras generaciones.

Es el momento de superar el término desarrollo sostenible debido a su demostrada inviabilidad tras años de intentos de puesta en práctica, pero fundamentalmente por que ya no hay tiempo de pensar en desarrollo sea cual sea su apelativo. El único futuro posible se sustenta en lo que llamaré evolutividad; es decir, en permitir la evolución natural de los sistemas ecológicos minimizando al máximo la intervención humana salvo para fomentar sus procesos. La evolutividad que planteo no es más que la lógica de la naturaleza.

Desarrollar significa incrementar de forma cuantitativa la capacidad económica y consumista de una creciente población. El crecimiento ha aumentado el poder adquisitivo de unos pocos, pero en ningún caso la calidad de vida, pues ésta no se basa en tener más y mejores coches, teléfonos móviles o microondas. Además de que no es posible que todos los habitantes del planeta accedan a este sistema consumista con lo cual se produce un agravio comparativo.

El crecimiento económico se estructura como si pudiera aumentar indefinidamente lo cual es inviable pues el planeta no puede sostener un incremento infinito de recursos y desechos. Sin embargo, la evolutividad es un movimiento cualitativo no cuantitativo, pues no hay que aumentar los recursos sino la eficacia en su gestión y redistribución. No se trata de crecer sino de diversificar eficazmente. Permitir donde se blo-

quea, reducir donde se amontona, logrando un equilibrio homeostático de la relación entre el ser humano y la naturaleza: es dar y recibir en vez de expoliar. Mejorar la calidad de vida dándole sustancia, valor, revalorizando la vida como concepto, como vivencia desde lo profundo a lo sagrado.

La actual actividad económica acrecienta el flujo de recursos de baja entropía en una sola dirección, desde la naturaleza hacia el consumo, retornando en forma de desecho. Hablar de futuro significa parar el crecimiento económico e incluso revertir el proceso buscando el equilibrio entre el consumo y la capacidad de absorber el resultante final por parte de los ecosistemas.

La realidad indica la innecesidad de la destrucción como modelo económico para solventar los problemas de escasez. Justamente es todo lo contrario, se trata de favorecer una política económica basada en la sostenibilidad de la naturaleza, en el uso coherente con la evolutividad de las riquezas que nos brinda la naturaleza, junto con el reencuentro de los conocimientos de la sabiduría popular, muchos de ellos ya perdidos en esta guerra del progreso debido a la destrucción de muchas poblaciones, de sus culturas y saberes.

La conservación y la utilización del conocimiento aún existente, traerán un indudable beneficio para la humanidad. El empleo terapéutico y alimenticio de multitud de plantas y de elementos existentes en la naturaleza, el uso racional de las tierras agrícolas, la silvicultura, la explotación minera no destructiva del medio puede acercarnos a una interrelación entre lo humano y lo ecológico que permita la evolución de los ecosistemas, variando la actual dirección del desarrollo sostenible que en realidad es insostenible.

Una esperanzada denominación desde el punto de vista ecológico y humanitario es el no desarrollo, es decir la verdadera sostenibilidad como paso previo a la evolutividad. Comienza la tarea de reandar lo andado por un camino

equivocado, reparando lo dañado tratando de lograr un mundo mejor favoreciendo la solidaridad, además de la sostenibilidad ecológica y humanitaria en el ámbito planetario. Pero no queremos sostener, mantener un futuro igual al presente, lo que queremos es que este futuro sea mejor que el deteriorado legado que nuestros antepasados nos han dejado, y al que nosotros tan eficazmente hemos colaborado. No sólo hay que preocuparse de dejar un mundo mejor para las futuras generaciones, sino, ya, ahora, crear un mundo mejor para las actuales, especialmente para los más desfavorecidos.

Un gran paso para la sostenibilidad es que en vez de beneficiar por eliminar la biodiversidad, por ejemplo cortando árboles y destruyendo biotopos, cobrar por cuidarlos y aumentarlos, extrayendo de ellos las múltiples riquezas que contienen pero de una forma evolutiva. La tala de árboles indiscriminada, la ganadería y agricultura masivas terminan destruyendo la tierra y en la actualidad son poco rentables en comparación con otras posibilidades más respetuosas con la naturaleza. Entonces la protección del medio ambiente pasa a ser un incremento en el coste de producción a un valor añadido y un beneficio económico para la empresa o la comunidad productora.

El bosque puede facilitarnos madera y otros recursos obtenidos de sus múltiples manifestaciones biológicas y sus sinergias, al mismo tiempo que oxigena el aire, siendo un espacio de relajación y de comunión entre la naturaleza y el ser humano. El aire debe ser respirable y limpio, para que podamos seguir viendo las estrellas con nitidez. El agua debe ser potable y permitir una relación natural con este elemento primigenio, es el principio, el bautismo. No hay que agotar la tierra de cultivo, para que mantenga sus cualidades, permitiendo la relación tierra-cosmos con el ser humano como mediador sin barreras que lo limiten, bloqueen y aíslen.

Puede que no se llegue a reconocer el alcance real de la degradación del medio ambiente en cuanto a su contaminación y deterioro, ni la magnitud del problema humanitario hasta que la situación sea irreversible, o puede que sepamos reconocerlo antes por los inequívocos avisos que la propia naturaleza nos va dando cada vez con voz más alta, que ya es un grito, cuando al principio era tan sólo un susurro, y ese grito nos dice: ¡parar! Pero, quizás, parar ya no sea suficiente, habrá que desandar el camino recorrido creando puentes a la destrucción que hemos dejado a nuestro paso.

Esperemos que el planeta no esté lo suficientemente enojado con nosotros y que aún esté dispuesto a un nuevo pacto, a una nueva alianza de no agresión y sí de colaboración en un fin común: la evolución de todas las especies.

La sostenibilidad significa gestionar los recursos naturales para que el presente y el futuro sean mejores, la evolutividad es un paso más allá, permitiendo la capacidad de regeneración de los bosques, de los ríos, del suelo y del aire, mejorando la capacidad de lo hasta ahora deteriorado, permitiendo un flujo constante de renovabilidad y de eugenesia.

La evolutividad se fundamenta en una mejora de la calidad de vida mediante el fomento de todo cambio hacia una situación mejor, gracias al estímulo de la tendencia natural de ser sobre tener.

CAPÍTULO 8

Los medios de incomunicación

Desde la declaración de los derechos humanos del año 1948 y especialmente desde la de 1963, se proclama sin ambigüedades el derecho de todo ser humano a la información. Sin embargo de lo que no se habla en este artículo es que a lo que realmente tiene derecho la humanidad es a una información manipulada. Es absurdo y contradictorio establecer infinidad de artículos, en una supuesta declaración universal de derechos humanos que nunca se cumplen; qué sentido tiene pues comprometerse a aquello que de antemano se sabe que no se va a cumplir.

Hay que entender la información como una forma de acceder a la independencia de pensamiento, siempre que sea una información libre y no limitada, que no sea delimitada y manipulada por el poder establecido; por propia experiencia puedo afirmar que cuando un reportaje, entrevista o información no interesa a los poderes, especialmente a los económicos, es o bien seccionado o bien suprimido.

El profesional recibe una información, la investiga y la difunde, sin embargo el segundo paso queda actualmente eliminado: se recibe una información ya de por sí manipulada y directamente, más o menos elaborada, se difunde. La rigurosidad de investigación de la información, es un paso que, salvo honrosas excepciones, forma parte de la leyenda de los medios de comunicación.

En muchos casos, las noticias están preparadas de antemano cuando llegan al periodista, y éste simplemente las reproduce o, en todo caso, les da forma. Ya no hay que amenazar al informador con el exilio o la muerte, sino, simplemente, facilitarle su trabajo; así la información -la que intere-

sa-, rodeada de determinadas prebendas hacia el periodista o el medio en que trabaja, se difunde.

Los favores directos expresamente pedidos o simplemente aceptados, pequeños detalles que plantean una corriente que impide la crítica con detenimiento y acepta la forma como contenido. Es la corrupción clara o camuflada, evidente o soterrada.

Todo ello contribuye a la pérdida de credibilidad entre la gente de los medios de comunicación, sin embargo se ha creado una cultura alrededor de éstos, en la cual la población dirige su atención hacia ellos de forma rutinaria, con lo que a pesar de esta cierta incredulidad queda empapado de noticias, comunicados y publicidades que van impregnando su mente, dejando un poso que a fin de cuentas será decisivo a la hora de adoptar decisiones.

Pero toda generalización es injusta y observamos a verdaderos profesionales de la información que investigan, analizan y adoptan sus propias decisiones, independientes de los poderes gracias a una responsabilidad ética y a la consciencia de la repercusión social de su labor. Son pequeños islotes en un océano de corrupción y de medraje al sol que más calienta y que se rigen por valores no escritos en papel pero si en sus conciencias, pues no hay mayor amenaza para la libertad que la falta de ética, que la pérdida de valores morales. Aún así, fuera del periodismo cínico, catastrofista ávido de noticias morbosas, existe un periodismo crítico, de denuncia y de búsqueda de alternativas.

Es lógico que ciertos derechos humanos e incluso planetarios se antepongan al libre albedrío informativo, tal y como es el derecho a la vida, el derecho a la seguridad, el derecho a la paz y sin embargo el derecho a la información, pero a la información manipulada y a la pueril, se antepone a cualquier derecho, pues forma parte fundamental de las armas del poder.

Llamar a este apartado los medios de comunicación me parecía un contrasentido, aunque posteriormente en el texto se explicara el error gramatical, es pues que directamente lo he clasificado, generalizando, en el lugar que le corresponde: los medios de incomunicación.

La información facilitada por la gran mayoría de los medios de comunicación llega depurada y falseada al público cuya opinión se encuentra manipulada por estos instrumentos al servicio del sistema que a través de lo publicado, lo visto y lo oído. De esta forma se crea el clima adecuado para manejar a la gente según las corrientes económico-totalitarias del momento.

Vivimos en una sociedad mediatizada informativamente por medio de un enorme flujo de noticias que inunda los sentidos, víctimas de ingentes cantidades de información imposibles de procesar por el cerebro que impiden puntos de referencia que permitan juzgar entre lo trivial y lo verdaderamente importante.

Los efectos de las informaciones y las escenas de los medios de comunicación, afectan e influyen especialmente a los individuos menos maduros que, lamentablemente, en este tipo de sociedad va progresivamente aumentando su número. Dentro de este apartado, habría que incluir, claro está a los niños, y debido a que éstos están cada vez más sometidos al influjo de los medios, especialmente de la televisión y, siendo que los valores mostrados no son la mejor pauta a seguir, se corre el peligro de que cada vez las sociedades estén más influenciadas por estos medios al servicio del sistema.

Hace unos años se predecía que cuando un niño veía la televisión unas determinadas horas más que la media del resto de niños, algo en él no funcionaba correctamente. Superados en demasía en la actualidad estos niveles de permanencia ante el televisor por la gran mayoría de los niños y

desde hace ya algunos años, se podría concluir de la misma manera que algo en todos ellos tampoco funciona correctamente, o bien que lo que no funciona es su entorno, los modelos que tienen a su alrededor.

Los niños y jóvenes son especialmente sensibles a las referencias que les llegan a través de los múltiples medios de comunicación, pues su falta de criterio les impide enjuiciar la información que reciben, y que es utilizada por los poderes económicos para manipularles, creándoles una falsa acepción del mundo, provocándoles sentimientos encontrados entre la violencia y el deseo, la competitividad y el lujo y, como colofón, la justificación de cualquier actitud con tal de acceder a esta falsa interpretación de la realidad.

El niño de pequeño quiere ser como el protagonista de la televisión, y se disfraza y actúa como ellos, de joven se viste como sus nuevos héroes y de mayor sigue enganchado a modelos ajenos a su vida y a él mismo, y sigue siendo, por lo tanto, fácilmente manipulable. El problema no es la identificación, sino con quién nos identificamos, con qué nos reconocemos. Y sin duda que los actuales modelos de identificación que nos ofrecen los grandes medios de comunicación, no son los más edificantes.

De todas formas, especialmente a los niños y a los jóvenes les falta conocimiento del mundo, y esto es fundamental para llegar luego al desprendimiento de lo únicamente material y de las necesidades que impone el sistema. Es una época, la niñez y la juventud, donde se puede modelar el espíritu mediante el ejercicio de lo bueno y lo verdadero inherente en uno mismo, es una época de experimentación y relación con los demás, con la naturaleza, con la vida, relación en la que se asienta el sentido de cordialidad y solidaridad, y a través de esta percepción de la comunidad y de la naturaleza acceder al conocimiento de uno mismo, a sus virtudes y defectos, a sus potencialidades y tendencias mediante una interior-

rización basada en la experiencia del mundo real y no de un mundo ficticio creado a la medida de los intereses del sistema que dificultan las actitudes comunitarias e impide conocer los valores intrínsecos de cada cual.

Es el descubrimiento, por una parte, de la herencia cultural, histórica, antropológica o religiosa que da una visión plena del entorno en el cual uno vive y de otras opciones diferentes pero igualmente validas y enriquecedoras, pero que al mismo tiempo no castra el desarrollo de las propias opiniones, ni de las formas en que uno debe ordenar su mundo. Son los primeros pasos de la educación, una educación continua, pues la persona siempre se está formando, cambiando, y es en estas continuas transformaciones donde uno va adquiriendo consciencia de la realidad, y es en estos primeros años cuando estas cuestiones adquieren un significado más importante, más profundo.

Estamos en una crisis continua de insondable profundidad de los valores éticos multiplicada por la cultura del progreso y la modernidad. Hay latente un desafío, brisas de ruptura y de profundas transformaciones y para ello la información, como paso previo a la formación, es un elemento imprescindible para la revolución ecológica, para la paz, para el armisticio.

La cultura del progreso se basa en un principio fundamental: la indiferencia. Cultura que, en fase de desencanto, conlleva el desconcierto y el descompromiso que conduce a un creciente pesimismo social. Pero, ante este desánimo, se alza la ilusión de que es posible el cambio, la ruptura monopedagógica y que es posible responder a los problemas de nuestro tiempo y de esta cultura monoclonica y a la vez excluyente.

Es posible cambiar el presente, modelar el futuro, pues éste no es inexorable, no está predestinado ni determinado, y aunque parezca imposible poder cambiar la actual dirección

social impulsada por el orden establecido. El presente pertenece a los que lo crean, y de esta forma las innovaciones y los grandes movimientos sociales surgen y son consecuencia de la sinergia de pequeñas acciones individuales. Una acción, una sola acción, puede tener transcendencia planetaria, al igual que el suave aleteo de una mariposa puede generar un devastador huracán, nuestros pequeños procedimientos, especialmente cuando adquirimos consciencia de su valor, tienen el germen de una revolución social, pero sobre todo de una revolución personal. Así, cuantas más personas actúen en esta dirección, aumentan las sincronías para que el cambio, el vuelco en la consciencia, en el pensamiento y en la visión de la vida, surja en un momento, en un instante, dando paso a la esperanza.

Multitud de programas de televisión, de radio, artículos de prensa, congresos incluso conferencias internacionales de gran relieve sobre medio ambiente se celebran continuamente, pero curiosamente, en vez de servir para que aumente la concienciación y por tanto las soluciones, la problemática al aparecer asiduamente en los medios de comunicación va perdiendo profundidad y acaba siendo una noticia más entre la avalancha de noticias intrascendentes. La ecología y la solidaridad acaban siendo productos de consumo para los noticiarios, para programas que insertan publicidades que en buena medida contrarrestan lo que en él se está diciendo.

Es curioso que en la era de las comunicaciones, cuando más fácil es contactar desde cualquier distancia, sea cuando menos se tiene que decir. A pesar de la facilidad de comunicación con cualquier zona del planeta y la posibilidad de conseguir información veraz y puntual de todo lo que sucede en cualquier parte, la ecología y la pobreza figuran entre las noticias de segunda fila. A pesar de que puntualmente se dan noticias de desastres ecológicos, de matanzas y hambrunas, todo ello queda relegado a la pura anécdota

frente a la importancia y relevancia que se les dan en estos medios a cuestiones totalmente irrelevantes. Deporte, moda, espectáculo, cotilleo o cine tienen mucha más audiencia que los escasos segundos destinados a hablar de los problemas reales de nuestro mundo, y cada vez es más patente que lo que no sale en los medios de comunicación, no existe, a pesar de que suceda.

El espectáculo de los países pobres, adueñados por el caos, con constantes conflictos, míseras guerras y hambrunas, son hábilmente presentadas sin entrar en el fondo de sus causas. Los medios sacan la pobreza, la indigencia, los desastres de los pobres como medida de presión contra la población de los países atrapados por el señuelo del progreso: veis lo que sucede cuando no se está dentro de las reglas establecidas por el desarrollo. Los espectadores satisfechos por su suerte de nacer en otras circunstancias más favorables se creen amparados por un sistema que los protege de esos tremendos desastres o bien por la mala cabeza de estos países o como castigo de los dioses, pero nunca se cuestionan la culpabilidad del rico frente a la pobreza, del que tiene frente al que no tiene. Si está penado por ley no socorrer a alguien en peligro, ¿qué castigo merece una sociedad que no sólo ve impasible la muerte de millones de personas sino que colabora activamente?

Los reportajes de la miseria y el horror son hábilmente dirigidos como argumentos comparativos con la halagüeña situación de la población de los países industrializados. Instintivamente surge un rechazo al cambio, a todo lo que implique un riesgo de perder lo que se tiene para no verse postrados a una situación, tal como la que se refleja en los medios de comunicación. En especial la televisión ensalza el modo de vida del progreso y no cuestiona la validez del sistema, pues obviamente forma parte fundamental de él y por lo tanto no plantea otras opciones.

Los medios de información de los países menos desarrollados utilizan la información procedente de los grandes canales informativos occidentales mimetizando culturas y diversiones importadas que ejercen un nefasto influjo en sus valores culturales y sociales, sufriendo una colonización a través de infraestructuras transnacionales de comunicación, de noticias y de productos progresistas y de pasatiempo. Es el colonialismo y el imperialismo cultural con los medios de comunicación como vastos caballos de Troya y una forma por la cual los países industrializados y especialmente los grandes intereses económicos se aseguran el control económico e incluso el dominio político de estas zonas menos favorecidas.

Los poderosos controlan la información, y por lo tanto limitan la manifestación de los derechos y reivindicaciones de los más débiles, pues manejan y distorsionan la realidad mediante el filtrado y la manipulación sobre la base de sus intereses.

De este modo se ignoran culturas, tradiciones y sobre todo los problemas propios de un país, de una zona o de una comunidad, impidiéndole advertir las causas que los originan y los profundos cambios que tienen lugar en otras partes del mundo sometidos a las mismas circunstancias que ellos. Los grandes medios de comunicación levantan barreras contra la comunicación intercultural.

Entre las múltiples informaciones con que se bombardea a la persona, muchas de ellas manipuladas y contradictorias, sólo cabe establecer un criterio de credibilidad basándose en la fuente de origen. De ahí la necesidad de fomentar alternativas que permitan una afluencia de información especialmente relacionada con el consumo y los derechos humanos que garanticen una total independencia. Sin embargo, los medios de difusión apenas entran en estos temas, su constante tergiversación de la realidad les lleva a minimizarlos.

Noticias espaciadas y anecdóticas dentro de un contexto en el cual pierden su valor, les confiere connotaciones como algo meramente accesorio.

La cultura ha sido sustituida por la información, y el conocimiento es reemplazado por el dato. No se tiene un conocimiento hilvanado y coherente sino un maremagno de datos e informaciones inconexas que no crean criterio ni independencia de pensamiento sino un caldo de cultivo mental abonado a la fácil manipulación.

La parcelación del mundo en pequeños círculos donde transcurre la vida del individuo conlleva la pérdida de perspectiva, pues la información de los medios de masas no permite ampliar horizontes a lo vivido directamente y la persona va lentamente concibiendo la realidad desde una óptica tan limitada como restringido es el campo donde se mueve y éste presenta un aspecto clónico.

La capacidad de diálogo amplio y diverso es un bien escaso; es la época de la comunicación monotemática. Se ve la vida según un estrecho agujero, generalmente dirigido por su entorno más cercano que restringe su capacidad de visión y por los grandes intereses que dirigen, sutil o abiertamente, a las distintas sociedades y grupos.

Si los medios de comunicación fueran la voz de las gentes, el actual desarrollo de las telecomunicaciones sería algo de un valor innegable, que permitiría que todas las voces llegaran a todos los lugares y se estableciera un debate abierto, un diálogo múltiple y sinérgico. Pero esto no es así, y los medios de comunicación sirven para manipular los deseos del público para favorecer la cultura mercantil de la imagen que impone estereotipos a la medida de sus intereses.

La mayor parte de los medios de comunicación de los países capitalistas son simples inversiones de capital a la espera de pingües beneficios, directos o indirectos, y por lo tanto sometidos a los intereses de mercado de las grandes empre-

sas que bien cuidan su capital a través de estos medios de información y por lo tanto los someten a múltiples presiones y controles. Estas compañías mediáticas están destinadas a lograr beneficios, o cuanto menos a difundir ciertos mensajes que derivan en dividendos para grandes empresas que las controlan. El público pasa a ser algo meramente secundario; ya no se le forma, ni siquiera se le informa, sólo se le utiliza. El interés público debe ir regido por las necesidades sociales y planetarias; el circo puede ser un entretenimiento pero nunca una necesidad, y ésta sí que debe presuponerse de interés público.

De esta manera, los medios de comunicación son partícipes del aparato propagandístico del sistema a través de intereses comunes. La metáfora de la prensa como cuarto poder, se muestra claramente falsa. La prensa, los medios de comunicación son simplemente una poderosa herramienta en manos del primer poder, del único poder: el macro-económico.

Los monopolios se transforman en oligopolios, es decir unas pocas empresas que, sirviéndose de cualquier artimaña, se reparten la oferta existente en el mercado o fuerzan su implantación. Pero no sólo encontramos oligopolios en el campo económico, sino asimismo en el político, donde una pequeña representación de partidos, en muchas ocasiones dos, rigen los destinos de las sociedades occidentales en una especie de mercado o mercadeo político, donde tanto unos como otros son finalmente el mismo defendiendo los intereses del poder económico.

El oligopolio se muestra especialmente pernicioso dentro del campo de la comunicación de masas, en donde las grandes empresas de radio, televisión y prensa han tenido un auge espectacular en los últimos años debido a los avances tecnológicos con un aumento igualmente espectacular de su poder que es puesto al servicio de fines concretos, especial-

mente en la capacidad de manipular desde el punto de vista social, político y económico.

De la misma forma que un partido político ya no puede limitarse con dirigirse a una determinada y única clase social, el monopolio y el oligopolio no pueden delimitar su influencia a una zona determinada, sino que trascienden clases sociales, grupos étnicos y fronteras, convirtiéndose en enormes influencias transnacionales. Estos poderes crean crisis y conflictos regionales como medio de distraer la atención de la población e implantar sus reglas económico-totalitarias que acaban con las formas tradicionales de economía local y autosuficiente.

Unas pocas agencias monopolizan la corriente internacional de noticias, representando una falsa imagen de la mayor parte de los problemas y acontecimientos, especialmente de los que suceden en los países no desarrollados. Estas agencias dan muy poca información sobre la realidad de estos países, y la que llega se concentra excesivamente en la violencia, la inestabilidad y el tópico: el hambre, la desintegración social, los desastres naturales y las intrigas políticas y militares, como argumentos para mantener aletargada a la población acomodada, ante la posibilidad que si se comprometen en un cambio las consecuencias les avoquen a situaciones conflictivas tal como muestran continuamente los noticiarios.

Los grandes poderes económicos, tienen a su disposición enormes partidas presupuestarias destinadas a contrarrestar cualquier información contraria a sus intereses y utilizan los medios de comunicación para autoalavarse a sí mismos, controlar al poder político, legislativo y judicial. Si bien los segundos dependen fundamentalmente del primero, éste a su vez queda a merced del poder económico al precisar para perpetuarse de los recursos propagandísticos, ya que sin ellos es imposible acceder al poder político.

El sistema ha elaborado una ficción implantada como real a través de los medios de comunicación y de los beneficiados del propio sistema para aparecer no sólo como una realidad presente y un proyecto con futuro halagüeño, sino como la única opción.

Los medios de propaganda del sistema logran que la realidad se convierta en una emotividad superficial, un sentimentalismo pasajero, tan pasajero como la propia noticia. Es la cultura de la trivialidad. Se restringe el derecho a la información gracias a los mecanismos informáticos de gran control en el ámbito mundial.

La cultura y los medios de comunicación de masas transforman toda realidad en un espectáculo. La vida privada de las personas, la política, los sucesos, las tragedias, la vida y la muerte, todo se trivializa. Aquello que no se preste a la espectacularización es eliminado de los contenidos de información de los grandes medios. Es un mundo de fantasía contextualizado para el placer y la puerilidad, aunque sea la más espantosa tragedia. Así lo real aparece casi como imaginario, y lo imaginario se transforma de la mano de estos intereses en lo real edificando un nuevo universo.

La superficialidad, el espectáculo y el sensacionalismo son los argumentos de fondo de programas informativos y de los debates de los medios de comunicación, para tratar cualquier tema, bien sea el más banal o el más problemático, nunca el análisis profundo y la contemplación de otras posibilidades. Son vehículos de la sordidez del mundo, bien sea por desastres naturales, guerras, conflictos o por las escabrosas intimidades que resaltan lo destructivo y lo morboso sin dar opción a entrever que existen otras formas, otros modos de vivir, otras alternativas, y se generan así actitudes individuales negativas que trascienden a las de la comunidad.

Experiencias novedosas, propuestas creativas, propagandas alternativas capaces de solventar problemas ambientales

y humanos son rechazadas. Incluso razonar sobre nuestra posición en esta sociedad y en este sistema es constreñido, pues luego de este cuestionamiento puede venir la movilización, la acción destinada a la transformación, algo que por supuesto, el sistema y sus medios propagandísticos intentan a toda costa que no suceda.

Los medios alabadores del sistema se constituyen y diversifican en distintas áreas: nuevas tecnologías, televisión, radio, prensa y personas; pero nada hay más explícito que alguien alardeando de su posición social y de su economía para generar envidias y ansias de acumulación y poder a toda costa, a cualquier precio. La evidencia no puede competir, ni siquiera dar señales de su existencia frente al cúmulo de información interesada en imponer un modelo único, uniforme, una cultura del consumo identificada con el tener y no con el ser.

La publicidad directa o indirecta aparenta satisfacer supuestas necesidades impuestas en su mayoría por los mismos que tratan de vender. Encontramos una amplia variedad de necesidades, unas reales y otras ficticias, relacionadas con la fisiología, con la seguridad, con la valoración personal y social, afectivas o autorrealizativas que la presión del mercado intenta establecer.

Así se espera que el progreso traiga la felicidad basada en la destrucción, la acumulación, el consumo y el egoísmo, y como obviamente por este camino no se llega a la felicidad surge la insatisfacción como pauta común de los hijos del progreso.

Así, entre el entretenimiento y la información, se crea un maremagno que impide discernir de lo que se trata. Se invoca continuamente de forma fraudulenta el derecho a la información, precisamente para privar de él a la sociedad. Realidad y ficción reunidas en las dosis adecuadas.

Así llegamos a un punto clave, la información es un dere-

cho y un deber, pero no sólo de los medios de comunicación, sino de toda persona que tiene derecho a ser informada veraz e independientemente y asimismo tiene la obligación moral de informar de sus opiniones, de aquello que tras haber sido vivido y meditado constituye el argumento de sus pensamientos y de sus decisiones: es información directa de persona a persona.

Entonces la capacidad informativa la asume fundamentalmente el individuo mediante la facultad de recibir, investigar y asimismo difundir información una vez asentado un criterio libremente adoptado.

La información debería ser educación y no manipulación, formación de la persona dentro de una dimensión social; es decir, del individuo en comunidad con el fin de que la persona y la comunidad conozcan hechos, ideas, opiniones y libremente puedan adoptar criterios personales y comunales formulando el individuo sus propias reflexiones.

La injusta justicia

En los extremos de esta injusta sociedad, observamos como por un lado la ciencia y la tecnología en algunas áreas avanzan a una velocidad vertiginosa y por contra miramos hacia el otro extremo y vemos como la miseria, la enfermedad, las penurias y la pérdida de cultura -pues no es falta sino pérdida, pues muchos pueblos la tuvieron y se la quitamos- planean por buena parte de la humanidad. El desequilibrio más absoluto, el vacío más enorme, cada vez más insalvable entre los países ricos y los pobres.

Hay que comprender que no puede haber realmente prosperidad habiendo miseria en alguna parte del mundo, pues, a pesar de que se intenta, no somos sociedades encerradas en guetos, sino individuos que caminamos al unísono en una

misma dirección y estas grandes diferencias lastran a la humanidad en un pozo, del cual difícilmente podrá salir hasta que se consiga reequilibrar la balanza mediante la equanimidad social.

Las soluciones parten, por un lado, de la necesidad de reducir drásticamente el consumo en los pocos países llamados desarrollados y, por otro, de facilitar los medios necesarios a los más desfavorecidos para que cubran sus necesidades perentorias y sean capaces por ellos mismos de satisfacerlas. Reducir el consumo no quiere decir, tal como se apunta desde los medios interesados, reducir la calidad de vida sino todo lo contrario. Pues, ¿impedir, por ejemplo, que un producto lleve menos envase y por lo tanto su impacto medioambiental y sanitario sea menor se traduce en un detrimento de la calidad de vida de la sociedad? Obviamente no; precisamente abundará en reducir los costes sanitarios, la contaminación, los vertederos, etcétera. Es cuestión de dirigir acertadamente los cambios necesarios para favorecer todo lo que deriva en una sociedad más justa y en un medio más sano.

El actual sistema es incapaz de sustentar al número creciente de población mundial lo que crea situaciones y momentos especialmente críticos. A esto hay que añadir que la respuesta de la naturaleza ante nuestras agresiones es cada vez mayor, por lo que determinadas zonas se verán desabastecidas o tendrán problemas puntuales que han de ser solucionados con la ayuda intercomunitaria. Pero el objetivo tiene que ser que toda comunidad sea autosuficiente. Para lograrlo hay que reducir el consumo en los países desarrollados y planificar coherentemente las necesidades de la población y la forma de satisfacerlas haciendo oídos sordos a los grandes intereses mercantiles. El que dispara no puede ser al mismo tiempo el que cura: primero, cuanto menos, habría que quitarle el arma. Frenar el consumo, aumentar la solidaridad, recuperar los espacios naturales perdidos,

proveer de los medios necesarios para la autosubsistencia a los menos favorecidos son los argumentos más eficaces para el cambio.

El tan cacareado desarrollo sostenible, acogido con fervor por los mandos políticos, es en este momento insostenible, pues a pesar de que todos aducen y comprenden que no es posible continuar con la escalada del consumo actual, no se plantea en el futuro ni siquiera la posibilidad no ya que decrezca o se mantenga en los niveles actuales, sino que no se puede frenar la progresiva escalada consumista. Así, el sentido común de supervivencia y la ética humanitaria quedan aplastados por intereses económicos. El volcán va a estallar, pero no sólo no comenzamos a desalojar las viviendas existentes, sino que seguimos a toda prisa construyendo una nueva para otros inquilinos: lógica y realidad en oposición.

Los que no tienen posibilidades de consumo son eliminados de lo considerado socialmente correcto, y aunque en realidad existen, parecen como si no fueran de este mundo, al menos de este mundo consumista; forman un espacio aparte, son el cuarto mundo y el tercero unidos en una pérdida de identidad en el paraíso del progreso. Este grupo está formado por buena parte de las gentes que viven en los países empobrecidos a los que hay que sumar los pobres de los países industrializados cuyo porcentaje poblacional va elevándose inexorablemente.

Se podría pensar que los países ricos deberían ser aquellos en los cuales la combinación entre la extensión de su territorio, sus riquezas naturales y los bajos índices de población por kilómetro cuadrado se combinan con altos niveles económicos, pero sin embargo se comprueba que es justo todo lo contrario.

En los países que por sus grandes recursos naturales, permitirían una expansión social, con un bajo índice poblacional por kilómetro cuadrado, nos encontramos que se da justa-

mente el caso contrario, es decir, una creciente y vertiginosa masificación en las urbes. El cambio climático asociado a la erosión del suelo, la degradación de la tierra, la extensa e incesante deforestación y las consecuencias del libre mercado, hacen que la gente expropiada de su medio de vida en su lugar de origen, en su tierra, se dirija a la ciudad con la esperanza de poder sobrevivir, y se encuentra con otra pandemia de miseria.

Al abandonar las zonas rurales estas gentes reducen sus posibilidades de autogestión. En esta situación la miseria aumenta y la subsistencia precaria queda en manos de las migajas internacionales donde las ayudas humanitarias en muchas ocasiones llegan de la mano a los traficantes de armas que favorecen la aparición del tráfico de productos prohibidos, desde marfil hasta esclavos, mujeres y niños secuestrados en aldeas y arrabales de las ciudades como moneda de trueque por armas.

África es un buen ejemplo. Buena parte de la población sudafricana se encuentra en precario estado nutricional y el empobrecimiento crece exponencialmente con el paso del tiempo. La mayoría de los países más pobres del mundo se encuentran en la zona sur del Sahara, en donde las penurias económicas, el hambre y las enfermedades dejan paso a inestabilidades sociales, conflictos étnicos y guerras de todo tipo en un círculo vicioso.

Enfermedades que en otras zonas del mundo no suponen ningún problema sanitario, aquí son auténticas epidemias. El tifus, la disentería, las infecciones derivadas de heridas y dolencias por leves que sean, pueden acabar con la vida de cualquiera debido a las complicaciones a las que va aparejada la falta de higiene y la mala alimentación, sin olvidar el SIDA, a la que podemos considerar como una de las epidemias de los pobres debido al mayor impacto que causa en estas sociedades, pero sin duda que la mayor pandemia es

perder su propia capacidad de subsistencia y sus medios tradicionales de vivir.

Queda claro que el hecho de tener recursos naturales, no implica que un país sea rico, en todo caso más bien lo contrario, pues la mayoría de los países más pobres son ricos en reservas naturales, pero precisamente esta riqueza es la que ha llevado hasta ellos el urdimiento de planes para frenar su desarrollo y mantenerlos en el lugar más bajo de la escala económica para así situar al frente al títere de turno o presionar más fácilmente para con simples y miserables dádivas acceder a sus recursos y al deterioro de sus territorios. Los países empobrecidos exportan sus riquezas naturales empobreciéndose aún más y a cambio importan la desdicha de los ricos.

Incluso en los países ricos la decadencia de la ocupación agraria tradicional unida al descenso de las posibilidades de trabajo conlleva un paulatino envejecimiento de los habitantes de las zonas rurales debido a la emigración de los más jóvenes en busca de mejores oportunidades, todo lo cual hace que las políticas económicas dejen que las infraestructuras se vayan deteriorando y degradando, empobreciendo la zona. Este fenómeno sucede especialmente en las áreas rurales del interior menos proclives al turismo masificado. La solución debe partir del fomento de las tradicionales tareas agrícolas y la diversificación de la economía, pero siempre considerando prioritariamente la protección de la naturaleza y del patrimonio local.

La ecología debe contemplar como acción prioritaria, la defensa del tercer y cuarto mundo, los países empobrecidos y los pobres entre los ricos, pues ecología sin humanitarismo, significa más de lo mismo. Sin embargo, es chocante que las organizaciones meramente ecologistas preponderen y tengan mayor fuerza que las humanitarias. Ha sido más fácil concienciar sobre el agujero de la capa de ozono, la destrucción

de selvas, la desertificación y la pérdida irreparable de especies, que de la muerte y los padecimientos de buena parte de la humanidad. Esto es así, pues los primeros aspectos repercuten de alguna manera sobre nosotros de forma más o menos directa, tal como informan los medios de comunicación, sin embargo, los problemas de supervivencia de otros seres humanos quedan lejanos, siendo en lugares apartados de nuestro ámbito geográfico o siendo cercanos incluso dentro de nuestro propio espacio urbanístico, nos quedan remotos en cuanto a la comprensión de sus causas y sus porqués. Su situación no influye en nuestro bienestar -al menos eso creemos o eso queremos creer-, pero sólo reduciendo el consumo y permitiendo que ese exceso de producción se traslade a las gentes y a las zonas menos favorecidas, se logrará un cierto equilibrio en la humanidad que minimizará los efectos negativos que la actual dinámica económica tendrá -tiene-, no sólo sobre los pobres sino asimismo sobre los ricos.

La revolución ecológica es sinérgicamente la de los pobres y la de los oprimidos, así como la de aquellos que han logrado un grado de conciencia suficiente para concebir la necesidad de la transformación. La revolución de los pobres, cuenta con pocos aliados, salvo los propios pobres, que muchas veces no son conscientes de lo injusto de su situación. No podemos consentir la injusticia, venga de donde venga, incluyéndose a uno mismo en esta inaceptación.

No sólo hay que denunciar, no sólo hay que decir lo que está mal, sino cómo se puede hacer bien. Y sobre todo hay que entender que algo que hagamos por poco que parezca en relación con el conjunto es mucho, especialmente si otros creen al igual que nosotros que podemos mejorar las cosas, que nuestras actitudes colaboran en lograr un mundo mejor.

Habrà derrotas, penurias y sacrificios pero toda revolución

las tiene y ¿no es menos cierto que ya estamos siendo derrotados personalmente o a través del dolor de otros, que pasamos penurias ingentes y que sacrificamos nuestras más profundas convicciones en aras de un sistema injusto?

No hay, pues, mucho que perder y sí todo por ganar. ¿Por qué no intentarlo?

El precio del progreso

Si por acceder al progreso el precio que hay que pagar es la pérdida de la paz no sólo en el ámbito mundial sino personal, la pérdida de la libertad, de la naturaleza, de los paisajes y de su belleza natural, la pérdida de la transparencia de las aguas y del aire limpio, la pérdida de culturas ancestrales, la pérdida de especies irrepetibles, de otras formas de vida, la pérdida de la salud, de vidas humanas y de otros seres, la pérdida del verdadero bienestar, de un mundo vital para nosotros y nuestros descendientes, creo que son demasiadas pérdidas, demasiadas para tan poca ganancia.

Lo que hoy se considera como calidad de vida, en realidad se puede traducir como pérdida inútil de la vida, y a ello dedicamos precisamente nuestra vida. Se trabaja para adquirir cosas, inútiles la mayoría de las veces, y cuyo precio es tan elevado, que si realmente pusiéramos en la balanza no sólo el coste desde el punto de vista económico, sino de la privación de ese trozo de vida que hemos dedicado para trabajar -generalmente en asuntos que a uno no le satisfacen lo más mínimo- y poder comprarlo, sería tan elevado que jamás volveríamos a adquirirlo. Planteémonos, pues, la insurrección consumista, insurrección ante las modas, ante la pérdida de libertad de criterio, rebelión ante la propaganda embaucadora. ¿Hay algo más terrible que el quebranto sistemático de libertades y no darse cuenta de ello?

Ecología y austeridad no son mensajes que calen hondo en la sociedad, pues se prefiere creer que aún es posible la combinación entre ecología y despilfarro cuando son dos conceptos antagónicos. La mayor parte de la gente tiene atisbos de conciencia ecológica pero se ahogan en la maraña consumista con que el sistema les hipnotiza. Existe una clara contradicción entre los valores interiores y la acción exterior, entre lo que se quiere y lo que se hace. Somos presos de las contradicciones del sistema y de las nuestras propias.

La relación entre la ecología y la economía puede resultar muy eficaz si comprendemos que la actual dirección depredadora de los recursos naturales sólo genera -tal y como se comprueba una y otra vez día tras día- miseria, con todo lo que supone: hambre, enfermedad y muerte. Así pues la ecología trata de reanimar una economía caduca y obsoleta, patrimonio de unos pocos, transformándola en una economía abierta y solidaria, pues la actual economía del desarrollo es destrucción y miseria.

El orden dominante trata de regularizar todo según sus intereses siguiendo una estrategia de control para que nada escape a su dominio. Este totalitarismo, de tan obvio y generalizado, queda oculto en su magnitud, situándose en el punto central culminante, eje a través del cual gira toda la sociedad y punto de referencia para cualquier situación, para cualquier decisión. De esta manera, el individuo se convierte en funcionario del orden dominante. La capacidad creativa queda anulada bajo sus directrices y se limitan al máximo las posibilidades de una evolución interior. Todo pasa por lo aparente, por lo externo en una dirección contraria al sentido de la vida, pues el orden trata constantemente de atacar a la vida en todas sus manifestaciones ya que su objetivo es la depredación.

Aunque de la noche a la mañana consiguiéramos un equilibrio mundial del consumo, una gestión adecuada de los

bienes naturales comunes y la desaparición de la pobreza, no se solucionaría el problema, pues inmediatamente el orden comenzaría a socavar esta situación volviendo de una u otra manera a tiempos peores que los anteriores. Así que no se trata sólo de mejorar aquello que es nocivo para la vida y para la supervivencia, sino de hacerlo en un contexto que permita la tendencia hacia la estabilidad, pues la actual situación de caos inestable permite que por una parte se vayan solucionando situaciones, y que por otra vayan apareciendo problemas aún mayores.

La experiencia indica que la velocidad de crear situaciones adversas para la vida es superior a la de solucionarlas, por lo que cada vez se generalizan los atentados contra la vida.

Es, pues, que lo que hay que cambiar no son solamente los síntomas, sino el fondo, sustituir un orden depredador por un movimiento solidario que permita la existencia de un futuro común a la humanidad y a la naturaleza en todas sus manifestaciones.

Este es el mayor reto ante el cual nos hemos enfrentado a través de toda nuestra historia como seres humanos, ya no hay posibilidad de vacilación, ni de planteamientos dilatorios. El tiempo, que también tan deprisa consumimos, se termina, se ha terminado.

Una de las principales dificultades para lograr la transformación, se debe a que el orden depredador, su egoísmo y su inconsciencia, está imbuido, no sólo en el sistema social sino en nuestro modo de hablar, en nuestros propios pensamientos y la tendencia al control y al poder que forma parte de nuestro inconsciente colectivo. Hay que escarbar en los pozos y lodos de la mente, incluso cavar en las ciénagas superpuestas por modos de vida ajenos en busca de la esencia liberadora. No es imposible, aunque pueda parecerlo, sin duda que es dificultoso y especialmente trabajoso, pero más vale un esfuerzo de liberación interior, que sobrevivir en un mundo de esclavitud.

Al igual que la vida aprovechó unas determinadas condiciones ambientales para manifestarse y evolucionar, el orden hipnótico, aprovechó las debilidades humanas para implantarse y desarrollarse. El orden absorbe culturas, religiones, filosofías, ideas y tradiciones sustituyéndolas por representaciones vacuas cuando no eliminándolas.

Todo intento de cambio que conlleve la pérdida de poder de lo establecido se enfrenta a la ridiculización, al descrédito, a la anulación. El orden establecido ha valorado al nuevo enemigo, al ecologismo, y en primer lugar ha tratado de descalificarlo, posteriormente de criticarlo y desprestigiarlo con apelativos varios, y, por fin continuando en esta línea, trata de sumarlo a su vasallaje y, así, dividirlo, pues ve en él un adversario capaz de hacer tambalear sus valores tan bien fundamentados en la sociedad actual.

La preocupación del sistema por el ecologismo indica que éste tiene futuro, hay que insistir, laborar, plantar y regar para cosechar buenos frutos, pero sabiendo que el adversario trata y tratará por todos los medios de destruir la libertad del pensamiento ecológico y, más aún, de la acción ecológica.

El orden ha establecido un poder inimaginable e ilimitado sobre la humanidad, la ecología es actualmente un pequeño resquicio en su invulnerable coraza. Sólo si vaciamos ese mar de egos, envidias, ambiciones e idolatrías en el que navega podrá encallar, y una nueva época ética, previsor, ecológica y humanitaria tendrá la oportunidad de asentarse en las mentes liberadas.

Una de sus mejores armas es imbuir el miedo a perder lo que consideramos que tiene valor, miedo a aquel que piensa de forma diferente, miedo a cambiar lo que el sistema impone. Mediante esta estrategia surge el rechazo al movimiento ecologista, hacia la visión humanitaria, hacia un mundo universalista.

Frente al consumismo, frente a la política actual no hay

posibilidad de pacto, ya que este pacto tiene un precio y el ecologismo no debe estar dispuesto a pagar ningún precio, solamente a compartir, no a negociar. La no-agresión como bandera, como fundamento de acción se observa como una agresión desde el lado del sistema, que como norma, como fundamento es agresivo. No sabe relacionarse con un movimiento que no utiliza sus mismos argumentos, sus mismas armas.

La violencia está plenamente institucionalizada en las actitudes y acciones de los estamentos políticos, pero cambiarlos mediante la violencia, engendra nuevas estructuras violentas. Por ello, la liberación a través de la revolución ecológica sólo puede venir, si realmente queremos que perdure como un verdadero movimiento de paz y libertad, por una transformación pacífica.

Todo movimiento o acción que no sea pacífico, no es ecológico, es una suplantación. El pacifismo molesta a los que están acostumbrados a utilizar la fuerza, a imponer sus ideas y costumbres.

La paz no es la ausencia de violencia, no es paz lo que genera el orden coactivo arrasando y silenciando a lo divergente a sus intereses. La paz se consigue cuando el individuo se conoce a sí mismo y refleja este conocimiento en la sociedad, en la comunidad y ayuda así a su construcción.

La paz se convierte en un valor intrínseco de lo más elevado del espíritu humano. Paz es el lema de los nuevos tiempos, pero no la pacificación por las armas, por la presión, por la intolerancia y el aplastamiento del contrario, sino por el acercamiento, la comprensión, la generosidad, la colaboración, la solidaridad. Cambiemos violencia por diálogo, sea cual sea su procedencia, sea cual sea su forma e imagen.

No puede haber paz social sin paz interior del individuo, no puede haber paz sin dignidad. Tratamos de conquistar el espacio exterior, pero olvidamos que la mayor conquista de la

humanidad y del individuo es la del espacio interior de cada uno, ese espacio donde bullen las ansias de conocimiento, de libertad y de vivir en paz.

El pensamiento clónico

Abocados a la clonicidad se diseña un mundo banal y superficial donde la cultura deja paso a la moda. La diferencia de esta época de crisis de otras muchas anteriores es que ahora no existe un referente cultural y ético al que dirigirse al ser los prototipos meros reflejos de arquetipos de consumo. Se ha sustituido el conocimiento teorético; es decir, la filosofía, por lo útil e instrumental como referentes nacidos de la técnica. La filosofía muestra el holismo de la vida y su esencia, y al abandonarse el conocimiento que aporta la experiencia filosófica, deviene una limitada forma no sólo de ver el mundo sino de vivir.

La inclinación a la uniformidad entre los miembros de esta sociedad es bien diferente de la igualdad. Éste es uno de los objetivos inalienables de una sociedad libre y democrática, pero que el capitalismo y el libre mercado han querido confundir con uniformidad.

El precario nivel intelectual de estos tiempos, es una de las causas de la actual clonicidad mental. El intelectual libre se rinde ante la irracionalidad imperante y el vacío de ideas que sobrevuela la cultura, y el filósofo vencido por el fraude se repliega a la espera de tiempos mejores olvidando que quizá sin él es más difícil que sea posible un mañana mejor.

La dirección de nuestra época se orienta hacia un mundo clónico. El pensamiento unificado se impone en una sociedad sin valores esenciales que sobrevive en una maraña interminable de información dirigida hacia la negación de la evolución metafísica del individuo. Incluso sin negarla, y

aparentemente apoyándola en un trivial contexto social-mercantil en el cual difícilmente puede florecer la independencia del individuo, de sus pensamientos y acciones.

La homogeneización del pensamiento trae una concepción totalitaria de los valores y el fomento de la intransigencia como dogma de relación. Hay que abogar por la comprensión para aquellos que no piensan como nosotros. Pretender que todos pensemos igual es un síntoma fanático de una sociedad caduca. Nadie piensa de la misma forma que otro; un mismo hecho, un mismo fenómeno se observa y se explica de diferente manera según el observador y el participante, y por tanto las ideas con respecto a él y sus consecuencias son asimismo dispares. Si no tenemos esta comprensión de la multiplicidad de opiniones, es difícil que exista el más mínimo avance en cualquier faceta, pues la constante beligerancia impide el encuentro.

El orden dominante ha logrado diseccionar el pensamiento en imágenes fijas, experiencia diferente a la realidad cambiante y móvil. De esta manera es más fácil influir con estereotipos y mensajes concretos sobre la psique que si la mente trabaja con los mismos parámetros que la realidad, con un permanente movimiento y flujo que facilita un mundo en constante interacción y evolución en el cual las verdades inamovibles e individuales pierden sentido en un mar de sinergias.

Esta concepción permite la libertad de pensamiento. La verdad es movimiento y asimismo quietud. Plegamiento y desplegamiento en un eterno vaivén. La separación de la naturaleza provocada por el actual modelo filosófico y social, nos priva de la incesante lección de un universo cambiante y teleológico, en el cual todos los seres tienen un fin común, en constante morfogénesis, regenerándose, renovándose, recreándose, como maestra mayéutica que provoca con su insondable misterio el hallazgo de verdades supremas surgidas de lo más profundo del ser.

La naturaleza es en sí misma una energía nueva y renovadora, que se produce con la participación de todos sus componentes y no por la mera suma de lo que hace cada uno.

La intransigencia del orden dominante en no admitir otros modelos que puedan coexistir sin un estricto y manipulado control, contrasta con la transigencia y necesidad de la ecología en admitir y coexistir con todos los planteamientos, con todas las experiencias. Es una forma de comprender la teleología de la vida, y que los caminos para llegar a ese fin común son infinitos. Mostrando, enseñando, aprendiendo, aprehendiendo, es como se logra el cambio imprescindible.

A diferencia de la naturaleza el orden establecido no es autorregulable, su sistema de regulación sirve exclusivamente para eternizarse y ser más eficaz en el control.

Hasta un pasado todavía cercano, mientras la capacidad destructiva de la tecnología no era capaz de superar la capacidad de la naturaleza de regular el impacto humano, la visión destructora del ser humano no adquiere su verdadera dimensión. Los aspectos más turbios del orden dominante se han visto evidenciados de forma notoria en el deterioro ecológico que ineludiblemente conlleva el desmesurado desarrollo industrial. Traspasados con creces estos límites es fácil comprender que el problema no radica en frenar el daño medioambiental -siendo aún absolutamente necesario-, sino en cambiar las actuales directrices sociales y personales.

Hay que actuar sobre el medio pero especialmente sobre el ser, pues, ¿cómo pretendemos solucionar los problemas medioambientales y humanitarios si la causa del problema reside en nuestro interior?, sin olvidar que los conflictos interiores también son reflejo de los exteriores, así unos sustentan a los otros retroalimentándose.

La cultura de la incultura

La civilización occidental no es la causa, sino el exponente máximo, la cota más elevada de deshumanización y de destrucción de la naturaleza a la que ha llegado el ser humano en toda su historia. Esta situación es el lógico desenlace de una progresiva forma de pensar y de actuar por parte de la humanidad en los últimos cientos, incluso miles de años. La fraternidad ha sido relegada por el egoísmo que separa, que excluye, que diferencia, que divide entre lo mío y lo nuestro, del resto.

Toda esperanza está en la confluencia, en la concomitancia con los demás, en el sincronismo con la naturaleza, en el reencontro al fin y al cabo con uno mismo. No se trata de la uniformidad como individuos, sino todo lo contrario, de la multiplicidad, de la diversidad que hace que todos seamos iguales en eso mismo que nos diferencia y que a la vez nos hace ser únicos.

Una de las pautas fundamentales del sistema es la presión que ejerce sobre todo y sobre todos, extendiéndose a cualquier lugar, llegando a invadir todo el planeta con su forma de entender la vida, con su presión constante sobre las personas, sobre el medio, incluso sobre las cosas. No hay rincón hasta donde esta invasión no haya penetrado en estos momentos. El hombre occidental, y por extensión buena parte de la humanidad, desperdicia su valor más sagrado: la vida, por cosas que no tienen trascendencia por sí mismas más que la que esta sociedad pretende que les demos, cuyo valor con respecto a la verdadera calidad de vida es nulo.

El sistema clonifica en la diversidad de una forma sistemática, integra todo lo múltiple, lo variado, despersonalizándolo, logrando una cultura plana. Somos en verdad los pobres de este mundo, pobres de espíritu, claro, pobreza que

otros muchos pueblos pobres de alimentos, de casas y de ropas cambiarían sin duda ninguna. Esto no es óbice para que no intentemos corregir el curso de lo injusto, puesto que es la causa de que existan ambas pobrezas: pobreza material y pobreza de espíritu.

La cultura occidental se ha arrogado el derecho y la potestad de "civilizar" a todas las culturas a las que ha explotado, pero el resultado de esta actuación ha sido el analfabetismo de las comunidades conquistadas por el "progreso". Hay que crear pautas que favorezcan la reculturización de la sociedad hacia modelos que realmente supongan un beneficio y no una carga medioambiental y personal.

Una vez unificado el mundo en su ignorancia gracias al caciquismo liberal instaurado por los intereses económicos y de poder, se dan las circunstancias más favorables para la oportuna y sigilosa aparición del despotismo democrático en todo el mundo. Ninguna tiranía anterior puede compararse en poder y control sobre las gentes con este totalitarismo de nuevo cuño. Si no actuamos con decisión y rapidez dominará en poco tiempo todo el planeta, con el agravante de su irreversibilidad una vez plenamente instaurado.

Vivimos en una cultura de la incultura de la naturaleza, no puede haber cultura en la destrucción, en la falta de respeto a la naturaleza y a la vida. La pregunta es, ¿podemos vivir en este mundo sin destruirlo, podemos vivir entre nosotros sin destruirnos?

La cultura es responsabilidad, cuidado, mantenimiento, evolución, no disgregación, una cultura que valore la obra, bien sea un puente, un edificio o un paisaje. Crear en vez de destruir, poner vida allí donde se ha puesto muerte, limitar la capacidad de poder devastador, de control insolidario. Pero qué mayor poder que la vida, recrearse en favorecer la vida, lo natural, lo esencial, lo verdaderamente constructivo, obviando lo destructivo.

Y que mejor manera de cambiar un sistema inmovilista que impide la participación, la transformación de la sociedad, que por la rebelión pacífica de las gentes.

CAPÍTULO 9

La participación

Es creencia común que el ser humano posee libre albedrío. Si libre albedrío se considera vivir en lugares contaminados, comer sustancias tóxicas, respirar aire malsano, vestirse con materiales antinaturales, edificar cárceles a la salud y tomar decisiones basándose en mensajes manipulados por intereses mercantiles, entonces, quizá, si sea libre. Pero si libertad es la capacidad de decidir, de vivir en armonía con la naturaleza, con las gentes y con uno mismo sin duda que esta capacidad de elección le ha sido usurpada.

El progreso libera de las obligaciones a las personas, a cambio de su poder de decisión, y las personas van delegando paulatinamente sus actuaciones dentro de la sociedad satisfechos de que el poder se ocupe de hacer y determinar por ellos.

La administración trata de controlar al individuo y de desimplicarle de toda acción y responsabilidad social ofreciéndole en las épocas de bonanza contraprestaciones como la asistencia médica, la educación obligatoria y subvencionada, el subsidio para los parados y las jubilaciones, pero a cambio le exige que no moleste y cuando no puede ofrecerle seguridad y ante el miedo a perder el control ante una sociedad inquieta, crea una crisis o una guerra para volver al punto inicial. Así, con el argumento de la seguridad, ya sea ciudadana, laboral, política o militar se justifica cualquier atrocidad

Cada vez que la sociedad exige protagonismo en la toma de las decisiones de su destino, suenan las alarmas del sistema en forma de crisis o guerras que frenan cualquier expectativa de cambio.

De esta forma la sociedad se transforma en un ente amor-

fo e irresponsable en manos de grupos de poder, rivalizando por hacerse con el control de los mecanismos sociales que el individuo va dejando irreflexivamente en sus manos y así poder ocupar su lugar para decidir unos pocos por todos. Los representantes políticos de la voluntad popular son suplantados por grupos de poder y económicos, sustituyen los intereses del individuo dentro de una determinada comunidad por los deseos masificados y manipulados gracias a los servicios propagandísticos del sistema.

La sugestión y el conformismo ante una situación que cree que le supera y de la cual no puede escapar, son las cadenas que unen el individuo al sistema. El miedo y el egoísmo son los principales argumentos de esta actitud que incapacita a la persona para reaccionar ante un destino que en el fondo no desea o que, como mínimo, lo mantiene desorientado. Así, gracias a una postura resignada frente al poder, éste controla la actividad social confundiendo al ser humano entre lo que ha de hacer según le dicta el sistema con lo que realmente es. Al comprender esta situación es posible adoptar un cierto pesimismo optimista frente a la rabia de que pudo haber sido diferente y la esperanza de que es posible hacerlo de otra manera.

Para lograrlo no podemos delegar el presente y el futuro, como hemos hecho hasta ahora, en manos de intereses de poder que manipulan para obtener sus fines. Hay que hacer lo que ellos más temen: comprometernos. Es el compromiso personal con el presente y el futuro, participando en su florecimiento y construcción, como un jardinero o un albañil que ven crecer el fruto de su trabajo; pongámonos pues manos a la obra. Hay que participar desde el principio, desde los problemas más directos, los que más nos atañen.

La participación permite extraer las mejores decisiones que en caso de la intervención de los menos para actuar sobre los más se vuelve a todas luces injusta. La individualización

restringe el número de participantes en los asuntos comunitarios, viéndolos como una obligación que no trae ninguna clase de beneficio particular. Esta visión egoísta de la realidad impide que puedan llevarse a cabo proyectos de integración que permitan una mayor igualdad dentro de una misma sociedad y entre las distintas sociedades debido a esta participación global mínimamente jerarquizada, que conforma que la toma de decisiones sean acordes a realidades amplias con visiones más holísticas y cercanas a las necesidades naturales y humanas.

La vuelta a un modelo de sociedad donde se recupere la vida comunitaria como centro del individuo comienza a instaurarse en los anhelos de muchos ciudadanos, cansados y decepcionados con el actual modelo de sociedad repleto de personas aisladas. Recobrar lo colectivo frente a lo particular sin olvidar al individuo como ser diferenciado dentro del conjunto, con sus características, necesidades, anhelos y sueños personales unidos a sus deberes con la colectividad.

La sociedad civil debe organizarse para construir un nuevo modelo social y político, en donde se plantee como premisa la libre controversia, la independencia de pensamiento que permita la riqueza de planteamientos y de posibilidades. En el modelo social dominante sólo existen las opciones monocordes a la dirección elegida por unos pocos, donde se sustituye la discusión nacida del pensamiento autárquico por la disuasión del monopensador y del pensamiento dirigido coaccionando la libertad de elección.

Aun así, en muchos de los temas abordados en este libro buena parte de nosotros seguramente estaremos de acuerdo, aunque en verdad nuestras acciones no concuerden con las ideas frente a la presión sugestiva del sistema. El ecologismo y el pacifismo aceptan y proponen una filosofía de actuación que muchos de los que se dicen ecologistas y pacifistas pocas veces practican. Si todos los que nos podemos

definir como ecologistas y pacifistas realmente lo fuéramos, el problema ecológico y humanitario ya hubiese desaparecido hace tiempo.

¿El presente es peor o mejor de lo que preveíamos hace unos años? Esta pregunta tiene una doble respuesta, si bien por una parte la contaminación, los desastres ecológicos y su repercusión en el medio ambiente han aumentado y siguen en esa línea sin percibir un cambio esperanzador en el horizonte cercano, si que es cierto que la concienciación de algunos de los problemas de nuestro mundo también se ha acentuado.

Aunque para llegar realmente a soluciones decisivas hay que derrotar a la sensación de impotencia que conduce a la pusilanimidad ante la pobreza y la inexistencia de los mínimos derechos humanos en buena parte del planeta.

¿Cuál es, pues, el futuro que nos espera? Estamos inmersos en una doble vertiente: el apoyo inconsciente y cómplice a los grandes intereses contaminantes y depredadores, y querer que el mundo sea más solidario y limpio. El ser humano se debate en la eterna dualidad; por una parte, ajeno a sí mismo agobiado por el banal transcurrir de su tiempo y, por otra, queriendo participar en su camino de superación personal. Pero, quizá, la pregunta sea ¿cuál es el presente que queremos? Y aquí si que podemos contestarnos con rotundidad y esperanza que si bien no podemos predecir el futuro si que podemos modelar nuestro presente.

No tengo ninguna fe en el progreso como ente abstracto, pero sí en el ser humano como individuo capaz de modificar su vida. Pero también soy consciente que esta es ardua tarea y de las dificultades para acometerla, pues primero hay que adquirir conciencia de qué queremos y qué necesitamos cambiar.

A pesar de la dirección en que avanza la civilización dominante y lo problemático de lograr variar esta tendencia,

creo que es posible plantear siempre nuevas alternativas, aunque también es cierto que a cada nuevo paso del actual progreso las opciones se reducen.

Al igual que una persona puede evolucionar y puede ser mejor, pero no puede convertirse en otra, la sociedad no puede ser otra, pero si podemos darle una nueva dimensión. Mediante la descentralización de los órganos de decisión, la colaboración en los asuntos de la comunidad, la cooperación y solidaridad intercomunitaria, podemos crear una estructura más similar a una red que a la actual organización piramidal, modificando el concepto de estado, y cambiando jerarquías por participación.

El primer paso

No queremos un mundo ecológico, el mundo es ecológico, la naturaleza es ecológica, somos nosotros quienes debemos serlo, integrándonos en la naturaleza en sus procesos vitales, en sus sutiles abrazos y sonrisas, en una nueva cultura de la concordia. El primer paso es parar, reflexionar, admitir que nuestros criterios son fruto de los actuales mecanismos culturales, establecer opiniones independientes, participar y crear nuestro presente, nuestra vida, nuestro futuro, no como algo que se vende y que se compra al mejor postor para recibir un poco de ese Eldorado que pretenden vendernos, sino como algo que no se vende, que no se compra, pero que se revaloriza día a día con la independencia, y ésta sólo se consigue echando al invasor de nuestras vidas, de nuestros pensamientos, de nuestras decisiones. Es, por tanto, una revolución interior.

No planteo la solución definitiva a este tipo de sociedad, sino una opción personal; recuperar el compromiso con la vida, con la humanidad, la recreación de nosotros mismos.

No hay mayor independencia que la libertad de elección, y cuál mejor que detenerse, meditar y después decidir hacia dónde vamos, qué queremos que sea el mundo en que vivimos, cómo queremos que sean nuestras vidas y cómo pretendemos que sea el presente y, por supuesto, el futuro.

Nada de lo que aquí se dice es una verdad suprema que deba ser acatado para lograr un mundo mejor, son propuestas, opiniones desde la perspectiva del momento histórico que nos ocupa, pero también de una situación no concreta, generalizada, no de hoy sino de muchos tiempos, de muchos lugares, de muchas sociedades.

El principio fundamental de la revolución ecológica no es la búsqueda de la verdadera opinión, sino que haya libertad de opiniones. La libertad nace la diversidad y de ella se extrae la verdad más apropiada a cada caso, a cada situación, a cada cual. Pues la verdad tiene infinidad de aspectos y si se usurpan otras posibilidades a lo establecido, aún siendo éste correcto, se pierde la oportunidad de enriquecerlo. Nada es perfecto, ni nadie infalible, y la convicción omnímoda es sinónimo de totalitarismo. No hay más que mirar hacia atrás y comprobar cómo ideas tenidas como ciertas han sido desacreditadas con el paso del tiempo.

El ecologismo es como una brisa suave que esperamos penetre a través de esos edificios herméticos y enfermos que hemos creado con la insolidaridad, tan herméticos que no se puede ver el mundo exterior y creemos que todo se produce dentro de estos espacios de incompreensión. Este edificio se explica a sí mismo, pero carece de sentido en el mundo real, aunque forme parte de él.

La naturaleza evoluciona gracias a la multiplicidad, precisamente justo todo lo contrario de lo que hace en la actualidad el ser humano. Hemos expulsado a la naturaleza de nuestras vidas y, es más, incluso de nuestras mentes, Sólo miramos al cielo entre edificios por si va a llover, no observa-

mos las estrellas, la naturaleza, el cielo, la luna o el sol. La naturaleza ya no es nuestra aliada, nuestro cómplice, sino un elemento al que hay que dominar a nuestro antojo.

Podemos seguir amontonando basura para aumentar la altura de la cúspide a la cual hemos llegado, pero al final será aumentar los detritos de nuestra sociedad y ascender a través de ellos: es la victoria de la miseria. Una sociedad defraudada, un planeta destrozado. Una civilización asolada y desolada. Éstos son los mayores logros de nuestra sociedad: una sociedad y un planeta enfermos.

La revolución ecológica propone una doble vertiente, Por una parte respetar la diversidad cultural, las tradiciones, lenguas y modos de vivir de los diferentes pueblos; es decir, la diversidad en su totalidad. Por otra parte, plantea una política global para erradicar la pobreza y el impacto ecológico; es decir, la totalidad en la diversidad. Dos aspectos que convergen en la solidaridad con la naturaleza, entre comunidades y entre personas.

Restaurar, reciclar y eliminar correctamente los residuos, generarlos lo mínimamente posible, proteger a la naturaleza y a los menos favorecidos son nuevos valores para una sociedad realmente evolucionada. Todas estas son propuestas realistas, ya que obviamente las no realistas son las que plantean continuar en la línea actual: ello no es sólo estúpido, sino suicida.

También podríamos añadir las tres “es”: eliminación, eficiencia y economía. Primero, la eliminación de todo aquello, producto o política, tendente a la contaminación, a la intoxicación, a la injusticia o a la insolidaridad. Segundo, la eficiencia legislativa, social y humanitaria, así como tecnológica de producción, de recuperación, reciclaje y reutilización. Tercero, la economía como economización, trascendiendo el consumismo por el utilitarismo, la globalización por la comunidad. Ésta son tres propuestas para conseguir lo más y lo mejor con menos.

Reducir el consumismo, o mejor dicho eliminar el consumismo, puesto que satisfacer las necesidades y cubrir incluso los deseos verdaderos no es consumismo. Nos rodeamos de cosas superfluas, de materia inerte, cargas que arrastramos penosamente por el camino de la existencia, excesos que sólo nos hacen morir en vida.

Hay que rodearse de vida, y para eso hay que dejar espacio eliminando lo sobrante. Es pura sensatez, incluso sabiduría personal, eliminar lo superfluo para vivir mejor, y no al contrario, llenar nuestro tiempo y nuestro espacio con cosas que realmente son inútiles, y que sólo sirven para fomentar al sistema. Esto si que es, en el ámbito personal, un gran salto y, al mismo tiempo, un pequeño paso para la humanidad.

Esperemos que la humanidad deje de dar grandes saltos y siga paso a paso los procesos naturales y sea el individuo quien logre trascender de sus condicionamientos actuales.

Una sabia postura no es sólo la acción dirigida a la transformación de aquello que consideramos que no es correcto, sino a uno mismo.

Se plantean las microsoluciones para abarcar las macrosoluciones, de lo pequeño a lo grande. Aunque sabiendo que las acciones aisladas, aún siendo imprescindibles, no pueden solucionar la complejidad del problema humanitario y ecológico a escala planetaria. Hay que plantear una estrategia sinérgica internacional.

En un mundo globalizado en sus carencias y problemas hay que adquirir una visión transfronteriza dirigida a la cooperación internacional. Frente a los retos y dificultades que impone la actual globalización de lo negativo, se impone la cooperación social e institucional para globalizar lo positivo.

Si el marco referencial que marca las relaciones entre países es algo insostenible, cruel, inhumano y antiecológico, ¿es

posible seguir gobernados por algo así y pretender cambiar un mundo injusto sin cambiar una de las causas principales de la injusticia?

Si no juzgamos la historia reciente y el momento presente, es el más fuerte, el más hábil, el más manipulador, el poderoso quien no sólo domina la historia sino quien la hace, siendo las personas y la sociedad meras marionetas de su escenario.

Vivimos una época cualitativa, la revolución parte de la reflexión del pensamiento actual y la crítica al sistema desde el propio individuo como participante en él, un pensamiento y una acción que surgen no sólo desde el intelecto, sino desde la intuición, desde el corazón.

Si el sistema trata de lograr el bienestar de la gente y ésta se ha creído que se consigue gracias a la acumulación de bienes materiales y la consecución a toda costa de dinero, mediante el libre mercado, el beneficio a toda costa, dejando a un lado la solidaridad, la libertad, las relaciones no puramente económicas, el equilibrio, la independencia y la propia identidad, entonces el sistema se deshumaniza, se desvitaliza. El problema no es el sistema en sí, sino sus objetivos. Si los fines son solidarios, el sistema es solidario, pero si se instaura el egoísmo como meta principal, entonces el sistema se convierte en asesino, pues para lograr los objetivos sociales, sean buenos o malos, el sistema siempre se radicaliza, ya que su objetivo se fundamenta en lograr lo más rápidamente posible los fines propuestos.

No hay que encontrar nuevos medios de supervivencia, hay suficientes en el mundo, se trata de repartirlos adecuadamente y usarlos de modo coherente, lo que sí que debemos fomentar es la instauración de unos valores éticos que tengan como punto de referencia al ser humano, pero no sólo a éste como ente aislado, sino a toda la naturaleza, a toda forma de vida.

La pobreza ha de tratarse con ayudas, con colaboración, con nuevos sistemas de producción, con la participación de los afectados en la toma de decisiones, pero sobre todo con la recuperación de la autoestima y de la confianza en sus posibilidades, de sus modos de subsistencia tradicionales. Ha de trabajarse sobre todo en el terreno de la educación: educar para sustentarse, educar para ser, educar para evolucionar. Pues no es sólo cuestión de capacitar, sino también de educar, descubrir los valores intrínsecos a la naturaleza humana, escondidos tras culturas y modos de vida equivocados. Enseñar como algo natural en la escuela el respeto a la naturaleza, la lucha contra la pobreza y la solidaridad. La solidaridad no sólo ante los grandes desastres bien publicitados sino en el día a día, en los pequeños detalles, con los pobres, con los marginados, con los más cercanos.

De la misma forma que hay personas que por motivos de conciencia se niegan a tomar las armas o a colaborar con la industria y política armamentística, habría que hacer objeción de conciencia a colaborar con un sistema asesino, pues si las armas matan, el sistema también lo hace y, aun es más, es causa fundamental de la existencia de la industria armamentística y de guerra. Así que de la misma forma que nos negamos a empuñar las armas neguémonos a colaborar con el sistema. Si no aceptamos como algo inevitable tomar las armas y se arrostran sus consecuencias, hagamos lo mismo no aceptando las imposiciones del sistema y por contra aceptando sus consecuencias, pero claro, eludir coger las armas es algo determinado, puntual, concreto, pero negarse a cooperar con el régimen imperante transforma totalmente nuestra forma de vida, nuestras relaciones con el medio. Es, quizá, uno de los exponentes máximos de valentía y libertad negarse a colaborar con un sistema que excluye a la mayoría de la humanidad, a la naturaleza, a la evolución y a los valores fundamentales del ser humano y de la vida, pues el

problema de la actual sociedad es ser colaboracionista consciente o inconsciente con el sistema, con un nuevo racismo destructivo; quizá dentro de unos años, dentro de un tiempo se nos recordará como colaboracionistas con este sistema asesino.

Lo importante no es el sistema, lo importante son las personas, la naturaleza y la vida. Se puede resistir al sistema, incluso a sus pobres argumentos mediante un consumo racional consciente y sobre todo con el no consumo, con la no-acción colaboracionista, así como con el trabajo constructivo, con la participación en los problemas y proyectos de la comunidad, con la denuncia de lo que consideramos errado, con la proposición de lo que creemos acertado.

La solidaridad

Hay que entender que los problemas ecológicos y los humanitarios, la contaminación y el hambre, la destrucción y la falta de derechos humanos, no son un mal necesario, un sacrificio ineludible que hay que ofrendar al ídolo del progreso, sino que podrían dejar de producirse ahora mismo. Simplemente hay que negarse a seguir sujetos a un sistema obsoleto y radical, sustituyéndolo por uno más acorde a la evolución, no sólo del ser humano, sino de toda la naturaleza.

Existen suficientes recursos naturales, humanos, económicos y científicos para asegurar una alimentación suficiente, sana y natural para toda la población mundial, así como una sanidad, educación y vivienda digna.

La pobreza como problema generalizado en el mundo, puede ser eliminada. No es un mal con el que tengamos que convivir, es un problema generado por el egoísmo y el miedo. Se puede garantizar la alimentación, sanidad, educación y vivienda para toda la humanidad si cambiamos el sistema, lo

que no es posible, es pretender lograrlo con el actual modelo social, pues se basa en lograr este bienestar destruyendo a la naturaleza y aniquilando comunidades y culturas. Será viable si se modifica el actual régimen de acumulación por parte de unos pocos en detrimento de la mayoría.

Uno de los puntos centrales de la revolución ecológica se fundamenta en dotar a las comunidades de la capacidad de controlar y decidir sobre su realidad, sus necesidades y sus deseos sinérgicamente con el resto de comunidades. Pero para ello hay que bajar de la atalaya del egoísmo permitiendo la libertad, la autosuficiencia y la independencia. Para esto habrá que devolver a las comunidades la capacidad de decisión sobre sus propios recursos y sobre su cultura.

Espero que vayamos logrando un sentimiento colectivo de que es posible vivir de acuerdo con la naturaleza, imprimiendo en nosotros un sentido genuino de afinidad y de colaboración con ella. Es imprescindible en el momento histórico que hemos elegido vivir, respetar a la naturaleza cuando nos dirijamos a ella para satisfacer nuestras necesidades, mediante la búsqueda de alternativas evolucionistas a las depredadoras prácticas desarrollistas actuales.

La aplicación de un modelo de vida ecológico con la asunción de métodos cooperativistas, con la mutua colaboración y el contacto entre personas basado en el respeto a la libertad de cada cual y a su dignidad, así como el uso de tecnologías apropiadas permitirán sustentar al ser humano sin dañar el equilibrio natural.

La autogestión, la autonomía y la independencia de las distintas comunidades eliminando los supragobiernos y sus macropolíticas y megaeconomías, permitirá la creación de un arquetipo de colectividad a escala humana.

Las cooperativas de trabajo asociado, involucradas con el medioambiente y con la autosuficiencia, son un buen enfoque para lograr la sostenibilidad de personas y entornos.

Su filosofía democrática horizontal permite integrar a sus componentes en las decisiones más importantes de su dinámica. Es una institución excelente para reactivar la economía de cualquier zona, pero especialmente la de las rurales, mediante el empleo y cuidado de los recursos propios del lugar. De esta manera el productor es asimismo consumidor y depende del medio y de su cuidado para subsistir y, por tanto, trata de mejorar su entorno.

Un paso importante para modificar el sistema es la creación de asociaciones como instrumento para crear una sociedad más participativa, y a su vez estas asociaciones deben colaborar activamente con otras asociaciones implicadas asimismo en lograr un mundo mejor.

La asociación reúne a personas y proyectos comunes y concretos, y enlaza perfectamente con las comunidades cuyo proyecto local entronca en muchas ocasiones con estas asociaciones y a su vez con otras comunidades, creándose un entramado organizativo y participativo capaz de ejecutar, tanto planes locales y concretos, como amplios, diversos y mundiales. Entonces lo local pasa de ser víctima a ser protagonista, con lo que las multinacionales pierden su capacidad de control y de manipulación. De esta forma el individuo y la comunidad son quienes deciden qué energías y productos consumen y qué políticas adoptan, cambiando las organizaciones y estructuras paternalistas por otras que conlleven la participación directa de los afectados. Esto implica especialmente a las comunidades más necesitadas que deben ejercer un control en las acciones de ayuda para que, de esta forma, éstas sean realmente eficaces. Primero hay que analizar la situación real, y luego los recursos y aliados con los que se cuenta.

Las llamadas organizaciones no gubernamentales han aumentado la eficacia en la gestión de la solidaridad y la expansión de ésta, pero en ocasiones no son más que instru-

mentos encubiertos de gobiernos e intereses contra los que aparentemente luchan.

Las organizaciones independientes son más eficaces en la distribución de las ayudas y tratan más con el individuo, con las comunidades pequeñas, con el respeto hacia ellos y hacia sus costumbres tradicionales.

El voluntarismo es algo importante dentro de la revolución ecológica, pero también lo es la capacitación y la profesionalidad, personas bien preparadas para afrontar los importantes cometidos a los que se enfrenta. Sólo con voluntarios y buenas intenciones no cambiaremos el rumbo de la historia, hay que prepararse para una dedicación plena a las urgentes tareas que nos acontecen, mediante la acción solidaria y la formación.

La ventaja que tienen las asociaciones con respecto a las grandes instituciones muy burocratizadas radica en que sus costes administrativos y de gestión son poco elevados comparativamente y en que actúan directamente sobre los problemas, saben de la idiosincrasia particular del lugar donde operan, son capaces de amoldarse rápidamente a los cambios que suceden en cada zona y se integran en las comunidades trabajando directamente, y no desde lejanos despachos.

Las necesidades de unos no son las mismas que las necesidades de otros y sus prioridades van enfocadas en una dirección distinta; comprenderlo, es aumentar la eficacia en las gestiones de los proyectos de ayuda y cooperación.

No se puede dejar a la naturaleza en manos de grandes multinacionales y de las potencias económicas, hay que volver la mirada atrás y comprender que la naturaleza debe estar gestionada por las comunidades que sobre ella habitan y que con ella evolucionan; deben ser éstas las gestoras de sus recursos.

Participar en las decisiones que a uno competen, no es sólo un derecho, sino una obligación, aunque prioritariamente es

un derecho, tanto a escala personal como en el ámbito comunitario.

Pero no hay que olvidar que no se puede luchar contra la pobreza destruyendo el medio ambiente, pues el daño ecológico revierte de nuevo en la aparición de más pobreza. Por tanto, es aspecto clave que todo plan de lucha contra la pobreza lleve aparejado el respeto a la naturaleza como condición fundamental, no sólo para lograr una mayor eficacia sino como simple supervivencia de esa comunidad.

La solidaridad y la vida en comunidad, atendiendo a su problemática y colaborando en su evolución, no implican la pérdida de identidad, cosa que sí ocurre en la actual estructura social, y precisamente, frente a esta progresiva dependencia y condicionamiento de la sociedad sobre la persona, es necesario fomentar los valores personales, salvaguardando la independencia, no sólo frente al entorno sino frente a uno mismo.

Pero el ser humano necesita apoyos, aliados sólidos y estables con los cuales encontrarse acompañado en su camino individual, pero al tiempo libre de todo condicionamiento exterior. Libre de estas coacciones tanto internas como externas, se plantea la búsqueda de una nueva dimensión donde resurge la conciencia, liberándose de las ataduras impuestas por el mercantilismo y los poderes capitalistas.

La prepotencia de la situación trae el desánimo y la resignación ante la inmutabilidad del progreso a pesar de todas las críticas razonadas de intentos de cambio. Pero lo que nos debe animar es la existencia de alternativas reales y posibles y que, aún dentro de lo peor, es posible que lo malo sea menos malo mientras acontece lo bueno. No por vil el pasado hay que justificar lo perverso del presente. Busquemos como meta lo máximo, sin perder la perspectiva lo real y el ahora, el momento y la circunstancia para mejorar lo existente.

La cacareada sostenibilidad no puede limitarse a ciertos grupos, a ciertos países sino a todas las colectividades, a todo el planeta, poniendo en práctica el no-consumismo, el respeto a la vida y a sus ciclos. Existen varias posibilidades para el presente y el futuro. Una es la que plantea la actual dirección político-económica, y se fundamenta en una pequeña parte de la humanidad medianamente satisfecha encerrada en sus guetos económicos, sociales e inculturales, frente a una gran mayoría, que actualmente se cifraría en las dos terceras partes de la población pero que en breve irá aumentando, con la cual la sociedad opulenta sólo se relacionará para enviar los desechos y lo caduco, y cíclicamente enmudecerá las lejanas voces de la conciencia con esporádicas ayudas llamadas eufemísticamente humanitarias.

Otra opción es comprender que es el momento de la solidaridad, de tender la mano, de la ayuda mutua, pues no es un problema de los desfavorecidos, sino que es un problema que revierte en todos, aunque los más afectados sean lo que menos tienen, pero de seguir en esta línea el efecto en los países desarrollados será decisivo en su economía y en su equilibrio social. Aún por puro egoísmo interesa a las zonas ricas ayudar a las pobres.

Pero no hay que olvidar que son los países ricos los que tienen una deuda económica con los pobres, pues han crecido gracias a las materias primas de éstos y a los precios irrisorios a los cuales han adquirido estas materias fundamentales para su riqueza. Ahora son los ricos los que han de pagar a los pobres, eliminando la supuesta deuda y retribuyendo por esta enorme cuantía económica y moral, sin entrar en aspectos sociales y ecológicos cuyo coste sería impagable.

No se trata de volver a negociar estas deudas, muchas veces ya renegociadas en su día de forma usurera y bajo condiciones esclavistas, sino de reconocer que no existen tales deudas, que por el contrario son los pobres los que

tienen que recibir de los ricos, pero ya no por caridad, ni siquiera por solidaridad, sino como pago de una deuda económica, ecológica, social, ética y moral.

Bancos mundiales, fondos monetarios internacionales y demás instituciones gobernadas por los grandes intereses, en ningún caso pueden ser una alternativa a la pobreza, pues ellos son causa directa de que exista.

El valor fundamental con que contamos es la responsabilidad, ahora, aquí, en la sociedad, pues si antes era dios quien juzgaba y no los hombres, ahora es la ciencia y las leyes manipuladas quienes le sustituyen. Los desastres medioambientales y los problemas humanitarios ya no suceden porque dios así lo ha querido o porque la ciencia lo dictamina como algo inexorable con el aval de la legislación, sino porque hay un mal diseño social y existe una responsabilidad concreta.

Después de una guerra, tal como han sido las dos guerras mundiales, o de un desastre natural, los países y las personas se solidarizan, hay una ayuda internacional que de forma espontánea nace de todos los corazones. En este momento, la situación es peor que la más devastadora de todas las guerras que haya habido y de cualquier desastre natural que el ser humano haya padecido.

La solidaridad no es sólo demostración de altruismo sino de sabiduría, pues nada mejor para uno mismo que las buenas acciones para con los demás.

Todo es cuestión de escala, pero esta solidaridad comienza con las personas más cercanas, más allegadas, y qué mejor para lograrlo que acercarnos a los problemas planteados y tratar de colaborar con la comunidad más próxima, con la comunidad planetaria y con la naturaleza. Asimismo, al aproximarnos a la naturaleza regresamos a nuestros propios orígenes, a aquello que nos ha dado la vida, comprendiendo que al destruirla nos destruimos a nosotros mismos.

Cuando una persona decide romper con lo que no está conforme, con lo que hace que este mundo no sea mejor, algo se pone en marcha para lograr este cambio, entonces el proceso es exponencialmente más eficaz.

Más que saber lo que se quiere, es importante en este momento saber lo que no se quiere, y cada vez más personas comprenden que no quieren vivir en un mundo sometidos a la contemplación pasiva de la pobreza, de guerras e insolidaridades, incluso participando directa o indirectamente, pero no saben qué hacer para lograrlo.

La revolución ecológica es un mensaje de la unidad en la diversidad, es un diálogo multirracial, multicultural, es devolver al ser humano su multidimensionalidad, rescatarnos de esta unidimensionalidad en la que hemos caído transformándola en una visión amplia de la realidad. No sólo de una realidad singular, puntual, personal, sino al mismo tiempo como una realidad trascendente, planetaria e íntima. Un cambio interior, una nueva psicología, una renovada filosofía que busque lo mejor de cada cual no sólo para solventar una circunstancia, un momento, sino como forma de entender la vida. Busquemos lo bueno de nosotros mismos, potenciémoslo, hagamos que arrastre a lo negativo, que anule los condicionamientos exteriores del orden establecido.

Aunque podamos sobrevivir siendo esclavos de una injusta situación, aunque podamos subsistir siendo cómplices de lo errado, de lo antihumanitario, aunque llegáramos a vivir con el aire contaminado, con las aguas sucias y pestilentes, con la tierra envenenada, incluso si pudiéramos vivir sin vegetación, sin árboles y sin pájaros en los cielos: ¿Quién quiere vivir en un mundo así? Muchos, seguramente, no.

El desafío está ahí, ¿seremos capaces de afrontarlo?

OTROS LIBROS DE RAÚL DE LA ROSA

Contaminación electromagnética. Terapión. 1994.
Hogar sano y natural. Ediciones B. 2007.
El poder de ser consciente. Sé feliz. Ediciones i. 2006.
La senda del chamán. Vergara. 2008.
El ermitaño que veía películas de Hollywood. Vergara. 2010.
El gran libro de la vida sana. Ediciones B. 2011.
El lobo que se comió al caballero andante. Ediciones i. 2011.

LIBROS RECOMENDADOS

¿Quién se ha comido mi queso? Rowland Rose. (No confundir con *¿Quién se ha llevado mi queso?*).

Contactar con el autor:

Email: rauldelarosa@live.com

[www.facebook.com Personas. Raúl de la Rosa](http://www.facebook.com/Personas.Raúl.de.la.Rosa) (Valencia).

[www.facebook.com Páginas. Raúl de la Rosa.](http://www.facebook.com/Páginas.Raúl.de.la.Rosa)

Twitter: http://twitter.com/#!/RAUL_DE_LA_ROSA

www.rauldelarosa.org

www.lasendadelchaman.com

www.elermitañoqueveiapeliculasdehollywood.com

www.edicionesi.com

www.revistadharmacom

www.hogarsanoynatural.org

www.contaminacionelectromagnetica.org